Nueva historia de la Guerra Fría

John Lewis Gaddis

POLÍTICA Y DERECHO

Nueva historia de la Guerra Fría

John Lewis Gaddis

Traducción de *Juan Almela*

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 2005
Primera edición en español, 2011
Primera edición electrónica, 2012

Título original: *The Cold War: A New History*
© John Lewis Gaddis, 2005
© Traducción: Juan Almela, 2009
Todos los derechos reservados

D. R. © 2011, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672
Fax (55) 5227-4694

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-0889-5

Hecho en México - *Made in Mexico*

En memoria de George F. Kennan
(1904-2005)

PREFACIO

Cada lunes y cada miércoles por la tarde, todos los semestres de otoño, expongo a varios centenares de pasantes de Yale el tema de la historia de la Guerra Fría. Mientras lo hago, tengo que recordarme a mí mismo sin cesar que casi ninguno de ellos recuerda los acontecimientos que describo. Cuando hablo acerca de Stalin y Truman, incluso de Reagan y Gorbachov, podría lo mismo ser de Napoleón, César o Alejandro el Grande. La mayoría de los asistentes a la clase de 2005, por ejemplo, tenía sólo cinco años de edad cuando cayó el Muro de Berlín. Saben que la Guerra Fría conformó sus vidas de varias maneras, porque se les ha enseñado cómo afectó a sus familias. Algunos de ellos —en modo alguno todos— entienden que si unas cuantas decisiones hubieran sido tomadas diferentemente en unos cuantos momentos críticos durante ese conflicto, podrían ahora no haber vivido siquiera. No obstante, mis estudiantes se inscriben en este curso con muy poco sentido de cómo comenzó la Guerra Fría, a qué se refería, o por qué terminó del modo como lo hizo. Para ellos es historia, nada diferente de la Guerra del Peloponeso.

Y sin embargo, conforme se enteran más acerca de la gran rivalidad que dominó la última mitad del siglo pasado, la mayoría de mis estudiantes quedan fascinados, muchos son abrumados y unos cuantos —generalmente después de la plática acerca de la crisis de los misiles en Cuba— salen de la clase temblando. "¡Caray!", exclaman (higienizo un poco). "¡*No* teníamos idea de

que había estado *tan* cerca!" Y entonces añaden invariablemente: "¡Terrible!" Para esta primera generación pos-Guerra Fría, entonces, la Guerra Fría es a la vez remota y peligrosa. Qué podría cualquiera haber temido, se preguntan, de un Estado que resultó tan débil, tan torpe y tan *temporal* como la Unión Soviética. También se preguntan a sí mismos y a mí: ¿cómo logramos salir de la Guerra Fría con vida?

He escrito este libro tratando de responder a estas preguntas, pero también para responder —a nivel mucho menos cósmico — a otra que mis estudiantes plantean regularmente. No ha escapado a su atención que he escrito varios libros antes acerca de la historia de la Guerra Fría; de hecho, regularmente les asigno uno que se lleva 300 páginas para llegar nada más a 1962. "¿No puede usted cubrir más años con menos palabras?", me han preguntado cortésmente algunos de ellos. Es una pregunta razonable, y llegó a serlo más todavía cuando mi extraordinario agente de persuasión, Andrew Wylie, se dedicó a convencerme de la necesidad de un libro breve, abarcador y accesible acerca de la Guerra Fría, manera delicada de sugerir que mis libros anteriores no lo habían sido. Como considero oír a mis estudiantes y a mi agente poco menos importante que oír a mi mujer (a quien también gustó la idea), el proyecto pareció merecedor de ser adoptado.

Nueva historia de la Guerra Fría está por lo tanto destinado a una nueva generación de lectores para quienes la Guerra Fría nunca fue "suceso del momento". Espero que los lectores que vivieron la Guerra Fría también encuentren útil el volumen, porque como dijo una vez Marx (Groucho, no Karl), "fuera de un perro, un libro es el mejor amigo del hombre. El interior de un perro es demasiado oscuro para leer". Mientras la Guerra Fría transcurría era difícil saber qué estaba pasando. Ahora que ha pasado —y ahora que los archivos soviéticos, europeos occidentales y chinos han empezado a abrirse— sabemos mucho

más: tanto, en realidad, que es fácil quedar abrumado. Ésta es una razón más para escribir un libro corto. Me forzó a aplicar, a toda esta nueva información, la simple prueba de significación hecha famosa por mi difunto colega en Yale, Robin Winks: "¿Y entonces qué?"

Una palabra también acerca de lo que este libro *no* pretende ser. No es una obra de erudición original. Los historiadores de la Guerra Fría encontrarán familiar mucho de lo que digo porque he extraído buena parte de ello de sus obras, y en parte porque he repetido algunas cosas que he dicho en las mías. Tampoco pretende el libro localizar raíces, dentro de la Guerra Fría, de fenómenos de pre-Guerra Fría tales como la globalización, la limpieza étnica, el extremismo religioso, el terrorismo o la revolución en la información. No hace tampoco ninguna contribución, absolutamente, a la teoría de las relaciones internacionales, un campo que tiene suficientes dificultades propias sin que yo las aumente.

Me agradará, sin embargo, si este modo de ver la Guerra Fría en conjunto produce algunos modos nuevos de contemplar sus partes. Uno que especialmente ha llamado mi atención es el optimismo, cualidad que no suele en general asociarse con la Guerra Fría. El mundo, estoy de sobra seguro, es un lugar mejor gracias a que aquel conflicto fuese combatido del modo como lo fue y ganado por el bando que lo ganó. Nadie hoy se cuida acerca de una nueva guerra global, o un triunfo total de los dictadores, o el panorama de que la civilización misma pudiera acabar. Éste no era el caso cuando empezó la Guerra Fría. Con todos sus peligros, atrocidades, costos, aturdimientos y compromisos morales, la Guerra Fría —como la Guerra Civil norteamericana — fue un encuentro necesario que estableció puntos fundamentales de una vez por todas. No hay razón para olvidarlo. Pero dadas las alternativas, poca razón tenemos tampoco para lamentar que ocurriera.

La Guerra Fría fue combatida en diferentes niveles de diferentes maneras en múltiples lugares a lo largo de un tiempo muy largo. Cualquier intento de reducir su historia exclusivamente al papel de grandes fuerzas, grandes potencias o grandes líderes sería no hacerle justicia. Cualquier esfuerzo por capturarla dentro de una narración cronológica sencilla sólo produciría confusión. He optado en lugar de esto por enfocar cada capítulo en un tema significativo; como resultado se superponen parcialmente en el tiempo y se mueven por el espacio. Me he sentido libre de saltar de lo general a lo particular y volver atrás luego. No he vacilado en escribir con una perspectiva que toma cabalmente en cuenta cómo surgió la Guerra Fría: no conozco otro camino.

Finalmente, deseo expresar mi aprecio a las personas que inspiraron, facilitaron y pacientemente esperaron este libro. Ciertamente incluyen a mis estudiantes, cuyo interés continuado en la Guerra Fría sustenta al mío. Agradezco también a Andrew Wylie, tal como sé que los estudiantes futuros lo agradecerán, haber sugerido este método de cubrir más años con menos palabras, y por haber desde entonces ayudado a varios de mis anteriores estudiantes a publicar sus propios libros. Scott Moyers, Stuart Proffitt, Janie Fleming, Victoria Klose, Maureen Clark, Bruce Giffords, Samantha Johnson y sus colegas en Penguin mostraron admirable ecuanimidad frente a fechas límite no respetadas, y eficiencia ejemplar suministrando este libro, retrasado, una vez que estuvo hecho. Difícilmente habría sido escrito sin Christian Ostermann y sus colegas en el Proyecto Internacional de Historia de la Guerra Fría, cuya energía y meticulosidad coleccionando documentos del mundo entero (en el día en que escribo esto, la última entrega de los archivos albaneses ha llegado) convirtieron en sus deudores a todos los historiadores de la Guerra Fría. Finalmente, pero ni mucho menos lo menor, agradezco a Toni Dorfman, que es el mejor editor de copias del

mundo y lector de pruebas, y la esposa más amante del mundo.

La dedicatoria conmemora a una de las máximas figuras en la historia de la Guerra Fría —y por largo tiempo amigo— y cuya biografía tendré ahora bajo mi responsabilidad.

J. L. G.
New Haven

Prólogo
MIRANDO ADELANTE

En 1946, un inglés de 43 años llamado Eric Blair rentó una casa en el fin del mundo, una casa en la cual esperaba morir. Estaba en la punta septentrional de la isla escocesa de Jura, al término de un camino de tierra, inaccesible por automóvil, sin teléfono ni electricidad. La tienda más cercana, la única de la isla, estaba a unos 50 kilómetros al sur. Blair tenía razones para querer estar lejos. Deprimido por la reciente muerte de su mujer, padecía tuberculosis y pronto empezaría a escupir sangre. Su país se tambaleaba a causa de los costos de la victoria militar que no había traído seguridad ni prosperidad, ni siquiera la seguridad de que la libertad sobreviviría. Europa estaba dividiéndose en dos campos hostiles, y el mundo parecía dispuesto a seguirla. Con la probabilidad de usar bombas atómicas, cualquier nueva guerra sería apocalíptica. Y él necesitaba acabar una novela.

Su título era *1984*, una inversión del año en que la completó, y apareció en Gran Bretaña y en los Estados Unidos en 1949, bajo el nombre de pluma de Blair, que era George Orwell. Las reseñas, según señaló el *New York Times*, eran "abrumadoramente admirativas", pero "con gritos de terror que se alzaban sobre los aplausos".[1] Esto difícilmente era sorprendente, ya que *1984* evocaba una época para la que faltaban sólo tres décadas y media, en las cuales el totalitarismo ha triunfado por doquier. La individualidad es aplastada, junto con la ley, la ética, la crea-

tividad, la claridad lingüística, la honestidad en la historia, y hasta el amor, aparte, por supuesto, del amor que cada quien está obligado a sentir hacia el dictador estaliniano, el "Hermano Mayor", y su correlato, que guían a un mundo permanentemente en guerra. "Si quiere usted una imagen del porvenir —le dicen a uno de los héroes de Orwell, Winston Smith, mientras sufre otra sesión más de tortura implacable— imagine una bota triturando un rostro humano, por siempre."[2]

Orwell murió a principios de 1950, en un hospital londinense, no en su isla, sabiendo sólo que su libro había impresionado y asustado a sus primeros lectores. Los lectores posteriores respondieron en forma parecida: *1984* se volvió la visión más convincente en la era de la segunda posguerra, de lo que podría seguir. Conforme se acercaba el verdadero año 1984, por lo tanto, se volvieron inevitables las comparaciones con el año imaginario de Orwell. El mundo no era todavía totalitario, pero los dictadores dominaban grandes porciones de él. El peligro de guerra entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, dos superpotencias en lugar de las tres supuestas por Orwell, parecía mayor que en muchos años anteriores. Y el conflicto al parecer permanente conocido como "Guerra Fría", que comenzó mientras Orwell vivía todavía, no mostraba los menores síntomas de que acabaría pronto.

Entonces, en la tarde del 16 de enero de 1984, un actor que Orwell hubiera reconocido por sus años de reseñista cinematográfico, apareció en la televisión en su papel más reciente: como presidente de los Estados Unidos. La reputación de Ronald Reagan hasta este momento había sido la de un ardiente guerrero frío. Ahora, sin embargo, consideraba un futuro diferente:

> Supóngase conmigo, por un momento nada más, que un Iván y una Anya pudieran encontrarse, digamos, en una sala de espera, o compartiendo un refugio contra la lluvia o una tormenta, con Jim y Sally, y que no hubiera barrera de lenguaje que les impidiera conocerse. ¿Deliberarían entonces sobre la diferencia entre sus

> respectivos gobiernos? ¿O bien se encontrarían comparando notas acerca de sus hijos y lo que cada cual hacía para vivir? […] Podrían incluso haber decidido que comerían juntos alguna tarde, pronto.Sobre todo, habrían demostrado que la gente no hace guerras.[3]

Era una invitación inesperadamente gentil a los rostros humanos por encima de las botas, los dictadores y los mecanismos de la guerra. Puso en movimiento, en el año orwelliano de 1984, la sucesión de acontecimientos para que lo hicieran. Precisamente un año después del discurso de Reagan, un ardiente enemigo del totalitarismo tomó el poder en la Unión Soviética. En seis años, el control de este país sobre la mitad de Europa se había derrumbado. En ocho años, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas —la nación que había provocado la gran profecía oscura en primer lugar— había ella misma dejado de existir.

Estas cosas no ocurrieron sencillamente porque Reagan dio una conferencia o porque Orwell escribiera un libro: el resto de este libro complica la causación. Conviene empezar con visiones, sin embargo, porque establecen esperanzas y miedos. La historia entonces determina lo que va a predominar.

[Notas]

---

[1] Michael Shelden, *Orwell: The Authorized Biography* (Nueva York: HarperCollins, 1991), p. 430. Mi relato de los últimos años de Orwell procede de los capítulos finales de este libro.

[2] George Orwell, *1984* (Nueva York: Harcourt Brace, 1949), p. 267.

[3] Alocución por radio y televisión el 16 de enero de 1984, *Public Papers of the Presidents of the United States: Ronald Reagan, 1984* (Washington: Government Printing Office, 1985), p. 45.

I. EL REGRESO DEL MIEDO

> Esperábamos que llegaran a la orilla. Podíamos ver sus caras. Tenían el aire de gente ordinaria. Habíamos imaginado algo diferente. ¡Pues bien, eran norteamericanos!
>
> Liubova Kozinchenka,
> 58ª división de guardias del Ejército Rojo
>
> Sospecho que no sabíamos qué esperar de los rusos, pero cuando uno los veía y examinaba, no podía decirse, ¿sabe una cosa? Si les pone usted uniforme norteamericano, ¡podrían haber sido norteamericanos!
>
> Al Aronson,
> 69ª división de infantería
> del ejército norteamericano[1]

De esta manera se suponía que acabaría la guerra, con júbilo, apretones de mano, bailando, bebiendo, con esperanza. La fecha era el 25 de abril de 1945; el lugar, la población alemana oriental de Torgau, sobre el Elba; el acontecimiento era el primer encuentro de los ejércitos, convergentes desde extremos opuestos de la tierra, que habían partido en dos la Alemania nazi. Cinco días después, Adolfo Hitler se voló la tapa de los sesos debajo de los escombros, que era todo lo que quedaba de Berlín. Precisamente una semana después, los alemanes se rindieron incondicionalmente. Los guías de la Gran Alianza victoriosa, Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill y Iósif Stalin, ya habían intercambiado sus propios apretones de manos, brindis y deseos de un mundo mejor en dos juntas en la cumbre. Teherán en noviembre de 1943 y Yalta en febrero de 1945. Estos gestos habrían significado poco, sin embargo, si las tropas que mandaban no hubieran estado en condiciones de armar su celebración más

alborotada donde contaba realmente: en las líneas del frente de un campo de batalla del cual el enemigo estaba desapareciendo.

¿Por qué, pues, los ejércitos de Torgau se acercaron entre ellos cautamente, como si hubieran esperado a visitantes interplanetarios? ¿Por qué los parecidos que veían resultaban tan sorprendentes y consoladores? ¿Por qué, a pesar de esto, sus comandantes insistieron en ceremonias de rendición separadas, una para el frente occidental en Reims, en Francia, el 7 de mayo, otra para el frente oriental, en Berlín, el 8 de mayo? ¿Por qué las autoridades soviéticas trataron de deshacer demostraciones espontáneas pronorteamericanas que surgieron en Moscú después del anuncio oficial de la capitulación alemana? ¿Por qué las autoridades norteamericanas, durante la semana que siguió, suspendieron súbitamente envíos críticos de ayuda Lend-Lease a la URSS y luego los reanudaron? ¿Por qué Harry Hopkins, auxiliar clave de Roosevelt, que había desempeñado un papel decisivo conformando la Gran Alianza en 1941, tuvo que volar a Moscú seis semanas después de la muerte de su patrono para tratar de salvarla? ¿Por qué, puestas así las cosas, años después, Churchill titularía su ensayo sobre estos sucesos *Triunfo y tragedia*?

La respuesta a todas estas preguntas es en gran medida la misma: que la guerra había sido ganada por una coalición cuyos miembros principales ya estaban en guerra —ideológica y geopolíticamente si no militarmente— entre sí. Cualesquiera que fueran los triunfos de la Gran Alianza en la primavera de 1945, su éxito había dependido siempre de buscar objetivos compatibles por sistemas incompatibles. La tragedia era que la victoria requeriría de los triunfadores que dejaran de ser lo que eran, o que renunciaran a mucho de lo que habían esperado alcanzar combatiendo en la guerra.

I

Si hubiera habido realmente un visitante ajeno en las orillas del Elba en abril de 1945, él, ella o ello habría de hecho identificado parecidos superficiales entre los ejércitos ruso y norteamericano que allí se encontraron, así como en las sociedades de que provenían. Tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética habían nacido de revoluciones. Ambos adoptaron ideologías con aspiraciones globales: lo que funcionaba en casa, suponían sus líderes, también serviría para el resto del mundo. Ambos, como Estados continentales, habían avanzado cruzando vastas fronteras; eran por entonces, en tamaño, la primera y la tercera naciones del mundo. Y ambas habían entrado en la guerra como resultado de ataques por sorpresa: la invasión alemana de la Unión Soviética, que empezó el 22 de junio de 1941, y el ataque japonés contra Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, que Hitler usó como excusa para declarar la guerra a los Estados Unidos cuatro días después. Tal habría sido el grado de las semejanzas, sin embargo. Las diferencias, como cualquier observador terrestre habría podido señalar de inmediato, eran mucho mayores.

La Revolución norteamericana, que había ocurrido más de un siglo y medio antes, reflejaba una honda desconfianza hacia la autoridad concentrada. La libertad y la justicia, insistieron los Padres Fundadores, sólo podían surgir mediante un poder constrictor. Gracias a una constitución ingeniosa, su aislamiento geográfico de rivales posibles, y una magnífica dotación de recursos naturales, los norteamericanos lograron construir un Estado extraordinariamente poderoso, hecho que resultó evidente durante la segunda Guerra Mundial. Realizaron esto, sin embargo, restringiendo gravemente la capacidad de su gobierno para controlar la vida cotidiana, ya fuera mediante la diseminación de ideas, la organización de la economía o la realización política. A pesar del legado de esclavitud, el casi exterminio de los norteamericanos nativos, y la persistente discriminación racial, sexual y social, los ciudadanos de los Estados Unidos podían presumir

plausiblemente, en 1945, de vivir en la sociedad más libre sobre la faz de la tierra.

La Revolución bolchevique, que había ocurrido sólo un cuarto de siglo antes, significó, en contraste, adoptar la autoridad concentrada como medio de vencer a los enemigos de clase y consolidar una base desde la cual la revolución proletaria se difundiría por el mundo. Karl Marx pretendió, en el *Manifiesto comunista* de 1848, que la industrialización que los capitalistas habían emprendido estaba simultáneamente expandiendo y explotando a la clase trabajadora, que antes o después se liberaría. No contento con esperar que esto ocurriera, Vladimir Ilyich Lenin buscó acelerar la historia en 1917, asumiendo el control de Rusia e imponiendo en ella el marxismo, aun cuando el Estado no satisfacía la predicción de Marx de que la revolución sólo podía ocurrir en una sociedad industrial avanzada. Stalin, a su vez, fijó el problema ajustando Rusia a la ideología marxista-leninista: obligó a una nación en gran medida agraria, con escasas tradiciones de libertad, a volverse una nación profundamente industrializada, sin la menor libertad. Como consecuencia, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas era, al concluir la segunda Guerra Mundial, la sociedad más autoritaria que había sobre la faz de la tierra.

Si las naciones victoriosas no podían casi ser más diferentes, lo mismo ocurría con las guerras que habían combatido desde 1941 hasta 1945. Los Estados Unidos combatieron guerras separadas simultáneamente —contra los japoneses en el Pacífico, y los alemanes en Europa— pero padecieron notablemente pocas bajas: poco menos de 300 000 norteamericanos murieron en todos los teatros de combate. Geográficamente distantes de donde estaba la lucha, su país no experimentó ataques significativos, aparte del inicial en Pearl Harbor. Con su aliado, la Gran Bretaña (que sufrió alrededor de 357 000 muertes en la guerra), los Estados Unidos pudieron escoger dónde, cuándo y en qué

circunstancias pelearían, hecho que minimizó grandemente los costos y riesgos de la lucha. No obstante, a diferencia de los británicos, los norteamericanos salieron de la guerra con una economía próspera; el gasto de la guerra había hecho que el producto interno bruto casi se duplicara en menos de cuatro años. Si pudo haber alguna vez algo así como una guerra "buena", entonces a ésta, para los Estados Unidos, le faltó poco.

La Unión Soviética no disfrutó de tales ventajas. Sólo estuvo en una guerra, pero puede sostenerse que fue la más terrible de toda la historia. Con sus ciudades, poblaciones y campos estragados, sus industrias arruinadas o relocalizadas con premura más allá de los Urales, la única opción, aparte de la rendición, era la resistencia desesperada, en el terreno y en circunstancias escogidas por el enemigo. La estimación de las bajas, civiles y militares, es notoriamente inexacta, pero es probable que unos 27 millones de ciudadanos soviéticos murieran como resultado directo de la guerra: más o menos *90 veces* el número de norteamericanos que murieron. La victoria difícilmente se compraría a mayor precio: la URSS en 1945 era un Estado deshecho, afortunado por haber sobrevivido. La guerra, recordó un observador contemporáneo, fue "tanto el recuerdo más atroz como el más orgulloso del pueblo ruso".[2]

Cuando se trató de dar forma al ajuste de posguerra, sin embargo, los triunfadores fueron más parecidos de lo que estas asimetrías pudieran sugerir. Los Estados Unidos no se habían comprometido a invertir su vieja tradición de permanecer aparte de los asuntos europeos; Roosevelt incluso había asegurado a Stalin, en Teherán, que las tropas norteamericanas volverían a casa dos años después del fin de la guerra.[3] Tampoco, en vista del caso deprimente de los años treinta, podía haber ninguna seguridad de que el auge económico del tiempo de guerra continuaría, o que la democracia volvería a echar raíces entre los relativamente pocos países en que existía aún. El hecho llano de que los norte-

americanos y británicos no hubieran derrotado a Hitler sin la ayuda de Stalin significaba que la segunda Guerra Mundial era una victoria sobre el fascismo nada más, no sobre el autoritarismo y sus perspectivas futuras.

Mientras tanto, la Unión Soviética tenía ventajas significativas, a pesar de las inmensas pérdidas que había sufrido. Como era parte de Europa, sus fuerzas militares no se retirarían de ella. Su economía del mandato se había revelado capaz de sostener la ocupación plena en tanto que las democracias capitalistas no lo habían conseguido durante los años de preguerra. Su ideología disfrutaba de un extenso respeto en Europa porque los comunistas de allí habían conducido en gran medida la resistencia contra los alemanes. Finalmente, el peso desproporcionado con que había cargado el Ejército Rojo al derrotar a Hitler, dio a la URSS una posibilidad moral de una influencia sustancial, tal vez incluso preponderante, al conformar el ajuste de posguerra. Era cuando menos tan fácil creer, en 1945, que el comunismo autoritario resultaba la ola de porvenir, como lo era el capitalismo democrático.

La Unión Soviética tenía otra ventaja también: que era la única entre los triunfadores que salió de la guerra con jefes puestos a prueba. La muerte de Roosevelt el 12 de abril de 1945 había lanzado a su vicepresidente Harry S. Truman, inexperto y mal informado, a la Casa Blanca. Tres meses después, la derrota inesperada de Churchill en las elecciones generales británicas hizo primer ministro al mucho menos formidable líder del Partido Laborista, Clement Attlee. La Unión Soviética, en cambio, tenía a Stalin, su indiscutido jefe desde 1929, el hombre que rehizo su país y luego lo condujo a la victoria en la segunda Guerra Mundial. Hábil, extraordinario y, según todas las apariencias, calmado en sus propósitos, el dictador del Kremlin sabía qué quería en la era de la posguerra. Truman, Attlee y las naciones que dirigían parecían mucho menos seguros.

II

¿Qué *quería*, pues, Stalin? Tiene su sentido comenzar con él, porque sólo él, de los tres líderes de posguerra, había tenido tiempo, conservando la autoridad, de considerar y ordenar sus prioridades. A los 65 años al final de la guerra, el hombre que dirigía la Unión Soviética estaba físicamente agotado, rodeado de sicofantes, personalmente solo, pero aún firmemente, incluso aterradoramente, amo del control. Su bigote colgante, sus dientes manchados, su rostro picado de viruelas y sus ojos amarillos, recordaba un diplomático norteamericano, "le dan el aspecto de un viejo tigre harto de batallas […] Un visitante desprevenido nunca habría adivinado qué honduras de cálculo, ambición, amor al poder, celos, crueldad y amor a la venganza acechaban tras esta fachada sin pretensiones".[4] Gracias a una serie de purgas durante los años treinta, Stalin hacía mucho que había eliminado a todos sus rivales. El que levantara las cejas o sacudiera un dedo, según sabían sus subordinados, podía significar la diferencia entre la vida y la muerte. Notablemente bajo, de apenas 1.60 de estatura, este hombrecillo barrigón era sin embargo un coloso, a la cabeza de un Estado colosal.

Las metas de Stalin en la posguerra eran la seguridad para él mismo, su régimen, su país y su ideología, precisamente en este orden. Trató de asegurar que los retos internos no volvieran nunca a poner en peligro su dominio personal, y que ninguna amenaza externa volviera a poner en riesgo a su país. Los intereses de los comunistas en otras partes del mundo, admirables y todo, nunca pesarían más que las prioridades del Estado soviético, según él las había determinado. El narcisismo, la paranoia, y el poder absoluto se unían en Stalin:[5] era, dentro de la Unión Soviética y del movimiento comunista internacional, enormemente temido, pero también extensamente adorado.

Los gastos de tiempo de guerra en sangre y dinero, creía Stalin, determinarían en gran medida quién conseguía qué después de la guerra: la Unión Soviética, por lo tanto, conseguiría mucho.[6] No sólo recuperaría los territorios que había perdido en favor de Alemania durante la segunda Guerra Mundial; también retendría los territorios que había ocupado como resultado del pacto oportunista pero miope de "no agresión", que Stalin había concluido con Hitler en agosto de 1939: porciones de Finlandia, Polonia y Rumania, todos los Estados bálticos. Requeriría que Estados más allá de estas fronteras ampliadas permanecieran dentro de la esfera de influencia de Moscú. Buscaría concesiones territoriales a expensas de Irán y Turquía (incluyendo el control de los Estrechos Turcos), así como bases navales en el Mediterráneo. Finalmente, castigaría a una Alemania derrotada y devastada con ocupación militar, expropiaciones de propiedad, pagos por reparaciones y transformación ideológica.

Aquí estaba, sin embargo, un dilema doloroso para Stalin. Las pérdidas desproporcionadas durante la guerra bien pueden haber permitido a la Unión Soviética tener ganancias de posguerra desproporcionadas, pero también le habían quitado al país el poder requerido para asegurar estos beneficios unilateralmente. La URSS necesitaba paz, asistencia económica y la aquiescencia diplomática de sus anteriores aliados. No era posible elegir por el momento, pues, sino continuar buscando la cooperación de los norteamericanos y los británicos: precisamente como éstos dependieron de Stalin para derrotar a Hitler, así Stalin ahora dependía de la buena voluntad anglonorteamericana a fin de obtener sus objetivos de posguerra a un costo razonable. Por lo tanto no *quería* una guerra caliente y tampoco una guerra fría.[7] Que fuese lo suficientemente hábil para evitar estas alternativas, sin embargo, era un asunto del todo diferente.

El entendimiento por Stalin de sus aliados de tiempo de guerra y *sus* objetivos de posguerra se basaba más en una ilusión que

en la apreciación exacta de prioridades tal como se veía desde Washington y Londres. Fue aquí donde la ideología marxista-leninista influyó sobre Stalin porque sus ilusiones venían de ella. La más importante era la creencia, que se remontaba a Lenin, de que los capitalistas nunca podrían cooperar uno con otro por mucho tiempo. Su ambición inherente, el irresistible apremio de colocar los beneficios por encima de la política tarde o temprano se impondría, dejando a los comunistas con la necesidad de paciencia nada más, mientras esperaban la autodestrucción de sus adversarios. "La alianza entre nosotros y la facción democrática de los capitalistas triunfa porque los últimos tenían interés en evitar el imperio de Hitler", comentó Stalin cuando la guerra estaba terminando. "En el porvenir estaremos contra esta facción de los capitalistas también."[8]

Esta idea de una crisis dentro del capitalismo tenía alguna plausibilidad. La primera Guerra Mundial, después de todo, había sido una guerra entre capitalistas; proporcionó así la oportunidad de que surgiera el primer Estado comunista del mundo. La Gran Depresión dejó a los Estados capitalistas restantes enredándose para salvarse en lugar de cooperar para rescatar la economía global o mantener el sistema de posguerra: la Alemania nazi surgió como resultado. Con el fin de la segunda Guerra Mundial, Stalin creyó que la crisis económica tenía que retornar. Los capitalistas entonces necesitarían a la Unión Soviética, y ya no a la inversa. Por eso esperaba plenamente que los Estados Unidos *prestaran* a la Unión Soviética varios miles de millones de dólares para la reconstrucción: porque los norteamericanos de otro modo no estarían en condiciones de encontrar mercados para sus productos durante el derrumbe global que llegaría.[9]

Se deducía también que la otra superpotencia capitalista, la Gran Bretaña, cuya debilidad exageró Stalin continuamente, tarde o temprano rompería con su aliado norteamericano sobre rivalidades económicas: "la inevitabilidad de las guerras entre

países capitalistas sigue en pie", insistía nada menos que en 1952.[10] Desde el punto de vista de Stalin, por tanto, las fuerzas de largo alcance de la historia compensarían la catástrofe que había infligido la segunda Guerra Mundial sobre la Unión Soviética. No sería necesario enfrentar directamente a norteamericanos y británicos a fin de lograr sus objetivos. Podía simplemente esperar que los capitalistas empezaran a disputar entre ellos, y que los europeos, hartos, adoptasen el comunismo como una alternativa.

La meta de Stalin, por lo tanto, no era restaurar un equilibrio de poder en Europa, sino más bien dominar este continente como Hitler había tratado de hacerlo. Reconoció en un comentario pretencioso pero revelador, en 1947, que "si Churchill hubiera retrasado un año abrir el segundo frente en el norte de Francia, el Ejército Rojo habría llegado a Francia […]Jugamos con la idea de alcanzar París".[11] A diferencia de Hitler, sin embargo, Stalin no siguió un plan temporal fijo. Saludó los desembarcos del Día D, a pesar del hecho de que impedirían al Ejército Rojo alcanzar pronto la Europa occidental: la derrota de Alemania tenía la primera prioridad. También descartó la diplomacia para alcanzar su objetivo, no sólo porque esperaba —por un tiempo al menos— la cooperación norteamericana para lograrlo. ¿No había indicado Roosevelt que los Estados Unidos se contendrían sin buscar su propia esfera de influencia en Europa? La visión de Stalin era por lo tanto de altos vuelos: el dominio pacífico consumado pero históricamente determinado sobre Europa. Era también una visión torcida, pues no conseguía tomar en cuenta los objetivos de posguerra de los Estados Unidos.

III

¿Qué querían los norteamericanos después de la guerra? Indiscutiblemente también seguridad, pero, en contraste con Stalin, estaban mucho menos seguros de lo que habrían de hacer para obtenerla. La razón tenía que ver con el dilema que había planteado la segunda Guerra Mundial para ellos: que los Estados Unidos no continuaran sirviendo como modelo para el resto del mundo mientras permanecían aparte del resto del mundo.

A lo largo de la mayor parte de su historia, los norteamericanos habían tratado de hacer precisamente esto. No habían tenido mucho que cuidarse acerca de la seguridad, porque los océanos los separaban de todos los demás Estados que concebiblemente podrían dañarlos. Su misma independencia de la Gran Bretaña resultó, como Thomas Paine en 1776 había predicho que sería, de la implausibilidad de que "un Continente pudiera ser perpetuamente gobernado por una isla".[12] A pesar de su superioridad naval, los británicos nunca consiguieron proyectar suficiente poder militar a través de unos 3 000 kilómetros de agua para mantener a los norteamericanos dentro del imperio, o evitar que dominaran el continente norteamericano. La perspectiva de que otros europeos pudieran hacerlo era aún más remota, porque los sucesivos gobiernos, en Londres, alcanzaron un convenio con los norteamericanos de que no habría más colonización en el hemisferio occidental. Los Estados Unidos disfrutaban del lujo, por lo tanto, de mantener una vasta esfera de influencia sin el riesgo de que al hacerlo pusiera en tela de juicio los intereses de cualquier otra gran potencia.

Los norteamericanos buscaban influencia global en el campo de las ideas: su Declaración de Independencia había, al fin y al cabo, adelantado la pretensión radical de que *todos los hombres* son creados iguales. Sin embargo, no realizaron ningún esfuerzo, durante sus primeras 14 décadas de independencia, por hacer buena esta afirmación. Los Estados Unidos servirían como un ejemplo; el resto del mundo tendría que decidir cómo y en qué

circunstancias asumirlo. "Da la bienvenida a la libertad e independencia de todos", proclamó el secretario de Estado John Quincy Adams en 1821, pero "son campeones y vengadores sólo de las suyas".[13] A pesar de una ideología internacional, por lo tanto, las prácticas norteamericanas eran aislacionistas: la nación no había concluido aún que su seguridad requería trasplantar sus principios. Su política externa y militar era mucho menos ambiciosa de lo que se habría esperado de una nación de semejante tamaño y fuerza.

Sólo con la primera Guerra Mundial los Estados Unidos rompieron este proceder. Preocupados porque la Alemania imperial pudiera derrotar a Gran Bretaña y Francia, Woodrow Wilson persuadió a sus compatriotas de que el poder militar norteamericano era preciso para restaurar el equilibrio europeo del poder, pero hasta él justificaba este objetivo geopolítico en términos ideológicos. El mundo, insistía él, tenía que ser hecho "seguro para la democracia".[14]Wilson pasó a proponer, como base para un ajuste de la paz, una Liga de Naciones que impondría sobre los Estados algo como el dominio del derecho que los Estados —los esclarecidos, al menos— imponía a los individuos. La idea de que sólo el poder hace el derecho, desaparecería, según lo esperaba.

Tanto la visión como el equilibrio restaurado, sin embargo, demostraron ser prematuros. La victoria en la primera Guerra Mundial no hizo de los Estados Unidos un poder global; en lugar de eso confirmó, para la mayoría de los norteamericanos, los peligros de la concesión excesiva. Los planes de Wilson de una organización de seguridad colectiva en la posguerra marcharon bien más allá de donde sus compatriotas estaban dispuestos a ir. Mientras tanto, la desilusión ante los aliados —junto con la intervención mal conseguida y desanimada contra los bolcheviques en Siberia y la Rusia septentrional en 1918— agrió los frutos de la victoria. Las condiciones externas fomentaron un regre-

so al aislacionismo: las inequidades percibidas en el tratado de paz de Versalles, el comienzo de una depresión global y, además, el surgimiento de Estados agresores en Europa y Asia oriental tuvieron en suma el efecto de convencer a los norteamericanos de que les sería mejor evitar por completo las participaciones internacionales. Fue una rara *retirada* de un Estado poderoso ante responsabilidades más allá de sus fronteras.

Después de entrar en la Casa Blanca en 1933, Franklin D. Roosevelt trabajó con persistencia, a menudo tortuosamente, para conducir los Estados Unidos a un papel más activo en la política mundial. No fue fácil: "Siento algo muy parecido a buscar una puerta en una pared lisa".[15] Incluso después de que Japón había entrado en guerra con China en 1937 y la segunda Guerra Mundial había estallado en Europa en 1939, FDR había logrado sólo un mínimo progreso para persuadir a la nación de que Wilson había estado en lo cierto, que su seguridad podía ser amenazada por lo que ocurriera a medio mundo de distancia. Hicieron falta los acontecimientos estremecedores de 1940-1941, la caída de Francia, la batalla de Gran Bretaña, y por último el ataque japonés a Pearl Harbor, para lograr el nuevo compromiso norteamericano en la tarea de restaurar un equilibrio de poder más allá del hemisferio occidental. "Hemos aprovechado nuestros pasados errores", prometió el presidente en 1942. "Esta vez sabremos cómo hacer uso cabal de la victoria."[16]

Roosevelt tenía cuatro grandes prioridades de tiempo de guerra. La primera era sostener a los aliados —principalmente Gran Bretaña, la Unión Soviética y (con menos éxito) China nacionalista— porque no había otra manera de alcanzar la victoria: los Estados Unidos no podían combatir solos a Alemania y Japón. La segunda era conseguir cooperación aliada para dar forma al ajuste de posguerra, pues sin él habría pocas perspectivas de paz duradera. La tercera tenía que ver con la naturaleza de este ajuste. Roosevelt esperaba que sus aliados apoyaran a uno que supri-

miera las causas más probables de guerras futuras. Eso significaba una nueva organización de seguridad con poder para impedir y, de ser necesario, castigar la agresión, así como un sistema económico global reanimado, provisto para evitar una nueva depresión global. Finalmente, el ajuste tendría que ser "vendible" para el pueblo norteamericano: FDR no iba a repetir el error de Wilson de llevar a la nación más allá de donde estaba preparada para ir. No habría vuelta al aislacionismo, entonces, después de la segunda Guerra Mundial. Sin embargo, los Estados Unidos no estarían preparados —ni más ni menos que la Unión Soviética— para aceptar un mundo de posguerra que se pareciera a su predecesor anterior al conflicto.

Finalmente, una palabra acerca de los objetivos británicos. Eran, según Churchill los definió, mucho más sencillos: sobrevivir a toda costa, aun si esto significara renunciar a la conducción de la coalición anglonorteamericana en favor de Washington, aun si significara el debilitamiento del Imperio británico, aun si significara también colaborar con la Unión Soviética, un régimen que el Churchill más joven había confiado, después de la Revolución bolchevique, aplastar.[17] Los británicos intentarían influir sobre los norteamericanos tanto como se pudiera —aspiraban al papel de griegos, como tutores de los nuevos romanos — pero bajo ninguna circunstancia se enfrentarían con los norteamericanos. Las esperanzas de Stalin, de una Gran Bretaña independiente, capaz de resistir a los Estados Unidos e incluso hacer la guerra contra ellos, habrían parecido realmente extrañas a aquellos que de hecho se encargaban de la Inglaterra de tiempo de guerra y su gran estrategia de posguerra.

IV

Con estas prioridades, ¿qué perspectivas había para un ajuste de la segunda Guerra Mundial que preservara la Gran Alianza? Roosevelt, Churchill y Stalin sin duda esperaban semejante resultado: nadie quería nuevos enemigos tan pronto después de haber dominado a los antiguos. Pero su coalición había sido, desde el comienzo, *tanto* un medio de cooperación para derrotar al Eje *como* un instrumento mediante el cual cada uno de los triunfadores buscara colocarse con la mayor influencia en el mundo de la posguerra. Difícilmente podía ser de otra manera: a pesar de las pretensiones públicas por los Tres Grandes, que la política fuera aplazada mientras la guerra procedía, ninguno de ellos creía o buscaba practicar este principio. Lo que hicieron —en comunicaciones y conferencias ocultas a la vista pública— era tratar de reconciliar objetivos políticos divergentes mientras llevaban adelante una misión militar común. En gran medida fracasaron, y fue en el fracaso donde estuvieron las raíces de la Guerra Fría. Las cuestiones principales eran las siguientes:

El segundo frente y una paz separada

Aparte de la derrota misma, el gran temor anglonorteamericano había sido que la Unión Soviética pudiera otra vez hacer un trato con la Alemania nazi, como en 1939, que dejaría grandes partes de Europa en manos autoritarias; de ahí la importancia que Roosevelt y Churchill atribuían a mantener a la Unión Soviética en la guerra. Esto significaba proporcionar toda la asistencia posible en cuanto a alimentos, vestido y armamento, aunque fuera por medios desesperados y a alto precio: convoyes que iban a Murmansk y Arcángel, evitando los submarinos alemanes, no era cosa fácil de lograr. Significaba también no discutir las demandas de Stalin para la restauración de territorios perdidos, a pesar del hecho escabroso de que algunos de éstos —los

Estados bálticos, Polonia oriental, partes de Finlandia y Rumania— habían caído bajo control soviético sólo como resultado de su pacto con Hitler. Finalmente, preparar una paz separada significaba crear un segundo frente en el continente europeo en cuanto fuera militarmente factible, aunque en Londres y Washington se entendía que esto requería aplazamiento hasta que pareciera probable el triunfo a un costo aceptable.

En consecuencia, el segundo frente —más exactamente, segundos *frentes*— se materializó lentamente, un hecho que molestó a los rusos combatientes, que no podían darse el lujo de reducir las bajas al mínimo. El primero llegó en el norte de África, ocupado por Vichy, donde fuerzas norteamericanas y británicas desembarcaron en noviembre de 1942; invasiones de Sicilia e Italia del sur siguieron en el verano de 1943. No fue sino hasta junio de 1944 cuando hubo desembarcos en Normandía; sin embargo, las operaciones militares anglonorteamericanas empezaron a descargar significativamente al Ejército Rojo, que desde mucho tiempo atrás había invertido la marejada del combate en el frente oriental y ahora empujaba por completo a los alemanes fuera de la Unión Soviética. Stalin felicitó a sus aliados sobre el éxito del Día D, pero siguió habiendo sospechas de que el retraso había sido deliberado, con el propósito de dejar lo más duro de la lucha, desproporcionadamente, a la URSS.[18] El plan, según lo planteó un analista soviético posterior, había sido que los Estados Unidos participaran "sólo en el último minuto, cuando pudiera afectar fácilmente el resultado de la guerra, garantizando sus intereses completamente".[19]

La importancia política de los segundos frentes era al menos tan grande como su significación militar, pues denotaba que los norteamericanos y los ingleses participarían, junto con la Unión Soviética, en la rendición y ocupación de Alemania y sus satélites. Más por razones de conveniencia que por otra cosa, el mando militar anglonorteamericano excluía a los rusos del pro-

ceso cuando Italia capituló en septiembre de 1943. Esto proporcionó a Stalin una disculpa para algo que probablemente habría hecho de todas maneras, que fue negar a los norteamericanos y británicos cualquier papel significativo en la ocupación de Rumania, Bulgaria y Hungría, cuando el Ejército Rojo entró en estos territorios en 1944-1945.

Stalin y Churchill habían acordado bastante fácilmente, en octubre de 1944, que la Unión Soviética debiera tener una influencia predominante en dichos países, a cambio del reconocimiento de la preponderancia inglesa en Grecia. Por debajo de la superficie, sin embargo, persistían los cuidados. Roosevelt protestó por no haber sido consultado en el trato Stalin-Churchill, y cuando los británicos y norteamericanos empezaron a negociar para la rendición de los ejércitos alemanes en el norte de Italia en la primavera de 1945, la reacción de Stalin se acercó al pánico: podría haber un arreglo, advirtió a sus comandantes militares, merced al cual los alemanes dejarían de combatir en el oeste mientras continuaban resistiendo en el este.[20] Reveló con ello las honduras de sus propios temores acerca de una paz separada. Que creyera que sus aliados eran capaces de hacerla en esta fecha tardía, mostraba qué poca tranquilidad le habían proporcionado los segundos frentes, y qué poca confianza estaba preparado para exhibir.

Esferas de influencia

Una división de Europa en esferas de influencia —como lo indicaba el acuerdo Churchill-Stalin— dejaría poco lugar para que los europeos determinaran su futuro: por esto Roosevelt se preocupó al respecto. Por mucho que pudiera haber justificado la guerra, a sí mismo, en términos del equilibrio de poder, lo había explicado al pueblo norteamericano como Wilson podría

haber hecho: como una lucha por la autodeterminación. Churchill había seguido esto en 1941 aceptando la Carta del Atlántico, la repetición por FDR de los principios de Wilson. O sea que un objetivo anglonorteamericano fundamental era reconciliar estos ideales con las demandas territoriales de Stalin, así como su insistencia en una esfera de influencia que garantizara la presencia de naciones "amistosas" en las fronteras de la Unión Soviética en la posguerra. Roosevelt y Churchill apremiaron repetidamente a Stalin a que permitiera elecciones libres en los Estados bálticos, Polonia y otros lugares de Europa oriental. En la Conferencia de Yalta convino en hacerlo, pero sin la menor intención de cumplir con lo pactado. "No se preocupen", tranquilizó a su ministro de Asuntos Extranjeros, Vyacheslav Molotov. "Podemos realizarlo a nuestra manera, más tarde. El meollo del asunto es la correlación de fuerzas."[21]

Así Stalin logró las adquisiciones territoriales y la esfera de influencia que deseaba: las fronteras de la Unión Soviética se movieron varios centenares de kilómetros al oeste, y el Ejército Rojo instaló regímenes sumisos por todo el resto de Europa oriental. No todos eran todavía comunistas —el jefe del Kremlin era, por el momento, flexible al respecto— pero nadie pondría en tela de juicio la proyección de la influencia soviética en el centro de Europa. Los norteamericanos e ingleses habían confiado en un resultado diferente: los europeos orientales, especialmente los polacos, primeras víctimas de Alemania en la segunda Guerra Mundial, escogerían sus propios gobiernos. Las dos posiciones podrían haberse reconciliado si todos los europeos orientales hubieran estado preparados para elegir jefes que satisficieran los requerimientos de Moscú, cosa que Finlandia y Checoslovaquia hicieron, en efecto; Polonia, sin embargo, a duras penas podía seguir este camino porque las propias acciones de Stalin habían eliminado desde hacía mucho cualquier posibilidad de que un gobierno polaco sometido a la Unión Soviética

pudiera mantener el apoyo popular.

Las ofensas incluían el pacto nazi-soviético de 1939, que había acabado con la independencia polaca, junto con el descubrimiento posterior de que los rusos habían asesinado a unos 4 000 oficiales polacos en el bosque de Katyn en 1940, en tanto que de otros 11 000 no había noticias. Stalin rompió con el gobierno polaco en el exilio en Londres acerca de este asunto en 1943, desplazando su apoyo a un grupo de comunistas polacos con base en Lublín. No hizo nada, entonces, cuando los nazis brutalmente aplastaron en 1944 el levantamiento de Varsovia, organizado por los polacos de Londres, a pesar del hecho de que el Ejército Rojo estaba en las afueras de la capital polaca en aquel tiempo. La insistencia de Stalin en tomar un tercio del territorio de Polonia después de la guerra amargó más todavía a la nación; su promesa de compensación a expensas de Alemania hizo poco por reparar el daño.

En vista de que los polacos nunca elegirían un gobierno prosoviético, Stalin impuso uno, y el costo fue, con todo, una Polonia permanentemente resentida, así como un sentido creciente entre sus aliados norteamericanos e ingleses de que no se podía confiar en él. Como dijo Roosevelt dos semanas antes de morir: "Stalin ha quebrantado todas las promesas que hizo en Yalta". [22]

Enemigos derrotados

En contraste con el control soviético unilateral en Europa oriental, nunca existió la menor duda —al menos después del Día D— de que Alemania sería ocupada conjuntamente. El modo como esto ocurrió, sin embargo, dejó a los rusos con un sentido de haber sido estafados. Los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia (gracias a la generosidad anglonorteamericana)

controlarían dos tercios de Alemania, no como resultado de la cantidad de sangre que habían derramado durante la guerra, sino a causa de la proximidad geográfica a sus ejércitos que avanzaban, junto con el hecho de que Stalin había cedido una parte sustancial de Alemania oriental a los polacos. Aunque la zona de ocupación soviética rodeaba la capital, Berlín, ocupada conjuntamente, contenía sólo aproximadamente un tercio de la población de Alemania y un porcentaje aún menor de sus recursos industriales.

¿Por qué Stalin aceptó este arreglo? Probablemente a causa de su creencia de que el gobierno marxista-leninista que planeaba instalar en Alemania oriental se convertiría en un "imán" para los alemanes de las zonas de ocupación occidentales, haciéndoles escoger guías que a fin de cuentas unificaran el país entero bajo control soviético. La revolución proletaria, tan retrasada, que Marx había predicho para Alemania, se realizaría entonces. "Toda Alemania debe ser nuestra, esto es, soviética, comunista", comentó Stalin en 1946.[23] Había sin embargo dos grandes problemas con la estrategia.

El primero tenía que ver con la brutalidad con que el Ejército Rojo ocupó Alemania oriental. Las tropas soviéticas no sólo expropiaron la propiedad y arrancaron reparaciones en escala indiscriminada, sino que también se entregaron a la violación en masa; unos dos millones de mujeres alemanas sufrieron este destino entre 1945 y 1947.[24] El efecto fue apartar a casi todos los alemanes y establecer así una asimetría que persistiría durante la Guerra Fría: el régimen instalado por Stalin en el oriente carecía de la legitimidad que su correlato occidental adquiriría pronto.

El segundo problema tenía que ver con los aliados. El unilateralismo con el cual los soviéticos habían manejado asuntos en Alemania y Europa oriental hicieron a ingleses y norteamericanos temerosos de confiar en la cooperación con Moscú, ocupan-

do el resto de Alemania. Por esto aprovecharon las oportunidades que surgían de consolidar sus propias zonas, junto con la de los franceses, con el propósito de aceptar la división del país. La idea era preservar tanto de Alemania como fuera posible bajo el dominio occidental, en vez de correr el peligro de que toda pudiera caer bajo el control soviético. La mayoría de los alemanes, cuando se dieron cuenta de lo que significaría el dominio de Stalin, apoyaron con renuencia esta política anglonorteamericana.

Lo que había ocurrido en Alemania y Europa oriental, a su vez, dejó a los Estados Unidos con pocos incentivos para incluir a la Unión Soviética en la ocupación de Japón. La URSS no había declarado la guerra a dicho país después de Pearl Harbor, ni sus aliados lo esperaron en un tiempo en que el ejército alemán estaba en las afueras de Moscú. Stalin, sin embargo, había prometido entrar en la guerra del Pacífico tres meses después de la rendición de Alemania, a cambio de lo cual Roosevelt y Churchill habían convenido en transferir las Islas Kuriles, dominadas por los japoneses, al control soviético, así como devolver la mitad meridional de la Isla de Sajalín, con derechos territoriales y bases navales en Manchuria, todo lo cual Rusia había perdido como resultado de su derrota en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

La idea que prevalecía en Washington y Londres había sido que la asistencia del Ejército Rojo —especialmente una invasión de Manchuria, ocupada por Japón— sería vital para apresurar la victoria. Sin embargo, esto fue antes de que los Estados Unidos probaran con éxito su primera bomba atómica en julio de 1945. Una vez que quedó claro que los norteamericanos poseían semejante arma, se desvaneció la necesidad de asistencia militar soviética.[25] Con los precedentes del unilateralismo soviético en Europa presentes con demasiada claridad, no existía deseo dentro de la nueva administración de Truman, de ver algo parecido re-

petido en el nordeste de Asia. Aquí, pues, los norteamericanos adoptaron la igualdad estaliniana de sangre e influencia. Habían luchado más que nadie en la Guerra del Pacífico. Ellos solos, por lo tanto, ocuparían la nación que había comenzado.

La bomba atómica

Mientras tanto, la bomba misma intensificaba la desconfianza soviético-norteamericana. Los norteamericanos y los británicos habían desarrollado secretamente el arma para usarla contra los alemanes, pero los nazis se rindieron antes de que estuviera lista. El Proyecto Manhattan no había sido lo suficientemente secreto, sin embargo, para impedir a la inteligencia soviética descubrir muchas cosas acerca de ello por espionaje: hubo cuando menos *tres* esfuerzos soviéticos separados y afortunados para atravesar la seguridad en Los Álamos, donde era construida la bomba.[26] El hecho de que Stalin armase una operación considerable para espiar a sus aliados a la mitad de una guerra que él y ellos llevaban adelante juntos, es otra indicación importante de su falta de confianza en ellos, aunque hay que reconocer también que los anglonorteamericanos mismos no optaron por hablarle a Stalin de la bomba hasta después de la primera prueba, con éxito, en el desierto de Nuevo México.

El líder soviético mostró poca sorpresa, por lo tanto, cuando Truman le participó las noticias en la Conferencia de Potsdam: había sabido de la bomba mucho antes de que el nuevo presidente norteamericano lo hiciera. Pero Stalin reaccionó vigorosamente cuando los Estados Unidos se adelantaron y usaron el arma contra los japoneses, tres semanas después. Una prueba en el desierto era una cosa. Un arma real, realmente empleada, era algo diferente. “La guerra es bárbara, pero usar la bomba A es una superbarbarie”, se quejó Stalin después de saber cómo había

sido destruida Hiroshima. El avance norteamericano representó otro desafío a su insistencia en que la sangre derramada debiera equivaler a influencia ganada: los Estados Unidos habían, a la vez, obtenido una posibilidad militar que no dependía del despliegue de ejércitos en un campo de batalla. Cerebros y tecnología militar podían producir, y contaban ahora precisamente lo mismo.

"Hiroshima ha sacudido al mundo entero", dijo Stalin a sus científicos, y autorizó un programa relámpago soviético para alcanzar lo mismo. "El equilibrio se ha destruido […] Eso no puede ser."[27]

Además de ver cómo la bomba abreviaba la guerra y así negaba a los rusos cualquier papel significativo en la derrota y ocupación de Japón, Stalin vio también la bomba como un medio de que los Estados Unidos trataran de extraer concesiones de posguerra de la Unión Soviética: "el chantaje de la bomba A es política norteamericana".[28] Algo había de esto. Truman había usado la bomba principalmente para acabar la guerra, pero él y sus consejeros esperaban realmente que su nueva arma indujera a una actitud más conciliadora por parte de la URSS. No idearon estrategia ninguna para obtener este resultado, sin embargo, en tanto que Stalin ideó velozmente una estrategia para negárselo. Adoptó una línea aún más dura que antes para empujar los objetivos soviéticos, así fuera sólo para demostrar que no podía ser intimidado. "Es evidente —dijo a sus consejeros máximos a fines de 1945— que […] no podemos lograr nada serio si empezamos a aceptar la intimidación o damos señales de incertidumbre."[29]

Las raíces de la Guerra Fría en la Guerra Mundial ayudan por lo tanto a explicar por qué este nuevo conflicto surgió tan pronto después de que el anterior hubiera llegado a su término. Sin embargo, las rivalidades entre grandes potencias desde hacía

mucho habían sido cuando menos tan normales en el comportamiento de las naciones como las alianzas entre grandes potencias. Un visitante interplanetario, consciente de esto, bien podría haber esperado exactamente lo que ocurrió. Ciertamente un teórico de las relaciones internacionales lo habría logrado. La cuestión interesante es por qué los líderes de la época de guerra se sorprendieron también ellos, y hasta se alarmaron, por el desplome de la Gran Alianza. Sus esperanzas de una conclusión diferente eran lo bastante reales; de otra manera difícilmente habrían hecho los esfuerzos que se hicieron, mientras continuaba la lucha, para concordar en lo que sucedería cuando acabase. Sus esperanzas eran paralelas, pero no sus visiones.

Para reducir el asunto a sus términos más fundamentales, Roosevelt y Churchill consideraron un ajuste de posguerra que equilibrara el poder sin dejar de abrazar principios. La idea era evitar cualquier guerra nueva evitando los errores que habían conducido a la segunda Guerra Mundial: asegurarían la cooperación entre las grandes potencias, revivirían la Liga de Wilson en forma de una organización de seguridad colectiva de las nuevas Naciones Unidas, y fomentarían al máximo la autodeterminación política y la integración económica, de modo que las causas de la guerra, tal como las entendían, desaparecerían con el tiempo. La de Stalin era una visión muy diferente: un arreglo que asegurase su seguridad propia y de su país, estimulando simultáneamente las rivalidades entre capitalistas que, según creía, acarrearían una nueva guerra. El fratricidio capitalista, a su vez, aseguraría el final dominio de Europa por los soviéticos. La primera era una visión multilateral que suponía la posibilidad de intereses compatibles, incluso entre sistemas incompatibles. La segunda no suponía semejante cosa.

V

Los politólogos gustan de hablar de "dilemas de la seguridad": situaciones en las que un Estado actúa para hacerse más seguro, pero al hacer esto disminuye la seguridad de uno o más Estados, los cuales a su vez tratan de reparar el daño mediante medidas que disminuyan la seguridad del primer Estado. El resultado es un remolino que se va ahondando de desconfianza del cual incluso los jefes mejor intencionados y más clarividentes encuentran difícil salir: sus sospechas se vuelven autorreforzadas.[30] Como la relación anglonorteamericana con la Unión Soviética había caído en esta situación mucho antes de que terminara la segunda Guerra Mundial, es difícil decir precisamente cuándo comenzó la Guerra Fría. No hubo ataques por sorpresa ni declaraciones de guerra; ninguna ruptura incluso de vínculos diplomáticos. Sí hubo, sin embargo, un sentido creciente de inseguridad en los niveles máximos de Washington, Londres y Moscú generados por los esfuerzos que los aliados de la guerra hacían para asegurar su propia seguridad de posguerra. Derrotados sus enemigos, era menor el incentivo para estos aliados *anteriores*, conforme iban pensando en sí mismos, para mantener sus angustias bajo control. Cada crisis que surgía alimentaba la siguiente, con el resultado de que una Europa dividida se volvió una realidad.

Irán, Turquía, el Mediterráneo y la contención

Habiendo obtenido antes las concesiones territoriales que quería en Europa oriental y el nordeste de Asia, la primera prioridad de Stalin después de la guerra fue suprimir lo que consideraba como vulnerabilidades en el sur. Un relato lo describe expresando satisfacción con un mapa que mostraba los nuevos límites de la Unión Soviética, pero señalando al Cáucaso y quejándose: "¡No me gusta nuestra frontera precisamente aquí!"[31]

Siguieron tres iniciativas: Stalin retrasó la retirada de las tropas soviéticas del norte de Irán, donde habían sido estacionadas desde 1942 como parte de un arreglo anglosoviético para mantener los recursos petroleros de aquel país fuera de manos alemanas. Pidió concesiones territoriales de Turquía así como bases que habrían dado a la URSS control efectivo sobre los Estrechos de Turquía. Y pidió un papel en la administración de las anteriores colonias italianas en el norte de África, con el propósito de asegurar una o más bases navales adicionales en el Mediterráneo oriental.

Resultó claro casi de inmediato, no obstante, que Stalin había ido demasiado lejos. "No lo permitirán", advirtió su ministro del Exterior, normalmente complaciente, Molotov, a propósito de los Estrechos. "¡Siga adelante, aprémienlos para la posesión conjunta!", replicó su jefe, enojado. "¡Pídalo!"[32] Molotov lo hizo, pero no llegó a nada. Truman y Attlee rechazaron rotundamente la petición soviética de ajustes de fronteras a expensas de Turquía, así como las bases turcas y mediterráneas. Sorprendieron a Stalin, llevando la ocupación soviética prolongada del norte de Irán ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a principios de 1946, lo cual fue el primer uso significativo de la nueva organización mundial para enfrentarse a una crisis internacional. Encontrando demasiado tensos a los militares, y sacadas a la luz sus ambiciones, Stalin ordenó una retirada tranquila de Irán varios meses después. Para entonces, sin embargo, Truman había reforzado su propia posición desplegando la Sexta Flota norteamericana, indefinidamente, en el Mediterráneo oriental. Era un síntoma inconfundible de que Stalin había alcanzado el límite de lo que podía esperar conseguir invocando la tradición de la cooperación en tiempo de guerra.[33]

Esta nueva firmeza de Washington coincidió con una búsqueda de explicaciones del comportamiento soviético: ¿por qué la Gran Alianza se había deshecho? ¿Qué más quería Stalin? La

mejor respuesta llegó de George F. Kennan, un respetado aunque todavía joven funcionario del Servicio Exterior, que servía en la embajada norteamericana de Moscú. En lo que posteriormente reconoció que era un "atasco indignante del proceso telegráfico" Kennan respondió a la última de una larga sucesión de demandas del Departamento de Estado con un cable apresuradamente redactado de 8 000 palabras, enviado el 22 de febrero de 1946. Decir que causó un impacto en Washington sería poco decir: el "largo telegrama" de Kennan se volvió la base para la estrategia norteamericana hacia la Unión Soviética durante el resto de la Guerra Fría.[34]

La intransigencia de Moscú, insistía Kennan, no derivaba de nada que hubiera hecho el Occidente, sino que reflejaba en cambio las necesidades internas del régimen estalinista, y nada que pudiera hacer el Occidente en el futuro previsible alteraría ese hecho. Los líderes soviéticos *tenían* que tratar al mundo exterior como hostil porque esto ofrecía la única disculpa "para la dictadura sin la cual no saben cómo gobernar, para las crueldades que no se atreven a infligir, para sacrificios que sienten necesidad de pedir". Esperar que las concesiones fueran correspondidas era una ingenuidad, no habría cambio en la estrategia de la Unión Soviética hasta que encontrara una cadena suficientemente larga de fracasos que convencieran a algún futuro líder del Kremlin —Kennan tenía poca esperanza de que Stalin llegara a ver esto— de que el comportamiento de su nación no estaba adelantando sus intereses. La guerra no sería necesaria para producir este resultado. Lo que se necesitaría, según lo puso Kennan en una versión publicada de su argumento al año siguiente, era "una *contención* a largo plazo, paciente pero firme y vigilante, de las tendencias expansivas de Rusia".[35]

Kennan no podía haber sabido por entonces que uno de sus lectores más escrupulosos era Stalin en persona. La inteligencia soviética rápidamente tuvo acceso al "largo telegrama", tarea re-

lativamente fácil en vista de que el documento, aunque clasificado, circuló ampliamente.[36] Para no ser vencido, Stalin ordenó a su embajador en Washington, Nikolai Novikov, que preparara un "telegrama" propio, que envió a Moscú el 27 de septiembre de 1946. "La política exterior de los Estados Unidos —sostenía Novikov— refleja las tendencias imperialistas del capitalismo monopolista norteamericano, y se caracteriza […] por un afán de supremacía mundial." En consecuencia, los Estados Unidos estaban incrementando su gasto militar "colosalmente", estableciendo bases mucho más allá de sus fronteras y habían llegado a un acuerdo con Gran Bretaña para dividir el mundo en esferas de influencia. No obstante, la cooperación anglonorteamericana estaba "infectada por grandes contradicciones internas y no puede ser duradera […] Es muy posible que el Cercano Oriente se vuelva un centro de contradicciones anglonorteamericanas que hará estallar los acuerdos alcanzados ahora entre los Estados Unidos e Inglaterra".[37]

La apreciación de Novikov, que reflejaba el pensamiento de Stalin y de la cual fue autor el propio Molotov,[38] bien puede dar razón de la autoconfianza relajada con la cual el líder del Kremlin recibió al secretario de Estado, George C. Marshall, nombrado poco antes por Truman, cuando los ministros de Relaciones Exteriores norteamericano, británico, francés y soviético se reunieron en Moscú en abril de 1947. Desde hacía mucho era costumbre de Stalin, mientras recibía a los visitantes importantes, garabatear cabezas de lobo en un bloc de papel, con lápiz rojo, y esto hizo mientras aseguraba a Marshall que el fracaso en ajustar el futuro de la Europa de posguerra no representaba un gran problema: no había urgencia. Marshall, el tranquilo, lacónico, pero agudo general de otro tiempo, que más que nadie había dado forma a la estrategia norteamericana durante la segunda Guerra Mundial, no se tranquilizó. "Todo el camino de regreso a Washington —recordó después un ayudante— habló

de la importancia de encontrar alguna iniciativa que evitara el derrumbe completo de Europa occidental."[39]

La Doctrina Truman y el Plan Marshall

Si Stalin hubiera atendido tanto a los informes de la inteligencia en la conferencia de ministros como lo había hecho con los de la bomba atómica y el "largo telegrama" de Kennan, podía haber previsto lo que estaba a punto de pasar. Marshall y sus correlatos británico y francés pasaron muchas horas en Moscú, cuando no en reuniones estériles con Molotov, discutiendo la necesidad de cooperación en la reconstrucción de Europa. Las habitaciones en que lo hacían tenían micrófonos, sin duda. Y sin embargo, la ideología vencía, según Stalin, al espionaje. ¿No había mostrado Lenin que los capitalistas jamás podrían cooperar largo tiempo? ¿No había confirmado esto el "telegrama" de Novikov? El amo del Kremlin tenía sus razones para confiar en sí mismo.

No eran buenas, sin embargo. Truman ya había anunciado, el 12 de marzo de 1947, un programa de asistencia militar y económica a Grecia y a Turquía, ocasionada por el anuncio inesperado del gobierno británico, precisamente dos semanas antes, que ya no cargaría con los costos de sostener a estos países. Lo había hecho en términos notablemente amplios, insistiendo en que ahora "debe ser la política de los Estados Unidos apoyar a los pueblos libres que resisten los esfuerzos de subyugación por minorías armadas o presiones externas [...] Debemos asistir a los pueblos libres para que elaboren sus propios destinos a su manera propia".[40] Stalin prestó poca atención a las palabras de Truman, aun cuando tomó tiempo aquella primavera para insistir en que una historia recientemente publicada de la filosofía fuera reescrita para minimizar la deferencia que mostraba hacia

el Oeste.[41]

Mientras que Stalin se entregaba a esa tarea, Marshall —siguiendo la guía de Truman— construía una gran estrategia de Guerra Fría. El "largo telegrama" de Kennan había identificado el problema: la hostilidad internamente impulsada de la Unión Soviética hacia el mundo exterior. Sin embargo, no había sugerido solución. Ahora Marshall pidió a Kennan que planteara una: la única guía era "evitar las trivialidades".[42] Esta instrucción, es justo decirlo, fue satisfecha. El Programa de Recuperación Europea, que Marshall anunció en junio de 1947, comprometía a los Estados Unidos nada menos que en la reconstrucción de Europa. El Plan Marshall, tal como inmediatamente empezó a ser llamado, no distinguía en ese punto entre las partes del continente que estaban bajo el control soviético y aquellas que no lo estaban, pero el pensamiento que había detrás ciertamente lo hacía.

Varias premisas conformaron el Plan Marshall: que la amenaza más grave para los intereses en Europa no era la perspectiva de una intervención militar soviética, sino más bien el riesgo de que el hambre, la pobreza y la desesperación pudieran hacer que Europa votara para dar cargos a sus propios comunistas, que entonces servirían obedientemente a los deseos de Moscú; que la asistencia económica norteamericana produciría beneficios psicológicos inmediatos y luego materiales que invertirían esta tendencia; que la Unión Soviética no aceptara semejante ayuda o permitiera a sus satélites hacerlo, volviendo tensa su relación con ellos; y que los Estados Unidos pudieran entonces apoderarse de la iniciativa geopolítica y moral en la Guerra Fría que surgía.

Stalin cayó en la trampa que le puso el Plan Marshall, que consistía en dejarlo *a él* construir el muro que dividiría Europa. Atrapado sin estar en guardia por la propuesta de Marshall, envió una gran delegación a París para discutir la participación soviética, y luego la retiró, aunque permitiendo a los europeos

orientales seguir, y después les prohibió —más dramáticamente a los checos, cuyos líderes tuvieron que volar a Moscú para oírlo — recibir semejante asistencia.[43] Fue una exhibición desacostumbradamente desigual del dictador del Kremlin, normalmente confiado en sí mismo, y sugirió el grado en el cual la estrategia de la contención, con el Plan Marshall en el centro, resultaba ya perjudicial para su propio conjunto de prioridades. Las revisiones de los textos de filosofía tendrían que esperar.

Checoslovaquia, Yugoslavia y el bloqueo de Berlín

Stalin respondió al Plan Marshall precisamente como lo había predicho Kennan: estrechó su dominio cuanta vez pudo. En septiembre de 1947 anunció la formación del Cominform, una versión tardía del viejo Comintern de preguerra, cuya tarea había sido imponer la ortodoxia dentro del movimiento comunista internacional. "No empiecen a desparramar su peso", dijo Andrei Zhdanov, portavoz de Stalin dentro de la nueva organización, a un polaco que protestaba. "En Moscú sabemos mejor cómo aplicar el marxismo-leninismo."[44] Lo que significaba fue claro en febrero de 1948, cuando Stalin aprobó un plan de los comunistas checoslovacos de apoderarse del poder en el único Estado europeo oriental que había conservado un gobierno democrático. Poco después del golpe, el cuerpo deshecho del ministro del Exterior Jan Masaryk —el hijo de Thomas Masaryk, fundador del país después de la primera Guerra Mundial— fue descubierto en un patio de Praga al que saltó o fue empujado, pues nunca se ha establecido.[45] No causó gran diferencia, sin embargo, porque las perspectivas de cualquier independencia dentro de la esfera de influencia de Stalin, según se veía, habían perecido con Masaryk.

No todos los comunistas, no obstante, cayeron en esa esfera.

Yugoslavia había sido uno de los aliados más confiables de la Unión Soviética desde el final de la segunda Guerra Mundial, pero su líder, Josip Broz Tito, había alcanzado el poder por su cuenta. Él y sus guerrilleros, no el Ejército Rojo, habían expulsado a los nazis; a diferencia de sus semejantes en Europa oriental, Tito no dependía del apoyo de Stalin para mantenerse en el poder. Los esfuerzos para someterlo a la ortodoxia del Cominform enojaron a Tito, y a fines de junio de 1948 había roto abiertamente con Moscú. Stalin pretendió que no le importaba. "Con sólo mover mi meñique, no habrá más Tito."[46] Mucho más de un dedo se agitó dentro de la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional ante este primer acto de desafío por un comunista hacia el Kremlin, pero Tito sobrevivió y pronto estaba recibiendo ayuda económica de los Estados Unidos. El dictador yugoslavo podría ser un "hijoputa", reconoció con astringencia el nuevo secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson, pero era ahora "nuestro hijoputa".[47]

Mientras tanto, Stalin había emprendido una aventura aún menos prometedora: el bloqueo de Berlín. Sus razones no son claras ni siquiera ahora. Puede haber esperado obligar a norteamericanos, ingleses y franceses a salir de sus respectivos sectores de la ciudad dividida, sacando ventaja de su dependencia de las líneas de abastecimiento que pasaban por la zona de ocupación soviética. O pudo haber procurado frenar sus esfuerzos por consolidar sus propias zonas, que parecía probable que produjera un poderoso Estado alemán occidental en el cual Moscú carecería de influencia. Cualesquiera que fueran sus propósitos, al bloqueo estaliniano le salió el tiro por la culata tan feamente como a su intento de disciplinar a Tito. Los aliados occidentales improvisaron un puente aéreo para la ciudad sitiada, ganando con ello la gratitud enfática de los berlineses, el respeto de la mayoría de los alemanes y un triunfo público global que hizo aparecer a Stalin como brutal e incompetente. "Sinvergüenzas", dijo, de-

fendiéndose, el viejo, en un despacho diplomático que participaba estos sucesos. "Todo son mentiras […] No es un bloqueo sino una medida defensiva."[48]

Defensiva pudo haber sido, pero el carácter ofensivo de esta medida y de otras que tomó Stalin en respuesta al Plan Marshall fue aumentando, no disminuyendo, los problemas de seguridad de la Unión Soviética. El golpe checo persuadió al Congreso de los Estados Unidos —que no había todavía aprobado el programa de Truman para la recuperación europea— de que lo hiciera rápidamente. Los acontecimientos de Praga, junto con el bloqueo de Berlín, convenció a quienes en Europa recibían asistencia económica norteamericana de que necesitaban también protección militar; esto los condujo a solicitar la creación de una Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) que comprometía a los Estados Unidos por vez primera a defender la Europa occidental. Para cuando Stalin, refunfuñando, eliminó el bloqueo de Berlín en mayo de 1949, el Tratado del Atlántico Norte había sido firmado en Washington y la República Federal de Alemania había sido proclamada en Bonn, otro resultado que Stalin no había deseado. La herejía de Tito siguió impune, demostrando que era posible para los propios comunistas lograr cierto grado de independencia respecto a Moscú. Y no había el menor signo de los desacuerdos entre capitalistas, o la guerra anglonorteamericana, que las ilusiones ideológicas de Stalin lo habían llevado a esperar. Su estrategia para ganar el control sobre la Europa de posguerra se había despedazado y había que censurárselo en gran medida a él mismo.

VI

O así lo parece retrospectivamente. No parecía así entonces,

sin embargo. En lugar de esto, en los años 1949-1950 se vio una serie de inconvenientes *aparentes* para el Occidente, ninguno de los cuales era suficientemente sólido como para invertir el proceso por el cual los Estados Unidos y sus aliados habían ganado la iniciativa en Europa, donde realmente contaba. Quienes vivieron estos acontecimientos, sin embargo, no tenían otra manera de saber esto: para ellos parecía como si las victorias europeas que había ganado el Occidente hubieran sido compensadas por una inesperada expansión de la Guerra Fría, casi simultáneamente, en varios frentes amplios, en ninguno de los cuales parecían favorables las perspectivas.

La primera de éstas residía en el dominio de la tecnología militar. Los norteamericanos habían esperado que su monopolio de la bomba atómica durara unos seis u ocho años: la ventaja desproporcionada de la fuerza convencional del Ejército Rojo no los había preocupado. "Mientras podamos superar en producción al mundo, podamos controlar el mar y podamos atacar tierra adentro con la bomba atómica —observó el secretario de Defensa James Forrestal a fines de 1947—, podemos asumir algunos riesgos que de otra manera serían inaceptables."[49] La premisa fundamental del Plan Marshall había sido que los Estados Unidos podían concentrarse, sin perder seguridad, en la reconstrucción económica de Europa, aplazando cualquier incremento militar que igualara las posibilidades soviéticas. La bomba disuadiría a los rusos en tanto que los norteamericanos revivían —y tranquilizaban— a los europeos.

Sin embargo, el 29 de agosto de 1949, la Unión Soviética logró su propia bomba. Stalin no autorizó ningún anuncio público de la prueba con éxito, que se hizo en el desierto de Kazajstán, pero en unos días los vuelos de examen aéreo que los norteamericanos habían iniciado hacía apenas poco tiempo, empezaron a identificar precipitación radiactiva, indicador inconfundible de que había estallado una bomba atómica en territorio

soviético. Sorprendidos de que esto hubiera ocurrido tan pronto, pero temiendo fugas si trataba de callar la evidencia, Truman mismo reveló la existencia de la primera arma nuclear soviética el 23 de septiembre. El Kremlin entonces lo confirmó.

Las implicaciones, para los norteamericanos, eran serias. Sin su monopolio atómico, la administración Truman tendría que considerar el mejoramiento de las fuerzas convencionales, posiblemente hasta estacionando algunas permanentemente en Europa, contingencia que no tenía en cuenta el Tratado del Atlántico Norte. Tendría que fabricar más bombas atómicas si había de mantener un nivel superior al de la urss, cuantitativa y cualitativamente. Y se encontró ponderando una posibilidad, la tercera y más draconiana, cuya existencia los científicos norteamericanos revelaron a Truman sólo en este momento: el intento de fabricar lo que entonces se llamaba una "superbomba" —una bomba termonuclear o "de hidrógeno" en la terminología actual — que sería cuando menos mil veces más poderosa que las armas que habían devastado Hiroshima y Nagasaki.

Al final, Truman aprobó las tres posibilidades. Tranquilamente autorizó una producción acelerada de bombas atómicas: cuando la prueba soviética, los Estados Unidos tenían menos de 200 en su arsenal, no bastantes, según había señalado un estudio del Pentágono, para estar seguros de derrotar a la Unión Soviética si llegaba una guerra real.[50] Anunció entonces, el 31 de enero de 1950, que los Estados Unidos seguirían adelante con el proyecto de la "superbomba". La opción a la que Truman se opuso más tiempo era un incremento en las fuerzas norteamericanas convencionales, principalmente a causa de su costo. Producir más bombas atómicas, incluso bombas de hidrógeno, seguiría siendo más barato que cuánto costaría llevar el ejército, la armada y la fuerza aérea a algo que se aproximara a los niveles de la segunda Guerra Mundial. Truman, que había esperado un "dividendo de la paz" que le permitiera equilibrar el presupuesto

federal después de años de déficit, había asumido un riesgo muy grande con el Plan Marshall, que comprometía a los Estados Unidos para invertir casi 10% de los gastos gubernamentales anuales en la reconstrucción de Europa. Era claro que habría que dar algo —solvencia fiscal, milicia aumentada, vuelta a la vida de Europa—: no sería posible salir al paso de todas estas prioridades y vérselas con las nuevas inseguridades creadas por el avance de la bomba atómica soviética.

Una expansión adicional, pero simultánea, de la Guerra Fría ocurrió en el Asia oriental, donde el 1o de octubre de 1949 —una semana después del anuncio por Truman de la bomba atómica soviética— un Mao Zedong victorioso proclamaba la formación de la República Popular de China. La celebración que organizó en la plaza de Tiananmen, de Beijing, señaló el fin de una guerra civil entre los nacionalistas chinos y los comunistas, que llevaba casi un cuarto de siglo. El triunfo de Mao sorprendió tanto a Truman como a Stalin, quienes habían supuesto que los nacionalistas, bajo su jefe desde hacía mucho, Chiang Kai-shek, continuaría mandando en China después de la segunda Guerra Mundial. No se había previsto la posibilidad de que, a los cuatro años de la rendición de Japón, los nacionalistas huirían a la isla de Taiwán y el comunismo se prepararía para gobernar a la nación más populosa del mundo.

¿Significaba esto que China se convertiría ahora en satélite soviético? Impresionado por lo que había sucedido en Yugoslavia, Truman y sus consejeros pensaron que no. "Moscú se enfrenta a una tarea considerable tratando de poner a los comunistas chinos bajo su completo control —concluía el Departamento de Estado a fines de 1948— aunque no sea sino por la razón de que Mao Tse-tung lleva atrincherado en el poder cerca de 10 veces el tiempo que lleva Tito."[51] Tanto Mao como Tito habían dominado largamente sus respectivos partidos comunistas, ambos los habían llevado a la victoria en guerras civiles que ha-

bían coincidido en parte con la guerra mundial, ambos habían logrado sus victorias sin ayuda de la Unión Soviética. Teniendo en cuenta las ventajas inesperadas que había proporcionado la ruptura de Tito con Stalin, los funcionarios norteamericanos se consolaron con el argumento de que la "pérdida" de China en favor del comunismo no equivaldría a una "ganancia" para la Unión Soviética. Mao, pensaron, bien podía volverse el "Tito asiático": así, la administración no se comprometió a defender Taiwán, a pesar del hecho de que el poderoso "cabildeo chino", pro Chiang del Congreso lo solicitaba. Los Estados Unidos, tal como lo planteó el secretario de Estado Acheson, sencillamente "esperaría hasta que se asiente el polvo".[52]

El comentario no era inteligente, ya que Mao no tenía la intención de seguir el ejemplo de Tito. A pesar de haber construido su propio movimiento, con poca ayuda de Moscú, el dirigente chino era un marxista-leninista ferviente, que estaba más que dispuesto a dejar que Stalin fuese la cabeza del movimiento comunista internacional. La nueva China, anunció en junio de 1949, debe aliarse "con la Unión Soviética […] y con el proletariado y las nutridas masas del pueblo en todos los demás países, formando un frente internacional unido… Debemos inclinarnos a un lado".[53]

Las razones de Mao tenían que ver primero con la ideología: el marxismo-leninismo le proporcionó una manera de ligar su revolución a la que consideraba más afortunada de toda la historia: la Revolución bolchevique de 1917. La dictadura de Stalin proporcionó otro útil precedente, pues así era como Mao aspiraba a gobernar China. Mao también se sintió traicionado por los norteamericanos. Había dado la bienvenida a los contactos de tiempo de guerra con ellos, pero pronto decidió que ellos mismos estaban "apoyando" al bando de Chiang Kai-shek, y continuaban proporcionándole asistencia militar y económica; Mao no logró entender que la administración Truman estaba hacien-

do esto a regañadientes, bajo presión de la camarilla china, mucho después de haberse convencido de que Chiang no podía imponerse. El nuevo líder comunista chino concluyó que Truman estaba preparando una invasión del continente para poner de nuevo a los nacionalistas en el poder. Preocupados con la reconstrucción europea, acosados de angustias acerca de su propia debilidad militar convencional, los norteamericanos, demasiado dilatados, no planeaban semejante cosa. Pero los temores de Mao de que podrían hacerlo, junto con su determinación de demostrar sus calidades revolucionarias y emular la dictadura de Stalin, bastaban para hacerlo descender con firmeza del lado soviético.[54]

"Inclinarse a un lado" fue a su vez un anuncio que entonces alimentó temores dentro de los Estados Unidos de que, aunque Tito representara lo contrario, el comunismo internacional era verdaderamente un movimiento monolítico dirigido desde Moscú. Tal vez Stalin había aspirado a que la victoria comunista china fuera su propio "segundo frente" en la Guerra Fría, en caso de que su estrategia en Europa no funcionara. "Este gobierno chino es realmente una herramienta del imperialismo ruso", admitió Acheson poco después de que Mao adquiriera el poder.[55] No hay pruebas de que Stalin tuviera tal estrategia en grande y a largo plazo en Asia, pero en seguida vio oportunidades en el triunfo de Mao y buscó maneras de poder explotarlas.

El primer movimiento de Stalin, en forma poco característica, fue ofrecer disculpas a los camaradas chinos por haberlos subestimado: "Nuestras opiniones no son siempre correctas", dijo a una delegación visitante de Beijing en julio de 1949. Pasó, no obstante, a proponer el "segundo frente" que los norteamericanos habían temido.

> Debe haber alguna división del trabajo entre nosotros […] La Unión Soviética no puede […] tener la misma influencia y [en Asia] como China está en condicio-

nes de conseguirlo […] Igualmente, China no puede tener la misma influencia que la Unión Soviética tiene en Europa. Así, para los intereses de la revolución internacional […] pueden ustedes tomar mayor responsabilidad en el trabajo en el Oriente […] y nosotros asumiremos mayor responsabilidad en el Occidente […] En una palabra, éste es nuestro deber inevadible.[56]

Mao era dócil, y así, en diciembre de 1949, hizo el largo viaje a Moscú, el primer viaje en su vida fuera de China, para ver al líder del movimiento comunista mundial y elaborar una estrategia común. La visita duró dos meses y finalmente produjo un Tratado Sino-Soviético, más o menos análogo al Tratado del Atlántico Norte firmado casi un año antes, en el cual los dos Estados comunistas se comprometieron para prestar asistencia al otro en caso de ataque.

Fue precisamente en este punto, mientras Mao estaba en Moscú y Truman tomaba su decisión de fabricar una bomba de hidrógeno, cuando aparecieron dos casos notables de espionaje: uno en los Estados Unidos y el otro en Gran Bretaña. El 21 de enero, un anterior funcionario del Departamento de Estado, Alger Hiss, fue condenado por perjurio, por haber negado bajo juramento que había sido agente soviético hacia fines de los años treinta y principios de la siguiente década. Tres días después, el gobierno británico reveló que un científico alemán emigrado, Klaus Fuchs, había confesado haber espiado para los rusos mientras trabajaba en el Proyecto Manhattan de tiempo de guerra.

La preocupación acerca del espionaje no era nada nuevo: durante la guerra se habían dado alegatos de espionaje soviético, y para 1947 Truman estaba suficientemente afectado como para emprender un programa de verificación de "lealtad" dentro de su administración. Sin embargo, no hubo confirmación clara de espionaje, hasta los anuncios simultáneos de la condena de Hiss y de la confesión de Fuchs. No hacía falta un gran salto para concluir, con harta exactitud, según resultó, que los espías habían hecho posible que la Unión Soviética lograra tan rápida-

mente producir su propia bomba atómica.[57] ¿Habían facilitado también la victoria de Mao en China? El curso de los acontecimientos parecía demasiado desastroso para haberse dado sencillamente por coincidencia. En la mente de los críticos de la administración, un número perturbador de puntos empezaban a conectarse.

El más visible buscador de estos puntos fue el senador Joseph McCarthy, un republicano por Wisconsin hasta entonces oscuro, quien en febrero de 1950 comenzó a plantear la pregunta de cómo la Unión Soviética habría conseguido la bomba atómica tan rápidamente en un tiempo en que los comunistas estaban con igual velocidad apoderándose de China. La respuesta, según acusaba —ante el foro improbable del Club Republicano de Mujeres Carretilleras, Virginia occidental—, no era

> a causa de que el enemigo mandara hombres para invadir nuestras playas, sino más bien a causa de las acciones traicioneras de aquellos […] que han disfrutado de todos los beneficios que la nación más opulenta del mundo ha ofrecido, las mejores casas, la mejor educación superior, y los mejores trabajos en el Gobierno que podemos dar.[58]

La administración Truman pasó varios meses poniendo en jaque las denuncias de McCarthy, que empezaban incluso a forzar la credulidad conforme el senador se afanaba desesperadamente en sustanciarlas. Por muy malas cosas que fueran, una explicación que alegaba traición en altos puestos parecía más allá del dominio de lo plausible, hasta que el 25 de junio de 1950, Corea del Norte lanzó una invasión de Corea del Sur.

VII

Corea, igual que Alemania, había sido ocupada conjuntamente por fuerzas soviéticas y norteamericanas después de la segunda

Guerra Mundial. La nación se había vuelto parte del Imperio japonés desde 1910, y cuando la resistencia japonesa repentinamente se desplomó en el verano de 1945, el Ejército Rojo que había planeado invadir Manchuria encontró abierto el camino también a Corea septentrional. El camino también estaba abierto, en Corea meridional, para algunas de las tropas norteamericanas cuya misión inicial había sido invadir las islas donde residían los japoneses. La península fue ocupada, por lo tanto, más por accidente que con un propósito: esto explica probablemente el hecho de que Moscú y Washington lograran convenir sin dificultad en que el paralelo 38, que partía la península en dos, serviría como línea de demarcación mientras se creaba un gobierno coreano único y luego se retiraran las fuerzas de ocupación.

Estas retiradas se realizaron en 1948-1949, pero no había acuerdo acerca de quién manejaría el país. En vez de esto, permaneció dividido, con una República de Corea apoyada por los Estados Unidos que controlaba el sur en virtud de una elección sancionada por las Naciones Unidas, en tanto que la República Democrática de Corea, con apoyo soviético, gobernaba el norte, donde no hubo elecciones. Lo único que unificaba el país por entonces era una guerra civil, en que cada bando pretendía ser el gobierno legítimo y amenazaba con invadir el otro.

Ninguno pudo hacerlo, sin embargo, sin apoyo de una superpotencia. Los norteamericanos lo negaron a sus aliados de Corea del Sur, principalmente porque la administración Truman había decidido liquidar todas las posiciones en el Asia continental y concentrar la defensa de las plazas fuertes insulares, como Japón, Okinawa y las Filipinas, si bien no Taiwán. El presidente de Corea del Sur, Syngman Rhee, buscó repetidamente apoyo de funcionarios de Washington para sus ambiciones de liberar el norte, así como del general Douglas MacArthur, el comandante de las fuerzas de ocupación de los Estados Unidos en Japón, pero nunca lo consiguió. Una de las razones de que los norte-

americanos retiraran sus tropas de Corea del Sur, de hecho, fue su temor de que el impredecible Rhee pudiera "marchar hacia el norte" y así arrastrarlos a una guerra que no deseaban.[59]

El correlato de Rhee en Corea del Norte, Kim Il-sung, tenía intenciones análogas a propósito del sur, y durante un tiempo una experiencia parecida con su superpotencia patrocinadora. Había buscado apoyo repetidamente en Moscú para una campaña militar que unificase a Corea, y repetidamente había sido rechazado, hasta enero de 1950, cuando otra demanda logró una respuesta más animadora. La causa de esta diferencia, al parecer, era el convencimiento de Stalin de que ahora era factible un "segundo frente" en Asia oriental, que podría ser creado por mandatarios, reduciendo así al mínimo el riesgo para la URSS, y que los norteamericanos no respondieran. No habían hecho nada, después de todo, para salvar a los nacionalistas chinos, y el 12 de enero de 1950, el secretario de Estado Acheson había incluso anunciado públicamente que el "perímetro defensivo" norteamericano no se extendía a Corea del Sur. Stalin leyó la conferencia cuidadosamente, así como (cortesía de los espías británicos) el estudio, máximamente secreto, del Consejo de Seguridad Nacional en que se basaba, y autorizó a su ministro de Relaciones, Molotov, a discutirlo con Mao Zedong. El líder soviético informó entonces a Kim Il-sung de que "de acuerdo con información procedente de los Estados Unidos […] el talante que prevalece no debe interferir". Kim, a su vez, aseguró a Stalin que "el ataque será rápido y la guerra se ganará en tres días".[60]

La "luz verde" de Stalin para Kim Il-sung era parte de la estrategia más amplia para captar oportunidades en el Asia oriental que había discutido con los chinos: poco después de apoyar la invasión de Corea del Sur, también animó a Ho Chi Minh para que intensificara la ofensiva del Vietminh contra los franceses en Indochina. Las victorias en ambos lugares mantendrían el impulso generado por la victoria de Mao el año anterior. Com-

pensarían las trabas que la Unión Soviética había encontrado en Europa, y se opondrían a los evidentes esfuerzos norteamericanos por llevar cada vez más a Japón a su sistema de alianzas militares de posguerra. Una ventaja particular de esa estrategia era que no requeriría implicación soviética directa: los coreanos del norte y el Vietminh tomarían la iniciativa, operando bajo el pretexto de unificar sus respectivos países. Y los chinos, ansiosos todavía por legitimar su revolución ganando la aprobación de Stalin, estaban más que dispuestos a proporcionar apoyo si hacía falta y cuando hiciera falta.[61]

Éstos eran los acontecimientos, pues, que condujeron a la invasión norcoreana de Corea del Sur. Lo que no había previsto Stalin era el efecto que tendría sobre los norteamericanos: este ataque inesperado era un choque casi tan grande como el de Pearl Harbor nueve años antes, y sus consecuencias para la estrategia de Washington eran cuando menos igual de profundas. Corea del Sur, en sí misma y por sí misma, tenía poca importancia para el equilibrio global de poder, pero el hecho de que hubiera sido invadida tan escandalosamente —cruzando el paralelo 38, límite sancionado por las Naciones Unidas— parecía un reto a toda la estructura de la seguridad colectiva de posguerra. Había sido precisamente esta clase de cosa lo que había llevado al desplome del orden internacional durante los años treinta, y al posterior estallido de la segunda Guerra Mundial. Truman casi no necesitaba pensar qué hacer: "No podemos humillar a las Naciones Unidas", dijo repetidamente a sus consejeros.[62] Su administración sólo necesitó horas para decidir que los Estados Unidos acudirían en defensa de Corea del Sur, y que lo haría no sólo bajo su propia autoridad, sino también la de las Naciones Unidas.

Pudo hacerse tan rápidamente por dos razones. La primera fue que había un ejército norteamericano convenientemente estacionado cerca, ocupando Japón, hecho que Stalin parece haber

descuidado; la segunda —otro descuido por parte de Stalin— fue que no había representante soviético presente en el Consejo de Seguridad para vetar la acción de las Naciones Unidas: había sido retirado algunos meses antes, como protesta contra la negación por parte de la organización de acoger a los comunistas chinos. Con la aprobación de las Naciones Unidas, pues, la comunidad internacional se movilizó en unos días para contrarrestar esta nueva amenaza a la seguridad internacional, otra respuesta que Moscú no había previsto.

La respuesta, claro está, casi fracasó, las tropas norteamericanas y sudcoreanas fueron forzadas a retirarse al extremo sudeste de la península coreana y podrían haber tenido que evacuarla totalmente si no hubiera sido por una brillante maniobra militar debida al general MacArthur, comandante de las Naciones Unidas, quien sorprendió a los norcoreanos con un atrevido desembarco anfibio en Inchon, cerca de Seúl, a mediados de septiembre. Pronto había atrapado al ejército norcoreano debajo del paralelo 38, y sus fuerzas avanzaban casi sin oposición en Corea del Norte. Sacudido por esta sucesión de acontecimientos, Stalin estaba a punto de aceptar perder la guerra, pese a la perspectiva de los norteamericanos ocupando la propia Corea del Norte, que topaba directamente con China y la Unión Soviética: "Qué importa —comentó fatigado—. Que así sea […] Que los norteamericanos sean nuestros vecinos".[63]

Sin embargo, quedaba la cuestión de qué harían los chinos. Mao había apoyado la invasión de Corea del Sur y aún antes del desembarco de Inchon, que previó, y advirtió a Kim Il-sung que se preparara, había empezado a mover tropas desde la costa china frente a Taiwán hasta el límite con Corea del Norte. "No dejaremos de asistir a los coreanos", comunicó a sus consejeros a principios de agosto. "Debemos darles la mano, enviándoles nuestros voluntarios militares."[64] A Washington le preocupaba la posibilidad de una intervención china, y por esta razón Tru-

man ordenó a MacArthur no avanzar todo el camino hasta el río Yalú, que formaba la frontera sino-coreana. Mientras tanto, el Departamento de Estado, a través de varios intermediarios, buscaba disuadir a los chinos alzando la perspectiva de un número horrendo de bajas. Mao, durante cierto tiempo, encontró dificultades para convencer a sus propios consejeros de que sería necesario intervenir, un hecho que llevó a Stalin, a principios de octubre, a participar a Kim Il-sung que debería evacuar Corea del Norte por completo. Poco después, no obstante, se impuso Mao y pudo informar a los rusos y norcoreanos que los chinos llegarían pronto a rescatarlos.[65]

Así fue como, a fines de noviembre de 1950, dos ejércitos, una vez más, se enfrentaron a través de un río, con una precaución que esta vez no acabó disolviéndose en vítores, apretones de manos, bebida, bailes y esperanza. "¡Pensé que ganábamos la guerra!", recordaba un oficial del ejército norteamericano. "El día de Acción de Gracias llegó, y tuvimos toda la comida […] que se acostumbraba en esta fecha cuando estábamos en casa […] En aquella ocasión nos acercábamos al río Yalú y eso significaba regreso a la patria."[66] En este caso, sin embargo, el ejército del otro lado del río tenía otras ideas. "Debemos —había explicado su comandante, Mao Zedong, a Stalin— resolver el conflicto [coreano], esto es, eliminar las tropas de los EUA dentro de Corea y expulsarlas, al igual que las fuerzas agresivas de otros países."[67] El 26 de noviembre unos 300 000 chinos empezaron a cumplir este compromiso, tocando trompetas, con ataques de oleadas humanas y todas las ventajas de la sorpresa. Dos días después MacArthur informó al equipo de jefes unidos que "nos enfrentamos a una guerra enteramente nueva".[68]

VIII

La victoria en la segunda Guerra Mundial no trajo consigo sensación de seguridad, por lo tanto, a los triunfadores. Ni los Estados Unidos, ni Gran Bretaña, ni la Unión Soviética, al final de 1950, podían considerar que las vidas y tesoros que habían gastado para derrotar a Alemania y Japón los hubiesen hecho más seguros: los miembros de la Gran Alianza eran ahora adversarios en la Guerra Fría. Los intereses no habían resultado compatibles; las ideologías permanecieron polarizando, como lo habían hecho antes de la guerra; los temores de ataque por sorpresa continuaban acosando a los establecimientos militares en Washington, Londres y Moscú. Una competencia que empezó a propósito del destino de la Europa de posguerra se había difundido ahora a Asia. La dictadura de Stalin seguía siendo igual de áspera, confiada a las purgas, como siempre había sido; pero con el surgimiento del macartismo en los Estados Unidos y con la evidencia irrefutable de que había intervenido espionaje en ambos lados del Atlántico, no era nada claro que las democracias occidentales mismas pudieran conservar la tolerancia para disentir y el respeto a las libertades civiles que las distinguía de los dictadores, ya fueran de la variedad fascista o de la comunista.

"La realidad de las cosas es que hay una pizca de totalitarismo sepultada en algún lugar, hondo, en todos y cada uno de nosotros", dijo Kennan a los estudiantes del Colegio Nacional de Guerra en 1947. "Es solamente la luz gozosa de la confianza y la seguridad la que retiene a este genio malo enterrado […] Si la confianza y la seguridad desaparecieran, no crean que siguiera esperando para ocupar su lugar."[69] Esta advertencia venida del fundador de la contención —que el enemigo que debía ser contenido podría residir dentro de los beneficiarios de la libertad al igual que entre sus enemigos— mostró cuánto se había difundido el temor en un orden internacional de posguerra en el cual tanto se había confiado. Ayuda a explicar por qué el *1984* de Orwell, cuando apareció en 1949, se volvió un triunfo literario

instantáneo.[70]

La visión de Orwell, sin embargo, suponía por lo menos un porvenir, por lamentable que pudiera ser. Kennan, a principios de 1950, se preocupaba de que pudiera *no haber* un porvenir. En un memorándum máximamente secreto preparado, pero no apreciado para la administración de Truman, afirmó que el uso de la fuerza había sido históricamente "un medio para un fin diferente de la guerra […] un fin que al menos no negaba el principio de la vida misma". Las bombas atómica y de hidrógeno, sin embargo, no tenían esta cualidad:

> Alcanzan hacia atrás más allá de las fronteras de la civilización occidental, hasta los conceptos de guerra que en otro tiempo eran familiares a las hordas asiáticas. No pueden realmente reconciliarse con un propósito político dirigido a dar forma, más bien que destruir, las vidas del adversario. No logran tomar en cuenta la responsabilidad última de los hombres uno hacia otro, y aun para los errores y equivocaciones de uno y otro. Implican la admisión de que el hombre no sólo puede ser sino que es su enemigo peor y más terrible.

La lección, insistía Kennan, era de Shakespeare:

> El poder en voluntad, la voluntad en apetito
> y el apetito, un lobo universal,
> así doblemente secundado por voluntad y poder,
> debe por fuerza hacer una presa universal
> y al final devorarse a sí mismo.[71]

[Notas]

---

[1] Entrevistas, CNN *Cold War*, Episodio 1, "Comrades, 1917-1945".

[2] Alexander Werth, *Russia at War: 1941-1945* (Nueva York: E. P. Dutton, 1964), p. 1045. Las cifras de bajas británicas y norteamericanas proceden de *Britannica Online*. La cifra soviética viene de Vladimir O. Pechatnov y C. Earl Edmondson, "The Russian Perspective", en Ralph B. Levering, Vladimir O. Pechatnov, Verena Botzenhart-Viehe y C. Earl Edmondson, *Debating the Origins of the Cold War: American and Russian Perspectives* (Nueva York: Rowman & Littlefield, 2002), p. 86.

[3] Warren F. Kimball, *The Juggler: Franklin Roosevelt as Wartime Statesman* (Princeton: Princeton University Press, 1991), pp. 97-99.

[4] George F. Kennan, *Memoirs: 1925-1950* (Boston: Atlantic-Little, Brown, 1967), p. 279.

[5] Véase, sobre este asunto, Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives* (Nueva York: Knopf, 1992), p. 464.

[6] Pechatnov y Edmondson, "The Russian Perspective", p. 92.

[7] Geoffrey Roberts, "Stalin and Soviet Foreign Policy", en Melvyn P. Leffler y David S. Painter, eds., *Origins of the Cold War: An International History*, 2a. ed. (Nueva York: Routledge, 2005), pp. 42-57.

[8] *Ibid*., p. 51.

[9] John Lewis Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947* (Nueva York: Columbia University Press, 1972), p. 190.

[10] Iósif Stalin, *Economic Problems of Socialism in the USSR* (Moscú: Casa Editora en Lenguas Extranjeras, 1952), extracto en Robert V. Daniels, ed., *A Documentary History of Communism*, edición revisada (Hanover, New Hampshire: University Press of New England, 1984), ii, 172.

[11] Registro de la conversación Stalin-Thorez, 18 de noviembre de 1947, en Levering, *et al., Debating the Origins of the Cold War*, p. 174.

[12] El comentario de Paine viene de su folleto de 1776, *Common Sense*, extractado en Dennis Merrill y Thomas G. Paterson, eds., *Major Problems in American Foreign Policy*, 6a. ed. (Nueva York: Houghton Mifflin, 2005), I, 34.

[13] Discurso de John Quincy Adams, 4 de julio de 1821, en *ibid*., I, 132.

[14] Alocución al Congreso, 2 de abril de 1917, en *ibid*., I, 431.

[15] Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945* (Nueva York: Oxford University Press, 1979), p. 70.

[16] Discurso ante la Asamblea Internacional de Estudiantes, 3 de septiembre de 1942, en Samuel I. Rosenman, ed., *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt* (Nueva York: Random House, 1941-1950), XI, 353.

[17] Roy Jenkins, *Churchill: A Biography* (Nueva York: Farrar, Straus y Giroux, 2001), pp. 350-351.

[18] Vojtech Mastny, *Russia's Road to the Cold War: Diplomacy, Warfare, and the Politics of Communism, 1941-1945* (Nueva York: Columbia University Press, 1979), pp. 156-162.

[19] Nikolai Novikov al Ministerio del Exterior soviético, 27 de septiembre de 1946, en Kenneth M. Jensen, ed., *Origins of the Cold War: The Novikov, Kennan, and Roberts "Long Telegrams" of 1946*, edición revisada (Washington: United States Institute of Peace, 1993), pp. 3-4.

[20] Mastny, *Russia's Road to the Cold War*, p. 270. Para el acuerdo Stalin-Churchill, véase Kimball, *The Juggler*, pp. 160-164.

[21] Pechatnov y Edmondson, "The Russian Perspective", p. 98.

[22] W. Averell Harriman y Elie Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946* (Nueva York: Random House, 1975), p. 444.

[23] Pechatnov y Edmondson, "The Russian Perspective", p. 109.

[24] Norman M. Naimark, *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1995), pp. 69-140.

[25] Tsuyoshi Hasegawa, *Racing the Enemy: Stalin, Truman, and the Surrender of Japan* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2005), proporciona la descripción más reciente.

[26] Para un relato detallado de las operaciones David Greenglass-Julius Rosenberg y Klaus Fuchs, véase Richard Rhodes, *Dark Sun: The Making of the Hydrogen Bomb* (Nueva York: Simon and Schuster, 1995), pp. 27-198. El tercer esfuerzo, de Ted Hall, es brevemente discutido en Kai Bird y Martin J. Sherwin, *American Prometheus: The Triumph and Tragedy of J. Robert Oppenheimer* (Nueva York: Knopf, 2005), pp. 286-287, y en una entrevista con Hall en CNN *Cold War*, Episodio 21, "Spies".

[27] Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Nueva York: Knopf, 2004), p. 502.

[28] *Idem*.

[29] Stalin a Molotov, Beria, Mikoyan y Malenkov, 9 de diciembre de 1945, en Levering *et al., Debating the Origins of the Cold War*, p. 155.

[30] Para más al respecto, véase Robert Jervis, *Perception and Misperception in International Politics* (Princeton: Princeton University Press, 1976), pp. 62-67.

[31] Albert Resis, ed., *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics: Conversations with Felix Chuev* (Chicago: Ivan R. Dee, 1993), p. 8.

[32] *Ibid*., p. 73.

[33] Para más acerca de estas crisis, véase Fernande Scheid Raine, "The Iranian Crisis of 1946 and the Origins of the Cold War", en Leffler y Painter, eds., *Origins of the Cold War*, pp. 93-111, y Eduard Mark, "The Turkish War Scare of 1946", en *ibid*., pp. 112-133.

[34] Kennan, *Memoirs: 1925-1950*, pp. 292-295.

[35] Kennan al Departamento de Estado, 22 de febrero de 1946, Departamento de Estado de los EUA, *Foreign Relations of the United States* [en adelante *FRUS*]: *1946*, VI, 699-700; "X" [George F. Kennan], "The Sources of Soviet Conduct", *Foreign Affairs*, 25 (julio de 1947), 575, las cursivas son del autor.

[36] Pechatnov y Edmondson, "The Russian Perspective", p. 116.

[37] Novikov al Ministerio del Exterior soviético, 27 de septiembre de 1946, en Jensen, ed., *Origins of the Cold War: The Novikov, Kennan, and Roberts "Long Telegrams" of 1946*, pp. 3-16.

[38] Viktor L. Mal'kov, "Commentary", en *ibid*., p. 75.

[39] Charles E. Bohlen, *Witness to History: 1929-1969* (Nueva York: Norton, 1973), p. 263.

[40] *Public Papers of the Presidents of the United States: Harry S. Truman, 1947* (Washington: Government Printing Office, 1963), pp. 178-179.

[41] Yoram Gorlizki y Oleg Khlevniuk, *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945- 1953* (Nueva York: Oxford University Press, 2004), pp. 35-36.

[42] Kennan, *Memoirs: 1925-1950*, p. 326.

[43] John Lewis Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History* (Nueva York: Oxford University Press, 1997), pp. 41-42.

[44] Montefiore, *Stalin*, p. 569.

[45] John A. Armitage, "The View from Czechoslovakia", en Thomas T. Hammond, ed., *Witnesses to the Origins of the Cold War* (Seattle: University of Washington Press, 1982), pp. 225-226.

[46] Nikita S. Jruschov, *Khrushchev Remembers*, traducido y editado por Strobe Talbott (Nueva York: Little Brown, 1970), p. 411 n.

[47] John Lewis Gaddis, *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War* (Nueva York: Oxford University Press, 1987), pp. 158-159.

[48] Pechatnov y Edmondson, "The Russian Perspective", p. 139.

[49] James V. Forrestal a Chan Gurney, 8 de diciembre de 1947, en Walter Millis, ed., *The Forrestal Diaries* (Nueva York: Viking, 1951), pp. 350-351.

[50] Gaddis, *The Long Peace*, pp. 111-112.

[51] PPS/39, "United States Policy Toward China", 7 de septiembre de 1948, *FRUS: 1948*, VIII, 148.

[52] James Chace, *Acheson: The Secretary of State Who Created the Modern World* (Nueva York: Simon & Schuster, 1998), p. 217.

[53] Chen Jian, *Mao's China and the Cold War* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001), p. 50.

[54] Gaddis, *We Now Know*, pp. 58-66.

[55] Marc Selverstone, " 'All Roads Lead to Moscow': The United States, Great Britain, and the Communist Monolith", disertación doctoral, Universidad de Ohio, Departamento de Historia, 2000, p. 380.

[56] Gaddis, *We Now Know*, pp. 66-67.

[57] *Ibid*., p. 94.

[58] David M. Oshinsky, *A Conspiracy So Immense: The World of Joe McCarthy* (Nueva York: Free Press, 1983), pp. 108-109.

[59] Gaddis, *The Long Peace*, p. 96.

[60] Kathryn Weathersby, "Stalin and the Korean War", en Leffler y Painter, eds., *Origins of the Cold War*, pp. 274-275.

[61] Gaddis, *We Now Know*, pp. 66-70 y 158-161.

[62] Gaddis, *The Long Peace*, p. 97.

[63] Montefiore, *Stalin*, p. 608.

[64] Chen Jian, *China's Road to the Korean War: The Making of the Sino-American Confrontation* (Nueva York: Columbia University Press, 1994), p. 143. Véase también Shu Guang Zhang, *Mao's Military Romanticism: China and the Korean War, 1950-1953* (Lawrence: University Press of Kansas, 1995), pp. 55-86.

[65] Gaddis, *We Now Know*, pp. 79-80.

[66] Entrevista con el teniente coronel Charles Bussey, U.S. Army 24th Infantry Regiment, CNN *Cold War*, Episodio 5, "Korea".

[67] Zhang, *Mao's Military Romanticism*, p. 78.

[68] D. Clayton James, *The Years of MacArthur: Triumph and Disaster, 1945-1964* (Boston: Houghton Mifflin, 1985), p. 536.

[69] Kennan, *Memoirs: 1925-1950*, pp. 319.

[70] Michael Shelden, *Orwell: The Authorized Biography* (Nueva York: HarperCollins, 1991), p. 430.

[71] "International Control of Atomic Energy", 20 de enero de 1950, en Thomas H. Etzold y John Lewis Gaddis, eds., *Containment: Documents on American Policy and Strategy, 1945-1950* (Nueva York: Columbia University Press, 1978), p. 380. El pasaje viene de *Troilo y Cresida.*

II. BOTES SALVAVIDAS Y SALVA-MUERTES

> PRESIDENTE TRUMAN: Daremos los pasos que sean necesarios para enfrentarnos a la situación militar, como siempre lo hemos hecho.
>
> REPORTERO: ¿Incluiría eso la bomba atómica?
>
> PRESIDENTE TRUMAN: Incluye cualquier arma que tengamos […] El comandante militar en el frente se encargará del uso de las armas, como siempre lo ha hecho.
>
> Conferencia de prensa presidencial
> 30 de noviembre de 1950[1]

El Ejército de Voluntarios del Pueblo Chino —por usar el título oficial aunque inexacto— había empezado a cruzar el río Yalú subrepticiamente a mediados de octubre. Para fines de noviembre estaba dispuesto, y cuando las fuerzas de las Naciones Unidas, constituidas principalmente por tropas norteamericanas y sudcoreanas, se acercaban a la frontera con Corea del Norte, los chinos atacaron súbitamente, con resultados devastadores. El día de la conferencia de prensa de Truman, los ejércitos del general MacArthur estaban retirándose ante el empuje abrumador del enemigo, y en Washington se estaban considerando medidas desesperadas para salvar la situación.

El 2 de diciembre, actuando bajo la autoridad delegada por Truman, MacArthur ordenó a la Fuerza Aérea de los Estados Unidos que dejara caer cinco bombas atómicas del tamaño de la de Hiroshima sobre las columnas chinas que avanzaban península coreana abajo. Aunque no tan efectivas como habían sido contra las ciudades japonesas al final de la segunda Guerra

Mundial, los estallidos resultantes y lluvias de fuego detuvieron la ofensiva. Unos 150 000 soldados chinos fueron muertos en el ataque, junto con un número desconocido de prisioneros de guerra norteamericanos y sudcoreanos. Los aliados de la OTAN rápidamente condenaron la acción de MacArthur, que éste había tomado sin consultarlos, y sólo un veto norteamericano evitó que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas invirtiera inmediatamente la decisión de aquel cuerpo, hecha seis meses antes, autorizando la acción militar en defensa de Corea del Sur. La Unión Soviética, bajo intensa presión de su aliado chino para que respondiera con sus propias armas atómicas, planteó a los Estados Unidos un ultimátum de ocho horas para que detuviera todas las operaciones militares en la península coreana, o se enfrentase a "las más graves consecuencias".

Cuando, el 4 de diciembre, pasó este tope, dos bombarderos soviéticos despegaron de Vladivostok, equipado cada uno con una bomba atómica primitiva pero cabalmente eficaz. Sus blancos eran las ciudades sudcoreanas de Pusan e Inchon, ambas puertos críticos que abastecían a las fuerzas de las Naciones Unidas. Poco quedó después de que las bombas cayeron. Enfrentado con doble de bajas infligidas en los ataques que había ordenado contra los chinos con una ruptura completa de su cadena logística, MacArthur ordenó que los bombarderos norteamericanos con base en Japón lanzaran bombas atómicas sobre Vladivostok, así como en las ciudades chinas de Shenyang y Harbin. Las noticias de estos ataques hicieron que estallaran motines antinorteamericanos en todo Japón, que estaba al alcance de los bombarderos soviéticos, en tanto que Inglaterra, Francia y los países del Benelux anunciaban su retirada formal de la alianza de la OTAN. No antes, sin embargo, que se reportaran nubes como hongos sobre las ciudades alemanas occidentales de Francfort y Hamburgo, y así, por parafrasear a Kurt Vonnegut, podría haber sido.[2]

Sin embargo, no fue así. Sólo el intercambio de conferencias de prensa y los acontecimientos descritos en el primer párrafo ocurrieron realmente. Los siguientes dos son ficción. La administración Truman, de hecho, se lanzó a tranquilizar a la prensa, al país, a sus aliados y aun a sus enemigos, de que las palabras del presidente habían sido mal elegidas, que *no* tenía planes de usar armas atómicas en Corea, y que cualquier decisión para invertir dichos planes sólo la haría el comandante en jefe. A pesar del choque militar más humillante desde la Guerra Civil, los Estados Unidos decidieron mantener limitada la Guerra de Corea, aunque significara un empate indefinido. Cuando, en abril de 1951, se volvió claro que MacArthur no estaba de acuerdo con esta política, Truman lo despidió en seguida.

La lucha en Corea perduró otros dos años, en condiciones próximas a las de la primera Guerra Mundial. Para cuando los chinos, los norteamericanos y sus respectivos aliados coreanos consiguieron por fin convenir en un armisticio, en julio de 1953, la guerra había dejado devastada la península, sin triunfo claro de ningún bando: el límite entre las dos Coreas apenas se había desplazado de donde estaba en 1950. De acuerdo con estadísticas oficiales, 36 568 norteamericanos murieron en combate. No es posible una especificidad así para calcular otras pérdidas, pero es probable que unos 600 000 soldados chinos y bastante más de un millón de coreanos, personal civil y militar, perecieron durante los tres años de lucha.[3] El único resultado decisivo de la guerra fue el precedente que sentó: que podía haber un conflicto sangriento y prolongado que implicara a naciones armadas con armas atómicas, y que podían optar por no usarlas.

I

El totalitarismo no fue, en modo alguno, la única cosa que el mundo temería cuando concluyó la guerra global en 1945. Precisamente las armas que habían causado la rendición japonesa, las bombas atómicas norteamericanas que realmente fueron lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, causaron tanta preocupación como satisfacción, porque ahora era posible que una sola bomba devastara una ciudad entera ¿qué podría implicar para guerras futuras? Ha habido pocos ejemplos en el pasado de armas que fueron desarrolladas pero no usadas: el único precedente significativo había sido el que no se usara el gas en la segunda Guerra Mundial, consecuencia de su uso, extenso pero imperfectamente controlado, en la primera. Virtualmente en todos los demás casos en que se habían inventado armas nuevas, desde los arcos y las flechas, pasando por la pólvora y la artillería hasta los submarinos y bombarderos, se habían encontrado ocasiones en las cuales emplearlas.

Las bombas atómicas, sin embargo, diferían de cualquier arma anterior. Eran, como lo señaló en 1946 el estratega norteamericano Bernard Brodie, "varios millones de veces más potentes, comparando pesos iguales, que los explosivos más poderosos conocidos antes".[4] Cualquier confianza en ellas muy difundida podía, literalmente, modificar la naturaleza de la guerra, arriesgando no sólo las líneas delanteras, sino también las líneas de abastecimiento, así como los complejos urbanos e industriales que las sostenían. Todas las cosas intervendrían en el campo de batalla.

Se habían hecho guerras desde cualquier época que pudiera apreciarse. Acompañaban a las primeras tribus y campamentos, y persistieron durante la creación de ciudades, naciones, imperios y Estados modernos. Variaban sólo en los recursos disponibles para combatirlos: conforme avanzaba la tecnología, lo mismo crecía la letalidad, con el resultado nada sorprendente de que al hacerse mayores las guerras, sus costos se incrementaron.

La primera guerra de la cual conocemos los detalles —la Guerra del Peloponeso, entre Atenas y Esparta durante el siglo V a. C. — ocasionó probablemente las muertes de unas 250 000 personas. Las dos guerras mundiales del siglo XX bien pueden haber matado 300 veces más. La propensión a la violencia que impulsaba estos conflictos y todos los que siguieron hasta los últimos, siguieron siendo los mismos, según había predicho Tucídides que ocurriría, "porque la naturaleza humana es como es".[5] Lo que provocó la diferencia fueron los "mejoramientos" en las armas, que incrementaron el recuento de cuerpos.

Esta horrible tendencia condujo al gran estratega prusiano, Carl von Clausewitz, quien escribía después de las guerras napoleónicas, para advertir que los Estados que recurrían a una violencia ilimitada podían ser consumidos por ella. Si el objeto de la guerra era asegurar el Estado —¿cómo podría no ser así?— entonces las guerras *tenían* que ser limitadas: esto es lo que Clausewitz quería decir cuando insistía en que la guerra es "una continuación de la actividad política por otros medios […] El objeto político es la meta, la guerra es el modo de alcanzarla, y los medios nunca pueden ser considerados aisladamente de sus propósitos".[6] Los Estados mismos pueden tornarse víctimas de la guerra si las armas acaban por hacerse tan destructivas que pongan en riesgo los propósitos para los cuales se combate en las guerras. Cualquier recurso a la fuerza, en semejantes circunstancias, podría destruir lo que se aspiraba a defender.

Algo parecido ocurrió durante la primera mitad del siglo XX. El imperio alemán, ruso, austro-húngaro y otomano desaparecieron como resultado de su derrota en la primera Guerra Mundial. Otros dos imperios, el británico y el francés, acabaron victoriosos, pero gravemente debilitados. La segunda Guerra Mundial produjo resultados aún más catastróficos: no sólo la desaparición política de Estados enteros, sino también su devastación física y, en el caso de los judíos, la casi anulación de un pueblo

entero. Mucho antes de que los norteamericanos dejaran caer bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, las prevenciones de Clausewitz acerca de los peligros de la guerra total habían sido ampliamente confirmadas.

A pesar de su carácter revolucionario, aquellas bombas fueron construidas bajo un conjunto viejo y familiar de supuestos: que si funcionaban serían usadas. Pocas de los millares de personas empleadas en el Proyecto Manhattan vieron sus trabajos como diferentes del diseño y producción de armas convencionales. Las bombas atómicas tenían el propósito de ser lanzadas, en cuanto estuvieran listas, sobre cualquier blanco enemigo que todavía quedase.[7] La tecnología podría haber cambiado, pero el hábito humano de la escala de violencia no lo había hecho.

Los productores de las bombas se habrían sorprendido si supieran, por lo tanto, que los primeros usos militares de las armas nucleares, el 6 y el 9 de agosto de 1945, serían las últimas durante el resto del siglo XX. Conforme los medios de lucha en grandes guerras se volvieron exponencialmente más devastadores, la probabilidad de semejantes guerras disminuyó y acabó por desaparecer por completo. Contrariamente a la lección que Tucídides extrajo de la máxima guerra de su tiempo, la naturaleza humana cambió, y el choque de Hiroshima y Nagasaki inició el proceso por el cual lo hizo así.

II

Era preciso tener guías para que esto sucediera, y los primeros pasos más importantes procedieron del único individuo que ordenó que las armas nucleares fueran usadas para matar gente. Harry S. Truman sostuvo, durante el resto de su vida, que no le había quitado el sueño su decisión, pero su comportamiento su-

giere otra cosa. El día en que la bomba fue probada inicialmente en el desierto de Nuevo México, escribió una nota para él mismo, especulando que "las máquinas se adelantan a la moral varios siglos y cuando la moral las alcanza tal vez ya no hagan falta". Un año después puso sus cuidados en un contexto más amplio: "El animal humano y sus emociones no cambian gran cosa de una era a otra. Debe cambiar ahora o se enfrenta a la destrucción absoluta y completa y tal vez la era de los insectos o un planeta sin atmósfera lo sucederán".[8] "Es una cosa terrible —dijo a un grupo de consejeros en 1948— ordenar el uso de algo que […] es tan terriblemente destructivo, más destructivo que cualquier cosa que jamás hayamos tenido […] Así, tenemos que tratar esto de modo diferente que los rifles y cañones y cosas ordinarias como ésas."[9]

Las palabras eran prosaicas —Truman era un hombre de hechos— pero las implicaciones eran revolucionarias. Los líderes políticos casi siempre, en el pasado, habían dejado a sus jefes militares decidir las armas que debían usar para combatir en las guerras, sin importar cuánta destrucción pudieran causar. Las advertencias de Clausewitz habían hecho poco, a lo largo de los años, para alterar esta tendencia. Lincoln dejó las manos libres a sus generales para que hicieran cualquier cosa a fin de derrotar a los Confederados: mucho más de 600 000 norteamericanos murieron antes de que concluyera su Guerra Civil. Los civiles impusieron pocas exigencias a los militares en la primera Guerra Mundial, con consecuencias devastadoras: unos 21 000 soldados británicos murieron en un solo día —la mayoría en una sola hora— en la Batalla de la Somme. El bombardeo estratégico anglonorteamericano causó bajas civiles del orden de las decenas de millar en muchas noches durante la segunda Guerra Mundial, sin que nada despertase a Churchill o Roosevelt cada vez que esto ocurría. Y Truman en persona había dejado a la Fuerza Aérea del Ejército que determinara cuándo y dónde habría que

dejar caer las primeras armas atómicas: los nombres "Hiroshima" y "Nagasaki" no eran más familiares para ellos antes de que las bombas cayeran, que los de cualquier otro lugar.[10]

Después de que eso ocurrió, sin embargo, Truman pidió un cambio rotundo respecto a la práctica pasada. Insistió en que un agente civil, no militar, controlase el acceso a las bombas atómicas y sus posteriores desarrollos. También propuso, en 1946, trasladar todas estas armas y los medios de producirlas a las Naciones Unidas recién establecidas, aunque bajo el Plan Baruch (nombrado como el estadista Bernard Baruch, que lo presentó) los norteamericanos no renunciaron a su monopolio hasta que no se instalara un sistema de inspecciones internacionales a prueba de errores. Mientras tanto, y a pesar de repetidas solicitudes de sus planeadores, crecientemente frustrados, Truman se negó a aclarar las circunstancias con las que debía contar para usar bombas atómicas en cualquier guerra venidera. Esta decisión seguiría siendo una prerrogativa presidencial: no quería "ningún teniente coronel garboso que decide cuándo sería el tiempo propicio para lanzar una".[11]

Había elementos ilógicos en la posición de Truman. Hacía imposible integrar las armas nucleares a las fuerzas armadas. No dejaba en claro cómo el monopolio atómico norteamericano podría usarse para inducir una cooperación política mayor de la Unión Soviética. Impedía los intentos de hacer funcionar la disuasión: la administración esperaba sus nuevas armas para mantener a Stalin sin explotar la ventaja en poder humano del Ejército Rojo en Europa, pero excluir al Pentágono de tener siquiera información básica acerca del número y capacidades de estos dispositivos, no era en modo alguno evidente cómo iba a ocurrir esto. Es probable, en verdad, que durante los primeros años de la era de posguerra, la inteligencia soviética sabía más acerca de las bombas atómicas norteamericanas que los jefes unidos del Estado Mayor de los Estados Unidos. Los espías de Moscú —

habiendo penetrado en los niveles superiores del establecimiento de inteligencia británico— eran así de buenos, en tanto que la determinación por Truman de mantener la supremacía civil sobre su propio establecimiento militar era así de fuerte.[12]

A la larga, estos lapsos resultaron menos importantes que el precedente establecido por Truman. Pues negando el control militar sobre las armas atómicas, reafirmó la autoridad civil sobre cómo habrían de combatirse las guerras. Sin haber leído nunca a Clausewitz —hasta donde sabemos—, el presidente revivió el gran principio de este estratega, de que la guerra debe ser instrumento de la política, antes que a la inversa. Pocos de los antecedentes de Truman hubieran predicho este resultado. Su experiencia militar era la de un capitán de artillería de la primera Guerra Mundial. Había sido un negociante fracasado, y un político de éxito, pero nada notable. Nunca habría alcanzado la presidencia si Roosevelt no lo hubiera escogido en el Senado para ser su compañero vicepresidencial en 1944, y entonces murió.

No obstante, Truman tenía una cualidad única para pedir un retorno a Clausewitz: después de agosto de 1945 estuvo en condiciones, con una sola orden, de acarrear más muerte y destrucción que ningún otro individuo de la historia había logrado jamás. El hecho escueto causó que este hombre ordinario hiciera una cosa extraordinaria. Invirtió una pauta de conducta humana tan antigua que sus orígenes estaban envueltos en las nieblas del tiempo: que cuando se desarrollan armas, serán usadas.

III

Lo duradero de esta inversión, sin embargo, no dependería de Truman nada más. Alarmado por tantos soldados como tenía el

Ejército Rojo en Europa y cuán pocos estaban disponibles para los Estados Unidos y sus aliados, los planeadores del Pentágono no tenían otra cosa que hacer sino suponer que su comandante en jefe autorizaría el uso de armas atómicas si la Unión Soviética intentaba ocupar el resto del continente. Probablemente estaban en lo cierto al hacer esto: Truman mismo reconoció en 1949 que si no hubiera sido por la bomba "los rusos habrían tomado Europa mucho tiempo atrás".[13] Lo que esto significaba, pues, era que la respuesta de Stalin habría tenido mucho que ver con la determinación de cómo sería la guerra futura.

Truman y sus consejeros habían esperado que Stalin se diera cuenta del poder de la bomba atómica y moderara sus ambiciones de acuerdo con ello. Animaron a los oficiales militares soviéticos a recorrer las ruinas de Hiroshima y les permitieron presenciar las primeras pruebas de posguerra de la bomba, en el Pacífico, en el verano de 1946. El propio presidente permaneció convencido de que "con sólo que pudiéramos hacer que Stalin y sus muchachos vieran una de estas cosas, no habría dudas acerca de otra guerra".[14] Esta fe en el poder de las demostraciones visuales subestimaba al viejo dictador, que conocía por una larga experiencia la importancia de no *demostrar* miedo, cualesquiera que fuesen los temores que pudiera haber sentido.

Que tales temores existían es evidente hoy; la bomba atómica era "una cosa poderosa, ¡po-de-ro-sa!", reconoció Stalin en privado.[15] Sus cuidados lo condujeron a emprender un programa en masa para construir una bomba soviética que impuso una carga considerablemente mayor sobre su país, destruido económicamente, que el Proyecto Manhattan en el caso de los Estados Unidos —el uso de trabajos forzados y el desdén en grande hacia la guerra y los riesgos ambientales eran de rutina. Rechazó el Plan Baruch, ofrecimiento de Truman para transmitir el arsenal atómico norteamericano a las Naciones Unidas, porque habría requerido inspecciones del territorio soviético. Le preocupó

una huelga norteamericana preventiva para que se enfrentara a los recursos soviéticos para la fabricación de bombas antes de que pudieran fabricar su producto, preocupación innecesaria según resultó, pues había poca confianza en Washington de que los Estados Unidos podrían ganar la guerra que habría seguido, incluso con un monopolio atómico.[16]

Los temores de Stalin pueden también haberlo inducido a permitir que procediera, sin interferencia, el puente aéreo anglo-norteamericano durante el bloqueo de Berlín. Probablemente sabía, por el espionaje, que los B-29 que enviaba Truman a Europa durante esta crisis no estaban equipados para llevar armas atómicas, pero sabía también que derribar cualquier avión norteamericano podría causar una réplica con bombarderos genuinamente capaces de portar bombas atómicas. Y era pesimista acerca de los efectos de semejante ataque. Los norteamericanos habían asolado Dresden sin armas atómicas en 1945. ¿Qué podían hacer, con tales armas, a Moscú?[17] "Si nosotros, los jefes, dejáramos que estallara una tercera guerra mundial —dijo a una delegación china visitante poco antes de la prueba de la primera bomba atómica soviética—, el pueblo ruso no nos comprendería. Más aún, nos echarían. Por subestimar todos los esfuerzos y sufrimientos de tiempo de guerra y después. Por tomar esto demasiado a la ligera."[18]

La cuestión, sin embargo, era ocultar estos temores, para que los norteamericanos no se enteraran de cuánto lo acosaban. "Las bombas atómicas están hechas para asustar a quien tenga nervios débiles", se burló Stalin en una entrevista en 1946 que sabía que iban a leer Truman y sus consejeros.[19] Los años que siguieron habrían de ver mucho más intransigencia que cooperación en la diplomacia soviética; la palabra operativa en casi todas las negociaciones parecía ser "*nyet!*" Aparte del caso único del bloqueo de Berlín, es difícil ver que los Estados Unidos sacaran *cualquier* ventaja política de su monopolio nuclear. "Nos asustan con la

bomba atómica, pero ésta no nos da miedo", aseguró Stalin a los mismos chinos a los que había prevenido acerca de los peligros de arriesgarse a la guerra.[20] Puede ser que la pretensión no fuera cierta, pero la estrategia de Stalin tenía su sentido: había calculado astutamente que, sin llegar a la guerra misma, la bomba atómica era un arma casi inutilizable.

Esta conclusión no disminuyó el alivio de Stalin, sin embargo, cuando en agosto de 1949 los científicos soviéticos pusieron a su disposición una bomba propia. "Si nos hubiéramos retrasado con la prueba de la bomba atómica un año o un año y medio —admitió— entonces acaso la hubiéramos visto 'probada' contra nosotros." Otra observación que Stalin hizo entonces fue aún más notable: "Si estalla la guerra, el uso de bombas A dependería de que estuvieran en el poder trúmanes y hítleres. La gente no permitiría que individuos así poseyeran el poder. Las armas atómicas difícilmente se usarán sin causar el fin del mundo".[21]

La equivocación de Truman aquí es comprensible: el presidente tenía sus dudas acerca de las armas atómicas, tan callado como temeroso estaba Stalin. La expresión de fe sobre el pueblo norteamericano del dictador, que iba envejeciendo, es sin embargo sorprendente, aunque es paralela a su preocupación de que el pueblo de la Unión Soviética "nos echaría" si demasiado casualmente se arriesgara a la guerra. Y la visión de Stalin de cómo podría acabar el mundo es aún más notable, porque si Truman hubiera sabido de ella habría concordado cordialmente. Los "muchachos" de Moscú, al parecer, realmente pensaban parecidamente.

Pero tal vez esto sea lo que representa poseer una bomba atómica: hace que sus poseedores, quienesquiera que sean, se vuelvan clausewitzianos. La guerra *tiene* que volverse un instrumento de la política sin importar diferencias de cultura, ideología, nacionalidad y moralidad personal, porque con armas tan pode-

rosas la otra posibilidad sería la aniquilación.

IV

Lo que preocupaba a la administración Truman en el sombrío invierno de 1950-1951 sin embargo, no era tanto la perspectiva de aniquilación nacional o global, sino más bien la posibilidad de que las fuerzas norteamericanas y sudcoreanas pudieran ser barridas por los cientos de miles de soldados chinos que los perseguían —no hay otra palabra para ello— península de Corea abajo. Los Estados Unidos al final de 1950 tenían 369 bombas atómicas operacionales, la mayoría fáciles de proporcionar a los campos de batalla coreanos o a las líneas de abastecimiento chinas, desde bases en Japón y Okinawa. La Unión Soviética probablemente no tenía más de cinco letales armas en aquel tiempo, y difícilmente habrían sido tan confiables como sus correlatos norteamericanos.[22] ¿Por qué entonces, con esta ventaja de 74-I los Estados Unidos no emplearon su supremacía nuclear para invertir el peor percance que habían sufrido en casi 100 años?

La convicción de Truman de que las bombas atómicas diferían de todas las demás armas estableció una *presunción* contra tal uso, pero la necesidad militar pudo haber superado esto: de haberse dado una invasión soviética de Europa, casi con seguridad lo habrían hecho. Había, no obstante, dificultades prácticas que desanimaban a los norteamericanos ante el uso de armas nucleares en Corea. Una de ellas era el sencillo problema del blanco. La bomba atómica había sido desarrollada para usarse contra ciudades, complejos industriales, bases militares y redes de transportes. Poco de esto existía en la península coreana, donde las fuerzas norteamericanas se enfrentaban a un ejército

que avanzaba en su mayoría a pie, cargando con sus propios abastos, por caminos primitivos e incluso caminos de montaña improvisados. "¿Dónde sería soltada?", deseaba saber un general norteamericano. La respuesta no era clara, ni las pruebas de que el lanzamiento de una o incluso muchas bombas bajo estas circunstancias fuera decisiva.[23]

Por supuesto, habría sido posible bombardear ciudades chinas, industrias y recursos militares al norte del río Yalú, y la administración Truman emprendió la planeación de una operación semejante, incluso al grado, en la primavera de 1951, de transferir armas atómicas sin armar a bases occidentales sobre el Pacífico. Los costos políticos, sin embargo, habrían sido graves. Como ha dicho un historiador: "Los aliados europeos de Washington estaban desconcertados por completo al pensar en una guerra ampliada".[24] Una razón era que un ataque atómico sobre China llevara a la Unión Soviética a la guerra —al fin y al cabo, había un tratado de defensa mutua—; los Estados Unidos necesitarían bases europeas occidentales para atacar blancos soviéticos, requisito que podía dejar a los países de la OTAN vulnerables a su vez a ataques contrarios de represalia, o incluso una invasión terrestre a máxima escala. Dadas las capacidades militares mismas de la alianza por entonces, usar la bomba en Corea podría significar a fin de cuentas una retirada hasta el Canal de la Mancha o incluso del otro lado de éste.

Otra razón de no uso nuclear en Corea tenía que ver con la situación militar allí. Para la primavera de 1951, las fuerzas chinas habían rebasado sus líneas de abastecimiento, y las tropas de las Naciones Unidas —ahora bajo el mando del general Matthew B. Ridgway— recibían la ofensiva. Recuperó poco terreno pero estabilizó el frente de lucha ligeramente al norte del paralelo 38. Esto abrió el camino para la diplomacia tranquila a través de canales soviéticos, que permitieron iniciar negociaciones de armisticio en julio. No produjeron resultados, la guerra se pro-

longó, a alto costo, para todos los combatientes y para el pueblo coreano, durante otros dos años. No obstante, cuando menos había sido establecido el principio de que la guerra no se extendería, y las armas atómicas probablemente no serían usadas.

El papel de Stalin en todo esto fue ambiguo. Por supuesto, había iniciado la Guerra de Corea autorizando la invasión norcoreana. Había sido sorprendida por la rotundidad de la respuesta norteamericana, y cuando parecía que las fuerzas de MacArthur iban a alcanzar el Yalú, insistió mucho en la intervención china, pero habría abandonado Corea del Norte si no hubiera ocurrido.[25] Aceptó la probabilidad de un empate militar cuando aprobó pláticas para concluir la guerra, pero también vio ventajas en mantener a los Estados Unidos atados militarmente al Asia oriental: las negociaciones, por lo tanto, debían marchar despacio. "Una guerra prolongada —explicó a Mao— da la posibilidad a las tropas chinas de estudiar la guerra contemporánea en el campo de batalla y, en segundo lugar, sacude el régimen de Truman en los Estados Unidos y daña el prestigio militar de las tropas anglonorteamericanas."[26] Agotados por la guerra, los chinos y los coreanos del Norte estaban dispuestos a terminarla en otoño de 1952, pero Stalin insistió en que continuaran luchando. Sólo después de la muerte de Stalin aprobaron sus sucesores un cese al fuego que ocurrió en julio de 1953.

O sea que no hubo confrontación militar directa soviético-norteamericana a propósito de Corea, o tal pareció durante largos años. Testimonios recientes, sin embargo, han requerido revisar esta conclusión, pues otra cosa que hizo Stalin fue autorizar el uso de los aviones de combate soviéticos, manejados por pilotos soviéticos, sobre la península coreana, donde encontraron combatientes norteamericanos guiados por pilotos norteamericanos. Así hubo, después de todo, una guerra de disparos entre los Estados Unidos y la Unión Soviética: fue la única vez que esto ocurrió durante la Guerra Fría. Ambos bandos, sin embar-

go, guardaron la calma. La Unión Soviética nunca divulgó su implicación en estas batallas aéreas, y los Estados Unidos, plenamente conscientes de ello, optaron por no hacer nada tampoco. [27] Las dos superpotencias habían encontrado necesario, aunque también peligroso, combatirse. Tácitamente convinieron, por lo tanto, en el encubrimiento.

V

La idea desacostumbrada de que pudieron ser desarrolladas armas, pero no usadas, hizo poco para dudar del supuesto habitual de que las aplicaciones militares de las nuevas tecnologías deben ser exploradas. Esto fue lo que condujo a un grupo de científicos atómicos norteamericanos después de agosto de 1949, la prueba atómica soviética, para abogar por algo que habían sabido pero Truman no: la posibilidad de construir una bomba termonuclear o superbomba. El artefacto no funcionaría rompiendo átomos —el método en que se había fundado la bomba atómica— sino fundiéndolos. Las estimaciones proyectaban un estallido tan grande que nadie pudo decir a Truman cuáles pudieran ser sus empleos al combatir una guerra. En esto se basó la oposición de Kennan, así como la de J. Robert Oppenheimer, quien había dirigido el Proyecto Manhattan, así como de otros consejeros de máximo nivel que no consiguieron ver cómo un artefacto apocalíptico semejante podría nunca satisfacer la norma clausewitziana de que las operaciones militares no deben destruir lo que tenían la intención de defender.[28]

El combatir, sin embargo, no era el fundamento en que se basaban quienes apoyaban la "súper". Las armas termonucleares, sostenían, serían necesarias *psicológicamente*, no militarmente. El carecer de ellas induciría el pánico por el Occidente si la Unión

Soviética las obtuviera. El tenerlas produciría una tranquilización y disuasión: cualesquiera ventajas que Stalin pudiera haber obtenido de su bomba atómica serían canceladas y los Estados Unidos seguirían a la cabeza en la carrera de las armas nucleares. Y ¿qué pasaría si ambos bandos desarrollaran "súper"? Esto sería mejor, concluyó Truman, que para la Unión Soviética tener un monopolio de "súper".

A fin de cuentas, según lo veía el presidente, si los Estados Unidos *pudieran* construir lo que ahora empezaba a llamarse "bomba de hidrógeno", entonces *debieran* fabricar una. Estar atrás en cualquier categoría de armas —o incluso parecer estarlo — sería arriesgarse al desastre. Ahora no era tanto derrotar al adversario sino convencerlo para no entrar en guerra, en primer lugar. Paradójicamente, esto parecía requerir el desarrollo de armas tan poderosas que nadie del bando norteamericano sabía cuáles podrían ser sus usos militares, persuadiendo simultáneamente a todos en el bando soviético de que si se declarase la guerra estas armas serían sin duda empleadas. La irracionalidad, según esta lógica, era el único modo de proceder con racionalidad: un arma absoluta de guerra podía convertirse en el modo de que la guerra siguiese siendo un instrumento de la política. Truman lo planteó más sencillamente a principios de 1950: "Hemos conseguido hacerla —hacer la bomba— aunque nadie quiere usarla. Pero […] la hemos conseguido cuando menos para propósitos de regateo con los rusos".[29]

Tal como ocurrieron las cosas, los científicos soviéticos habían estado trabajando en su propia "súper" desde 1946. Nunca se concentraron, en la medida que los creadores de la bomba norteamericanos, en la distinción entre armas de fisión y de fusión. Ni vieron, en el hecho de que las bombas de hidrógeno fueran tanto más poderosas que las atómicas, nada que las hiciera menos justificables moralmente. Porque, por haber empezado primero, la carrera para desarrollar armas nucleares avanzó

mucho más que para construir la bomba atómica: los rusos confiaron menos en el espionaje esta vez y más en su propia pericia. La primera prueba norteamericana de una bomba de hidrógeno aniquiló una isla del Pacífico el 1° de noviembre de 1952. Siguió la primera prueba soviética en un desierto del Asia central, el 12 de agosto de 1953. Ambas explosiones cegaron y quemaron a pájaros en el cielo. Y esto, aunque malo para los pájaros, resultó ser un signo, pequeño pero significativo, de esperanza para la raza humana.

Sorprendidos por el fenómeno, los observadores norteamericanos y soviéticos de estas pruebas lo registraron en términos casi idénticos: como la "súper" no podía ser probada en gente, como lo había sido la primera bomba atómica, se dejó que los pájaros sugirieran cuáles podrían ser los efectos sobre el hombre. Eran canarios en el pozo de mina más peligroso que se había visto. Los testigos también confirmaron lo que los diseñadores de los dispositivos termonucleares ya sospechaban: que no podía haber uso racional, en la guerra, para un arma de este tamaño. "Pareciera que hubiésemos borrado todo el horizonte", recordaba un físico norteamericano. Un científico soviético encontró que la explosión "había trascendido alguna clase de barrera psicológica".[30] Era como si hubiesen presenciado el *mismo* suceso, y no pruebas separadas por nueve meses, unos 13 000 kilómetros y una rivalidad geopolítica que había avanzado mucho en el modo de polarizar el mundo. Las leyes de la física eran las mismas, cualesquiera otras diferencias que ahora dividieran el planeta.

VI

Todo esto hizo que los científicos soviéticos y norteamerica-

nos vieran lo que Truman y Stalin ya habían empezado a advertir, aun cuando ninguno tenía conciencia de los cuidados del otro: que las nuevas armas podían hacer real la visión de Clausewitz de una guerra total y por lo tanto sin objeto. Sin embargo, Truman dejó el cargo en enero de 1953 y Stalin perdió la vida dos meses después. Llegaron nuevos líderes al poder en Washington y Moscú, que aún no habían experimentado las pesadillas acarreadas por la responsabilidad nuclear de la tarea de evitar el abismo contra el cual había advertido Clausewitz.

A diferencia de su predecesor en la Casa Blanca, Dwight D. Eisenhower había leído a Clausewitz varias veces, como oficial joven del ejército en los años veinte. No dudaba que los medios militares deben estar subordinados a fines políticos, pero creía que debía ser posible incluir las armas nucleares entre tales recursos. Llegó a la presidencia sin estar persuadido de que la naturaleza de la guerra había cambiado fundamentalmente, y durante los últimos meses de la Guerra de Corea empujó repetidamente a sus consejeros militares para que encontraran modos como los Estados Unidos pudieran usar tanto las armas estratégicas y las recientemente desarrolladas armas nucleares "tácticas" para llevar la lucha a su conclusión. También permitió a su nuevo secretario de Estado, John Foster Dulles, que hiciese insinuaciones acerca de que esta planeación estaba en marcha. Habría por supuesto objeciones de aliados, reconoció Eisenhower, pero "de alguna manera el tabú que rodea al uso de armas atómicas había de ser destruido".[31]

La razón, desde el punto de vista del presidente, era sencilla: los Estados Unidos no podían permitir verse metidos en ninguna guerra limitada como la de Corea. Hacer esto sería renunciar a la iniciativa de los consejeros, quienes entonces escogerían el tiempo, lugar y método de confrontación militar más ventajosos. Eso les daría *a ellos* control sobre los despliegues de los recursos norteamericanos, con resultados que sólo podían dañar el

poder económico norteamericano y desmoralizar al pueblo norteamericano. La solución era invertir la estrategia: dejar claro que los Estados Unidos responderían en adelante a la agresión en el tiempo, los lugares y mediante los recursos que *ellos* escogieran. Éstos bien podían implicar el uso de armas nucleares. Tal como lo planteó el propio presidente en 1955, "en cualquier combate en que puedan usarse estas cosas sobre blancos estrictamente militares y con propósitos estrictamente militares, no puedo ver razón por lo cual no fueran usadas exactamente como se usaría una bala o cualquier otra cosa".[32]

No obstante, para cuando Eisenhower hizo esta declaración, la física de las explosiones termonucleares había destruido su lógica. El acontecimiento crítico fue BRAVO, una prueba norteamericana realizada en el Pacífico el 1o de marzo de 1954, que se salió de control. El rendimiento resultó ser 15 megatones, tres veces y no cinco como se esperaba, o 750 veces el tamaño de la bomba atómica de Hiroshima. El estallido dispersó la lluvia radiactiva centenares de kilómetros a sotavento, contaminando un barco pesquero japonés y matando a un miembro de su tripulación. Residuos menos peligrosos hicieron funcionar los detectores de radiación del mundo entero. La cuestión planteada por la guerra nuclear era: si un estallido termonuclear único podía tener consecuencias ecológicas globales, ¿cuál sería el efecto de usar decenas, centenares o incluso millares de armas nucleares?

Las primeras respuestas llegaron, cosa harto curiosa, de Georgii Malenkov, un *apparatchik* aceitoso con un historial odioso que había conseguido más por suerte que por habilidad, como un miembro del triunvirato que sucedió a Stalin. Doce días después de la prueba BRAVO, Malenkov sorprendió a sus propios colegas, además de los observadores occidentales de la Unión Soviética, advirtiendo públicamente que una nueva guerra mundial combatida con "armas modernas" significaría "el fin de la civilización del mundo". Los científicos soviéticos confirmaron

enseguida, en un informe secreto a la dirección del Kremlin, que la detonación de apenas cien bombas de hidrógeno podría "crear en el globo entero condiciones imposibles para la vida".[33]

Mientras tanto, una conclusión parecida se estaba formando en la mente de un estadista mucho más distinguido, no conocido antes por sus tendencias pacifistas. Winston Churchill, una vez más primer ministro británico, apenas pocos años antes había estimulado a los norteamericanos a provocar una confrontación militar con la Unión Soviética mientras su monopolio atómico permaneciera en su sitio.[34] Pero ahora, después de BRAVO, invirtió completamente esta posición, señalando a su aliado de tiempo de guerra Einsenhower que sólo unas cuantas explosiones sobre el suelo británico dejarían a su país inhabitable. Esto no era, sin embargo, necesariamente una mala noticia. "El nuevo terror —informó el viejo guerrero a la Cámara de los Comunes— acarrea cierto elemento de igualdad en la aniquilación. Por extraño que parezca, es a la universalidad de la destrucción posible a la que en mi opinión podemos contemplar con esperanza e incluso confianza."[35]

Era realmente extraño que líderes tan diferentes como Malenkov y Churchill dijeran lo mismo, más o menos, casi al mismo tiempo. Para ellos, no obstante, las implicaciones de "igualdad en la aniquilación" eran claras: en vista de que una guerra combatida con armas nucleares podía destruir lo que aspiraba a defender, semejante guerra nunca debiera combatirse. Una vez más, un sentido común de peligro nuclear había trascendido las diferencias de cultura, nacionalidad, ideología, moralidad y, en este caso, también de carácter. Pero ninguno de estos líderes estaba en posición de dar forma a la Guerra Fría. Los colegas de Malenkov en el Kremlin prontamente lo degradaron por derrotismo, en tanto que Churchill fue obligado por la edad y por subordinados impacientes a dejar de ser primer ministro a principios de 1955. Correspondería a Eisenhower y al hombre que

depuso a Malenkov, Nikita Jruschov, equilibrar los miedos y esperanzas que ahora residían dentro de la revolución termonuclear.

VII

Eisenhower lo hizo refinada pero aterradoramente: era a la vez el más sutil y el más brutal estratega de la edad nuclear. Los efectos *físicos* de las explosiones termonucleares lo aterraban por lo menos tanto como a Malenkov y Churchill: "La guerra atómica destruirá la civilización", insistió varios meses después de la prueba BRAVO. "Habrá millones de muertos […] Si el Kremlin y Washington alguna vez se traban en una guerra, los resultados son demasiado horribles para contemplarlos."[36] Cuando se le informó, a principios de 1956, que un ataque soviético contra los Estados Unidos anularía al gobierno entero y mataría 65% de los norteamericanos, reconoció que "sería literalmente una labor desenterrarnos de las cenizas y empezar de nuevo". Poco después, recordó a un amigo que "la guerra implica una competencia". Sin embargo, ¿qué clase de competencia sería cuando "el panorama se acerca a la destrucción del enemigo y el suicidio para nosotros"? Hacia 1959, insistía siniestramente en que si llegaba la guerra "lo mismo podría usted salir y disparar sobre quienquiera que viera y luego dispararse a sí mismo".[37]

Estos comentarios parecen enteramente opuestos a la afirmación anterior de Eisenhower de que Estados Unidos debía combatir guerras usando armas nucleares "exactamente lo mismo que se usarían una bala o cualquier otra cosa". Ahora parecía estar diciendo que alguien lo bastante loco como para soltar una "bala" nuclear a un enemigo, la estaría también disparando hacia sí mismo. La posición de Eisenhower era paralela a la de

Malenkov y Churchill, salvo en una cosa: insistía también en que los Estados Unidos se preparaban *sólo* para una guerra nuclear hecha y derecha.

Este modo de ver alarmó hasta a los consejeros más cercanos a Eisenhower. Convenían en que una guerra combatida con armas nucleares sería catastrófica, pero les preocupaba que los Estados Unidos y sus aliados nunca igualarían la abundancia militar disponible para la Unión Soviética, China y sus aliados. Descartar por completo el uso nuclear equivaldría a invitar a una guerra nuclear que el Occidente no podría ganar. La solución, creían casi todos, estaba en encontrar modos de combatir una guerra nuclear *limitada:* idear estrategias que aplicaran la superioridad tecnológica norteamericana contra la ventaja en combatientes del mundo comunista, de modo que la certidumbre de una respuesta militar creíble existiría en cualquier nivel en que los adversarios optaran por combatir, sin el riesgo de suicidarse.

Al principio del segundo término de Eisenhower en 1957, este consenso se extendía desde el secretario de Estado Dulles, pasando por la mayoría de los jefes unidos del Estado Mayor hasta la comunidad de los estudios estratégicos emergentes, donde el joven Henry Kissinger apoyó lo que se llamaría "respuesta flexible" en un libro influyente, *Nuclear Weapons and Foreign Policy*. El supuesto crítico, en todo este pensamiento, era que a pesar de su destructividad las armas nucleares podían todavía ser un instrumento racional tanto de la diplomacia como del combate. Podrían aún hacer que se ajustaran al principio clausewitziano de que el uso de la fuerza —o incluso las amenazas de semejante uso— deben reflejar los objetivos políticos, no aniquilarlos.

Más sorprendente era, por lo tanto, que Eisenhower rechazara tan enfáticamente este concepto de la guerra nuclear limitada. Suponiendo incluso una guerra del "tipo de la Segunda, bonito

y dulce", declaró en un momento dado, sería absurdo.[38] Si llegaba la guerra de *cualquier* forma, los Estados Unidos combatirían con *cada* arma de su arsenal porque la Unión Soviética seguramente haría otro tanto. El presidente se adhirió a esta argumentación, aun reconociendo los costos morales de atacar primero con armas nucleares, el daño ecológico que resultaría de su uso, y el hecho de que los Estados Unidos y sus aliados no pudieran esperar evitar la réplica devastadora. Era como si Eisenhower cayera en la denegación: que una clase de autismo nuclear se había establecido, en el cual se negaba a escuchar el consejo que recibía de las mejores mentes disponibles.

Mirando atrás, no obstante, parece que Eisenhower pudo haber sido la mejor mente disponible, pues entendía mejor que sus consejeros lo que era realmente la guerra. Ninguno de ellos, después de todo, había organizado la primera invasión afortunada a través del Canal de la Mancha desde 1688, o encabezado los ejércitos que habían liberado la Europa occidental. Ninguno de ellos tampoco había leído a Clausewitz tan cuidadosamente como él. Aquel gran estratega había de hecho insistido en que la guerra tenía que ser un instrumento racional de la política, pero sólo porque sabía cuán fácilmente las irracionalidades de emoción, fricción y temor pueden hacer que las guerras lleguen a ser violencia sin sentido. Por lo tanto, había invocado la abstracción de la guerra total para asustar a los estadistas y que limitaran las guerras a fin de que los Estados que gobernaran pudieran sobrevivir.

Eisenhower tenía el mismo propósito en mente; pero a diferencia de Clausewitz, vivía en una época en la cual las armas nucleares habían transformado la guerra total desde una abstracción hasta una posibilidad demasiado real. Como nadie podía tener la seguridad de que emociones, fricciones y temores no causaran incluso que guerras limitadas escalaran, era necesario hacer estas guerras difíciles de combatir: esto significaba *no* pre-

pararse para hacerlas. Por esto Eisenhower —el clausewitziano a fin de cuentas— insistía en planear *sólo* para la guerra total. Su propósito era asegurarse de que no ocurriría ninguna guerra en absoluto.[39]

VIII

Había todas las razones para preocuparse, ahora, acerca de la influencia de la emoción, la fricción y el temor en la estrategia de la Guerra Fría. La Unión Soviética había probado su primera bomba termonuclear de caída, en noviembre de 1955, capaz de alcanzar blancos norteamericanos. En agosto de 1957, lanzó el primer misil balístico intercontinental del mundo, y el 4 de octubre usó otro misil semejante para poner en órbita el *Sputnik*, el primer satélite artificial de la Tierra. No hacía falta ser un científico de cohetes para predecir el paso siguiente, poner cabezas de bomba encima de misiles parecidos, que entonces llegarían a cualquier blanco dentro de los Estados Unidos en sólo media hora. Predecir el comportamiento del nuevo líder del Kremlin, sin embargo, era algo muy diferente.

Nikita Jruschov era un campesino, poco educado, minero de carbón y trabajador de fábrica, que había sido protegido de Stalin y entonces, después de deponer a Malenkov y otros rivales, el sucesor de Stalin. Llegó al poder sabiendo poco acerca de las armas nucleares que ahora controlaba, pero aprendió rápidamente. Al igual que Eisenhower, estaba aterrado por la perspectiva de su uso militar; también él había visto suficiente carnicería en la segunda Guerra Mundial como para conocer la fragilidad de la racionalidad en un campo de batalla.[40] No estaba más preparado de como estuvo Eisenhower, sin embargo, para declararse él mismo un pacifista. Estaba convencido, igual que

lo estaba el presidente norteamericano, de que cualquiera que fuera su impracticabilidad en el combate, las armas nucleares podían hacerse para compensar las debilidades nacionales en situaciones que no llegaban a la guerra.

Aquí, no obstante, terminaban las semejanzas. Eisenhower, supremamente confiado en sí mismo, siempre estaba al mando de sí propio, su administración y ciertamente las fuerzas militares de los Estados Unidos. Jruschov, en cambio, era el exceso personificado: podía ser un payaso ruidoso, pesadamente beligerante, agresivamente inseguro. Nunca se portaba con dignidad y las volatilidades de la política posestaliniana eran tales que nunca podía estar seguro de su propia autoridad. Había otra gran diferencia también. La debilidad que Eisenhower procuraba compensar con poderío nuclear era el déficit de los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN. La vulnerabilidad que Jruschov esperaba corregir en sus capacidades nucleares era su propia ausencia de posibilidades nucleares.

Se enfrentó a la necesidad de hacer esto, pues aunque las armas termonucleares soviéticas no funcionaban nada mal, sus bombarderos de largo alcance eran pocos, primitivos y capaces de alcanzar la mayoría de los blancos norteamericanos sólo en misiones de un solo sentido. Y a pesar de sus pretensiones de estar fabricando misiles "como salchichas", había mucho menos de ellos que lo sugerido por su petulancia y carecían de guía suficientemente precisa para colocar sus cabezas de bomba donde se suponía que irían. "Siempre sonaba bien decir en pláticas públicas que podíamos darle a una mosca a cualquier distancia con nuestros misiles", admitió Jruschov después. "Exageré un poco." Su hijo Sergéi, ingeniero de cohetes él mismo, lo planteó más rotundamente: "Amenazamos con misiles que no teníamos".[41]

Jruschov primero ensayó este truco en noviembre de 1956. Las tropas soviéticas estaban aplastando una rebelión en Hun-

gría precisamente mientras los ingleses, los franceses y los israelíes —sin informar a los norteamericanos— habían capturado el Canal de Suez en un esfuerzo abortado por derribar al líder anticolonialista egipcio Gamal Abdel Nasser. Con el impulso del momento, con la idea de desviar la atención del baño de sangre en Budapest, Jruschov amenazó a Gran Bretaña y Francia con "armas cohete" si no se retiraban con sus fuerzas inmediatamente del canal. Rápidamente lo hicieron así, pero no en respuesta a la advertencia de Jruschov. Eisenhower, furioso por no haber sido consultado, había ordenado evacuar Suez o enfrentarse a serias sanciones económicas. A causa de que las amenazas de Jruschov fueron públicas y las de Eisenhower no, sin embargo, el nuevo líder del Kremlin llegó a la conclusión de que sus propios enojos y bufidos habían producido la retirada, y que esta práctica podía tornarse una estrategia.[42]

Entre 1957 y 1961, Jruschov abierta, repetidamente, de modo que helaba la sangre, amenazó al Occidente con aniquilaciones nucleares. Las posibilidades de los misiles soviéticos eran tan superiores a las de los Estados Unidos, insistía, que podían borrar cualquier ciudad norteamericana o europea. Incluso especificaría cuántos misiles y bombas podría necesitar cada blanco. También trató de ser simpático acerca de ello: en un punto, mientras fanfarroneaba ante un visitante norteamericano, Hubert Humphrey, hizo una pausa para preguntar de dónde era su huésped. Cuando Humphrey señaló Minneapolis en el mapa, Jruschov con un gran lápiz azul trazó un círculo. "Para que no olvide yo que perdonen a esta ciudad cuando los cohetes vuelen", explicó amablemente.[43]

Era una observación lógica, cuando menos en la mente de Jruschov, porque la amistad era parte de su estrategia también. Había rechazado la creencia estaliniana en la inevitabilidad de la guerra: la nueva meta era ser "pacífico coexistente". Tomó en serio lo que sus científicos le decían acerca de los peligros de

continuar probando armas nucleares en la atmósfera. En mayo de 1958 inclusive anunció una moratoria unilateral ante tales experimentos; hay que reconocer que con hábil oportunidad, ya que los norteamericanos estaban a punto de iniciar una nueva serie de pruebas nucleares.[44]

Jruschov se retiró a su modo beligerante en noviembre, cuando dio a los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia seis meses para retirar sus tropas de los sectores que seguían ocupando en el Berlín occidental, so pena de transferir el control de los derechos de acceso occidental —siempre un punto neurálgico después del bloqueo por Stalin en 1948— a los alemanes del Este. Esperaba con ello resolver el problema crecientemente inconveniente de tener un enclave capitalista en medio de la Alemania oriental comunista, y estaba convencido de que el poder soviético en misiles permitiría esto. "Ahora que tenemos misiles transcontinentales —había explicado a Mao— tenemos también a los norteamericanos agarrados del cuello. Creían que América estaba más allá de nuestro alcance, pero esto no es cierto." Berlín, informó a sus consejeros, era "el talón de Aquiles del Occidente". Era "el pie norteamericano en Europa, que causaba una llaga". Después usaría una metáfora anatómica más sorprendente: "Berlín son los testículos del Occidente. Siempre que quiero hacer que el Occidente grite, aprieto a Berlín".[45]

Sólo hasta cierto punto, sin embargo, porque Jruschov también quería una relación más estable entre superpotencias, respetabilidad para él mismo y su país y oportunidades para visitar los Estados Unidos. Cuando Eisenhower se negó a ceder en Berlín, pero a regañadientes presentó la tan buscada invitación, Jruschov saltó sobre la oportunidad de recorrer el país que había amenazado con incinerar. "Esto es increíble", dijo a su hijo Sergéi. "Hoy *tienen* que tomarnos en cuenta. Es nuestra fuerza lo que condujo a esto y tienen que reconocer nuestra existencia y nuestro poderío. ¿Quién habría creído que los capitalistas me in-

vitarían a mí, a un trabajador?"[46]

La visita a los Estados Unidos de Jruschov en septiembre de 1959 fue una extravagancia surrealista. Preocupado por comportarse apropiadamente, pero también por ser tratado inapropiadamente, decidió no ser impresionado por lo que viera, sino igualmente determinado a convencer a los norteamericanos de que su país pronto sería capaz de alcanzarlos. Insistió en volar a Washington en un nuevo aeroplano aún sin probar, de modo que su tamaño intimidara a sus huéspedes. Reconoció la riqueza del país en un brindis en la Casa Blanca, pero predijo que "mañana seremos tan ricos como ustedes. ¿Al día siguiente? ¡Aún más ricos!" Encabezó la corte de capitalistas principales mientras estaba sentado debajo de un Picasso en una casa de la ciudad de Nueva York; visitó —y pasó por ofenderse por lo que vio allí— un escenario de Hollywood; hizo pucheros al verse despojado de la oportunidad, por razones de seguridad, de visitar Disneylandia; entró en una competencia de gritos con el alcalde de Los Ángeles; inspeccionó el trigo de una granja de Iowa, y discutió de la guerra y la paz con Eisenhower en Campo David, después de que se le aseguró que una invitación a esta *dacha* era un honor y no un insulto.[47]

Ningún acuerdo sustancial derivó de los encuentros de Jruschov con Eisenhower, pero el viaje confirmó que la Unión Soviética tenía una nueva clase de guía, muy diferente de Stalin. Faltaba ver si eso lo hacía más o menos peligroso.

IX

Los pueblos de Potemkin trabajan tanto como se mira su fachada. El único modo para los Estados Unidos y sus aliados de hacer eso en el día de Stalin había sido enviar aviones de recono-

cimiento por la frontera de la Unión Soviética, o soltar en globos con cámaras para que pasaran por encima, o para infiltrar espías en aquel país. Ninguna de estas medidas funcionó: los aviones eran atacados y algunas veces derribados; los globos eran enviados en la dirección equivocada y los espías eran arrestados, encarcelados y a menudo ejecutados, porque un agente soviético, Kim Philby, resultó ser el oficial inglés de enlace con la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos.[48] La urss de Stalin siguió siendo una sociedad cerrada, opaca para cualquiera del mundo exterior que tratara de mirar adentro.

La estrategia de Jruschov de cohetes parleros no la hubiera requerido para sostener la situación. Por eso rechazó una propuesta de Eisenhower, en su primera conferencia en la cumbre, en Ginebra, en 1955, para permitir a los Estados Unidos y la Unión Soviética que emprendieran misiones de reconocimiento sobre el territorio de la una y los otros: habría sido, se quejó, como "ver nuestras alcobas".[49] Lo que Jruschov no supo era que Eisenhower tenía un apoyo secreto para su plan de "cielos abiertos" que pronto lograría precisamente sus propósitos.

El 4 de julio de 1956, un nuevo avión espía norteamericano, el U-2, fue el vuelo de estreno directamente sobre Moscú y Leningrado, tomando excelentes fotografías desde una altura muy superior al alcance de los cazas y misiles antiaéreos soviéticos. El mismo día Jruschov disfrutaba la recepción del Día de la Independencia en el jardín de la Casa Spaso, residencia del embajador norteamericano en Moscú; nunca se ha puesto en claro si él era visible en las fotos.[50] Los vuelos continuaron a intervalos regulares durante los cuatro años siguientes. Los rusos, que podían identificarlos en el radar pero no podían derribarlos, se restringieron a protestas rutinarias, no deseando que el adversario supiera la incapacidad del control de su espacio aéreo. Los norteamericanos, sabedores de que los vuelos violaban el derecho internacional, no dijeron nada en absoluto mientras obtenían

una rica cosecha de inteligencia.

Las fotografías del U-2 rápidamente confirmaron el tamaño limitado y las capacidades inferiores de la fuerza soviética de bombardeo. Determinar las posibilidades de los misiles soviéticos tardó más, sin embargo, porque los misiles mismos —en las cantidades que Jruschov había pretendido— no existían. Para el fin de 1959, sus ingenieros tenían sólo seis puntos operacionales de lanzamiento de misiles de largo alcance. Como cada misil requería casi 20 horas para tomar combustible, dejándolos vulnerables al ataque por bombarderos norteamericanos, esto significaba que el número *total* que Jruschov podía contar con disparar era precisamente esos seis.[51]

Lo que la Unión Soviética tenía por entonces, sin embargo, era un misil perfeccionado antiaéreo. "El modo de enseñar a estos sabihondos una lección —le dijo Jruschov a su hijo— es con un puño [...] Nada más déjalos meter la nariz aquí otra vez."[52] El 1o de mayo de 1960 lo hicieron: los rusos derribaron lo que bien pudo haber sido el último vuelo U-2 que Eisenhower había autorizado, capturaron al piloto, Francis Gary Powers, y amenazaron con juzgarlo por espionaje. El presidente estaba convencido de que las pretensiones de Jruschov sobre los misiles eran fraudulentas, pero había también empezado a preocuparse acerca de la vulnerabilidad de los U-2. El primer satélite norteamericano de reconocimiento estaba a punto de entrar en órbita, y Eisenhower esperaba, correctamente, que convertiría en anticuado el U-2. Así aterrizó el avión al final de su utilidad, pero Jruschov convirtió la caída en una crisis, sin embargo.

La siguiente conferencia en la cumbre con Eisenhower fue para conversar en París dos semanas después. Jruschov se mostró en ella, pero sólo con el propósito de derribarla. Había decidido, precisamente antes de salir de Moscú, que el incidente del U-2 hacía imposible mayor cooperación con la administración inca-

paz de Eisenhower. "Quedé cada vez más convencido de que nuestro orgullo y dignidad se dañarían si insistíamos en la conferencia como si nada hubiera pasado."[53] Esperaría, por lo tanto, al sucesor de Eisenhower. Fue una decisión impulsiva, pero reflejaba una fastidiosa realidad: habiendo visto la calidad de las fotografías tomadas desde el avión derribado, Jruschov tenía que aprender que en el centro de su estrategia de Potemkin había dificultades.

John F. Kennedy tomó su tiempo para obtener ventaja de esto. Había hecho mucho, durante la campaña de los años sesenta, del llamado "agujero de misiles", que Eisenhower había dejado abrirse. Reconocer su ausencia demasiado pronto después de recibir el cargo sería embarazoso. Siguió, con todo, una cadena de inconvenientes que hicieron los primeros meses de Kennedy en la Casa Blanca, a su vez, embarazosos: los desembarcos de Bahía de Cochinos contra la Cuba de Fidel Castro en abril de 1961; el éxito de la Unión Soviética aquel mismo mes al poner el primer hombre en órbita alrededor de la Tierra; una conferencia en la cumbre malamente manejada en Viena en junio, en la cual Jruschov renovó su ultimátum en Berlín, y en agosto la construcción, sin oposición del Muro de Berlín. Cuando Jruschov anunció poco después que la Unión Soviética pronto reanudaría las pruebas de armas nucleares con una explosión de 100 megatones —casi siete veces el tamaño de BRAVO—, Kennedy tuvo bastante.

Planteando nuevos y abundantes y convincentes testimonios de los satélites de reconocimiento, llamó *bluff* a Jruschov. Hizo saber a través de un vocero que los recursos nucleares y de misiles de la Unión Soviética nunca se habían acercado a sobrepasar los de los Estados Unidos. "Tenemos una capacidad ante el segundo golpe que es al menos tan amplia como la que los soviéticos pueden presentar siendo los primeros en atacar. Por lo tanto, tenemos confianza en que los soviéticos no provocarán un con-

flicto nuclear importante."[54] Jruschov respondió llevando adelante su prueba de la gran bomba —mostró alguna responsabilidad ecológica disminuyendo a la mitad el megatonelaje—, pero esto era adoptar una postura termonuclear, nada más. "Dado el supuesto de Jruschov de que incluso una aparente superioridad estratégica podía ser decisiva —ha señalado su biógrafo—, la real ventaja norteamericana era doblemente perjudicial: no sólo habían perdido la clase de nivelación atómica que había sido empleada cuatro años, sino que los norteamericanos habían ganado."[55]

X

Los historiadores supusieron, durante muchos años, que era esto —el que le arrancaran la fachada de Potemkin— lo que impulsó a Jruschov a un intento desesperado de recobrarse, mandando misiles intermedios y medios en alcance, que tenía en abundancia, a Cuba en 1962. "¿Por qué no echar un erizo en los pantalones del Tío Sam?", preguntó en abril, señalando que sería precisa una década para que la Unión Soviética igualara las posibilidades de los misiles de largo alcance norteamericanos.[56] Está claro ahora, sin embargo, que ésta no era la principal razón para que Jruschov actuara como lo hizo, lo cual sugiere cuán fácilmente los historiadores pueden saltar a conclusiones prematuras. Mas significativamente, la crisis cubana de los misiles también muestra cuánto pueden las grandes potencias errar en sus cálculos cuando las tensiones son altas y lo que está en juego es grande. La consecuencia, como hicieron en este caso, puede sorprender a cualquiera.

Jruschov entendía su despliegue de misiles principalmente como un esfuerzo, por improbable que pudiera parecer, para di-

fundir la revolución a través de América Latina. Él y sus consejeros habían quedado sorprendidos, pero luego entusiasmados y por último alocados, cuando una insurgencia marxista-leninista tomó el poder en Cuba por su cuenta, sin todos los tiras y aflojas de los que los soviéticos tuvieron al instalar regímenes comunistas en Europa oriental. No importaba que Marx en persona jamás hubiera predicho esto —pocos proletarios había en Cuba — o que Fidel Castro y sus desordenados seguidores se ajustaran difícilmente al modelo leninista de una "vanguardia" revolucionaria disciplinada. Era suficiente que Cuba se hubiera hecho comunista *espontáneamente* sin asistencia de Moscú. De una manera que parecía confirmar la profecía de Marx acerca de la dirección en que avanzaba la historia. "Sí, es un revolucionario genuino", exclamó el viejo bolchevique Anastas Mikoyan, después de conocer a Castro. "Completamente como nosotros. ¡Sentí como si hubiera vuelto a mi infancia!"[57]

Sin embargo la revolución de Castro estaba en peligro. Antes de que dejara el cargo, la administración de Eisenhower había roto relaciones diplomáticas con Cuba e impuesto sanciones económicas y comenzado a planear el derribo de Castro. Kennedy permitió que estos planes siguieran adelante con el desembarco fracasado de Bahía de Cochinos de exiliados contrarios a los cubanos, suceso que dio a Jruschov poca razón de complacencia o congratulación. Más bien, según lo veía, la invasión intentada reflejaba una resolución contrarrevolucionaria en Washington, y de seguro se repetiría, la siguiente vez, con mucho mayor fuerza. "El destino de Cuba y el mantenimiento del prestigio soviético en esa parte del mundo me preocupaba —recordaba Jruschov—. Teníamos que imaginar alguna manera de enfrentarnos a los Estados Unidos con más que palabras. Teníamos que establecer un disuasor tangible y efectivo ante la interferencia norteamericana en el Caribe. Pero ¿qué exactamente? La respuesta lógica eran los misiles."[58]

Los Estados Unidos podían difícilmente objetar, porque a fines de la década de 1950 la administración Eisenhower —antes de que se convencieran de que el "agujero de misiles" no existía— había colocado sus propios misiles de alcance intermedio en Gran Bretaña, Italia y Turquía, apuntando todos hacia la Unión Soviética. Los norteamericanos aprenderían, prometió Jruschov, "precisamente qué se siente tener misiles enemigos apuntándolo a uno; no haríamos otra cosa que darles un poco de su propio chocolate".[59]

Pero Kennedy y sus consejeros no sabían nada acerca del razonamiento de Jruschov, y quienes sobrevivieron se sorprendieron al enterarse de ello un cuarto de siglo después, cuando la apertura de los archivos soviéticos comenzó a revelarlo.[60] Vieron el despliegue de misiles en Cuba —acerca del cual no supieron hasta mediados de octubre de 1962, por la nueva misión del U-2, dedicado a sobrevolar la isla— como la más peligrosa de una larga sucesión de provocaciones, que se remontaban a las amenazas del Kremlin contra Inglaterra y Francia durante la crisis de Suez, seis años antes. Y ésta, a diferencia de las otras, al menos duplicaría el número de misiles soviéticos capaces de llegar a los Estados Unidos. "Los misiles ofensivos en Cuba tienen un efecto muy diferente, psicológico y político en este hemisferio que los misiles en la URSS nos señaló —advirtió Kennedy —. El comunismo y el castrismo se difundirán […] conforme se tambaleen los gobiernos asustados por este nuevo testimonio de poder […] Todo esto representa un cambio provocativo en la condición delicada que ambos países han mantenido."[61]

Precisamente lo que Jruschov esperaba hacer con sus misiles cubanos no es claro, incluso ahora: era característico de él no pensar bien las cosas.[62] Podía difícilmente haber esperado que los norteamericanos no respondieran, ya que había enviado los misiles secretamente mientras mentía a Kennedy acerca de sus intenciones para hacerlo. Podría haber querido usar los misiles

de alcance intermedio únicamente para disuadir, pero también despachó misiles de corto alcance equipados con cabezas nucleares que sólo podrían haberse usado para repeler un desembarco por tropas norteamericanas, que no habría sabido que tales armas las esperaban. Ni Jruschov había colocado sus armas nucleares bajo control estricto: los comandantes locales podían, en respuesta a una invasión, haber autorizado su uso.[63]

La mejor explicación, a fin de cuentas, es que Jruschov permitió a su romanticismo ideológico imponerse a cualquier capacidad que tuviera para el análisis estratégico. Estaba tan entregado emocionalmente a la revolución de Castro, que arriesgó su propia revolución, su país y, posiblemente, el mundo en su favor. "Nikita amaba mucho a Cuba —reconoció más tarde Castro en persona—. Tenía una debilidad por Cuba, podría decirse, emocionalmente y demás, porque era un hombre de convicción política."[64] Pero así también lo eran, por supuesto, Lenin y Stalin, que rara vez permitieron que sus emociones determinaran sus prioridades revolucionarias. Jruschov poseía una capacidad mucho mayor de destrucción que la de aquéllos, pero se comportó con mucho menor responsabilidad. Era como un niño petulante jugando con una pistola cargada.

Así como los niños lo hacen a veces, sin embargo, hirió al obtener algo de lo que quería. A pesar de lo que seguía siendo una ventaja abrumadora de los norteamericanos en cabezas nucleares y sistemas de envío —dependiendo de cómo se calcule el número, los Estados Unidos tenían entre ocho y 17 veces el número de armas nucleares utilizables por la Unión Soviética—,[65] la perspectiva de que incluso uno o dos misiles soviéticos dieran en blancos norteamericanos era suficiente para persuadir a Kennedy de comprometerse públicamente, en correspondencia con el acuerdo de Jruschov de quitar sus armas de Cuba, a que no haría nuevos intentos por invadir la isla. Kennedy también prometió, secretamente, desmantelar los misiles de alcance interme-

dio norteamericanos en Turquía, que Jruschov había confiado en convertir en parte visible del trato. Y mucho después de que Kennedy, Jruschov y hasta la Unión Soviética misma habían salido de la escena, Fidel Castro, a quien los misiles habían parecido proteger, seguía vivo, sano y poderoso en La Habana.

No obstante, la crisis cubana de los misiles, en un sentido más amplio, sirvió mucho a la misma función que los pájaros cegados y quemados para los observadores norteamericanos y soviéticos de las pruebas termonucleares de sus bombas una década antes. Persuadió a todo el mundo que intervino en ello —con la posible excepción de Castro, que pretendía, incluso años después, haber estado dispuesto a morir en una conflagración nuclear—[66] de que las armas desarrolladas por cada bando durante la Guerra Fría planteaban una amenaza para *ambos* bandos mayor que la que los Estados Unidos y la Unión Soviética representaban entre sí. Esta serie improbable de sucesos, considerada universalmente como la ocasión en que el mundo llegó más cerca, durante la segunda mitad del siglo XX, a una tercera guerra mundial, proporcionaba una ojeada a un futuro que nadie quería: un conflicto proyectado más allá de la contención, la razón y la probabilidad de sobrevivencia.

XI

La administración Kennedy no había en modo alguno previsto semejante salida: a decir verdad habría entrado en sus cargos en 1961 decidida a racionalizar la conducción de la guerra nuclear. Asustado al descubrir que el único plan de guerra que Eisenhower había dejado tras de sí habría requerido el uso *simultáneo* de mucho más que 3 000 armas nucleares contra *todos* los países comunistas, Kennedy instruyó a sus estrategas para que

ampliaran las opciones. La tarea cayó sobre el secretario de Defensa, Robert S. McNamara, quien insistió en que debía ser posible no sólo idear una gama de posibilidades sobre el modo de combatir en una guerra nuclear, sino también de conseguir que los rusos *convinieran* en cuáles debieran ser las reglas de semejante combate. La idea básica, sugirió en el verano de 1962, sería hacer una guerra nuclear "en gran medida, lo mismo que las operaciones militares más convencionales se han considerado en el pasado". El objetivo sería "la destrucción de las fuerzas militares enemigas, no de la población civil".[67]

Había, sin embargo, algunos problemas en esta estrategia. Sin ir más lejos, la conducción de las guerras desde hacía mucho había enturbiado la distinción entre combatientes y no combatientes. En la segunda Guerra Mundial al menos tantos civiles habían muerto como personal militar, y en una guerra nuclear la situación sería mucho peor. Los planeadores de McNamara estimaron que 10 millones de norteamericanos serían muertos en un conflicto así, aunque sólo se apuntara a fuerzas y recursos militares y no civiles.[68] En segundo lugar, no había seguridad de que fuese posible una puntería tan precisa. La mayoría de las bombas arrojadas en la segunda Guerra Mundial no habían dado en sus blancos, y los sistemas de guía de los misiles —especialmente en el bando soviético— eran todavía primitivos. Por añadidura, la mayoría de los recursos militares en los Estados Unidos, así como en la Unión Soviética y Europa, estaban localizados en las ciudades y a su alrededor, no aparte de ellas. Finalmente, la doctrina de McNamara de "no ciudades" sólo funcionaría si los rusos siguieran las "reglas" y no apuntaran ellos mismos a las ciudades. Pero esto dependía de conseguir que Jruschov pensara como McNamara, posibilidad sumamente improbable.

La crisis de los misiles de Cuba confirmó cuán difícil sería esa tarea: una lección derivada fue el grado en el cual rusos y norte-

americanos no habían conseguido pensar análogamente al entrar en ello. Lo que había parecido ser un comportamiento "racional" en Moscú se había presentado como peligrosamente "irracional" en Washington, y viceversa. Si una racionalidad común podía ser tan huidiza en tiempo de paz, ¿qué perspectivas habría para ella en el caos de una guerra nuclear? McNamara en persona se recuerda preguntándose, mientras contemplaba la puesta del sol en el día más crítico de la crisis, si sobreviviría para ver otra vez aquello.[69] Sobrevivió, pero su convencimiento de que podía ser una guerra nuclear limitada, controlada, *racional*, no sobrevivió.

Lo que impidió que estallara la guerra, en el otoño de 1962, fue la irracionalidad, en ambos bandos, del terror puro. Esto es lo que Churchill había previsto cuando vio esperanza en una "igualdad de aniquilaciones". Es lo que Eisenhower había entendido cuando descartó el combate nuclear limitado: su estrategia no dejaba posibilidad distinta de una seguridad de destrucción total, suponiendo que esto, más bien que el tratar de orquestar niveles de destrucción mientras estaba ocurriendo una guerra, sería el mejor modo de evitar que estallara cualquier guerra.

McNamara, de modo característico, transformó esta confianza en el irracionalismo en un nuevo tipo de racionalidad en lo que siguió a la crisis de los misiles en Cuba. Ahora repudiaba su anterior idea de apuntar únicamente hacia las instalaciones militares: en lugar de esto, cada bando debiera apuntar a las ciudades del bando opuesto, con la idea de causar el *máximo* número de bajas posible.[70] La nueva estrategia recibió el nombre de Destrucción Mutua Asegurada; su acrónimo, con pérfida oportunidad, era MAD, o sea "loco" en inglés. El supuesto subyacente era que si nadie podría tener la seguridad de sobrevivir a una guerra nuclear, entonces no la habría. Esto, sin embargo, era sencillamente enunciar de nuevo lo que Eisenhower había concluido mucho tiempo atrás: que el advenimiento de las

armas termonucleares significaba que la guerra no podría ser ya un instrumento de los estadistas, más bien la supervivencia de los Estados requeriría que no hubiera guerra alguna.

Ocurrieron alarmas —y hasta alertas— nucleares después de 1962, pero no volvió a haber crisis del tipo que dominó la relación entre superpotencias desde fines de los años cuarenta. En cambio, empezó a surgir una serie de acuerdos soviético-norteamericanos, primero tácitos, luego explícitos, reconociendo el peligro de las armas nucleares planteado a los mundos capitalista y comunista por igual. Incluían un entendimiento no escrito de que ambos bandos tolerarían los reconocimientos desde satélites, reivindicación de otra idea de Eisenhower, que era aprender a vivir con transparencia —"cielos abiertos"— los Estados Unidos y la Unión Soviética, que reduciría al mínimo la posibilidad de un ataque por sorpresa.[71]

Se comprendía también que había llegado el tiempo, si no del control internacional de las armas nucleares, sí al menos para acuerdos acerca del procedimiento. El primero llegó en 1963, con el Tratado Limitado de Supresión de Pruebas, que abolía las pruebas nucleares en la atmósfera. Siguieron, en 1968, el Tratado de No Proliferación Nuclear, que requería que las naciones poseedoras de armas nucleares no ayudaran a otros Estados a adquirirlas. Y, en 1972, el Acuerdo Transitorio de Limitación de Armas Estratégicas restringió el número de misiles terrestres y con base naval permisible para cada bando, con verificación de cumplimiento por medio de reconocimiento con satélites.

Lo más curioso, sin embargo, fue que los Estados Unidos y la Unión Soviética firmaran también en 1972 un Tratado de Misiles Antibalísticos, que eliminaba las *defensas* contra los misiles de largo alcance. Éste fue el primer reconocimiento formal, por ambos bandos, de la idea de Churchill —y de Eisenhower— de que la vulnerabilidad que acompañaba a la perspectiva de la ani-

quilación instantánea podía volverse base de una relación a largo plazo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Reflejaba asimismo la aceptación por Moscú, nada fácil de alcanzar, de la Destrucción Mutua Asegurada: persuadir a los rusos de que era una *mala* idea tratar de defenderse, había sido un reto de negociación de primer orden. El éxito del esfuerzo —que los funcionarios norteamericanos podían ahora educar a sus correlatos soviéticos acerca del modo de pensar sobre la seguridad material— sugiere hasta dónde habían llegado las cosas desde que uno y otro de los bandos aterró al otro con su desarrollo de armas nucleares en los primeros años de la Guerra Fría.

Y así, parafraseando a Kurt Vonnegut, ocurrieron las cosas. La Guerra Fría pudo haber producido una guerra calurosa que habría acabado con la vida humana sobre el planeta. Pero a causa del *miedo* a semejante guerra, que resultó mayor que todas las diferencias que separaban a los Estados Unidos, la Unión Soviética y sus respectivos aliados, ahora había razón para *esperar* que nunca habría tal guerra.

XII

Cuatro décadas después de la crisis cubana de los misiles, otro novelista, Yann Martel, publicó *Life of Pi*, historia improbable acerca de un bote salvavidas que pudo haberse vuelto un salvamuertes.[72] Los personajes principales eran un muchacho y un tigre de Bengala, víctimas ambos de un naufragio, reunidos en un navío incómodamente pequeño, a la deriva por el Océano Pacífico. A falta de un lenguaje común, no podía haber discusión racional entre ellos. Pero había, pese a todo, una compatibilidad de intereses: el tigre haciendo que el muchacho atrapara peces para comérselos, y el muchacho evitando ser devorado.

Ambos representaron esto, y así sobrevivieron.

¿Una fábula de la Guerra Fría? Poco importa si Martel aspiró a ello, pues la señal de una buena novela es que puede lograr que sus lectores vean, aun si esto va más allá de la propia visión del autor. Lo que las armas nucleares lograron fue hacer que los Estados vieran —aun en ausencia de una lengua, ideología o intereses en común— que compartían la supervivencia de ambos, dado el tigre que ellos mismos crearon, pero con el cual tenían ahora que aprender a vivir.

[Notas]

---

[1] *Public Papers of the Presidents of the United States: Harry S. Truman, 1950* (Washington: Government Printing Office, 1965), p. 727.

[2] Véase su clásica novela acerca del bombardeo de Dresden, *Slaughterhouse-Five* (Nueva York: Delacorte Press, 1969).

[3] Estas cifras vienen de *Britannica Online*, encabezado sobre la Guerra de Corea.

[4] Bernard Brodie, "War in the Atomic Age", en Brodie, ed., *The Absolute Weapon: Atomic Power and World Order* (Nueva York: Harcourt, 1946), pp. 33-34.

[5] Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, versión traducida por Rex Warner (Nueva York: Penguin, 1972), p. 48. Nadie sabe cuántos murieron en la Guerra del Peloponeso, pero esta estimación proviene de su historiador moderno más distinguido, mi colega de Yale Donald Kagan. Las cifras sobre las bajas en las guerras mundiales primera y segunda son de *Britannica Online*.

[6] Carl von Clausewitz, *On War*, editado y traducido por Michael Howard y Peter Paret (Princeton: Princeton University Press, 1976), p. 87.

[7] Véase Kai Bird y Martin J. Sherwin, *American Prometheus: The Triumph and Tragedy of J. Robert Oppenheimer* (Nueva York: Knopf, 2005), pp. 221-222.

[8] Diario, 16 de julio de 1945, y 26 de septiembre de 1946 en Robert H. Ferrell, ed., *Off the Record: The Private Papers of Harry S. Truman* (Nueva York: Harper & Row, 1980), pp. 52 y 99. Al reconstruir el pensamiento de Truman acerca de las armas atómicas he seguido particularmente a S. David Broscious, "Longing for International Control, Banking on American Superiority: Harry S. Truman's Approach to Nuclear Weapons", en John Lewis Gaddis, Philip H. Gordon, Ernest R. May, y Jonathan Rosenberg, eds., *Cold War Statesmen Confront the Bomb: Nuclear Diplomacy since 1945* (Nueva York: Oxford University Press, 1999), pp. 15-38.

[9] Diario de David E. Lilienthal, 21 de julio de 1948, en *The Journals of David E. Lilienthal: The Atomic Energy Years, 1945-1950* (Nueva York: Harper & Row,

1964), p. 391.

[10] Las bajas en la Guerra Civil vienen de *Britannica Online*. Para la Somme, véase John Keegan, *The Face of Battle: A Study of Agincourt, Waterloo, and the Somme* (Nueva York: Viking, 1976), p. 260. Para el bombardeo estratégico en la segunda Guerra Mundial, véase Richard Overy, *Why the Allies Won* (Nueva York: Norton, 1996), pp. 101-133.

[11] Diario de James V. Forrestal, 15 de julio de 1948, en Walter Millis, ed., *The Forrestal Diaries* (Nueva York: Viking, 1951), p. 458.

[12] Vladislav M. Zubok, "Stalin and the Nuclear Age", en Gaddis, *et al.*, eds., *Cold War Statesmen Confront the Bomb*, p. 54.

[13] Diario de Lilienthal, 9 de febrero de 1949, en *The Journals of David E. Lilienthal: The Atomic Energy Years*, p. 464.

[14] Diario de Lilienthal, 18 de mayo de 1948, en *ibid.*, p. 342. Véase también Zubok, "Stalin and the Nuclear Age", p. 52.

[15] Milovan Djilas, *Conversations with Stalin* (traducido por Michael B. Petrovich) (Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1962), p. 153.

[16] Zubok, "Stalin and the Nuclear Age", p. 55; John Lewis Gaddis, *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War* (Nueva York: Oxford University Press, 1987), pp. 111-112. Acerca de los costos del proyecto de la bomba atómica soviética, véase David Holloway, *Stalin and the Bomb: The Soviet Union and Atomic Energy, 1939-1956* (New Haven: Yale University Press, 1994), pp. 172-195.

[17] John Lewis Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History* (Nueva York: Oxford University Press, 1997), p. 91; Zubok, "Stalin and the Nuclear Age", p. 58.

[18] Sergei N. Goncharov, John W. Lewis y Xue Litai, *Uncertain Partners: Stalin, Mao, and the Korean War* (Stanford: Stanford University Press, 1993), p. 69.

[19] La entrevista con Alexander Werth, apareció en *Pravda*, 25 de septiembre de 1946.

[20] Holloway, *Stalin and the Bomb*, p. 264.

[21] Estas citas vienen, respectivamente, de Zubok, "Stalin and the Nuclear Age", p. 56, y Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Nueva York: Knopf, 2004), p. 601.

[22] "nrdc Nuclear Notebook: Global Nuclear Stockpiles 1945-2002", *Bulletin of the Atomic Scientists*, 58 (noviembre-diciembre de 2002), 102-103, también accesible en http://www.thebulletin.org/issues/nukenotes/ndo2nukenote.html.

[23] Para más al respecto, véase Gaddis, *The Long Peace*, p. 116.

[24] William Stueck, *Rethinking the Korean War: A New Diplomatic and Military History* (Princeton: Princeton University Press, 2002), p. 124. Véase también Roger Dingman, "Atomic Diplomacy During the Korean War", *International Security*, 13 (invierno de 1988/1989), 50-91.

[25] Véase antes, p. 64.

[26] Stalin a Mao, 5 de junio de 1951, Cold War International History Project

[en adelante CWIHP] *Bulletin*, núm. 6/7 (invierno de 1995/1996), 59. Para la sucesión completa de acontecimientos, véase Gaddis, *We Now Know*, pp. 103-110.

[27] Hay amplia información de la participación militar soviética en la Guerra de Corea: http://www.korean-war.com/ussr.html.

[28] Bird y Sherwin, *American Prometheus*, pp. 416-430; George F. Kennan, *Memoirs: 1925-1950* (Boston: Atlantic-Little Brown, 1967), pp. 471-476.

[29] Gaddis, *The Long Peace*, p. 113. Véase también Gaddis, *We Now Know*, pp. 230-232.

[30] George Cowan y N. A. Vlasov, citado en *ibid.*, p. 224.

[31] Andrew P. N. Erdmann, " 'War No Longer Has Any Logic Whatever': Dwight D. Eisenhower and the Thermonuclear Revolution", en Gaddis *et al.*, eds., *Cold War Statesmen Confront the Bomb*, p. 101.

[32] *Idem.*

[33] Holloway, *Stalin and the Bomb*, pp. 336-337.

[34] Gaddis, *The Long Peace*, p. 109.

[35] Jonathan Rosenberg, "Before the Bomb and After: Winston Churchill and the Use of Force", en Gaddis *et al.*, eds., *Cold War Statesmen Confront the Bomb*, p. 191.

[36] Diario de James C. Hagerty, 27 de julio de 1954, en *FRUS: 1952-1954*, xv, 1844-1845.

[37] Erdmann, "Eisenhower and the Thermonuclear Revolution", pp. 106-107 y 113.

[38] *Ibid.*, p. 109.

[39] Mi argumentación ha sido aquí influida profundamente por la lectura de Campbell Craig, *Destroying the Village: Eisenhower and Thermonuclear War* (Nueva York: Columbia University Press, 1999), especialmente pp. 67-70.

[40] William Taubman, *Jruschov: The Man and His Era* (Nueva York: Norton, 2003), pp. 147-178.

[41] Nikita S. Jruschov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, traducido y editado por Strobe Talbott (Boston: Little, Brown, 1974), p. 47; James G. Blight, Bruce J. Allyn y David A. Welch, *Cuba on the Brink: Castro, the Missile Crisis, and the Soviet Collapse* (Nueva York: Pantheon, 1993), p. 130. Para el bombardero soviético y los recursos de misiles durante este periodo, véase Stephen J. Zaloga, *The Kremlin's Nuclear Sword: The Rise and Fall of Russia's Strategic Nuclear Forces, 1945-2000* (Washington: Smithsonian Institution, 2002), pp. 22-59.

[42] Para más acerca de esto, véase Gaddis, *We Now Know*, pp. 234-239; también Sergei Jruschov, *Khrushchev on Khrushchev: An Inside Account of the Man and His Era*, editado y traducido por William Taubman (Boston: Little, Brown, 1990), p. 56.

[43] Taubman, *Khrushchev…*, p. 407.

[44] McGeorge Bundy, *Danger and Survival: Choices About the Bomb in the First Fifty Years* (Nueva York: Random House, 1988), p. 331.

[45] Hope M. Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall: Soviet-East German Relations, 1953-1961* (Princeton: Princeton University Press, 2003), pp. 111-112; Jruschov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, p. 501; Taubman, *Khrushchev…*, p. 407; Dean Rusk, contado a Richard Rusk, *As I Saw It* (Nueva York: Norton, 1990), p. 227.

[46] Sergei Jruschov, *Khrushchev on Khrushchev*, p. 356. Cursivas en el original.

[47] La mejor descripción del viaje de Jruschov a Norteamérica está en Taubman, *Khrushchev…*, pp. 419-441.

[48] John Ranelagh, *The Agency: The Rise and Decline of the CIA* (Nueva York: Simon and Schuster, 1986), pp. 149-159.

[49] Entrevista de Andrew Goodpaster, CNN *Cold War*, Episodio 8, "Sputnik, 1949-1961".

[50] Michael R. Beschloss, *Mayday: Eisenhower, Khrushchev and the U-2 Affair* (Nueva York: Harper & Row, 1986), pp. 121-122.

[51] Zaloga, *The Kremlin's Nuclear Sword*, pp. 49-50.

[52] Taubman, *Khrushchev…*, p. 444.

[53] *Ibid*., p. 460.

[54] Secretario encargado de la defensa, Roswell Gilpatric, citado en Gaddis, *We Now Know*, p. 256.

[55] Taubman, *Khrushchev…*, p. 536.

[56] Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *"One Hell of a Gamble": Khrushchev, Castro, and Kennedy, 1958-1964* (Nueva York: Norton, 1997), p. 171. Véase también Taubman, *Khrushchev…*, pp. 536-537.

[57] Fursenko y Naftali, *"One Hell of a Gamble"*, p. 39.

[58] Nikita S. Jruschov, *Khrushchev Remembers*, traducido y editado por Strobe Talbott (Nueva York: Bantam, 1971), p. 546.

[59] Taubman, *Khrushchev…*, p. 537.

[60] Véanse las transcripciones de conversaciones entre veteranos norteamericanos y soviéticos de la crisis en Blight, Allyn y Welch, *Cuba on the Brink*, y en James G. Blight y David A. Welch, *On the Brink: Americans and Soviets Reexamine the Cuban Missile Crisis* (Nueva York: Hill y Wang, 1989).

[61] Encuentro de Kennedy con consejeros, 22 de octubre de 1962, en Ernest R. May y Philip D. Zelikow, eds., *The Kennedy Tapes: Inside the White House during the Cuban Missile Crisis* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1997), p. 235.

[62] Taubman, *Khrushchev…*, p. 552.

[63] Blight, Allyn y Welch, *Cuba on the Brink*, p. 259.

[64] *Ibid*., p. 203.

[65] Gaddis, *We Now Know*, p. 262; "NRDC Nuclear Notebook: Global Nuclear Stockpiles, 1945-2002", p. 104.

[66] Blight, Allyn y Welch, *Cuba on the Brink*, p. 360.

[67] Lawrence Freedman, *The Evolution of Nuclear Strategy* (Nueva York: St. Martin's Press, 1983), p. 235.

[68] *Ibid*., p. 238.

[69] CNN *Cold War*, Episodio 10, "Cuba: 1959-1962".

[70] Bundy, *Danger and Survival*, pp. 543-548.

[71] Para más a este respecto, véase Gaddis, *The Long Peace*, pp. 195-214.

[72] Yann Martel, *Life of Pi* (Nueva York: Harcourt, 2002).

III. MANDO CONTRA ESPONTANEIDAD

> Dos naciones entre las cuales no hay relaciones ni simpatía, que ignoran la una de la otra los hábitos, pensamientos y sentimientos, como si fueran habitantes de zonas diferentes, o habitantes de planetas distintos, que están formadas por diferente educación, se alimentan de comida diferente, están regidas por modales diferentes y no están gobernadas por las mismas leyes.
>
> Benjamin Disraeli, 1845[1]
>
> En lugar de unidad entre las grandes potencias —tanto política como económica—, después de la guerra, hay completa carencia de unidad entre la Unión Soviética y los satélites, de un lado, y el resto del mundo, de otro. Hay, en pocas palabras, dos mundos en lugar de uno.
>
> Charles E. Bohlen, 1947[2]

Un planeta único, compartido por superpotencias que distribuían los recursos para borrar la una a la otra, pero que no compartían los intereses en la supervivencia del otro. Hasta aquí, muy bien. ¿Qué *clase* de supervivencia? ¿Cómo sería la vida bajo cada uno de los sistemas? ¿Cuánto espacio habría para el bienestar económico? ¿Y para la justicia social? ¿Y para la libertad de escoger entre las opciones de vida? La Guerra Fría no era nada más una rivalidad geopolítica o una carrera tras las armas atómicas; era una competencia, también, por contestar estas preguntas. Lo que estaba en cuestión era casi tan grande como la supervivencia humana: cómo organizar del mejor modo la sociedad humana.

"Gústenos o no, la historia está de nuestro lado", presumió en una ocasión Nikita Jruschov ante un grupo de diplomáticos oc-

cidentales. “Los enterraremos.” Gastó el resto de su vida explicando lo que quería decir con esto. No había hablado acerca de la guerra nuclear, pretendió Jruschov, sino más bien acerca de la victoria, históricamente determinada, del comunismo sobre el capitalismo. La Unión Soviética podía en verdad ir a la zaga del Occidente, reconoció en 1961. En una década, sin embargo, la escasez de viviendas desaparecería, los bienes de consumo serían abundantes, y la población del mundo sería “satisfecha materialmente”. En dos décadas, la Unión Soviética “se elevaría a una altura tal que, en comparación, los principales países capitalistas quedarían muy por debajo y atrasados”.[3] El comunismo, sencillamente, era la oleada del futuro.

Las cosas no funcionaron así. Para 1971 la economía de la Unión Soviética y la de sus satélites de Europa oriental, se estancaba. Para 1981, los niveles de vida en la URSS se habían deteriorado al grado de que la esperanza de vida estaba *disminuyendo*, un fenómeno sin precedentes en una sociedad industrial adelantada. Para fines de 1991, la Unión Soviética misma, el modelo para el comunismo en todas partes, había dejado de existir.

Las predicciones de Jruschov, según quedó en claro, se habían basado en que ocurriera lo deseado, no en análisis firmes. Lo que es notable, no obstante, es cuánta gente se las tomó en serio en aquel tiempo, de ninguna manera todas comunistas. John F. Kennedy, por ejemplo, halló que la confianza en sí del dirigente comunista era plenamente intimidante cuando se vio con Jruschov en el verano de 1961 en Viena: Kennedy estaba “sencillamente asombrado”, señaló el primer ministro inglés Harold Macmillan, poco después, “como alguien que se encontrara a Napoleón (en la cima de su poder) por primera vez”.[4] JFK no estaba solo: el comunismo llevaba bastante más de un siglo intimidando a los estadistas y a los Estados que gobernaban. La razón era que había inspirado —y estimulado— a tantos de sus propios ciudadanos, que veían en el marxismo-leninismo la pro-

mesa de una vida mejor. La primera parte de la Guerra Fría vio la intimidación y la inspiración en su colmo. Para fines de la Guerra Fría poco quedaba que esperar del comunismo y nada quedaba por temer.

I

El mejor lugar para empezar, en pos de entender el respeto que despertaba el comunismo, así como las angustias que causaba, es otra novela. Su título era *Sybil;* apareció en 1845 y el autor, Benjamin Disraeli, también llegaría a primer ministro británico. El subtítulo era "Las dos naciones", que para Disraeli significaba los ricos y los pobres, que coexistían incómodamente dentro de una sociedad en la cual una revolución industrial —el logro supremo de la Gran Bretaña en la media centuria precedente— ensanchaba la brecha entre las dos. "El florecimiento capitalista", lamentaba un personaje,

> amasa inmensa riqueza; nosotros nos hundimos más y más, más abajo que las bestias de carga; pues se alimentan mejor que nosotros, son más cuidadas. Y es justo, pues en el sistema presente son más valiosas. Y sin embargo nos enseñan que los intereses del Capital y el Trabajo son idénticos.[5]

Sybil era una advertencia de que un Estado cuyo progreso económico dependía de explotar a algunos de sus ciudadanos para beneficio de otros se encaminaba a trastornos.

Karl Marx, que vivía en Inglaterra por entonces, atestiguó y advirtió el mismo fenómeno, pero lo hizo por medio de una teoría, no una novela. Como el capitalismo distribuye la riqueza desigualmente, pretendía Marx, produce sus propios verdugos. La enajenación social generada por las desigualdades económicas sólo podía resultar en la revolución. "No sólo la burguesía ha forjado las armas que conducen a la muerte para sí misma; tam-

bién ha traído a la existencia los hombres que van a esgrimir estas armas —las clases trabajadoras modernas—: los proletarios." Los sepultureros del capitalismo tarde o temprano lo sustituirían por el comunismo, un método más ecuánime de organizar la sociedad en la que habría propiedad común de los medios de producción, y en que los extremos de riqueza y pobreza no existirían ya. Tampoco, por lo tanto, habría resentimiento, de modo que la felicidad de la especie humana sucedería al comunismo, proclamaba Friedrich Engels, colaborador de Marx; señalaría "el ascenso del hombre desde el reino de la necesidad al reino de la libertad".[6]

Esto no era una simple profesión de fe: Marx y Engels también lo vieron como ciencia. El vínculo establecido por Marx entre el progreso tecnológico, la conciencia social y las consecuencias revolucionarias, creían, revelaba la máquina que impulsaba adelante la historia. Ésta era la lucha de clases, y como la industrialización y la enajenación que producía eran irreversibles, esta máquina no tenía manera de retroceder.

El marxismo despertó la esperanza de los pobres, el miedo de los ricos, y dejó a los gobiernos en un lugar entre medias. Gobernar únicamente en beneficio de la burguesía parecía asegurar la revolución, confirmando con ello la profecía marxiana; pero hacerlo sólo por el proletariado significaría que la revolución marxiana ya había llegado. La mayoría de los guías políticos, por lo tanto, combatían, ya fuera en la Inglaterra de Disraeli o en la Alemania de Bismarck, o el país que se industrializaba más aprisa de todos, los Estados Unidos, a fin de preservar el capitalismo mitigándolo en su aspereza. El resultado fue el Estado social benefactor, estructura básica que estaba en su sitio en gran parte del mundo industrializado cuando varios de sus representantes más destacados entraron en guerra entre sí en agosto de 1914.

Cualquiera que fuera el progreso debido a los capitalistas para

facilitar las brutalidades de la industrialización, la primera Guerra Mundial mostró que todavía no habían aprendido a conservar la paz. A pesar del desarrollo económico sin precedentes y la interdependencia que lo había acompañado, las grandes potencias de Europa —algunas con los gobiernos más socialmente progresistas de ningún lugar— cayeron en la peor guerra que el mundo había visto jamás. Las grandes cantidades de armas que sus industrias producían hizo posible continuar la lucha por mucho más tiempo del que nadie había esperado. La burguesía, si aparecía ahora, estaba abriendo su propia tumba.

Tal, por lo menos, era la argumentación adelantada por Lenin, al principio desde el exilio, y luego de derribar al zar Nicolás II a principios de 1917, desde dentro de la propia Rusia. Lenin difería de Marx y Engels, sin embargo, en su determinación de pasar de la teoría a la acción: su *coup d'état* en noviembre —pues eso era— sigue siendo un ejemplo tan notable como siempre lo fue, de la medida en la cual una persona puede cambiar el curso de la historia. O, como habría planteado la cosa, recurriendo a Marx, por lo cual la "vanguardia consciente del proletariado" puede *acelerar* la historia hacia su conclusión científicamente predeterminada. Lo que la "revolución" bolchevique significó fue que un Estado había ido más allá tratando de salvar el capitalismo: en medio de una guerra que el capitalismo había iniciado, declaró la guerra al capitalismo mismo. Y si las esperanzas de Lenin y sus seguidores eran correctas, los ciudadanos de otros Estados —amargados ellos mismos por el capitalismo y golpeados por la guerra— no tardarían en apoderarse del poder y hacer otro tanto. La máquina irreversible de la historia lo garantizaba.

Nadie captó la significación de este momento más claramente que el presidente de los Estados Unidos en aquel tiempo, Woodrow Wilson. Entendió, lo mismo que Lenin, el grado al cual las ideas podían mover a las naciones: ¿no había conducido a los

Estados Unidos a la guerra en abril de 1917, pidiendo un "mundo seguro para la democracia"? Pero, tal como lo concibió Wilson, semejante mundo no sería seguro para la revolución proletaria, ni sería verdad lo contrario. Rápidamente se encontró haciendo dos guerras: una con poder militar contra la Alemania imperial y sus aliados y la otra con palabras, contra los bolcheviques. Los Catorce Puntos de Wilson en el discurso de enero de 1918, el máximo enunciado influyente de una ideología *norteamericana* en el siglo XX era una respuesta directa al reto ideológico planteado por Lenin. Comenzó en este punto, por lo tanto, una guerra de ideas —una competencia entre visiones— que se extendería durante el resto de la primera Guerra Mundial, en los años intermedios, la segunda Guerra Mundial y la mayor parte de la Guerra Fría.[7] Estaba en juego la cuestión que había dividido las dos naciones de Disraeli: cómo gobernar mejor las sociedades en industrialización de tal modo que beneficiara a *todo* el mundo que vivía en ellas.

II

La posición de Lenin era una extensión de la de Marx: que en virtud de que el capitalismo causaba desigualdad y guerra, ni la justicia ni la paz podrían imperar mientras el capitalismo no hubiera sido derribado. Marx había sido vago acerca de cómo ocurriría esto, pero Lenin había proporcionado una demostración. El partido comunista señalaría el camino, y un solo individuo, como lo había hecho él en Rusia, guiaría al partido. Una *dictadura* del proletariado *liberaría* a éste. Como los enemigos de la revolución nunca cederían voluntariamente el poder, aquella dictadura usaría todos los métodos disponibles para ello —propaganda, subversión, vigilancia, informantes, acción encubierta, operaciones militares ordinarias y extraordinarias, y aún el terror

— para lograr sus objetivos. Sus fines justificarían los medios. Esto sería, por tanto, una revolución *autoritaria* que liberaría a los de abajo dándoles órdenes desde lo alto.

El objetivo de Wilson, como el de Disraeli, era reformar el capitalismo, no destruirlo. El modo de lograr esto, creía, era fomentar la espontaneidad: el problema con el capitalismo era que dejaba a la gente con demasiado poca libertad para arreglar sus propias vidas. Había colaborado con imperios que negaban a sus habitantes el derecho de escoger a sus dirigentes. Había limitado la eficiencia de los mercados mediante el proteccionismo, los precios fijos y ciclos recurrentes de auges y caídas. Y por supuesto —aquí Wilson concordaba con Lenin— el capitalismo no había conseguido evitar la guerra, última negación de la libertad. El plan de Wilson para el mundo de la posguerra fomentaría la autodeterminación política, la liberalización económica y la formación de una organización internacional colectiva de seguridad con la capacidad de asegurar que las rivalidades entre naciones —que nunca desaparecerían por completo— en adelante se arreglarían pacíficamente. Ésta sería una revolución *democrática* que abriría el camino para los de abajo a fin de que se liberaran.

Lenin, siguiendo a Marx, supuso la incompatibilidad de los intereses de clase: puesto que los ricos siempre explotarían a los pobres, los pobres no tenían otra cosa que hacer sino suplantar a los ricos. Wilson, siguiendo a Adam Smith, supuso lo opuesto: que la búsqueda de los intereses individuales adelantaría los intereses de cada quien, desgastando con ello las diferencias de clase mientras beneficiaba tanto a los ricos como a los pobres. Había, por tanto, soluciones radicalmente diferentes al problema de lograr la justicia social dentro de las sociedades industriales modernas. Cuando comenzó la Guerra Fría, no era nada claro qué iba a imponerse. Para verlo, síganse los legados de Lenin y Wilson, muertos ambos en 1924, durante las dos décadas siguientes.

Wilson, al final de la segunda Guerra Mundial, tendría el aire de ser un idealista fracasado. Se había comprometido tantas veces al negociar el convenio de Versalles en 1919 —aceptando su rudo tratamiento de Alemania, su defensa de las pretensiones territoriales de los aliados victoriosos y su apenas disimulada perpetuación del colonialismo— que difícilmente se habría apoyado la autodeterminación política y la liberalización económica.[8] Sus propios compatriotas se habían negado a unirse a la creación más orgullosa, la Liga de las Naciones, debilitándola gravemente. El capitalismo había revivido precariamente después de la guerra, para estrellarse en 1929, estableciendo la peor depresión global nunca vista. El autoritarismo, mientras tanto, iba en aumento; primero en Italia bajo Benito Mussolini, luego en el Japón imperial, y finalmente —de modo ominoso— en Alemania, donde, habiendo alcanzado el poder constitucionalmente en 1933, Adolfo Hitler inmediatamente abolió la constitución por la cual lo había logrado.

Los Estados Unidos y las democracias restantes no hicieron ningún esfuerzo serio para evitar la agresión japonesa contra Manchuria en 1931, o la captura por Italia de Etiopía en 1935, o el rápido rearme de lo que era ahora la Alemania nazi, un proceso que para fines de la década había hecho de aquel país la potencia dominante en el continente europeo. Y cuando, como resultado predecible, estalló la segunda Guerra Mundial, los norteamericanos y los ingleses se encontraron dependiendo de la Unión Soviética de Stalin —que a su vez había colaborado con Hitler entre 1939 y 1941— a fin de ganar. La victoria era segura en 1945, pero la naturaleza del mundo de posguerra no lo era. Haber esperado la reivindicación de Wilson, en vista de este inventario, habría parecido, cuando menos, ingenuo: como un precursor de las relaciones internacionales lo planteó a principios de la guerra, "las democracias liberales dispersas por el mundo según el ajuste de paz de 1919 eran el producto de la

teoría abstracta, no arraigaron y pronto se disolvieron".[9]

Lenin, al final de la segunda Guerra Mundial, habría tenido el aire de un realista afortunado. Stalin, su sucesor, había llevado adelante una revolución desde arriba en la Unión Soviética, primero colectivizando la agricultura, luego emprendiendo un programa de industrialización rápida, y finalmente purgando despiadadamente a los rivales posibles, reales e imaginarios. La revolución proletaria que Lenin esperaba no había llegado, pero la urss era, a pesar de todo, a fines de los años treinta, el Estado proletario más poderoso. Y a diferencia de sus correlatos capitalistas, había mantenido producción plena y por lo tanto ocupación plena a través de la Gran Depresión. El surgimiento de la Alemania nazi planteó un grave desafío, por supuesto, pero el pacto de Stalin con Hitler había permitido ganar tiempo y territorio, de modo que cuando la invasión llegó en 1941, la Unión Soviética no sólo sobrevivió, sino que a fin de cuentas la rechazó. Conforme se acercaba la conclusión de la lucha, la URSS iba, física y políticamente, a dominar la mitad de Europa. Su influencia ideológica —dadas estas demostraciones de lo que podía conseguir un sistema autoritario— bien podría ir mucho más lejos.

Pues el marxismo-leninismo en aquella época tenía millones de partidarios en Europa. Los comunistas españoles, franceses, italianos y alemanes habían dirigido la resistencia contra el fascismo. La idea de revolución social —que los de abajo podrían llegar a lo alto— tenía un atractivo extenso, incluso en un país como Polonia, con su larga historia de antagonismo hacia Rusia.[10] Y, dada la devastación causada por la guerra, junto con la privación que ocasionó la depresión de preguerra, no estaba del todo claro que el capitalismo democrático estuviera a la altura de la reconstrucción de posguerra, no menos porque la mayor democracia capitalista, los Estados Unidos, había revelado pocos deseos en el pasado de asumir responsabilidad por lo que ocurría

más allá de sus fronteras.

Aun entre los norteamericanos no faltaban dudas en sí mismos. El Nuevo Trato de Roosevelt había tapado, pero no sanado, los problemas económicos de la nación: sólo el gasto de tiempo de guerra lo había hecho, y no había seguridad, a medida que los presupuestos federales se contraían hasta la normalidad después de la guerra, de que la depresión no retornaría. El poder del gobierno se había expandido dramáticamente bajo FDR, pero el porvenir de los mercados, la espontaneidad e incluso —según veían sus muchos críticos— la libertad misma era mucho menos clara. "Tenemos, en conjunto, más libertad y menos igualdad que Rusia", escribió un observador en 1943. "Rusia tiene menos libertad y más igualdad. Si la democracia debe ser definida primariamente en términos de libertad o de igualdad es fuente de discusión interminable."[11]

El comentario pudo haber procedido del vicepresidente de Roosevelt, bienintencionado pero inocente, Henry A. Wallace, que siempre hallaba difícil ponerse él mismo de acuerdo en estos asuntos. De hecho, sin embargo, su autor fue el teólogo Reinhold Niebuhr, el teólogo de mente rígida que se recuerda ahora por la resistencia tenaz al comunismo durante la Guerra Fría. Que Niebuhr durante la segunda Guerra Mundial pudiera preguntarse si la libertad o la igualdad debían definir ante todo la democracia, es una ilustración tan buena como cualquier otra de cuán nebulosas eran las perspectivas de la visión de Wilson tal como se veía entonces.

III

La Guerra Fría cambió todo aquello, con el resultado de que Wilson es recordado hoy como un realista profético, en tanto

que las estatuas de Lenin se pudren en basureros por todo el anterior mundo comunista. Al igual que la guerra nuclear que nunca llegó, la renovación y eventual triunfo del capitalismo democrático fue un desenvolvimiento sorprendente que poca gente, en cualquiera de los bandos de la división ideológica en 1945, habría previsto. Las circunstancias durante la primera mitad del siglo XX habían proporcionado vigor físico y autoridad política a las dictaduras. ¿Por qué habría de ser diferente la segunda mitad?

Las razones tenían menos que ver con ningún desplazamiento fundamental en los modos de producción, como pudiera haber sostenido un historiador marxista, sino con un desplazamiento sorprendente en la actitud de los Estados Unidos hacia el sistema internacional. Pese a haber construido la economía más poderosa y diversificada del mundo, los norteamericanos habían mostrado notablemente poco interés, antes de 1941, en cómo era gobernado el resto del mundo. Los regímenes represivos en otros lugares serían lamentables, pero difícilmente dañarían a los Estados Unidos. Incluso la intervención en la primera Guerra Mundial no había conseguido alterar esta actitud, según Wilson descubrió para su embarazo y pena.

Lo que la cambió, inmediata e irrevocablemente, fue el ataque japonés a Pearl Harbor. Ese acontecimiento sacudió la ilusión de que la distancia garantizaba seguridad: que no importaba quién dirigiera qué del otro lado del océano. La seguridad de la nación estaba ahora en peligro, y en vista de que agresiones venideras con poderío aéreo y naval bien pudieran seguir el ejemplo japonés, el problema seguramente no se acabaría. Había poco que elegir, sino que los Estados Unidos asumieran responsabilidades globales. Éstas requerían ganar la guerra contra Japón y Alemania —pues Hitler había declarado la guerra a los Estados Unidos cuatro días después de Pearl Harbor— pero significaba también planear un mundo de posguerra, en el cual es-

tuvieran seguros la democracia y el capitalismo.

Fue aquí donde Wilson volvió a ser pertinente, ya que tenía tanto que aprender de lo que había marchado mal desde fines de la primera Guerra Mundial. Detrás de su llamado para hacer seguro el mundo para la democracia, llevaba implícita la pretensión de que las democracias no inician guerras. Los años entre las guerras parecieron confirmar semejante afirmación, pero ¿qué era lo que hacía que las naciones dejaran de ser democracias? Alemania, Italia y Japón habían tenido en otro tiempo gobiernos parlamentarios; las crisis económicas de los años 1920 y 1930, sin embargo, los habían desacreditado. Ellos y demasiados otros Estados habían adoptado soluciones autoritarias, que conducían luego a agresiones militares. No sólo el capitalismo había generado desigualdad social, como ocurriría según Marx. Siguiendo esta línea de razonamiento, había producido asimismo *dos* guerras mundiales.

¿Cómo, entonces, evitar la tercera? La respuesta parecía evidente a la administración Roosevelt: había que construir un orden internacional en el cual el capitalismo estuviera seguro contra sus propias tendencias autodestructivas; donde la gente estuviera segura ante las desigualdades producidas y las tentaciones que surgieran entonces de huir de la libertad; donde las naciones estuvieran seguras frente a la agresión a la cual el autoritarismo resultante tendía a conducir. "Un mundo en caos económico —advirtió en 1944 el secretario de Estado Cordell Hull— sería siempre un vivero de perturbaciones y guerra."[12] FDR y sus consejeros difícilmente lo habrían admitido, pero estaban extrayendo tanto de la crítica marxista-leninista del capitalismo como de la de Wilson. ¿Qué sería, sin embargo, lo que esto le dejaría a Stalin?

Roosevelt, siempre pragmático, había saludado a la Unión Soviética como un aliado durante la guerra: "No puedo asumir

el comunismo, ni podría usted —dijo a un amigo—, pero para cruzar este puente le daría la mano al diablo".[13] Entendía también como cualquiera que la cooperación con Moscú podría concluir una vez lograda la victoria; pero quería que la responsabilidad de ello residiera allí, no en Washington. Con este propósito, ofreció el puesto a la URSS en tres nuevas organizaciones internacionales tras de las cuales se proponía colocar el apoyo cabal de los Estados Unidos: el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y las Naciones Unidas.

Juntas, estas instituciones tenían la pretensión de disminuir la posibilidad de depresiones futuras reduciendo las barreras arancelarias, estabilizando las monedas y coordinando la planeación gubernamental con los funcionamientos de los mercados, proporcionando a la vez los medios por los cuales la comunidad internacional contendría y, de ser preciso, derrotaría a agresores venideros. Reunieron dos partes del programa de liberalización económica y de seguridad colectiva de Wilson. La tercera, autodeterminación política, habría de esperar, en opinión de FDR, al menos en aquellas naciones y pueblos que habían caído o era probable que cayeran bajo el dominio soviético. Lo importante era ganar la guerra, conseguir la paz y garantizar la recuperación. Entonces, esperaba, habría lugar para la democracia.

Stalin estaba contento porque la Unión Soviética fuera un miembro fundador de las Naciones Unidas: el veto en el Consejo de Seguridad haría de esta organización únicamente lo que querían que fuera los vencedores en la guerra. El FMI y el Banco Mundial, sin embargo, eran cosa muy distinta. Una vez que entendió que su propósito era *salvar al capitalismo* —y no, como había pensado en un principio, para proporcionar las estructuras mediante las cuales la Unión Soviética podría extraer asistencia de los Estados Unidos para la reconstrucción—,[14] Stalin no quería participar en ellos. Esta decisión, junto con su determinación, crecientemente obvia, de imponer un régimen

autoritario en Europa oriental, significaba que el esfuerzo de FDR por tender un puente entre Wilson y Lenin había fracasado evidentemente. Pero la visión de Wilson, por lo menos, había sido revivida: el enfrentamiento de ideas que habían iniciado él y Lenin durante la primera Guerra Mundial, continuaría ahora en la Guerra Fría que comenzaba. Se volvió evidente en tres discursos importantes pronunciados en 13 meses, en 1946-1947.

Stalin pronunció el primero en Moscú el 9 de febrero de 1946, y en él se remontó a lo fundamental. Volvió a enunciar la condenación, por Marx, del capitalismo por distribuir desigualmente la riqueza. Reiteró la pretensión de Lenin de que, como resultado, era probable que los capitalistas entraran en guerra entre ellos. Extrajo de aquí la conclusión de que la paz sólo podría llegar cuando el comunismo hubiera triunfado en el mundo. Subrayó que la industrialización de la Unión Soviética antes de la segunda Guerra Mundial había permitido que prevaleciera en aquel conflicto, y no dijo nada acerca de la asistencia recibida de los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Por último, pidió sacrificios igualmente duros por parte del pueblo soviético para recuperarse de los daños causados por la última guerra, y para prepararse en vista de la siguiente guerra que las contradicciones del capitalismo de seguro ocasionaría.[15]

Winston Churchill, recientemente eliminado de su cargo, pronunció la segunda conferencia en un lugar improbable, Fulton, en Misuri, el 5 de marzo, con el presidente Truman sentado a su lado. Con matices característicamente ominosos, el anterior primer ministro advirtió:

> Desde Stettin sobre el Báltico hasta Trieste en el Adriático, ha descendido una cortina de hierro que cruza el Continente. Detrás de esa línea están todas las capitales de los antiguos Estados de Europa central y oriental […] Todas estas famosas ciudades y sus poblaciones […] están sometidas de una u otra forma no sólo a la influencia soviética, sino en una medida alta y creciente a control desde Moscú.

Los rusos no querían la guerra, reconoció Churchill, pero querían "los frutos de la guerra y la expansión indefinida de su poderío y doctrinas". Sólo la fuerza podía disuadirlos: "Si las Democracias Occidentales se unen […] no es probable que nadie las moleste. Sin embargo, si se dividen o ceden en su deber y si estos años, de importancia decisiva, se dejan escapar, entonces realmente la catástrofe puede dominarnos a todos".[16]

Truman en persona pronunció el tercer discurso un año después, el 12 de marzo de 1947, pidiendo al Congreso ayuda para Grecia y Turquía y anunció la Doctrina Truman, con su compromiso norteamericano implícito de asistir a las víctimas de la agresión y la intimidación por todo el mundo. Su justificación ideológica de estas medidas era wilsoniana: el mundo estaba ahora dividido entre "dos modos de vida", no el comunismo frente al capitalismo, sino la democracia frente al autoritarismo, distinción que le permitía ligar esta nueva implicación norteamericana en los asuntos europeos con los que la habían precedido en 1917 y en 1941. Su decisión de hacer esto era deliberada, había sido necesaria para mostrar al mundo, según recordaba después uno de los redactores del discurso de Truman, "que tenemos algo positivo y atractivo que ofrecer y no sólo anticomunismo".[17]

Esto se volvió el punto crucial del Plan Marshall, así como las decisiones, tomadas al mismo tiempo, de iniciar la rehabilitación de la Alemania y el Japón ocupados. Eran esfuerzos como los de Disraeli, que Wilson y Roosevelt habrían aplaudido, para salvar el capitalismo y garantizar la democracia en circunstancias tan poco prometedoras que las posibilidades autoritarias —a despecho de sus evidentes peligros para la libertad humana— podrían haberse impuesto fácilmente. La idea no era estigmatizar "como comunista a quienquiera que usara el lenguaje de Marx y Lenin —comentó Charles E. Bohlen, auxiliar de Marshall—, ya que hay mucho en el marxismo […] que en ningún

sentido refleja creencia en la teoría comunista, o implicación en la organización comunista moderna".[18] Más bien se trataba de crear otra posibilidad que el comunismo, dentro del marco de la democracia y el capitalismo, que eliminaría la desesperación que en primer lugar empujaba la gente al comunismo. Esto sólo pudo ocurrir porque los Estados Unidos, después de la segunda Guerra Mundial, asumieron responsabilidades de tiempos de paz más allá de su hemisferio. El reto de Stalin había ayudado a provocar esto.

"La brecha es insalvable —reconocía uno de los personajes de Disraeli en *Sybil*—, completamente infranqueable."[19] Un siglo después, la brecha entre ricos y pobres —entre los pocos que tenían recursos para vivir bien y los muchos que carecían de ellos — había adquirido significación geopolítica global, con dos visiones compitiendo en cuanto al modo de cerrarla. Según lo planteó Bohlen en el verano de 1947: "Hay, en resumen, dos mundos en lugar de uno".[20]

IV

Las dos ideologías que definían estos mundos significaban ofrecer una esperanza: de ahí que cada una tuviera una ideología, por principio de cuentas. Una de ellas, sin embargo, había llegado a depender para su funcionamiento de la creación de miedo. La otra no tenía necesidad de esto. En ello residía la asimetría ideológica básica de la Guerra Fría.

Nunca ha sido claro hasta dónde Lenin aspiraba a que se extendiera su dictadura del proletariado. Ciertamente vio que los fines de la revolución justificaban los medios, incluyendo el uso del terror.[21] Pero ¿habría favorecido el concentrar *toda* autoridad en manos de un individuo único que entonces la conserva-

ría encarcelando, desterrando o ejecutando a quienquiera que pusiera en duda este proceso, o que, pensaba, *pudiera* poner en tela de juicio este proceso? Cualquier cosa que hubiera hecho Lenin la hizo Stalin. Para fines de 1930, sus agentes habían arrestado o matado a unos 63 000 oponentes de la colectivización. Para 1932, había deportado a más de 1.2 millones de "kulaks" —el término de Stalin para campesinos "opulentos"— hasta regiones remotas de la URSS. Para 1934, al menos cinco millones de ucranianos habían muerto de hambre a consecuencia de la hambruna resultante. Stalin entonces empezó a purgar a los funcionarios del gobierno y el partido causando el encarcelamiento de otros 3.6 millones de personas y la ejecución, tan sólo en 1937-1938, de casi 700 000. Se incluía a muchos de los asociados sobrevivientes de Lenin: la excepción más prominente fue la de León Trotsky, a quien Stalin entonces persiguió y mandó asesinar en México en 1940. Para entonces, un historiador ha estimado que la dictadura estalinista había concluido o deshecho las vidas de entre 10 y 11 millones de ciudadanos soviéticos, todo con el propósito de mantenerse en el poder.[22]

El alcance cabal de esta tragedia no podía ser conocido al final de la guerra. Stalin había censurado su propio censo de 1937, que habría revelado gran parte de aquélla, arrestando a todos sus administradores principales y liquidando a muchos de ellos.[23] Era suficientemente claro, sin embargo, para inculcar el miedo así como la esperanza en las mentes de los europeos que esperaban liberación de la opresión nazi por un Estado cuyos antecedentes parecían casi igual de malos. El comportamiento del Ejército Rojo al combatir abriéndose camino en Alemania intensificó estas angustias: los ejércitos rara vez son tiernos al ocupar el territorio de un enemigo derrotado, pero los rusos eran particularmente ásperos en sus saqueos, agresiones físicas y violaciones en masa.[24] Una cultura de la brutalidad dentro de la Unión Soviética manifiestamente había generado otra más allá

de sus fronteras.

Esto era comprensible en un sentido: los alemanes habían sido aún más brutales para ocupar la URSS durante la guerra. Pero el objetivo de Stalin ahora no era sólo retribuir. Esperaba difundir el marxismo-leninismo por la mayor porción posible de Europa. Sabía que no podía hacerlo, no obstante, únicamente mediante el uso de la fuerza y el cultivo del miedo, métodos que había empleado tan despiadadamente en su país. Los comunistas de Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y, después de 1949, Alemania oriental gobernarían Estados ostensiblemente independientes. Stalin podía ciertamente controlarlos, a pesar de la oposición de Tito y los yugoslavos, la mayoría de los comunistas de entonces siguieron las órdenes de Moscú. Sin embargo, su mano no podía ser *demasiado* pesada, para no dar la apariencia de una revolución que requería represión para salir adelante. Era importante, pues, que las comunidades ganaran apoyo político. "Con buena agitación y una actitud adecuada —dijo Stalin al líder polaco Wladysław Gomułka en 1945— puede usted ganar un número considerable de votos."[25]

Si el señor del Kremlin pensaba esto acerca de los *polacos*, precisamente, entonces no habría parecido irrazonable para él que los alemanes y otros europeos que vivían más allá de su esfera de influencia militar y política pudieran también apoyar a los comunistas locales, ya fuera eligiéndolos para los cargos, o incluyéndolos dentro de coaliciones gubernativas. Esto sería preferible a enfrentarse directamente a los norteamericanos y los ingleses, y además, como lo sugería la doctrina leninista, los capitalistas se enfrentarían unos a otros bien pronto.[26] La dictadura proletaria, si había de difundirse en estas regiones, no podía hacerlo por los medios con los cuales Stalin la había instalado en la Unión Soviética y Europa oriental. Una *mayoría* de europeos occidentales tendría que *optar* por ella.

La estrategia de Stalin tenía cierta lógica, salvo en una cosa. Requería que dejara de ser el que era, un tirano que había alcanzado el poder y permanecido en él mediante el terror. Cuando surgió la menor intimación de independencia entre sus satélites europeos orientales —así cuando los checos buscaron permiso para participar en el Plan Marshall— se enfrentó a los responsables del mismo modo como había manejado a sus rivales reales e imaginados de preguerra dentro de la Unión Soviética: fueron separados del poder, frecuentemente juzgados, de ordinario encarcelados, y en varios casos ejecutados. De seguro habría hecho lo mismo con Tito, si Yugoslavia no hubiera estado fuera de su alcance. Según cierta estimación, un millón de europeos orientales comunistas fueron purgados de alguna manera entre 1949 y 1953.[27] En gran medida, lo mismo ocurría dentro de la URSS: los últimos años de Stalin vieron un círculo cada vez más amplio de arrestos, juicios, ejecuciones y, donde no eran fáciles de justificar, "accidentes". Cuando murió Stalin, las cárceles soviéticas estaban más llenas que nunca.[28]

"Que las clases dominantes tiemblen ante una revolución comunista —había proclamado Marx en 1848—. Los proletarios no tienen nada que perder más que sus cadenas."[29] Un siglo después, sin embargo, los proletarios que todavía no habían caído bajo la dictadura de Stalin tenían todas las razones para temblar ante las cadenas que retenían a aquellos que ya antes habían sufrido tal desgracia. No fue un accidente que el Hermano Mayor de Orwell llevara un bigote estilo Stalin.

V

Si hacían falta cadenas para controlar a los proletarios de Stalin, entonces es difícil ver hoy cómo semejante arreglo pudo

nunca haber atraído el apoyo en otros lugares. La privación conduce a la desesperación, sin embargo, y cuando la elección es entre el morir de hambre y la represión, no siempre es fácil de hacer. Para tener éxito como posibilidad distinta, la ideología norteamericana no podía sencillamente mostrar que el comunismo suprimía la libertad. Tendría también que demostrar que el capitalismo podía sostenerla.

Nunca hubo un plan, elaborado por adelantado en Washington, con objeto de hacer esto. En cambio, había habido objetivos encontrados a fines de la segunda Guerra Mundial: castigando a los enemigos derrotados, cooperando con la Unión Soviética, reviviendo la democracia y el capitalismo, vigorizando las Naciones Unidas. Había de quedar claro que no todo esto era posible antes de que pudiera haber un realineamiento y un escalafón de prioridades. Para fines de 1947 esto había sucedido: la nueva meta, articulada del mejor modo por Kennan, planeador supremo de la política de Marshall, sería impedir a los recursos industrial-militares de los anteriores adversarios —principalmente de Alemania Occidental y de Japón— caer bajo el dominio del adversario actual y futuro, la urss.[30]

Esto podría hacerse destruyendo lo que quedaba de esos recursos, pero eso habría empujado a los alemanes y los japoneses hacia la inanición impidiendo la recuperación económica de los aliados próximos a los norteamericanos. Pudo haberse realizado restaurando y luego colaborando con el autoritarismo alemán y japonés, pero eso habría comprometido los propósitos para los que se había luchado en la guerra. De modo que los norteamericanos plantearon otra posibilidad, tercera. Revivirían las economías alemana y japonesa, asegurando con ello el futuro del capitalismo en estas regiones y en las circundantes. Pero también transformarían en demócratas a los alemanes y los japoneses.

Fue una estrategia ambiciosa, incluso audaz, al grado de que

si alguien la hubiera anunciado públicamente, junto con la Doctrina Truman y el Plan Marshall, habría sonado locamente improbable. Pues mientras Alemania y Japón habían en realidad tenido sistemas parlamentarios anteriormente, que sucumbieron a dictaduras en los años treinta, la *cultura* de la democracia nunca había echado raíces en estos países: ésa era una razón de que sucumbieran tan fácilmente. Esas dictaduras mismas, sin embargo, habían quedado ahora desacreditadas por la derrota en la guerra. Esto dio a los norteamericanos una pizarra vacía y, merced a sus ocupaciones militares, manos libres. Respondieron precisamente del modo como lo había hecho Stalin: contando en el exterior con lo que había funcionado adentro. Pero como las instituciones internas de los Estados Unidos difícilmente podían ser más diferentes de las de la Unión Soviética, los objetivos norteamericanos al consumar su ocupación difícilmente podían haber sido menos semejantes.

La función del gobierno, según la veían, era facilitar la libertad. Esto podría requerir regular la economía, pero nunca, como en la Unión Soviética, regirla en todos los respectos. Podía todavía confiarse en la gente para que tuviera una propiedad suya, podía contarse con los mercados para distribuir los recursos y podía contarse con los resultados para que avanzaran los intereses de cada quién. Los líderes sólo guiarían por consentimiento; las leyes, imparcialmente administradas, garantizarían la ecuanimidad, y una prensa libre proporcionaría transparencia y por lo tanto posibilidad de dar razón. El fundamento subyacente del gobierno sería la esperanza, no el miedo. Ninguna de estas condiciones existía en la URSS, sus satélites, o los territorios ocupados que administraba.

Todo esto significaría poco, sin embargo, sin realización. Aquí es donde intervenía el Plan Marshall. Aquí la idea era poner en marcha las economías europeas —y simultáneamente también la de Japón— mediante una entrada sustancial de asis-

tencia norteamericana, pero hacer que los receptores desde el comienzo determinaran cómo se la usaría. El único requerimiento era trabajar juntos: esos viejos antagonismos se disiparían ante los nuevos peligros. La meta era restaurar la autoconfianza, la prosperidad y la paz social por medios *democráticos*, mostrar que aunque podría ahora haber dos mundos ideológicos, no era preciso, dentro del que era capitalista, separar las naciones de ricos y pobres que habían generado por principio de cuentas el marxismo. Ni habría las guerras entre capitalistas que, según insistía Lenin, debían ocurrir.

Sólo los Estados Unidos poseían los recursos económicos —quizá también la ingenuidad— de intentar semejante tarea. La Unión Soviética no estaba en condiciones de competir: por eso Stalin respondió castigando a las partes de Europa que podía controlar. Los norteamericanos tenían otra ventaja sobre los rusos, sin embargo, que no tenían nada que hacer con sus capacidades materiales: era su confianza pragmática en la espontaneidad. Cualesquiera que fueran sus raíces —ya en la economía de mercado o la política democrática, o bien en la simple cultura nacional— nunca aceptaron la idea de que la prudencia, o incluso el sentido común, pudiera residir sólo en la cumbre. Los molestaba la jerarquía, estaban a gusto con la flexibilidad, y desconfiaban profundamente de la noción de que la teoría debiera determinar la práctica en lugar de al revés.

No perturbó demasiado a Truman y sus asesores, por lo tanto, cuando las autoridades militares norteamericanas en Alemania y Japón volvieron a escribir sus propias instrucciones para la ocupación de aquellos países a fin de acomodar las realidades a que se enfrentaban. Las deficiencias del modelo de "un tamaño se ajusta a todos" no tenían que ser explicadas. Ni, capitalistas decididos como lo eran, objetaron los funcionarios de Washington trabajar con socialistas europeos para contener a los comunistas europeos. Los resultados fueron más importantes que

su coherencia ideológica. Y cuando varios receptores de la ayuda del Plan Marshall señalaron que la confianza en sí mismos podría ser difícilmente alcanzada sin protección militar, los norteamericanos convinieron en proporcionar también ésta, en forma de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, la primera alianza militar de tiempos de paz en que habían entrado los Estados Unidos desde la terminación, en 1800, de la alcanzada con Francia, que había asegurado la independencia estadunidense.

La Unión Soviética bajo Stalin, en notable contraste, suprimió la espontaneidad cuanta vez aparecía, para que no atacara los fundamentos de su mando. Pero eso significaba aceptar la proposición de que Stalin mismo era fuente de toda sapiencia y sentido común, pretensiones que sus acólitos hicieron frecuentemente durante los últimos años de su vida. Creyéndoselo o no, el "máximo genio de la humanidad" era de hecho un viejo solitario, engañado y temeroso, aficionado a pontificaciones malinformadas acerca de genética, economía, filosofía y lingüística, a largas comidas alcohólicas con subordinados aterrorizados, y —extrañamente— a las películas norteamericanas. "Estoy acabado —reconoció en un momento de franqueza poco antes de su muerte—. Ni siquiera en mí mismo confío."[31]

Así, éste fue el modo como las aspiraciones de Marx y las ambiciones de Lenin habían caído: un sistema que torcía la razón, aplastaba la confianza y funcionaba con el miedo pero que ahora competía con el capitalismo, que ofrecía esperanza.

VI

¿Qué habría pasado si Stalin en persona fuera el problema, sin embargo, y que el comunismo pudiera ser salvado con diferente

guía? Los hombres que aspiraban a sucederlo creían todos que el diagnóstico era exacto y la receta apropiada. Cada uno de ellos se puso a liberar el marxismo-leninismo del legado del estalinismo. Pero encontraron que ambos estaban enlazados inextricablemente: que tratar de separar el uno del otro corría el riesgo de matar a ambos.

El primer dirigente posestalinista que trató de hacerlo dejó su vida en ello. Lavrentii Beria, el jefe de la policía secreta de Stalin desde 1938, fue un miembro del triunvirato que asumió el poder al morir Stalin; los otros fueron Molotov y Malenkov. Asesino en serie y depredador sexual, Beria era también un administrador impresionante, quien más que nadie merecía crédito por construir la bomba atómica soviética. Era sorprendentemente crítico ante el sistema que le había dado semejante poder. Difícilmente podía ocultar su placer al morir Stalin —algunos historiadores sugieren que la muerte fue obra suya[32]— y pasó inmediatamente después a destruir algunos de los peores aspectos del gobierno de Stalin.

Beria suspendió la última serie de purgas, lanzada por Stalin, contra sus propios médicos. Con sus colegas, Beria instruyó entonces a los coreanos del norte y a los chinos para que concluyeran las largas negociaciones atascadas en pos del armisticio y cerraran la Guerra de Corea; publicó también un artículo en *Pravda*, expresando la esperanza de mejores relaciones con los Estados Unidos. Beria entonces fue más allá que sus colegas, con una propuesta para conceder a las nacionalidades no rusas de la Unión Soviética una autonomía mucho mayor de la que Stalin había estado dispuesto a otorgarles.[33] Su jugada más controvertida, sin embargo, fue tratar de resolver el dilema que Stalin había dejado a propósito del porvenir de Alemania.

La formación de la República Federal de Alemania (Alemania occidental) en mayo de 1949, frustró cualquier esperanza que

pudo Stalin haber tenido acerca de que el comunismo se dispersaría por su cuenta. La reunificación era menos importante, para el nuevo gobierno de Konrad Adenauer, que el mantenerse independiente de la Unión Soviética, aunque estrechamente ligado a los Estados Unidos. Esto dejó a Stalin poco para elegir, si no autorizar, la formación de la República Democrática Alemana (Alemania oriental) en octubre, pero lo hizo con poco entusiasmo. Se mantuvo preparado para sacrificar tal régimen, encabezado por el veterano comunista alemán Walter Ulbricht, si había algún modo de evitar la incorporación de Alemania occidental a la OTAN. En marzo de 1952, teniendo presente esta meta, Stalin ofreció reunificar a cambio de la neutralización.[34]

La propuesta no llegó a nada: la motivación de Stalin era demasiado transparente. Alemania oriental se dedicó entonces a transformarse en un Estado proletario, cosa nada fácil ya que siempre había sido principalmente una región agrícola y porque los rusos habían suprimido mucho de la industria como reparaciones. Sin embargo, Ulbricht, un buen estalinista, insistió en que los alemanes orientales podían enfrentarse a este problema sencillamente trabajando más duro: insistió en un programa de rápida industrialización parecido al que Stalin había emprendido en la Unión Soviética. Pronto quedó claro, no obstante, que esto ahondaba la crisis económica, provocando inquietud y empujando a millares de alemanes orientales a emigrar a Alemania occidental, lo cual era todavía posible gracias a la frontera abierta que separaba a Berlín del este de Berlín del oeste.

Los nuevos dirigentes del Kremlin ordenaron que el reacio Ulbricht frenara su programa —lo cual hizo tan sólo parcialmente— y en mayo de 1953, Beria planteó una proposición verdaderamente radical: que a cambio de la neutralización, la Unión Soviética aceptara un Estado alemán *capitalista*. Ulbricht y los comunistas de Alemania oriental sencillamente serían abandonados. Antes que el plan llevara a algo, estallaron moti-

nes durante el mes siguiente en Berlín oriental y otros lugares.[35] Los amotinados eran principalmente *proletarios*, precisamente la gente cuya dictadura, cuando menos en teoría, se suponía que les habría traído libertad. En la práctica, les habían negado libertad, lo cual planteaba un dilema para los sucesores de Stalin, porque al menos un régimen comunista estaba instalado en un barril de pólvora de resentimiento, alimentado por el fracaso del marxismo-leninismo para cumplir sus promesas. ¿Qué pasaría con otros?

Los colegas de Beria resolvieron el problema inmediato usando tropas soviéticas que aplastaran la Alemania oriental, en un reconocimiento sumamente embarazoso de fracaso para ellos y Ulbricht. A continuación arrestaron a Beria en persona, acusado de haber sido un agente del imperialismo anglonorteamericano; fue juzgado, condenado y fusilado. Jruschov, que orquestó estos acontecimientos, alineó la Unión Soviética más estrechamente con el régimen represor de Ulbricht, cosa que Stalin no había hecho nunca.[36] No era un principio brillante para quien trataba de liberar al comunismo del estalinismo, pero no sería tampoco el último intento así.

VII

Fue Jruschov mismo quien hizo el siguiente intento. Habiendo depuesto y ejecutado a Beria, durante los dos años siguientes echó fuera a Malenkov y Molotov —pero no los mató—, de modo que para mediados de 1955 era el guía dominante de la URSS posestalinista. Muy diferente de Stalin en sus cualidades personales, Jruschov fue asimismo sincero —y fundamentalmente humano— en su determinación de devolver el marxismo a su objetivo inicial, una mejor vida que la proporcionada por el

capitalismo. El camino que eligió, una vez que hubo consolidado su autoridad en el Kremlin, fue enfrentarse a la herencia de Stalin en persona.

El 25 de febrero de 1956, Jruschov pasmó a los delegados al vigésimo Congreso del Partido Comunista Soviético, catalogando francamente y luego denunciando los crímenes de Stalin. Al hacer esto, echó abajo la fachada —el producto de terror y denegación— que había ocultado la verdadera naturaleza del régimen estalinista al pueblo soviético y a los practicantes del comunismo por el mundo entero. Lo hizo con la idea de preservar el comunismo: la reforma sólo podía ocurrir reconociendo el error. "Estuve obligado a decir la verdad acerca del pasado —recordaba después—, cualesquiera que fueran los riesgos para mí."[37] Sin embargo, el sistema que trataba de preservar había estado basado, ni más ni menos, desde tiempos de Marx y Engels, en la pretensión de estar libre de errores. Esto es lo que valía haber descubierto la máquina que impulsaba la historia hacia adelante. Un movimiento basado en la ciencia tenía escaso lugar para la confesión, contrición y la posibilidad de redención. Los problemas que Jruschov se creó a sí mismo y al movimiento comunista internacional, por lo tanto, empezaron casi desde el momento en que acabó de hablar.

Uno era la simple impresión. Los comunistas no estaban acostumbrados a admitir errores en la cumbre, y ciertamente no en esta escala. Era, como el secretario de Estado Dulles comentó por entonces, "la más clara denuncia del despotismo jamás hecha por un déspota".[38] El líder del partido polaco, Boleslaw Bierut, sufrió un ataque cardiaco cuando leyó el discurso de Jruschov, y murió enseguida. El efecto sobre otros comunistas fue casi igual de devastador, pues el nuevo dirigente soviético parecía estarles enseñando que no era bastante afirmar, como una proposición teórica, lo que había de historia detrás de cada uno. Era también necesario tener el pueblo tras ellos. "Estoy ab-

solutamente seguro de ello —anunció Jruschov en el funeral de Bierut—. Consumaremos un estrechamiento de filas sin precedentes dentro de nuestro propio partido, y de la gente que rodea a nuestro partido."[39]

El Partido Comunista Polaco aprendió a fondo la lección y a continuación de la muerte de Bierut empezó a liberar presos políticos y a quitar a los estalinistas de las posiciones de autoridad, aunque hubo motines, como antes había ocurrido en circunstancias semejantes en Alemania oriental. En este caso, sin embargo, los de la línea dura no recuperaron el poder: en vez de eso los polacos trajeron de nuevo a Gomułka, que había caído víctima de una de las purgas de Stalin, y lo instalaron en la dirigencia sin la aprobación de Jruschov. Furioso, éste voló sin invitación hacia Varsovia, armó un escándalo, amenazó con enviar tropas soviéticas, pero al fin acabó por aceptar serenamente el nuevo gobierno polaco, que, después de todo, sólo prometió lo que él mismo había dicho que quería hacer: dar al "socialismo" —lo cual significaba comunismo— "un rostro humano".

No obstante, el problema con los barriles de pólvora —incluso aquellos que no estallaron— es que a menudo había otros al lado. Esperando evitar mayores trastornos, Jruschov había dispuesto quitar del poder al dirigente estalinista húngaro, Mátyás Rákosi, en julio de 1956: a Rákosi se le dijo que estaba "enfermo" y necesitaba "tratamiento" en Moscú.[40] Esto sólo provocó solicitudes de mayores concesiones, y a fines de octubre —inspirados por los polacos— los húngaros estaban preparando una rebelión en toda regla, no nada más contra sus propios comunistas, sino contra la Unión Soviética misma. Enfrentados a una batalla sangrienta en las calles de Budapest, las fuerzas del Ejército Rojo se retiraron y durante unos pocos días pareció como si Hungría lograra retirarse del Pacto de Varsovia, la alianza militar establecida por los rusos el año anterior como contrapeso de la OTAN. Jruschov padeció decidiendo qué hacer, pero al fin,

bajo presión de Mao Zedong, ordenó a las tropas soviéticas que volvieran a entrar a Hungría y aplastaran la rebelión.

Esto lo hicieron en seguida, pero no antes de que unos 1 500 soldados soviéticos y 20 000 húngaros hubieran sido muertos. Imre Nagy, quien como primer ministro había dirigido a regañadientes el régimen rebelde, fue arrestado y después ejecutado. Cientos de miles de otros húngaros que sobrevivieron trataron desesperadamente de escapar hacia el Occidente. Quienes no pudieron, se enfrentaron a un regreso de la represión, que parecía —tal fue la lección de Hungría— ser el único camino por el cual los marxistas-leninistas sabían gobernar. Ser un comunista era "inseparable de ser un estalinista", dijo Jruschov a un grupo de chinos a principios de 1957. "Que Dios conceda que cada comunista esté dispuesto a luchar en provecho de la clase trabajadora, como Stalin combatió."[41] Lo que sea que Dios haga o no de ello, el fantasma del viejo dictador no era fácil, a fin de cuentas, de exorcizar.

VIII

Fue lo indicado que los chinos desempeñaran un papel importante en la decisión de Jruschov de aniquilar el levantamiento húngaro, ya que Mao Zedong en persona era otro dirigente posestalinista con ideas acerca de cómo salvar el comunismo. Su solución había sido *volver* a Stalin.

Mao no había sido consultado por adelantado acerca de la desestalinización por Jruschov en febrero de 1956; ningún comunista extranjero lo mereció. Respetaba a Stalin y lo consideraba, pero nunca encontró fácil tratarlo. Stalin había sido lento para apoyar la revolución comunista china, y lo sorprendió su triunfo. Había sido menos que generoso al establecer las condi-

ciones del Tratado Sino-Soviético de 1950, y al suministrar apoyo militar a los chinos durante la Guerra de Corea. Había insistido en que la guerra continuara cuando Mao y Kim Il-sung estaban dispuestos a acabarla. Si el presidente Mao se sintió triste al enterarse de la muerte de Stalin, su traductor, Shi Zhe, cuando se lo preguntaron replicó: "No creo que el presidente estuviera triste".[42]

Sin embargo, Stalin fue útil a Mao de otra manera, como modelo del modo de consolidar una revolución comunista. Le tocó a Mao desempeñar el papel, en China, tanto de Lenin como de Stalin. Había seguido el ejemplo de Lenin dando el salto desde la teoría marxista hasta la acción revolucionaria, invirtiendo sólo el orden de los acontecimientos de modo que en China la guerra civil se anticipó a la toma del poder en vez de seguirla. Fue también, sin embargo, diferente de Lenin, saludable y robusto y así se enfrentó a la tarea que Lenin nunca tuvo que encarar: cómo convertir un país donde según la teoría marxista la revolución nunca podría aferrarse en un país en el cual sí lo haría. Stalin había hecho eso, en Rusia, *proletarianizando* el país. Construyó una enorme base industrial, al grado de intentar convertir la agricultura en industria mediante la colectivización. Se suponía que no quedarían campesinos en Rusia para cuando acabó, y se acercó a lograr tal objetivo.

Mao siguió otro camino. Su principal innovación teórica fue pretender que los campesinos *eran* proletarios que no requerían haber sido transformados. Una conciencia revolucionaria residía dentro de ellos, y sólo hacía falta despertarla. Eso era muy diferente de la actitud estaliniana, y explica en parte la incomodidad que reinaba entre ellos, aunque el viejo Stalin, frustrado por el fracaso de que se levantaran en Europa los trabajadores, sintió cierto consuelo en la perspectiva de que los campesinos fuera de Europa podrían lograrlo.[43] Donde Mao siguió el modelo soviético fue en la cuestión de qué hacer con una revolución una vez

que había ganado el control sobre un país. La de China fracasaría, en su opinión, si no repitiera, con precisión mecánica, los pasos por los que Lenin, y especialmente Stalin, habían consolidado la de Rusia.

Recordando la Nueva Política Económica de Lenin, Mao permitió un breve periodo de experimentación con capitalismo de mercado durante el principio de los años cincuenta, aunque la invirtió con un Plan Quinquenal para la industrialización apresurada y colectivizó la agricultura siguiendo las líneas estalinianas. Después de la muerte de Stalin —nada impresionado por sus sucesores de Moscú— Mao fomentó un "culto a la personalidad" centrado en torno a sí mismo, no sencillamente como cabeza del Partido Comunista Chino, sino como el guía más experimentado y respetado, ahora, del movimiento comunista internacional.

Fue, así, una sorpresa desagradable para Mao el que Jruschov, sin advertencia, denunciara el "culto a la personalidad" estalinista a principios de 1956 e insistiera en que los comunistas de todas partes se apartaran de aquello. "Está sólo transmitiendo la espada a otros —refunfuñó Mao—, ayudando a que los tigres nos dañen. Si no quieren la espada, nosotros sí […] La Unión Soviética puede atacar a Stalin, pero nosotros no lo haremos."[44] Mao se adhería a su plan de seguir el ejemplo de Stalin, pero —tal vez inspirado por las ambiciones de Jruschov de superar al Occidente tanto en poderío de misiles y en bienes materiales— resolvió comprimir y acelerar el proceso. La urss, sostuvo, estaba perdiendo filo revolucionario. El *auténtico* país revolucionario, China, no cometería esta equivocación.

De acuerdo con esto, Mao añadió a su campaña de industrialización y colectivización su propia purga de disidentes posibles. "Florezcan cien flores, discutan cien escuelas de pensamiento", proclamó; pero acto seguido arrestó como "derechistas" a aque-

llos críticos lo bastante imprudentes para haberle tomado la palabra. Era una estrategia dispuesta para "forzar a las serpientes a que salieran de sus agujeros […], para que las hierbas venenosas crecieran primero y entonces destruirlas una a una. Que se conviertan en fertilizante".[45] Entonces decidió algo todavía más dramático: *fundiría* las campañas de industrialización y colectivización transformando a los campesinos en proletarios a fin de cuentas, por medios que iban más allá de lo que jamás hubiera considerado Stalin. Ordenó que los agricultores por toda China abandonaran sus cosechas, construyeran hornos en sus patios de atrás, echaran sus propios muebles al fuego, fundieran sus implementos agrícolas y que produjeran acero.

El resultado del Gran Salto Adelante de Mao fue la máxima calamidad humana del siglo XX. La campaña de Stalin por colectivizar la agricultura había hecho que murieran de hambre entre cinco y siete millones de personas a principios de los años treinta. Mao ahora *sextuplicó* este logro, produciendo una hambruna que entre 1958 y 1961 costó la vida a 30 millones de personas, con mucho el máximo registrado jamás en parte alguna.[46] Así Mao sobrepasó a la Unión Soviética y a cualquiera al menos en una categoría. Pero no era una ideología de la cual el marxismo, el leninismo, el estalinismo o el maoísmo pudieran enorgullecerse.

IX

El resto del mundo, por entonces, no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo en China. Mao mantuvo a su país cuando menos tan opaco desde afuera como la URSS de Stalin, y los chinos han censurado desde entonces sus censos tan cuidadosamente como lo hizo Stalin con los suyos. Harían falta muchos

años para que se hicieran evidentes los costos de la versión maoísta del marxismo-leninismo. Las deficiencias de esa ideología eran mucho más claras, por entonces, en la pista transparente donde competían comunismo y capitalismo: la ciudad dividida de Berlín.

Sólo la Guerra Fría con sus peculiaridades —el modo como dejaba tieso lo que se había pretendido que fueran arreglos temporales al término de la segunda Guerra Mundial— podía haber producido una ciudad separada en sectores norteamericano, británico, francés y soviético, más de 100 kilómetros dentro del Estado alemán oriental que Stalin había creado en 1949, rodeada de varios cientos de miles de soldados soviéticos. Gracias al Plan Marshall, con su ayuda, junto con subsidios generosos del gobierno de Alemania Occidental, así como el apoyo de universidades, bibliotecas, centros culturales y recursos radiofónicos de los Estados Unidos —algunos rápidamente nutridos por la Agencia Central de Inteligencia— las partes de Berlín ocupadas por los occidentales se volvieron un anuncio permanente de las virtudes del capitalismo y la democracia en medio de la Alemania Oriental comunista. Berlín occidental tenía una existencia precaria, pese a todo, porque no había nada que evitara a los rusos —o a los alemanes orientales si se les daba permiso— cortar el acceso terrestre a la ciudad, como Stalin lo había hecho una década antes. Era claro esta vez que un puente aéreo no funcionaría: no había manera de sostener, por vía aérea, una ciudad que estaba poblada considerablemente más, y era mucho más próspera, que en 1948. El éxito mismo de Berlín occidental lo había hecho vulnerable. Sobrevivía sólo con permiso de Moscú.

El Berlín oriental, ocupado por los soviéticos, tenía sin embargo sus propias vulnerabilidades, según los motines que estallaron allí en 1953 lo habían hecho ver claramente. El descontento había brotado, en gran medida, porque los berlineses estuvieron entonces autorizados para viajar libremente entre las por-

ciones oriental y occidental de la ciudad. "Era realmente un sistema absurdo —recordaba un berlinés oriental—. Todo lo que había que hacer era tomar el metro o un tren de superficie […] y estaba uno en otro mundo […] podía usted ir del socialismo […] al capitalismo en dos minutos."[47] Partiendo de Berlín occidental, a su vez, la emigración a Alemania occidental era fácil. Las evidentes diferencias en niveles de vida habían causado "gran desagrado" dentro de la zona soviética, admitió el dirigente del Kremlin Georgii Malenkov inmediatamente después de los motines, "que es particularmente evidente, ya que la población ha empezado a huir de Alemania oriental a Alemania occidental".[48]

La cifra que Malenkov citó era 500 000 durante los dos años anteriores, pero para fines de 1956 las estadísticas soviéticas señalaban que más de un millón de alemanes orientales habían partido. Pronto fue claro también que los refugiados eran desproporcionadamente bien instruidos y muy adiestrados, y sus motivos para abandonar el comunismo tenían mucho que ver con la ausencia de libertades políticas, junto con las limitaciones económicas. Escogiendo sus palabras con mucho cuidado, el embajador soviético en Alemania oriental, Mijaíl Pervukhin, resumió la situación en 1959: "La presencia en Berlín de límites abiertos y esencialmente sin control entre los mundos socialista y capitalista proporcionan sin querer la comparación, por parte de la población, entre ambas partes de la ciudad, que, desgraciadamente, no siempre van en favor del Berlín democrático (oriental)".[49]

Jruschov había tratado de resolver este problema con su ultimátum de 1958, en el cual amenazaba con terminar la ocupación de la ciudad por cuatro potencias, o bien transferir el control sobre los derechos de acceso a la Alemania oriental, que podía entonces, es de suponerse, "desplazar" a los sectores norteamericano, inglés y francés —tal como lo sugerían vívidamente

las diversas metáforas anatómicas— con impunidad. Pero aquella iniciativa había caído, víctima de la firmeza administrativa de Eisenhower, junto con el propio deseo insaciable de Jruschov de visitar los Estados Unidos. Después de su regreso, el líder soviético prometió a un desencantado Ulbricht que en 1961 "la rda (Alemania oriental) empezará a sobrepasar a la rfa (Alemania Occidental) en cuanto a nivel de vida. Esto será una bomba para ellos. Por lo tanto, nuestra posición es ganar tiempo".[50] En realidad, se perdía tiempo: en 1961 unos 2.7 millones de alemanes orientales habían huido a través de la frontera abierta hacia Berlín occidental y luego a Alemania occidental. La población total de la República Democrática Alemana había *disminuido* desde 1949, de 19 millones a 17 millones.[51]

Ésta fue una crisis muy importante para el comunismo mismo, según el viceprimer ministro soviético Anastas Mikoyan advirtió a los alemanes orientales en julio de 1961: "Nuestra teoría marxista-leninista debe demostrarse en la rda. Debe demostrarse […] que es equivocado lo que dicen los capitalistas y los renegados". Después de todo, "el marxismo nació en Alemania […] Si el socialismo no ganara en la rda, si el comunismo no demostrara ser superior y vital aquí, entonces no habríamos ganado. El resultado sería fundamental para nosotros".[52] Éste era el mismo Mikoyan que había dado la bienvenida tan emotivamente, un año antes, a la sorprendente pero históricamente determinada revolución en la Cuba de Castro. Ahora, sin embargo, la revolución en la Alemania de Marx estaba en peligro. Las fuerzas de la historia, al parecer, no estaban procediendo, después de todo, en la dirección debida.

Ulbricht tenía listos planes desde por lo menos 1952 para detener la corriente de emigrantes encerrando en un muro el Berlín occidental para separarlo del oriental y el resto de la Alemania oriental. Los dirigentes soviéticos y de otras comarcas europeas orientales, sin embargo, se habían siempre resistido a esta

idea. Molotov advirtió en 1953 que sería "convocar la amargura y la insatisfacción de los berlineses con respecto al gobierno de la rda y las fuerzas soviéticas de Alemania". Jruschov insistió en que el mejor modo de combatir el problema de Alemania occidental sería "tratar de ganar las mentes de la gente usando cultura y política para crear condiciones de vida mejores". El líder húngaro János Kádár —que en persona había obligado a una población descontenta a alinearse después del levantamiento de 1956— predijo a principios de 1961 que la construcción de un muro en Berlín "causaría grave daño a la reputación de todo el movimiento comunista". El muro era una "cosa odiosa", admitió Jruschov, pero "¿qué debiera yo haber hecho? Más de 30 000 personas, de hecho las mejores y más calificadas de la rda abandonaron el país en julio […] La economía alemana oriental se habría desplomado si no hubiéramos hecho algo enseguida contra la huida en masa […] Así que el Muro era la única posibilidad restante".[53]

Se alzó en la noche del 12 al 13 de agosto de 1961, primero una alambrada de púas, pero luego como una pared de bloques de hormigón, de unos cuatro metros de altura y casi 150 kilómetros de largo, protegida por torres de vigilancia, campos de minas, perros de la policía y órdenes de tirar a matar a cualquiera que tratara de cruzarlo. La decisión de Jruschov estabilizó la situación de Berlín en lo que concernía a la relación entre potencias de la Guerra Fría. Con el Berlín occidental aislado del oriental y de Alemania del este, no tenía mayor necesidad de tratar de obligar a las potencias occidentales para que abandonaran la ciudad, con todos los riesgos de guerra nuclear que semejante esfuerzo habría llevado consigo. Pudo respirar más tranquilamente ahora, y así también —a decir verdad— lo lograron los dirigentes occidentales. "No es una solución muy bonita —reconoció Kennedy—, pero un muro es tremendamente mejor que una guerra."[54] El presidente no pudo resistir observar, no

obstante, cuando visitó el Muro de Berlín en junio de 1963, que "nunca hemos tenido que alzar un muro para encerrar a nuestra gente, para evitar que nos dejara". La fea estructura alzada por Jruschov era "la demostración más evidente y vívida de los fracasos del sistema comunista, a la vista de todo el mundo".[55]

X

Y del otro lado del muro, el capitalismo ¿tenía éxito? Ningún acontecimiento único, o fecha o estadística, señala el punto en el cual fue claro que lo significativo era, en cambio, lo que *no* ocurrió desde el fin de la segunda Guerra Mundial. Pues al contrario de los temores de los capitalistas basados en la historia y las esperanzas de los comunistas fundadas en la teoría, la Gran Depresión no había regresado. Y cualquier posibilidad de que el capitalismo pudiera combatir en otra gran guerra de unos con otros —según Stalin había predicho que lo harían—, basándose en Lenin se había vuelto risible.

Correspondió, años después, a uno de los últimos grandes historiadores marxistas, Eric Hobsbawm, dar al comienzo de la era de posguerra un nombre: la llamó "Edad de Oro". Lo que significaba con esto era que "todos los problemas que habían acosado al capitalismo […] parecieron disolverse y desaparecer". La producción manufacturada del mundo se cuadruplicó entre el principio de los cincuenta y el principio de los setenta. El comercio de productos manufacturados aumentó en un factor de 10. La producción de alimentos aumentó más rápidamente que la población. Los bienes de consumo considerados otrora como lujos —automóviles, refrigeradores, teléfonos, radios, televisores, máquinas lavadoras— se volvieron dotación ordinaria. El desempleo en Europa occidental casi desapareció. "Por supuesto la

mayoría de la humanidad siguió pobre —reconoció Hobsbawm —, pero en los viejos focos de trabajo industrial ¿qué significado tenían las palabras de la *Internacional* comunista: 'Despertad, míseros, de vuestros sueños', para trabajadores que ahora se esperaba que poseerían un automóvil y pasarían sus vacaciones pagadas en las playas de España?"[56]

Hobsbawm encontró más fácil catalogar este fenómeno que explicarlo, sin embargo: "Realmente no hay explicaciones satisfactorias de la simple aparición de este 'Gran Salto Adelante' de la economía del mundo capitalista, y por consiguiente de sus consecuencias sociales sin precedentes". Acaso, pensó, se reflejaría allí un viraje hacia arriba en los largos ciclos de bonanza y quiebra económicas que se extendían hacia atrás varios cientos de años, pero esto no explicaba "la escala y profundidad extraordinarias de la bonanza secular", que contrastaba tan notablemente con la de "la era precedente de crisis y depresiones". Pudo haber resultado de progresos tecnológicos, pero éstos eran más importantes con el advenimiento de las computadoras en 1970 y 1980 que en los años inmediatamente posteriores a la segunda Guerra Mundial. Lo que realmente cambió las cosas, acabó por decidir, era que "el capitalismo fue deliberadamente reformado, gran parte por los hombres que se hallaban en posición de hacerlo en los eua y Gran Bretaña, durante los últimos años de la guerra. Es un error suponer que la gente nunca aprende de la historia".[57]

No obstante, si eso era correcto, entonces ¿qué quedaba de Marx, quien insistía en que el capitalismo produce, sobre un proletariado enojado y resentido, sus propios verdugos? ¿O de Lenin, que pretendía que la codicia de los capitalistas provocaría guerra finalmente? ¿O de Stalin, Jruschov, y Mao, que prometían a su pueblo, bajo el comunismo, una vida mejor que el capitalismo jamás alcanzaría? La premisa fundamental de todos ellos era que los capitalistas *nunca* aprenderían de la historia.

Sólo los comunistas, que habían descubierto en la lucha de clases la maquinaria de la historia, podían hacerlo. Sólo la teoría, que sacaba a la luz la complejidad, aboliendo de paso la ambigüedad, podía señalar el camino. Y sólo los dictadores, que proporcionaban la disciplina necesaria, podían asegurar que se llegase al destino propuesto. Pero mucho dependía de conseguir que la historia, la teoría y los dictadores estuvieran en lo cierto. Si algo salía mal, todo se venía abajo.

Aquí es donde los capitalistas acertaron: eran mejores que los comunistas para aprender de la historia porque nunca cayeron en ninguna teoría histórica única, sacrosanta y por lo tanto intocable. En lugar de eso fueron, durante el siglo que separaba las dos naciones de Disraeli de los dos mundos de Bohlen, pragmáticos, adaptables y dados a buscar la verdad en resultados producidos más bien que en dogmas propuestos. Cometieron equivocaciones, pero las corrigieron. "Las perspectivas del socialismo como posibilidad mundial dependían de su capacidad para competir con la economía capitalista del mundo, reformada después de la Gran Depresión y la segunda Guerra Mundial", concluyó Hobsbawm. "Que el socialismo estaba quedando atrás a velocidad acelerada fue evidente después de 1960. No era ya competitivo."[58]

Esto es plantear las cosas muy estrechamente, pues el marxismo y sus sucesores, el leninismo, estalinismo y maoísmo, no pueden juzgarse por sus logros económicos nada más. Los costos humanos eran mucho más horrendos. Estas ideologías, cuando eran llevadas a la práctica, bien pueden haber ocasionado las muertes prematuras, durante el siglo XX, de casi 100 millones de personas.[59] El número que sobrevivió pero cuyas vidas quedaron disminuidas por estas ideas y la represión que justificaban, va más allá de toda estimación. Pocos ejemplos puede haber en la historia en los cuales resultara una mayor miseria partiendo de mejores intenciones. El signo que se alzó en una fábrica alemana

oriental justamente después de que cayera el Muro de Berlín, fue totalmente apropiado, aunque muy retrasado: "A los trabajadores del mundo: lo siento". Ninguna falta hacía una firma.

[Notas]

---

[1] Benjamin Disraeli, *Sybil; or, The Two Nations* (Nueva York: Oxford University Press, 1991; publicado primero en 1845), pp. 65-66.

[2] Memorándum de Bohlen, 30 de agosto de 1947, *FRUS: 1947*, I, 763-764.

[3] William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era* (Nueva York: Norton, 2003), pp. 427 y 511.

[4] Michael R. Beschloss, *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev, 1960-1963* (Nueva York: HarperCollins, 1991), pp. 224-225 y 227.

[5] Disraeli, *Sybil*, p. 115.

[6] Ambas citas están en Tony Smith, *Thinking Like a Communist: State and Legitimacy in the Soviet Union, China, and Cuba* (Nueva York: Norton, 1987), pp. 23 y 48.

[7] Sigo aquí y en varios párrafos siguientes la argumentación adelantada primero por Arno J. Mayer en su libro *Wilson vs. Lenin: Political Origins of the New Diplomacy, 1917-1918* (New Haven: Yale University Press, 1959).

[8] El relato más reciente y mejor de este proceso es Margaret Macmillan, *Paris 1919: Six Months That Changed the World* (Nueva York: Random House, 2001)

[9] Edward Hallett Carr, *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939: An Introduction to the Study of International Relations* (Londres: Macmillan, 1940), pp. 37-38. Acerca del contexto de esta cita, véase Jonathan Haslam, *No Virtue Like Necessity: Realist Thought in International Relations since Machiavelli* (New Haven: Yale University Press, 2002), pp. 187-188.

[10] Krystyna Kersten, en *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948*, traducido por John Micgiel y Michael H. Barnhart (Berkeley: University of California Press, 1991), documenta este punto.

[11] Reinhold Niebuhr, "Russia and the West", *The Nation*, 156 (16 de enero de 1943), 83. Véase también Richard Wightman Fox, *Reinhold Niebuhr: A Biography* (Nueva York: Pantheon, 1985), p. 227.

[12] *The Memoirs of Cordell Hull* (Nueva York: Macmillan, 1948), II, 1681.

[13] John Lewis Gaddis, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of American National Security Policy During the Cold War*, edición revisada y actualizada (Nueva York: Oxford University Press, 2005), p. 3.

[14] Véase Harold James y Marzenna James, "The Origins of the Cold War: Some New Documents", *Historical Journal*, 37 (septiembre de 1994), pp. 615-622.

[15] Para el discurso de "elección" de Stalin del 9 de febrero de 1946, véase *Vital Speeches*, 12 (1º de marzo de 1946), pp. 300-304.

[16] Jussi M. Hanhimäki y Odd Arne Westad, eds., *The Cold War: A History in Documents and Eyewitness Accounts* (Nueva York: Oxford University Press, 2003), p. 48. Acerca del trasfondo de este discurso, véase Martin Gilbert, *"Never Despair": Winston S. Churchill, 1945-1965* (Londres: Heineman, 1988), pp. 180-206.

[17] Joseph M. Jones a Dean Acheson, 20 de mayo de 1947, *frus: 1947*, iii, 229.

[18] John Lewis Gaddis, *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War* (Nueva York: Oxford University Press, 1987), p. 154.

[19] Disraeli, *Sybil*, p. 246.

[20] Memorándum de Bohlen, 30 de agosto de 1947, *frus: 1947*, i, 764.

[21] Para muchos ejemplos, véase Richard Pipes, ed., *The Unknown Lenin: From the Secret Archive* (New Haven: Yale University Press, 1996).

[22] Ronald Grigor Suny, *The Soviet Experiment: Russia, the ussr, and the Successor States* (Nueva York: Oxford University Press, 1998), pp. 226, 228 y 266.

[23] Catherine Merridale, *Night of Stone: Death and Memory in Russia* (Londres: Granta, 2000), pp. 196-205.

[24] Véase antes, p. 40.

[25] William I. Hitchcock, *The Struggle for Europe: The Turbulent History of a Divided Continent 1945-2002* (Nueva York: Doubleday, 2002), p. 105.

[26] Vladimir O. Pechatnov y C. Earl Edmondson, "The Russian Perspective", en Ralph B. Levering *et al.*, eds., *Debating the Origins of the Cold War: American and Russian Perspective* (Nueva York: Rowman & Littlefield, 2002), p. 100.

[27] Suny, *The Soviet Experiment*, p. 376.

[28] Anne Applebaum, *Gulag: A History* (Nueva York: Doubleday, 2003), pp. XVI y 92. Acerca de los últimos años de Stalin, véase Yoram Gorlizki y Oleg Khlevniuk, *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945-1953* (Nueva York: Oxford University Press, 2004), y Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Nueva York: Knopf, 2004), pp. 585-650.

[29] Karl Marx, "Manifesto of the Communist Party", en Robert C. Tucker, ed., *The Marx-Engels Reader*, 2a. ed. (Nueva York: Norton, 1978), p. 500.

[30] Para más acerca del razonamiento de Kennan, véase Gaddis, *Strategies of Containment*, pp. 30-31.

[31] Montefiore, *Stalin*, p. 614.

[32] Jonathan Brent y Vladimir P. Naumov, *Stalin's Last Crime: The Plot Against the Jewish Doctors, 1948-1953* (Nueva York: HarperCollins, 2003), pp. 312-322.

[33] Amy Knight, *Beria: Stalin's First Lieutenant* (Princeton: Princeton University Press, 1993), pp. 186-191.

[34] John Lewis Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History* (Nueva York: Oxford University Press, 1997), pp. 125-129.

[35] La mejor descripción, con documentos, es de Christian Ostermann, ed., *Uprising in East Germany, 1953* (Budapest: Central European University Press, 2001).

[36] Para el arresto de Beria y lo que siguió, véase Knight, *Beria*, pp. 191-224; también Hope M. Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall: Soviet-East German Relations, 1953-1961* (Princeton: Princeton University Press, 2003), pp. 12-48.

[37] Taubman, *Khrushchev…*, p. 274.

[38] El discurso de Dulles a Kiwanis International, 21 de junio de 1956, *Department of State Bulletin*, 35 (2 de julio de 1956), 4.

[39] Taubman, *Khrushchev…*, p. 290.

[40] Entrevista de Andras Hegedus, cnn *Cold War*, Episodio 7, "After Stalin".

[41] Taubman, *Khrushchev…*, p. 301.

[42] Entrevista, pbs/bbc *Messengers from Moscow*, Episodio 2, "East".

[43] Véase Gaddis, *We Now Know*, pp. 66-68.

[44] Li Zhisui, *The Private Life of Chairman Mao: The Memoirs of Mao's Personal Physician*, traducido por Tai Hung-chao (Nueva York: Random House, 1994), p. 115.

[45] Gaddis, *We Now Know*, p. 214.

[46] Esta cifra viene de uno de los muy contados estudiosos de esta hambruna, Jasper Becker, *Hungry Ghosts: Mao's Secret Famine* (Nueva York: Free Press, 1996), pp. 266-274.

[47] Entrevista de Stefan Heym, CNN *Cold War*, Episodio 9, "The Wall".

[48] Observaciones de Malenkov al pleno del Partido Comunista Central Soviético, 2 de julio de 1953, en Ostermann, ed., *Uprising in East Germany, 1953*, p. 158.

[49] Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall*, pp. 72 y 99-100.

[50] *Ibid.*, p. 124.

[51] David Reynolds, *One World Divisible: A Global History since 1945* (Nueva York: Norton, 2000), p. 134.

[52] Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall*, pp. 178-179.

[53] *Ibid.*, pp. 20-21, 169 y 186.

[54] Beschloss, *The Crisis Years*, p. 278.

[55] Discurso de Kennedy en Berlín el 20 de junio de 1963, *Public Papers of the Presidents of the United States: John F. Kennedy, 1963* (Washington: Government Printing Office,1964), pp. 524-525.

[56] Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991* (Nueva York: Pantheon Books, 1994), pp. 257-267.

[57] *Ibid.*, pp. 268-271.

[58] *Ibid.*, p. 250.

[59] Stéphane Courtois, "Introduction: The Crimes of Communism", en Courtois *et al., The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression*, traducido por Jonathan Murphy y Mark Kramer (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1999), p. 4.

IV. EL SURGIMIENTO DE LA AUTONOMÍA

> El poder militar desplegado en lo alto del sistema alcanzó mayor poder aún basándose en la voluntad popular abajo. Como en la partida de croquet de *Alicia en el País de las Maravillas,* donde los mazos eran flamencos y las pelotas erizos, los peones en la [Guerra Fría], confundidos con objetos inanimados por las [superpotencias], sobrevivieron en sus manos y empezaron, universales e imparables, a llevar adelante sus propios planes y ambiciones.
>
> Jonathan Schell[1]

> ¿Podría alguien haber soñado decirle a Stalin que no nos convenía más y sugerirle la retirada? Ni siquiera una mancha de humedad habría quedado donde estuviese al decirlo. Ahora todo es diferente. Ha desaparecido el miedo y podemos hablar de igual a igual. Ésta es mi contribución.
>
> Nikita S. Jruschov,
> 13 de octubre de 1964

Jruschov se agarraba de un clavo ardiendo cuando hizo este comentario, el día en que sus colegas del Kremlin anunciaron su intención de deponerlo. "Estoy […] satisfecho de que el partido haya alcanzado el punto de poder refrenar incluso a su primer secretario —añadió—. Me enmierdaron entero, y yo digo que 'tuvieron razón'."

Los cargos contra Jruschov merecían más aún que su caracterización de ellos. Fue acusado de rudeza, distracción, arrogancia, incompetencia, nepotismo, megalomanía, depresión, impredecibilidad y envejecimiento. Había permitido que su propio culto a la personalidad se desarrollara, y ya no atendía a sus consejeros. Había arruinado la agricultura soviética mientras llevaba al

mundo al borde de una guerra nuclear. Había autorizado la construcción del Muro de Berlín, humillación pública para el marxismo-leninismo. Desde hacía mucho se había convertido en una molestia para el país que había tratado de guiar, y para el movimiento comunista internacional que había tratado de inspirar. Y como su sucesor, Leonid Brézhnev, sintió la necesidad de añadir, Jruschov había descrito una vez a los miembros del Comité Central como "perros meando contra las piedras".[2]

Era una manera cruda e indigna de quitar al guía del Estado número dos en poderío mundial, pero no se derramó sangre, nadie fue encarcelado, nadie marchó al exilio. A Jruschov se le concedió un retiro pacífico, dolorosamente oscuro. Siempre optimista, llegó a considerar como su logro más significativo el hecho de que *no* hubiera sido capaz de conservar su trabajo. Durante sus años de poderío, habían aparecido constreñimientos en el manejo del poder. Ya no era posible que un simple líder pidiera obediencia ciega, esperando recibirla.

El destino de Jruschov reflejó, en su microcosmo, el de la Unión Soviética y los Estados Unidos durante fines de los cincuenta, los sesenta y principios de los setenta. El sistema internacional durante estos años *parecía* ser parte de una bipolaridad en la cual, como limaduras de hierro atraídas por un imán, todo el poder gravitaba hacia Moscú y Washington. De hecho, sin embargo, las superpotencias encontraban cada vez más difícil manejar a las potencias menores, ya fueran aliados o neutrales en la Guerra Fría, mientras al mismo tiempo perdían la autoridad que en otro tiempo dieron por sabida en sus países. Los débiles descubrían oportunidades para enfrentarse a los fuertes. La naturaleza del poder cambiaba porque el miedo al poder, concebido al modo tradicional, disminuía. Los mazos, de hecho, empezaban a volverse flamencos, y las pelotas erizos.

I

Los primeros signos de lo que estaba ocurriendo llegaron con la decadencia y final desaparición del colonialismo europeo, proceso que se inició antes de que empezara la Guerra Fría; fue paralelo al primer desarrollo de ésta y sólo gradualmente afectó su evolución posterior. La dominación europea del mundo databa del siglo XV, cuando Portugal y España perfeccionaron ante todo los modos de transportar hombres, armas y, sin darse cuenta, gérmenes a través de océanos que hasta entonces habían mantenido a la sociedad humana en partes.[3] Para fines del siglo XIX, poco territorio quedaba que no estuviera controlado por europeos o sus descendientes. Pero en 1905 Japón, una potencia nueva y no europea, ganó una guerra que había iniciado con Rusia, uno de los imperios más débiles de Europa: la victoria sacudió la ilusión de que los europeos, si eran desafiados, siempre ganarían.

Los europeos mismos sacudieron entonces otra ilusión —la de la unidad entre ellos— yendo a una guerra en 1914. La primera Guerra Mundial, a su vez, produjo dos justificaciones convincentes para terminar con el dominio colonial. Una procedió de la Revolución bolchevique, cuando Lenin convocó a su término el "imperialismo" en todas sus formas. La otra llegó de los Estados Unidos. Cuando Woodrow Wilson hizo del principio de autodeterminación uno de sus Catorce Puntos, su intención había sido truncar el recurso del bolchevismo, pero el efecto fue excitar a los oponentes del imperialismo por toda Asia, el Oriente Medio y África. Entre los excitados estuvieron Mohandas Gandhi en la India Británica, Ho Chi Minh en la Indochina Francesa, Syngman Rhee en la Corea ocupada por los japoneses, y un oscuro bibliotecario joven, de China, llamado Mao Zedong.[4]

Fue precisa la segunda Guerra Mundial, sin embargo, para anular el colonialismo de una vez por todas: la guerra puso en movimiento procesos que, a lo largo de las siguientes dos décadas, concluirían la era de los imperios europeos que había empezado cinco siglos atrás. El derrumbe del colonialismo coincidió, por lo tanto, con el comienzo de la Guerra Fría, pero la Guerra Fría no causó aquellos sucesos; sus raíces estaban en otra parte. Pues precisamente igual que Thomas Paine había señalado, en 1776, la falta de lógica de una isla que gobernara indefinidamente un continente,[5] así era también sumamente improbable, en 1945, que un continente devastado por la guerra pudiera continuar indefinidamente gobernando la mayor parte del resto del mundo. Esto habría ocurrido incluso si la Gran Alianza de tiempo de guerra no se hubiera deshecho nunca.

Tampoco la descolonización se volvió un punto significativo durante los primeros tiempos de Guerra Fría. La Unión Soviética siguió siendo antiimperialista —¿cómo podía no serlo?— pero la revolución que avanzaba empezaba a llamarse "tercer mundo", y era menos importante para Stalin en los años de posguerra inmediata que recuperarse de la guerra e intentar difundir su influencia tan ampliamente como se pudiera en Europa. Los Estados Unidos, por su parte, no iban a defender tampoco el colonialismo europeo. Su propia historia había comenzado con una rebelión contra un imperio, y aunque los norteamericanos habían tomado colonias por su cuenta a fines del siglo XIX —las Filipinas eran las más importantes—, nunca habían estado a gusto con el colonialismo, prefiriendo en su lugar ejercer su influencia externa mediante procedimientos económicos y culturales. Ni Moscú ni Washington lamentaban la caída de los imperios europeos; por lo tanto, ni los vacíos políticos que aparecían fuera de Europa como resultado les preocupaban al principio.

La situación, sin embargo, difícilmente podía durar. Al tér-

mino de 1949, la competencia soviético-norteamericana por Europa había alcanzado un empate, y esto creaba tentaciones para explotar oportunidades en otras partes. Stalin había sucumbido a éstas cuando permitió a Kim Il-sung atacar a Corea del Sur, mientras simultáneamente fomentaba la guerra de Ho Chi Minh contra los franceses en Indochina. El viejo dictador sabía poco acerca del "tercer mundo", sin embargo, y no emprendió ningún esfuerzo sostenido para proyectar la influencia soviética en él. Jruschov era más enérgico: a diferencia de Stalin, le gustaba viajar al extranjero y rara vez perdió ocasión de hacerlo. Entre sus destinos favoritos estaban los países recién independizados que surgían del dominio colonial europeo. "No soy un aventurero —explicó Jruschov—, pero debemos ayudar a los movimientos de liberación nacional."[6]

Los norteamericanos temían precisamente esto. El colonialismo, creían, era una institución anticuada que sólo podía desacreditar a Occidente en las regiones donde había existido, debilitando de paso sus practicantes en Europa, donde tenían que ser fuertes. Sin embargo, los Estados Unidos no podían desprenderse de sus aliados británicos, franceses, holandeses y portugueses sencillamente porque seguían manteniendo posesiones coloniales: restaurar la seguridad y la prosperidad en la Europa de posguerra era demasiado importante. El riesgo de que los nacionalistas del "tercer mundo" asociaran a los norteamericanos con el imperialismo era por tanto elevado. Ni tampoco había seguridad de que los resentimientos que había engendrado el colonialismo durante tanto tiempo no hicieran del comunismo una posibilidad atractiva. Marx acaso exagerara las contradicciones del capitalismo, pero la autodestructividad del imperialismo era tan clara que todos la veían. Era arduo para los Estados Unidos —y hasta peligroso— que el colonialismo estuviera acabándose mientras la Guerra Fría se intensificaba, pues los pecados de los aliados en el pasado podían crear fácilmente vulnerabilidades en

el porvenir. Ciertamente, en esto confiaba Jruschov.

Lo que significaba todo esto, pues, era que las cosas que elegían los nuevos Estados independientes podían aún inclinar la balanza de poder en la Guerra Fría. Uno de los aspectos más chocantes para los norteamericanos acerca de la Guerra de Corea había sido la rapidez con la cual un interés periférico —la defensa de Corea del Sur— se había repentinamente vuelto vital. Permitir incluso que un país subdesarrollado, sin capacidad industrial-militar, cayera bajo control comunista podía sacudir la confianza en sí a través del mundo no comunista. En esto era en lo que pensaba Eisenhower cuando, en 1954, invocó la más famosa de las metáforas de toda la Guerra Fría: "Tiene usted una fila de fichas de dominó de pie, tira usted la primera, y […] la última […] caerá muy pronto. Así que puede usted tener […] una desintegración que tendría las más profundas influencias".[7]

"Fichas de dominó" podían caer como resultado de agresión externa, como en Corea, o subversión interna, como estaba ocurriendo en Indochina. Pero podían también hacerlo si los Estados salidos del colonialismo *optaban* por inclinarse hacia la Unión Soviética o China. Esto ponía la descolonización en un nuevo contexto: el surgimiento del nacionalismo, desde la perspectiva de Washington podía causar tanto trastorno como la persistencia del colonialismo. La Guerra Fría se estaba volviendo global en su alcance, pero el efecto paradójico era dar poder al pueblo —carente de cualquier poder hasta tiempos recientes— sobre el cual se combatiría ahora. Su método era el "no alineamiento".

II

El "no alineamiento" proporcionaba un modo de que los guías de los Estados del "tercer mundo" pudieran inclinar sin derribar: la idea era no comprometerse con ninguno de los bandos en la Guerra Fría, sino dejar abierta la posibilidad de tal compromiso. De ese modo, si se volvía excesiva la presión de una superpotencia, una potencia menor podría defenderse *amenazando* con alinearse con la otra superpotencia.

Yugoslavia —que no era un Estado del "tercer mundo"— abrió la marcha de este proceso. Tito no había buscado la condenación por Stalin en 1948: era, y siguió siendo, un comunista genuino. Pero estaba decidido a no sacrificar la soberanía por mor de la solidaridad ideológica, y a diferencia de la mayoría de los otros dirigentes europeos orientales de la época, no tenía necesidad de hacerlo. Advirtiendo cuán rápidamente los norteamericanos le ofrecían asistencia económica después de su ruptura con Stalin, Tito vio la posibilidad de una línea vital: ¿se arriesgarían los rusos a usar la fuerza contra los yugoslavos si pudiera conducir a guerra con los norteamericanos? Con la Sexta Flota de los Estados Unidos precisamente frente a la costa yugoslava, había buenas razones para que Stalin lo pensase dos veces antes de intentar una invasión, y hay testimonios de que así lo hizo, contentándose en vez de ello con tramas de asesinato, todas fracasadas.[8]

Al mismo tiempo, sin embargo, Tito vio que no funcionaría el volverse *demasiado* dependiente de los Estados Unidos. ¿Podría tener la seguridad de que la OTAN lo defendiera? ¿O que los norteamericanos no buscaran, como precio de su ayuda, restaurar el capitalismo? Tenía su razón, por lo tanto, dejar abierto el camino a la reconciliación con la Unión Soviética, y cuando, después de la muerte de Stalin, Jruschov viajó a Belgrado para disculparse por la conducta de su antecesor, el líder yugoslavo lo recibió con respeto, pero asimismo como a un igual. A partir de este momento, Jruschov se sintió obligado a *consultar:* el ejem-

plo más notable llegó durante la crisis húngara de 1956, cuando él y Malenkov hicieron un vuelo escalofriante en una avioneta, con un clima infernal, y luego un penoso viaje en un barquito por mares agitados, todo para asegurarse de la aprobación de Tito ante la decisión soviética de aniquilar el levantamiento. Tito había estado "de vacaciones" en su isla del Adriático y no podía molestarse en volver a Belgrado o a Moscú. "Jruschov y Malenkov tenían aire muy agotado —recordaba uno de los consejeros de Tito—, especialmente Malenkov, que difícilmente podía tenerse en pie."[9] Fue una vívida demostración de la igualación que podía suministrar el "no alineamiento".

El interés de Tito en el "no alineamiento" iba mucho más allá de la Europa oriental, sin embargo. Percibiendo la creciente marejada del nacionalismo en Asia, ya se había asociado con dos guías de dicha parte del mundo, Jawaharlal Nehru, de la India, y Zhou Enlai, de China, que tenían ambos sus razones propias para resistirse a la hegemonía de las superpotencias.

Nehru tenía quehacer con los Estados Unidos y Pakistán. Los ingleses habían otorgado a la India y Pakistán la independencia en 1947, y Nehru había confiado en mantener al subcontinente que compartían fuera de la Guerra Fría. Los pakistaníes, sin embargo —preocupados con las ambiciones indias— habían buscado apoyo de los norteamericanos retratándose como anticomunistas con militares adiestrados por ingleses, que podrían proporcionar bases en las lindes sensibles meridionales de la urss. El contraste con Nehru —también adiestrado en Inglaterra, pero socialista, pacifista y decidido a no adherirse a un bando de la Guerra Fría— difícilmente pudo haber sido mayor. Para fines de 1954, Pakistán había maniobrado para entrar en la Organización del Tratado Central (Cento) y la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO), consagradas ambas por el secretario de Estado Dulles para rodear a la Unión Soviética con alianzas militares patrocinadas por norteamericanos. Para

Nehru, alinear a la India con la "no alineación" era un modo de rechazar a los norteamericanos y a los pakistaníes, mostrando asimismo al resto del "tercer mundo" que había otras posibilidades que unirse a un bando de la Guerra Fría.[10]

Las razones de Zhou Enlai para apoyar el "no alineamiento" —que eran, por supuesto, las de Mao Zedong— tenían también que ver con el miedo a la hegemonía, que desde el punto de vista chino sólo podía proceder de los Estados Unidos o de la urss. Washington había seguido apoyando a Chiang Kai-shek y a los nacionalistas chinos después de que habían escapado a Taiwán en 1949: la amenaza de un esfuerzo nacionalista por recuperar la tierra firme, apoyada por los norteamericanos, no podía ser descartada en Beijing. Pero Mao no estaba preparado para confiar, como disuasión, en este peligro, sólo de acuerdo con la Alianza Sino-Soviética de 1950. Tenía su sentido, por lo tanto, para China, alinearse con los nacionalistas en regiones antes coloniales y dependientes: "Su victoria —Zhou escribió a Mao— sería en interés del bando socialista y […] apartaría cualquier intento de los imperialistas occidentales de completar su círculo en torno al bando oriental".[11]

Fue esta convergencia de intereses, si bien no de objetivos últimos, la que llevó a Tito, Nehru y Zhou a celebrar la primera conferencia de naciones "no alineadas" en Bandung, Indonesia, en abril de 1955: su propósito era extender la autonomía estimulando la neutralidad en la Guerra Fría. Entre los invitados estaba el coronel Gamal Abdel Nasser de Egipto, que pronto demostraría ser el más hábil de todos los que practicaban el "no alineamiento".

Egipto nunca había sido formalmente una colonia, pero la Gran Bretaña lo había controlado desde la década de 1880: el Canal de Suez, que caía completamente en territorio egipcio, era un enlace crítico con el Oriente Medio, la India y Asia sud-

oriental. Una revolución nacionalista en 1952 había depuesto al rey Farouk, notoriamente complaciente, sin embargo, y dos años después los ingleses convinieron en desmantelar sus bases militares restantes en Egipto, reservándose el derecho de reintroducir sus fuerzas para proteger el canal si llegara a estar en peligro. Nasser, para entonces, había tomado el poder en El Cairo, con aspiraciones de convertirse en el guía nacionalista principal del mundo árabe. Difícilmente lo iba a conseguir alineando a Egipto con los Estados Unidos, pues aunque los norteamericanos lo habían apoyado, estaban ligados de modo demasiado visible a los europeos y temían, así, según lo dijo Nasser, "molestar a alguna potencia colonial".[12] Decidió, con el talante de Bandung, mantenerse neutral, pero también explotaría las esperanzas que imperaban entre los guías tanto de Washington como de Moscú, de que podrían atraerlo a sus respectivas esferas de influencia. Persuadió a los norteamericanos para que pagaran la construcción, sobre el Nilo, de la Presa de Asuán, proyecto esencial para el desenvolvimiento económico de Egipto. También decidió, con todo, comprar armas a Checoslovaquia. Estas dos decisiones desencadenaron la primera gran crisis del Oriente Medio en la Guerra Fría.

Ya incómodo por la presencia de Nasser en Bandung, Dulles temió que el trato de armas con Checoslovaquia pudiera hacer de Nasser "una herramienta de los rusos", en cuyo caso "podríamos tener que considerar una revisión de toda nuestra política". Entonces Egipto extendió el reconocimiento diplomático a la República Popular China. Nasser había "hecho un trato con el diablo con la esperanza de […] establecer un imperio que se extendiera desde el Golfo Pérsico hasta el Océano Atlántico". Dulles se indignó: poco después los norteamericanos cancelaron financiar la Presa de Asuán. Pero Nasser ya había decidido, para entonces, hacer que la Unión Soviética sostuviera el proyecto, dejándolo libre de desquitarse de los Estados Unidos nacionali-

zando el Canal de Suez.[13] Esto a su vez alarmó a los ingleses y los franceses, quienes, sin consultar a Washington, prepararon un plan con los israelíes para hacer que éstos atacaran el canal; dando con ello a Londres y París el derecho de "protegerlo", la intención verdadera era deponer a Nasser por completo. Como lo planteó el primer ministro Anthony Eden, "nunca tendremos un pretexto mejor para intervenir contra él que el de ahora".[14] La invasión anglofranco-israelí ocurrió a fines de octubre de 1956, precisamente en lo alto de la crisis acerca de Polonia y Hungría.

Mal imaginada, mal fechada y administrada de modo incompetente, la invasión casi destruyó la alianza de la OTAN. Eisenhower estaba furioso: por haber sido sorprendido y distraerse con lo que ocurría en Europa oriental, y por la aparición, al final, de un colonialismo europeo que resurgía. "¿Cómo podríamos apoyar a Gran Bretaña y Francia —se preguntó— si al hacerlo perdemos todo el mundo árabe?"[15] El presidente insistía en que se retiraran las fuerzas británicas y francesas del canal, así como la evacuación israelí del Sinaí, para que los Estados Unidos no aplicaran severas sanciones económicas.[16] Jruschov, para entonces, ya había amenazado con atacar a los invasores con misiles nucleares si no cesaban inmediatamente las operaciones militares. El verdadero ganador, sin embargo, fue Nasser, quien conservó el canal, humilló a los colonialistas y equilibró las superpotencias de la Guerra Fría una contra otras, mientras afianzaba su posición como líder indiscutido del nacionalismo árabe.

Los norteamericanos entonces le dieron aún más poder con su propia incompetencia. Eisenhower anunció, en enero de 1957, que los Estados Unidos trabajarían con los Estados de aquella región para mantenerla libre de comunismo. Dada la falta de confianza que esto implicaba en cuanto al poder del nacionalismo, la Doctrina Eisenhower ganó poco apoyo. Como la

Agencia Central de Inteligencia señaló varios meses después, era "probablemente creído por casi todos los árabes como indicador de la preocupación norteamericana con el comunismo, excluyendo lo que consideraban los problemas más urgentes de aquella área".[17] Los Estados Unidos hicieron un intento final de contener el nacionalismo árabe mediante un desembarco organizado apresuradamente de *marines* en Líbano en julio de 1958, siguiendo a la caída inesperada de un gobierno pro occidental en Irak. Tampoco logró gran cosa, con todo, y Eisenhower poco después sacó la conclusión apropiada: "Ya que estamos a punto de ser expulsados del Oriente Medio, lo mismo podemos creer en el nacionalismo árabe".[18]

Lo que Nasser mostró, pues —junto con Tito, Nehru y Zhou Enlai— fue que ser una superpotencia en la Guerra Fría no siempre garantizaba que se le abriera a uno el camino. Había limitaciones a la medida en que Moscú o Washington podían mandar a las potencias menores circundantes, porque siempre podían moverse al otro lado, o cuando menos amenazar con hacerlo. La compulsión misma con que la Unión Soviética y los Estados Unidos procuraban arrastrar semejantes Estados a sus órbitas, representaba dar a dichos Estados los medios de escapar. La autonomía, en lo que podría haber parecido circunstancias inhóspitas, se estaba volviendo alcanzable. Las colas empezaban a menear a los perros.

III

El "no alineamiento" no era la única arma disponible para las pequeñas potencias que trataban de extender su autonomía viviendo a la sombra de las superpotencias: tal era también la posibilidad de desplome. No había manera de que los rígidos antico-

munistas como Syngman Rhee en Corea del Sur, Chiang Kai-shek en Taiwán o Ngo Dinh Diem en Vietnam del Sur, al otro lado (aunque Diem, desesperado por retener el poder mientras los norteamericanos lo abandonaban en 1963, intentó, implausiblemente, abrir negociaciones con los vietnamitas del norte).[19] Ni tampoco podían anticapitalistas fervientes como Kim Il-sung en Corea del Norte o Ho Chi Minh en Vietnam del Norte suscitar creíblemente la perspectiva de un alineamiento con los Estados Unidos. Lo que podían hacer, en cambio, era fomentar los miedos de que sus regímenes podrían caer si sus patrocinadores superpotentes respectivos no los apoyaban. Las "fichas de dominó" encontraron útil, de vez en cuando, *divulgar* una propensión a caerse.

La historia coreana después de la guerra de Corea proporciona un ejemplo claro. Rhee se había opuesto rotundamente al armisticio de 1953 que dejaba a su país dividido, y en un esfuerzo de sabotaje, liberar a millares de prisioneros de guerra de Corea del Norte, de manera que no pudieran ser mandados a casa contra su voluntad. Washington fue ultrajado por esto, al igual que Pyongyang, pues Rhee actuó por su propia cuenta. No consiguió borrar el armisticio, pero señaló a la administración Eisenhower que ser un aliado dependiente no necesariamente lo convertía en aliado obediente.[20] Su argumento más convincente era que si los Estados Unidos no lo apoyaban —así como al régimen represor que imponía en Corea del Sur— el país se derrumbaría y los norteamericanos estarían en posición mucho peor en la península coreana que si se tragaran sus escrúpulos y lo asistieran.

Era un planteamiento persuasivo, porque no había otra posibilidad evidente para Rhee. Los Estados Unidos podrían "*hacer* toda suerte de cosas para sugerir […] que podríamos muy bien estar preparados para dejar Corea", Eisenhower señaló sombríamente, "pero la verdad del asunto era, por supuesto, que no po-

díamos realmente abandonarla".[21] Y así Rhee obtuvo un tratado bilateral de seguridad, junto con un compromiso de Washington de mantener tropas norteamericanas en Corea del Sur durante todo el tiempo que fuera necesario para garantizar la seguridad de dicha nación. Esto significaba que los Estados Unidos estaban defendiendo un régimen autoritario, porque Rhee tenía poca paciencia e interés ante los procedimientos democráticos. Corea del Sur era lo que él, no los norteamericanos, quería que fuera, y para seguir su camino Rhee ideó una forma forzosa de chantaje en la Guerra Fría: si me empuja usted demasiado, mi gobierno caerá y será peor para usted.

La Unión Soviética, según es claro ahora, tuvo una experiencia parecida con Kim Il-sung en Corea del Norte. Se le permitió construir un Estado estalinista, con su propio culto a la personalidad centrado en él mismo, precisamente cuando Jruschov condenaba tales perversiones del marxismo-leninismo en otras partes. Corea del Norte se quedó, como resultado, crecientemente aislada, autoritaria, y sin embargo completamente dependiente del apoyo económico y militar del resto del mundo comunista. Difícilmente era el resultado que Jruschov o sus sucesores habrían ideado, si hubieran tenido la oportunidad. No lo hicieron, sin embargo, porque Kim podía oponerse a cualquier sugestión de reforma diciendo que desestabilizaría su gobierno, y por lo tanto la victoria pasaría a los coreanos del sur, y los norteamericanos. "En el interés de nuestras tareas comunes, debemos a veces desdeñar sus estupideces", explicó un funcionario soviético en 1973.[22] Tanto Washington como Moscú, pues, apoyaron a los coreanos aliados que les resultaban un estorbo. Era una salida curiosa de la Guerra de Corea y otro recordatorio de en qué grado los débiles, durante la Guerra Fría, consiguieron obtener poder sobre los fuertes.

Tampoco los norteamericanos y los rusos tuvieron éxito controlando sus respectivos aliados chinos. Chiang Kai-shek había

insistido en conservar varias islitas precisamente frente a la costa china cuando abandonó el continente en 1949: podían ser, sostuvo, zonas de apoyo para un esfuerzo, llegado el caso, de recuperar toda China. La administración Truman era escéptica, y no asumió ningún compromiso de defender Taiwán. Pero cuando Mao empezó a bombardear las islas costeras en septiembre de 1954 —al parecer como exhibición de fuerza después de las concesiones chinas y norvietnamitas en la Conferencia de Ginebra sobre Indochina—, Chiang insistió en que los efectos psicológicos de perderlas serían tan graves que su propio régimen se derrumbaría en Taiwán. Eisenhower y Dulles respondieron como lo habían hecho a Rhee: Chiang obtuvo un tratado de defensa mutua que obligaba a los Estados Unidos a la defensa de Taiwán. Pero dejaba abierta la cuestión de defender las islas costeras.

Esto proporcionó una apertura a Mao, que respondió tomando una de las islas y estableciendo sus fuerzas militares ante las otras. Convencido de que la propia credibilidad de ellos, así como la de Chiang, estaba ahora en riesgo, Eisenhower y Dulles hicieron saber a principios de 1955 que ahora estaban preparados para defender las islas más importantes —Quemoy y Matsu —, de ser preciso con armas nucleares. Mao entonces pasó a atajar la crisis, pero dos puntos significativos habían intervenido. Uno era que otro aliado había conseguido un compromiso de seguridad de los Estados Unidos manifestando su debilidad. El otro fue que Washington había cedido la iniciativa a Mao, pues según explicó el líder chino después, al asomar los cuellos en Quemoy y Matsu los norteamericanos le habían puesto en las manos un lazo que podía aflojar —o apretar— a su antojo.[23]

Mao optó por apretar el lazo otra vez en agosto de 1958, en un esfuerzo evidente por apartar la atención de los fracasos económicos en el país, protestando curiosamente por el desembarco norteamericano en Líbano el mes anterior.[24] Cuando empezó a

disparar sobre las islas costeras, Chiang las reforzó y los Estados Unidos se volvieron a encontrar amenazando con usar armas nucleares a fin de defender, según ya había dicho Dulles, irritado, "unas cuantas rocas".[25] Pero no eran precisamente los norteamericanos quienes encontraron alarmante esta crisis. Mao había descuidado consultar a los rusos, que fueron traqueteados a fondo cuando les sugirió casualmente que una guerra con los Estados Unidos podía no ser tan mala: los chinos podrían atraer a los norteamericanos hasta lo hondo de su propio territorio, y entonces Moscú podría golpearlos "con todo lo que ustedes tienen". Las islas costeras, presumió Mao luego, "son dos batutas que mantienen a Eisenhower y Jruschov bailando, escurriéndose hacia aquí y hacia allá. ¿No ven ustedes qué maravillosos son?"[26]

Jruschov, al final, respondió a las amenazas nucleares norteamericanas en torno a Quemoy y Matsu con una de las suyas, pero no fue mientras no tuvo la certeza de que la crisis estaba a punto de resolverse.[27] Los enfrentamientos en las islas costeras en 1954-1955 y en 1958 dieron a los norteamericanos, así como a los rusos, una lección más sobre los límites de la autoridad de las superpotencias. Nadie, ni en Washington ni en Moscú, había instigado estos acontecimientos: Chiang y Mao lo habían hecho. Ni el dirigente norteamericano ni el soviético pensaban que las islas costeras valieran una guerra en la que podrían usarse armas nucleares. Eran, sin embargo, incapaces de evitar amenazarse uno al otro con precisamente tal resultado, porque carecían de medios de controlar a sus propios "aliados". En Taiwán y las islas costeras, igual que en Corea, las colas una vez más habían meneado a los perros.

Algo muy parecido ocurrió, con resultados mucho más devastadores, en otro país del Asia oriental, que la Guerra Fría había dividido: Vietnam. Después de la victoria de Ho Chi Minh sobre los franceses en 1954, ellos y los norteamericanos, los in-

gleses, los rusos y los chinos comunistas habían convenido en Ginebra que el país sería dividido por el paralelo 17. Ho entonces estableció un Estado comunista en el norte, mientras que los norteamericanos se pusieron a buscar otra posibilidad anticomunista en el sur. Finalmente se decidieron, en 1955, por Ngo Dinh Diem, un desterrado sin mancha de cooperación con Francia, cuyo catolicismo esperaban sería un aliado confiable. Pero Diem, igual que Rhee, era también un autoritario, y a principios de los años sesenta su gobierno sudvietnamita se había convertido en un fastidio para los norteamericanos, y un blanco para los insurgentes renovados de Vietnam del Norte. Consciente de que la credibilidad de Washington estaba en veremos una vez más, Diem —siguiendo los ejemplos de Rhee y Chiang— advirtió que su régimen podría derrumbarse si los norteamericanos no aumentaban su apoyo. "Tenemos todavía que encontrar la técnica —comentó Walt Rostow, consejero de Kennedy, en 1961— para que nuestra gran capacidad de regateo influya sobre los dirigentes de Estados clientes para hacer cosas que debieran, pero no quieren hacer."[28]

En Vietnam del Sur, sin embargo, resultó haber límites acerca de cómo marcharían las amenazas de derrumbe. El régimen de Diem se había vuelto tan brutal —pero al mismo tiempo tan ineficaz— que la administración Kennedy se convenció a fin de cuentas de que había que apartarlo. Para esto, cooperó con un grupo de coroneles sudvietnamitas que derribó al presidente de Vietnam del Sur, pero entonces lo mataron, a principios de noviembre de 1963. Impresionados por esta inesperada salida, y luego por el asesinato del propio Kennedy, tres semanas después, los funcionarios norteamericanos se habían cuidado poco de lo que se haría luego. Quedaron con una situación que se deterioraba en Sudvietnam, cuya importancia su propia retórica había elevado a significación global, pero que no tenían estrategia para resolver.

La administración de Lyndon B. Johnson gradualmente improvisó tal estrategia en el año siguiente al obtener autorización del Congreso para tomar cualquier medida que fuera necesaria para salvar a Vietnam del Sur, y luego —después de la victoria abrumadora de Johnson sobre Barry Goldwater en las elecciones de 1964— emprendió una gran escalada militar. Ésta tomó la forma, primero, de bombardear los recursos portuarios de Vietnam del Norte y de sus líneas de abastecimiento, pero para el verano de 1965 también implicaba el envío de fuerzas terrestres norteamericanas a Sudvietnam. A fines del año, 184 000 estaban allí y muchas más iban en camino.[29] "Si nos empujan desde el terreno de Vietnam —proclamó Johnson—, no hay nación que pueda nunca tener la misma confianza en […] la protección norteamericana."[30]

La *debilidad* misma de un aliado había empujado a los Estados Unidos —a regañadientes y, por parte del presidente, con hondos presagios— a hacer un compromiso para defenderlo a toda costa. Para julio de 1965, según hizo constar su mujer, Lady Bird, Johnson hablaba en sueños: "No quiero entrar en una guerra y no veo manera de salir. He convocado a 600 000 muchachos, y los hago abandonar sus hogares y familias". Y sabía las consecuencias: "Si esta [guerra] marcha mal, y estamos en una guerra terrestre en Asia —le dijo a su esposa pocos días después—, sólo hay una dirección a la que puedan mirar […] La mía".[31]

Cosa curiosa, con todo, los líderes soviéticos no eran más felices con este giro. Jruschov había tratado de mejorar las relaciones con los Estados Unidos al acabar la crisis cubana de los misiles —que había surgido de *su* miedo de que un aliado pudiera derrumbarse— y sus sucesores, Leonid Brézhnev y Alexéi Kosygin, habían esperado continuar aquel proceso. Una vez que empezara la guerra en Vietnam se sentirían obligados, eso sí, a apoyar a los vietnamitas del norte, en parte por razones de solidari-

dad ideológica, pero también porque sabían que si no procedían así los comunistas chinos, que para entonces estaban armándoles polémicas, sacarían el mayor provecho. Como explicó Tito, un observador cercano de la situación: "La Unión Soviética no puede abandonar la solidaridad con Hanoi, pues de otra manera se expondría al peligro de aislarse en Asia del sudeste y de los partidos comunistas en todas partes".[32]

Y así este esfuerzo temprano por aflojar las tensiones de la Guerra Fría falló —a pesar del hecho de que Washington y Moscú querían que se impusiera— porque las acciones de las potencias menores trababan a las superpotencias en una confrontación de la cual carecían de medios, o de resolución, para escapar. "La situación era absurda —reconoció posteriormente el embajador soviético en los Estados Unidos, Anatoly Dobrynin—: El comportamiento de nuestros aliados […]sistemáticamente bloqueaba cualquier discusión racional de otros problemas que eran realmente los que tenían importancia clave para nosotros dos."[33]

IV

Esto era bien cierto, pero la frustración de las superpotencias no se confinaba en modo alguno a sus relaciones con aliados asiáticos y latinoamericanos. Los Estados Unidos y la Unión Soviética poseían un poder militar y económico desproporcionado dentro de la OTAN y del Pacto de Varsovia, y sin embargo no encontraban fácil controlar estas alianzas tampoco. Los problemas a los que se enfrentaban los norteamericanos y los rusos al tratar con sus clientes alemanes respectivos son los que mejor ilustran la situación.

La Alemania de posguerra había sido tanto fuerte como débil

al mismo tiempo. Porque había sido la nación más fuerte de Europa antes de 1945, ni los Estados Unidos ni la Unión Soviética estaban en condiciones de correr el riesgo de que una Alemania reunida pudiera alinearse con su principal adversario. La división del país, en este sentido, fue impuesta desde afuera y se volvió inevitable una vez que estuvo en marcha la Guerra Fría. Pero una vez que el país fue dividido, la debilidad misma de los alemanes se convirtió en fuerza. Estando al borde del derrumbe —y, conforme transcurría el tiempo, simplemente *pareciendo* estarlo— los alemanes occidentales y orientales podían alzar el fantasma de un anterior enemigo, cayendo bajo el control de un enemigo venidero en cualquier momento que desearan hacerlo. [34]

En Alemania occidental, el peligro estaba, con la perspectiva de Washington, en la posible derrota en las elecciones del gobierno del canciller Konrad Adenauer, demócrata cristiano. Adenauer había dejado claro, desde que ocupó el cargo en 1949, que prefería la división continuada de Alemania a su posible reunificación, ya que parecía no haber manera de que ocurriera sin desprender Alemania occidental de la OTAN y, así, de la garantía de la protección norteamericana. Es mucho mejor, sostuvo, tener una porción democrática próspera de Alemania estrechamente ligada a los Estados Unidos y a otras democracias de la Europa occidental que arriesgarse a las incertidumbres que de fijo implicaría cualquier esfuerzo de unificación de Alemania. Adenauer no rechazaba las negociaciones con la Unión Soviética que previeran la unificación, pues hacerlo así sería arriesgarse a perder el apoyo de la zona, pero se encargaría de que no tuvieran éxito. Como lo planteó uno de sus ayudantes: "finge flexibilidad a fin de ser libre de marchar con el Occidente".[35]

El principal rival de Adenauer, el dirigente socialdemócrata Kurt Schumacher, insistió vigorosamente en pro de tales conversaciones, incluso si el precio del éxito resultaba ser una retirada

de la OTAN y neutralidad en la Guerra Fría. Esta perspectiva era para los norteamericanos suficientemente alarmante para que Adenauer la usara a fin de obtener ventaja para sí mismo; en 1955 había adquirido un veto virtual sobre cualesquiera posiciones de negociación que los Estados Unidos y sus demás aliados en la OTAN pudieran plantear acerca de la cuestión alemana en general, y sobre Berlín en particular. Eisenhower especuló después de la visita de Jruschov en 1959 a los Estados Unidos que probablemente podría "plantear un regateo" con el líder soviético, "pero nuestros aliados no aceptarían actuar unilateralmente […] No podemos, aunque nos tiente aceptarlo, dar consideración a esto, porque significaría la muerte para Adenauer".[36]

Una pauta parecida se dio en Alemania oriental, aunque aquí el derrumbe amenazado no era de un partido político —pues efectivamente sólo había uno— sino de un régimen entero. La intervención soviética había salvado a Ulbricht en junio de 1953; paradójicamente, sin embargo, aquella demostración de debilidad lo había vigorizado, ya que la proximidad del derrumbe había sido suficientemente aterradora en Moscú como para que el Kremlin posestaliniano (y pos-Beria) sintió que no tenía otro remedio más que hacer todo lo necesario para alzar a Ulbricht. El dirigente alemán oriental, pues, estaba en condiciones, cuantas veces quisiera, de chantajear a sus correlatos soviéticos.

Ulbricht estaba jugando esta baraja ya en 1956. Sacando ventaja de la creciente inquietud en Polonia y Hungría, advirtió a Jruschov que la asistencia económica insuficiente de la Unión Soviética "tendría consecuencias muy serias para nosotros [y] facilitaría la labor del enemigo". Las materias primas y los bienes de consumo que pidió Ulbricht y que la urss difícilmente lograría proporcionar, llegaron a pesar de todo.[37] A fines de 1958 estaba apremiando a Jruschov para que resolviera el problema de la corriente de refugiados alemanes orientales a través de Berlín occidental, hasta el punto de citar con aprobación el reciente

bombardeo por Mao Zedong de las islas costeras chinas:

> Quemoy y Berlín occidental no sólo son malusados como centros de provocación por aquellas fuerzas que hoy en día ejercen dominio sobre ellos, sino que simultáneamente se desarrollan como áreas […] injustificablemente separadas de su *Hinterland* […]Ambas posiciones tienen no sólo las mismas metas, sino también las mismas debilidades. Ambas son islas y tienen que cargar con todas las consecuencias de una localización insular.[38]

Jruschov, quien ya estaba preocupado sobre el control de Mao, no puede haber encontrado tranquilizadora esta analogía. No obstante, promulgó su ultimátum sobre Berlín en noviembre de 1958, en gran medida como respuesta a los apremios de Ulbricht, quizá también porque temía que un fracaso al estrechar el "lazo" alrededor de Berlín pudiera suscitar desdén por parte de los chinos, cada vez más críticos. ¿Para qué son buenos los misiles de Jruschov, empezaba a preguntar Mao, si no pueden conseguir concesiones occidentales en alguna parte?[39]

El mismo pensamiento se le había ocurrido a Ulbricht, que encontró desesperante la posterior carencia de deseo, por Jruschov, de imponer su propia solicitud de un ajuste en Berlín: "Sólo habla usted de un tratado de paz —le dijo al guía del Kremlin secamente en noviembre de 1960—, pero no hace usted nada al respecto".[40] Ulbricht para entonces había empezado a hacer algunas cosas él sólo: protestó por las políticas anglonorteamericano-francesas en Berlín occidental sin consultar a Moscú; modificó unilateralmente procedimientos para pasar a Berlín oriental, y en enero de 1961 envió una delegación oficial a China; los rusos se enteraron de esto sólo cuando los alemanes orientales dejaron el aeropuerto de Moscú. Deliberadamente o no, también se las arregló para *aumentar* la corriente de refugiados en junio, reconociendo públicamente por vez primera la posibilidad de construir un muro, aun cuando insistía en que nadie tenía ninguna intención de hacer esto. "Nuestros amigos

[…] ejercen a veces impaciencia y una actitud algo unilateral —reconoció el embajador soviético en Berlín oriental antes que esto ocurriera—; no siempre estudiando los intereses de todo el bando socialista ni la situación internacional en el momento dado."[41]

Jruschov concluyó, como resultado, que tenía pocas esperanzas antes de enfrentar a Kennedy con un nuevo ultimátum en la cumbre de Viena. Y después que Kennedy puso en claro que él, al igual que Eisenhower, estaba preparado a defender Berlín occidental, aun con riesgo de una guerra nuclear, Jruschov quedó convencido de que la única manera de salir del paso era permitir a Ulbricht hacer lo que el líder alemán oriental había prometido no hacer: amurallar Alemania oriental separándola del enclave capitalista que estaba en medio. La esperanza de Jruschov había sido desprender Berlín occidental de Alemania occidental. Ahora, en cambio, no había posibilidades abiertas: el muro dramatizaba el grado en que la Unión Soviética se había encadenado a un aliado débil, capaz de aprovechar esta debilidad para salirse con la suya.

Lo que permitía a la debilidad alemana convertirse en fuerza era, por supuesto, la preocupación con la credibilidad que dominaba el pensamiento en Washington y Moscú. Habiendo instalado sus respectivos clientes y luego unido a ellos sus propias reputaciones, ni los líderes norteamericanos ni los soviéticos hallaban fácil quitárselos de encima cuando aquellos clientes empezaban a buscar sus propias prioridades. Los Estados Unidos y la Unión Soviética cayeron por lo tanto en el hábito de dejar a sus aliados alemanes determinar sus intereses germánicos y por lo tanto sus políticas alemanas.

V

Adenauer y Ulbricht no eran los aliados más difíciles, a pesar de todo: tal distinción pertenecía a Charles de Gaulle y Mao Zedong. Francia y China se habían ambas beneficiado por sus relaciones con las superpotencias. Los Estados Unidos financiaron la reconstrucción de Francia después de la guerra, garantizaron la seguridad francesa merced a la OTAN, y tranquilamente apoyaron el desenvolvimiento de una capacidad francesa en cuanto a armas nucleares.[42] La Unión Soviética había proporcionado inspiración ideológica para la revolución china, y después de la muerte de Stalin generalmente enviaba ayuda económica y militar, así como asistencia técnica para los esfuerzos de Mao, empezando en 1955 por construir una bomba atómica china.[43] Y sin embargo, durante el fin de los años cincuenta y el principio de los sesenta, De Gaulle y Mao se ponían a desmantelar las alianzas que habían alimentado sus Estados y abarcado sus regímenes. Su meta era no menos que desmoronar el sistema internacional bipolar de la Guerra Fría.

La Cuarta República Francesa, formada después de la derrota de Francia y su ocupación por los alemanes en la segunda Guerra Mundial, había sido un triunfo económico pero un problema político. Coaliciones inestables iban y venían en los cargos con frecuencia tan deprimente que la reforma constitucional se volvió inevitable: sólo De Gaulle, el guía en tiempos de guerra de los franceses libres, tenía la autoridad y el prestigio para lograrla. La nueva Quinta República, establecida en 1958, dio a De Gaulle el poder que necesitaba, con el visto bueno de los norteamericanos, que esperaban una dirigencia más firme y predecible en París. "Francia presenta una historia de 12 años de deterioro casi ininterrumpido, moral, político y militar", comentó Eisenhower por entonces. Este registro "casi exigía la presencia de un 'hombre fuerte', en la persona de De Gaulle".[44]

El nuevo presidente de Francia ciertamente trajo consigo firmeza, pero no predecibilidad. Hubo pocas objeciones en Wa-

shington mientras De Gaulle hábilmente liquidaba el prolongado pero fútil esfuerzo de Francia por retener su última gran colonia: Argelia. La guerra, según creían los norteamericanos, estaba gastando los recursos franceses, alimentando el nacionalismo árabe, y jamás podría ser ganada. Esto era todo lo que Washington halló digno de aprobación, aunque a causa de De Gaulle pronto puso en claro que su siguiente objetivo sería torcer la política norteamericana en Europa siempre que pudiera. El hecho de que lo hiciera mientras esperaba la continuación de la protección de la alianza con la OTAN, sólo incrementó la exasperación de los norteamericanos; pero esta exasperación, al parecer, era precisamente lo que De Gaulle había pretendido. Era como si estuviera decidido a mostrar a los Estados Unidos que, en una era de superpotencias agarrotadas, había lugar para que Francia no sólo afirmara su autonomía, sino que hiciera gala de ella. A mediados del año 1959, Eisenhower espumeaba a causa del "complejo mesiánico" de De Gaulle: era un "cruce entre Napoleón y Juana de Arco".[45]

La lista de las ofensas de De Gaulle era larga. Se negó a coordinar la estrategia nuclear de Francia —los franceses probaron su primera bomba atómica en 1960— con la de los Estados Unidos y Gran Bretaña: la pequeña *force de frappe* francesa sería proyectada para "defensa en todas las direcciones", con la evidente intención de trastornar a ambos, adversarios y aliados.[46] Vetó la entrada de Inglaterra en la Comunidad Económica Europea; humilló así a un cercano aliado norteamericano e hizo retroceder el movimiento hacia la integración europea por lo menos durante una década. Trató de persuadir a Adenauer, que envejecía, de que aflojara los vínculos de Alemania occidental con la OTAN argumentando que no podía contarse con los norteamericanos para resistir la presión soviética sobre Berlín. Proclamó entonces una visión de Europa que se extendería "desde el Atlántico hasta los Urales": dónde dejaría a los norte-

americanos —o, puestas así las cosas, a los alemanes occidentales — quedaba incómodamente poco claro. De Gaulle extendió el reconocimiento diplomático a la China de Mao Zedong en 1964, mientras criticaba estruendosamente la escalada norteamericana en Vietnam. Y en 1966 retiró a Francia totalmente de la cooperación militar de la alianza con la OTAN, obligando a relocalizar la central de la OTAN de París a Bruselas, así como la retirada de tropas norteamericanas del país que habían ayudado a liberar en la segunda Guerra Mundial. El presidente Johnson ordenó a su secretario de Estado, Dean Rusk, que preguntara a De Gaulle: "¿Pretende usted mover también los cementerios norteamericanos y sacarlos de Francia?"[47]

La respuesta de Washington a estas provocaciones era ineficaz en todos los respectos. De Gaulle rechazó esfuerzos repetidos de reconciliación, manteniéndose insensible a la presión: había calculado taimadamente que podría desprender a Francia de la OTAN, pero que los Estados Unidos y sus demás aliados no podrían desprenderse de la necesidad de defender a Francia. Él era el último jinete libre, un guía "muy egocéntrico" con "toques, inclusive, de megalomanía", según un diplomático norteamericano, y aprovechaba el enfrentamiento con los Estados Unidos como manera de recuperar la identidad de Francia como gran potencia.[48] A fin de cuentas, concluyó Johnson, no había nada que los Estados Unidos pudieran hacer: sencillamente había que prescindir de De Gaulle. "Realmente no hemos logrado control sobre su política exterior", dijo el senador Richard Russell al presidente en 1964. "Es cierto —reconoció Johnson—, nada en absoluto."[49]

Las dificultades norteamericanas en el trato con De Gaulle, sin embargo, eran poca cosa en comparación con las que Jruschov encontró tratando de arreglarse con Mao Zedong. Las fuentes de la tensión sino-soviética estaban, en primer lugar, en la larga historia de hostilidad entre Rusia y China, que la entre-

ga a una ideología en común sólo había superado parcialmente. Jruschov y Mao tenían todos los instintos y prejuicios de los nacionalistas, sin embargo, por muy comunistas que fueran. La herencia de Stalin también planteaba problemas. Mao había defendido al dictador muerto cuando Jruschov lo atacó en 1956, pero el dirigente chino también cultivaba —y a menudo exhibía — su recuerdo de cada uno de los ninguneos, las afrentas o los insultos de Stalin. Fue como si Stalin se hubiera vuelto una herramienta para Mao, usada cuando era necesario poner en alto su propia autoridad, pero también para rechazarse cuando requería invocar los peligros de la hegemonía soviética. Al mismo tiempo, Mao trataba a Jruschov como un advenedizo superficial, y no perdía la oportunidad de confundirlo con humillaciones menudas, enunciados crípticos y provocaciones veladas. Jruschov "nunca podía estar seguro de lo que quería decir Mao […] creía en él y estaba jugando conmigo".[50]

Mao lo hizo así, cuando menos en parte, porque los combates afuera —ya fuera con adversarios o con aliados— eran un modo de mantener la unidad en el país, lo cual importaba mucho mientras lanzaba el Gran Salto Adelante.[51] Ésta había sido una de las razones de la segunda crisis sobre las islas costeras, que había empujado a China al borde de la guerra con los Estados Unidos durante el verano de 1958. Pero para entonces Mao ya había lanzado un combate separado con la Unión Soviética. Los rusos cometieron el error de proponer la construcción de una estación de radio de onda larga en la costa china, junto con el establecimiento de una flotilla submarina sino-soviética común. Mao respondió furiosamente. "¡Nunca confían ustedes en los chinos!", se lamentó ante el embajador soviético. Moscú podía lo mismo pedir la propiedad común de "nuestro ejército, flota, fuerza aérea, industria, agricultura, cultura, educación […] Con unas cuantas bombas atómicas se creen ustedes en condiciones de controlarnos".[52]

Cuando Jruschov se apresuró a ir a Beijing para tratar de suavizar las cosas, Mao lo acusó de haber perdido el filo revolucionario. "Evidentemente tenemos ventaja sobre nuestros enemigos", le dijo Mao, después de poner al imperfectamente acuático Jruschov en desventaja recibiéndolo en una piscina. "Todo lo que tiene usted que hacer es provocar a los norteamericanos a la acción militar, que yo le daré a usted cuantas divisiones pueda requerir para aplastarlos." Afanándose para seguir a flote, Jruschov trató de explicar "que uno o dos misiles podían hacer polvo todas las divisiones de China". Pero Mao "no quería ni escuchar mis argumentos y evidentemente me tenía por un cobarde".[53]

Desafiando la lógica de equilibrio de poder dentro del sistema internacional, Mao buscaba un tipo diferente de equilibrio: un mundo lleno de peligro, ya fuera de los Estados Unidos o de la Unión Soviética o de ambos; podía reducir al mínimo el riesgo de que rivales dentro de China pudieran poner en jaque su gobierno.[54] La estrategia tuvo éxito brillante. A pesar de cierto grado de mala administración, sin paralelo en la historia moderna —si semejante eufemismo puede caracterizar políticas que causaron la muerte por hambre de tantos de sus compatriotas durante el Gran Salto Adelante—, Mao sobrevivió como "gran timonel" de China. Lo que no sobrevivió fue la alianza sino-soviética, que, en lo que tocaba a Mao, había sobrevivido a su utilidad. Jruschov, temiendo las implicaciones, trató desesperadamente de reconstituirla, hasta el preciso momento en que fue depuesto en 1964, pese a insultos, rechazos y hasta ejemplos de sabotaje deliberado por parte de Mao.[55] Pero a fin de cuentas hasta él tuvo que admitir, reveladoramente, que "se volvía más y más difícil ver a China con los ojos ansiosos e inocentes de un niño".[56]

¿Cómo era, pues, que De Gaulle y Mao, guías de potencias medianas, estaban en condiciones de tratar de esta manera a las

superpotencias? ¿Por qué las formas tradicionales del poder mismo —fuerza militar, capacidad económica, alcance geográfico— eran tan inútiles en esta situación? Parte de la respuesta tenía que ver con la nueva clase de equilibrio de poder que estaba ocurriendo: la estrategia de De Gaulle, "defensa en todas direcciones", no era diferente del ofender en todas direcciones de Mao. Ambos vieron en el desafío a la autoridad externa un modo de incrementar su legitimidad interna propia. Ambos procuraron reconstruir la propia estimación nacional: esto requería, según creían, dar papirotazos en las narices, y aun morder las manos que anteriormente les dieron de comer y otras formas de sustento.

Parte de la respuesta, asimismo, implicaba la desaparición del miedo. Para los años sesenta, Francia y China se habían vuelto suficientemente fuertes dentro del marco de sus respectivas alianzas como para no sufrir ya las inseguridades que los habían empujado por principio de cuentas a tales alianzas. Tanto en el Tratado del Atlántico Norte de 1949 como en el Tratado Sino-Soviético de 1950, las superpotencias habían tratado de tranquilizar a las potencias menores: vistas así las cosas, cuando menos, el comportamiento de De Gaulle y Mao una década más tarde significaba que las alianzas habían logrado sus propósitos. Personalidades distintivas desempeñaron asimismo un papel en todo esto: no cualquier líder habría usado la tranquilización como fundamento de la arrogancia en el grado en que lo hicieron. Los guías franceses y chinos eran muy parecidos en su comprensión de los usos de *chutzpa*, palabra sin equivalentes precisos en ninguno de sus lenguajes. Bien podría definirse como hacer acrobacias en un alambre alto, sin red. Era preciso —De Gaulle y Mao eran maestros en este arte— no mirar hacia abajo.[57]

VI

A fin de cuentas tuvieron que mirar abajo, y lo que vieron los agitó feamente. En julio de 1967, Zhongnanhai, recinto de la dirigencia de Mao en el centro de Beijing, fue sitiado por millares de Guardias Rojos jóvenes. Varios de sus asociados más próximos fueron humillados públicamente, e incluso agredidos, y Mao mismo tuvo que huir de la ciudad de Wuhan, a donde había ido a tratar de calmar la inquietud creciente. "No me oyen —se quejó con incredulidad—. No me hicieron caso."[58] De Gaulle tuvo una experiencia parecida en mayo de 1968, cuando, temeroso de que las protestas callejeras crecientes de los estudiantes universitarios pudieran derribar su gobierno, voló de París a una base militar francesa en Alemania occidental. Francia, admitió, sufría "parálisis total". No estaba "encargado de nada en adelante".[59]

Tanto Mao como De Gaulle recuperaron su autoridad, pero ya nunca su *chutzpa* de alto alambre. Tampoco estaban solos al sentirse acosados. Durante aquel mismo verano de 1968, Brézhnev y sus consejeros preparaban la invasión de un Estado socialista fraternal, Checoslovaquia, con el propósito de derribar reformas que ellos mismos habían fomentado: como en Alemania oriental en 1953, así como en Polonia y Hungría en 1956, habían ido más allá de lo que Moscú pretendía, con resultados que amenazaban con desestabilizar Europa oriental, posiblemente incluso la URSS misma. "De lo que estamos hablando —advirtió el jefe del partido ucraniano Petr Shelest— es del destino del socialismo en uno de los países socialistas, así como del destino del socialismo en el bando socialista." Ulbricht, mano experimentada en valorar la posibilidad de la caída, fue aún más enfático: "Si Checoslovaquia continúa siguiendo esta línea, todos nosotros tendremos que correr un riesgo grave que bien puede conducir a nuestra caída".[60]

Los líderes alemanes occidentales podían consolarse poco con el desconsuelo de Ulbricht, aunque también estaban sitiados.

Sus universidades andaban de cabeza desde hacía más de un año, y las mayores perturbaciones se dirigían principalmente hacia la intervención de los Estados Unidos en Vietnam, con centro en la ciudad tan defendida por los militares norteamericanos, Berlín del occidente. La Universidad Libre establecida con apoyo de Washington en medio del bloqueo de Berlín en 1948, se había convertido en una colmena de actividad revolucionaria, en tanto que la Casa de América, creada para estimular los contactos culturales con los Estados Unidos, era ahora el blanco acostumbrado de demostraciones hostiles, a menudo ataques físicos. Los Estados Unidos y sus aliados europeos occidentales se habían vuelto "imperialistas", anunció el dirigente estudiantil Rudi Dutschke. Era necesario ahora que los estudiantes alemanes se unieran con los campesinos vietnamitas —con el espíritu de Mao Zedong y Fidel Castro— para "revolucionar a las masas".[61]

En los Estados Unidos aquel verano la oposición a la Guerra de Vietnam había llegado a ser tan intensa que todas las fuentes de autoridad —gubernamentales, militares, corporativas, educativas— estaban sitiadas. Para entonces había unos 550 000 soldados norteamericanos combatiendo. La mayoría eran conscriptos, y pronto se requerirían más. Los jóvenes norteamericanos tenían razones tanto de principio como personales para protestar por la guerra: era, según creían muchos de ellos, injusta e inganable, pero aun así se esperaba que combatieran en ella. Los aplazamientos estudiantiles ofrecían alguna protección, pero sólo al costo de vigilar que los menos afortunados llenaran los vacíos resultantes. Mientras tanto, estallaban en los Estados Unidos motines raciales, y habían sido asesinados Martin Luther King, Jr., y Robert F. Kennedy, dos líderes especialmente admirados por los jóvenes.

El presidente Johnson, habiendo decidido no buscar la reelección, era virtualmente un prisionero dentro de su propia Casa

Blanca, rodeado de manifestantes ruidosos de día y de noche, imposibilitado para aparecer en público fuera de bases militares cuidadosamente protegidas. La convención de agosto del Partido Demócrata se volvió un motín, y la policía de Chicago golpeó a millares de jóvenes enojados, desilusionados y, para entonces, completamente cínicos, que no se habrían conmovido menos por el mal pensado lema de campaña del candidato Hubert Humphrey, escogido por Johnson: "la política de la alegría".[62]

Richard M. Nixon, quien derrotó a Humphrey buscando la presidencia aquel otoño, heredó un mundo en el cual los instrumentos tradicionales del poder estatal parecían estar desapareciendo. Fue como si los Estados Unidos hubieran alcanzado el punto, en palabras del consejero nacional de Seguridad Henry Kissinger, "en que las posibilidades en apariencia ilimitadas de los jóvenes repentinamente se estrecharon y hubo que enfrentarse al hecho de que ya no estaba abierta cualquier opción".[63] El presidente lo dijo más rotundamente. "Vivimos en una época de anarquía", informó a la nación el 30 de abril de 1970:

> Vemos ataques irreflexivos contra todas las grandes instituciones que crearon civilizaciones libres en los últimos 500 años. Incluso aquí, en los Estados Unidos, las grandes universidades empiezan a ser destruidas sistemáticamente […] Si, después de que caigan las pizcas, los Estados Unidos de América actúan como un gigante lamentable, desamparado, las fuerzas del totalitarismo y la anarquía amenazarán a las naciones e instituciones libres del mundo entero.[64]

Nixon usó aquel discurso para anunciar una invasión de Camboya por los Estados Unidos y Sudvietnam, una de las varias medidas que había emprendido tratando de romper el empate militar en Vietnam. Pero esta expansión de la guerra desencadenó nuevas oleadas de protesta interna y, por primera vez, como resultado, la pérdida de vidas: el 4 de mayo los Guardias Nacionales de Ohio dispararon sobre cuatro estudiantes que

murieron en la Universidad Kent del Estado. La nación misma, junto con sus universidades, parecía a punto de deshacerse.

Cinco noches después, sin poder dormir, el presidente de los Estados Unidos, acompañado sólo de su criado y un chofer, se escurrió de la Casa Blanca tratando de razonar con los estudiantes que montaban guardia frente al Monumento a Lincoln. Nixon estaba nervioso hasta la incoherencia, pasando de Churchill al aplacamiento, al *surf*, el futbol, sus propias políticas ambientales y las ventajas de viajar en la juventud. Los estudiantes, sorprendidos por esta inesperada aparición nocturna, fueron, pese a todo, corteses, confiados en sí mismos y concentrados: "Espero que comprenda usted —dijo uno de ellos al hombre más 'poderoso' del mundo— que estamos dispuestos a morir por aquello en lo que creemos".[65]

¿Qué es, pues, lo que ocurría? ¿Cómo es que *chicos* lograban tratar a los líderes de la mayoría de las potencias principales en la Guerra Fría, como si hubieran sido *padres:* esto es, reduciéndolos a una ineficacia babeante, furia sin objeto, pánico frecuente y comprensión alarmante de que su autoridad no era lo que había sido? ¿Cómo los jóvenes, de tan escasa coordinación entre ellos mismos, acumulaban tal fuerza a expensas de los viejos?

Una explicación es sencillamente que había mayor número de jóvenes que nunca. El "auge de criaturas" que siguió a la segunda Guerra Mundial era un fenómeno social que se extendía mucho más allá de los Estados Unidos. Conforme aumentaban las tasas de natalidad, las de mortalidad disminuían, en parte porque había vuelto la paz, pero también porque había mejorado el cuidado a la salud.[66] A fines de los años sesenta y principios de los setenta, la generación de posguerra ya salía de la adolescencia y tenía veintitantos años: bastante crecidos como para trastornar, si así lo deseaban.

Paradójicamente, el gobierno había dado medios y motivos

para ello. Los Estados desde hacía mucho consideraban la instrucción como un fin valioso en sí mismo, pero la Guerra Fría concedía un puesto particular a la educación *superior:* era necesario mantenerse capaces en una competencia geopolítica que se basaba cada vez más en ciencia y tecnología avanzadas. Las inscripciones en las escuelas superiores y universidades norteamericanas se triplicaron entre 1955 y 1970, y gran parte de la expansión la financiaba el gobierno federal. En la Unión Soviética el número de estudiantes creció con un factor de dos y medio. En Francia se cuadruplicó, e incluso China vio, para fines de 1965, más que duplicarse la inscripción universitaria, antes de que se viniera abajo a la zaga de la Revolución Cultural de Mao, que hundió la instrucción en China durante más de una década.[67]

Lo que los gobiernos no previeron fue que más jóvenes, sumados a más instrucción, combinándose con una Guerra Fría empatada, podían volverse una receta de insurrección. El aprendizaje no es fácil de dividir en compartimientos: ¿cómo preparar a estudiantes para que piensen de acuerdo con principios aprobados por el Estado —o por sus padres— sin enseñarlos también a pensar por sí mismos? Los jóvenes a lo largo de la historia han deseado a menudo poner en tela de juicio los valores de sus mayores, pero ahora, con su educación universitaria, los mayores les habían transmitido el adiestramiento para hacerlo. El resultado fue el descontento con el mundo tal como era, ya significara la carrera de las armas nucleares, la injusticia social y económica, la guerra en Vietnam, la represión en Europa oriental, o incluso la creencia en que las universidades mismas se habían convertido en herramientas de un orden viejo que debía ser derribado. Esto fue algo nunca visto antes: una revolución que trascendía la nacionalidad, dirigida hacia los *establishments* cualquiera que fuera su ideología.

Sólo en China ocurrió a propósito: Mao había lanzado la Revolución Cultural en el verano de 1966, como otra más de sus

maniobras periódicas para eliminar rivales posibles. "Me gustan los grandes levantamientos", cloqueó entonces.[68] Pero esta vez el levantamiento fue interno y no internacional, y una vez puesto en movimiento le fue muy difícil a Mao concluirlo. Con su estímulo, los Guardias Rojos atacaron las instituciones mismas del gobierno, el partido y la instrucción que había puesto en su lugar: el propósito, sostenía Mao, era prevenir la osificación burocrática y la consiguiente pérdida de celo revolucionario. Empero entre 400 000 y un millón de personas murieron en la violencia resultante, el gobierno de Mao cesó en su mayor parte de funcionar, y China dio la impresión al mundo exterior de un Estado que se había vuelto completamente loco.[69] Fue como si, en un esfuerzo por reanimar coyunturas tiesas, Mao hubiera prescrito la quimioterapia más potente disponible; la cura rápidamente se volvió peor que la enfermedad.

Ya desde 1967, pues, estaba buscando recuperar el control sobre el movimiento que había desencadenado. La nación debe "resueltamente superar la falta de disciplina, incluso, en muchos lugares, la anarquía", insistió a principios de 1968. Para fines de 1969 había casi restaurado el orden, pero sólo mediante el drástico recurso de enviar a varios millones de Guardias Rojos anteriores —la *élite* instruida de China— al campo. Era "absolutamente necesario" explicaba el *Diario del Pueblo*, que "los jóvenes […] sean reeducados por trabajadores, campesinos y soldados bajo la dirección de la línea correcta, para que *su* viejo pensamiento pueda ser cabalmente reformado".[70]

Tanto más curioso es, pues, que los radicales juveniles de toda Europa occidental y de los Estados Unidos —libres, ellos, de reeducación en manos de trabajadores, campesinos y soldados— consideraran a Mao como un héroe, distinción que compartía con Fidel Castro y su compañero revolucionario Che Guevara, quien había estropeado un intento de iniciar un alzamiento como el de Cuba en África central antes de dejarse capturar y

matar en Bolivia en 1967, por la Agencia Central de Inteligencia.[71] Sin embargo, la competencia no era la cualidad admirada aquí. El romanticismo revolucionario sí lo era, y para eso Mao, Fidel y el Che proporcionaban símbolos poderosos.

Esto ayuda a explicar por qué los revolucionarios en 1967-1968 lograron tan poca cosa. Sin duda sacudieron por doquier los *establishments*. Sin embargo a fin de cuentas no derribaron a ninguno: en lugar de eso convencieron a aquellos *establishments* de que era mejor cooperar para evitar semejantes problemas en el futuro. Entre los persuadidos estaban los gobiernos de los Estados Unidos, la Unión Soviética, Alemania occidental, Alemania oriental, y también el siempre flexible Mao Zedong.

VII

En marzo de 1969 estalló la lucha entre las tropas soviéticas y chinas a través del río Ussuri, frontera que sus países compartían en Asia del nordeste. Pronto se extendió al río Amur, y a la frontera Xinjiang-Kazajstán. Hacia agosto hubo rumores de una guerra hecha y derecha entre los Estados *comunistas* más poderosos del mundo, con posible uso de armas nucleares. Mao ordenó que se excavaran túneles y se almacenaran provisiones para preparar un ataque soviético. Y entonces llamó a su médico personal, Li Zhisui, y le planteó un problema.

"Piense esto… Tenemos la Unión Soviética al norte y al oeste, la India al sur, y Japón al este. Si todos nuestros enemigos se unieran, atacándonos por el norte, sur, este y oeste, ¿qué cree usted que debiéramos hacer?" Li confesó que no lo sabía. "Piénselo otra vez —le dijo Mao—. Más allá de Japón están los Estados Unidos. ¿No recomendaban nuestros antepasados negociar con países distantes mientras se combatía con los cercanos?" Li

se impresionó al recordar la prolongada historia de la hostilidad sino-norteamericana: "¿Cómo podríamos negociar con los Estados Unidos?" Mao contestó:

> Los Estados Unidos y la Unión Soviética son diferentes […] El nuevo presidente norteamericano, Richard Nixon, es un derechista desde hace mucho, un líder del anticomunismo en ese país. Me gusta tratar con derechistas. Dicen lo que de veras piensan, no como los izquierdistas, que dicen una cosa queriendo significar otra.[72]

Se pregunta uno qué habrían pensado de esta conversación, de haberla conocido, los jóvenes admiradores de Mao en los Estados Unidos y Europa. Pero ésta no fue la única conversación sorprendente que hubo en el verano de 1969.

Hubo otra en Washington, donde un funcionario de mediana clase de la embajada soviética planteó una pregunta suya, mientras comían, a un funcionario norteamericano del Departamento de Estado: ¿cuál sería la respuesta norteamericana si la urss atacara los recursos nucleares chinos? La pregunta sólo podía proceder de instrucciones de Moscú, y quien la recibió, como no tenía que contestar, sólo pudo transmitirla por la línea de sus superiores, que la transmitieron a la Casa Blanca, donde ya había sido contestada. Varios días antes, el presidente Nixon había sorprendido a su gabinete anunciando que los Estados Unidos no podían dejar que China fuera "aplastada" en una guerra sino-soviética. "Fue un acontecimiento importante en la política exterior norteamericana —comentó posteriormente Kissinger— cuando un presidente declaró que teníamos un interés estratégico en la supervivencia de una de las principales naciones comunistas, enemiga por largo tiempo, y con quien no teníamos contacto."[73]

Es improbable que Mao haya colocado espías en altos puestos en Washington en aquel verano, o que Nixon los pusiera en Beijing: había poca comunicación entre ellos. Lo que tenían era, no obstante, una convergencia de varios intereses. Uno, claro

está, era la preocupación acerca de la Unión Soviética, que a los dos se les presentaba de modo crecientemente amenazador. En agosto de 1968, la invasión de Checoslovaquia pareció haber sido una operación despiadadamente triunfante, impresión reforzada en noviembre cuando Brézhnev reclamó el derecho de violar la soberanía de *cualquier* país en que estuviera en marcha un esfuerzo por remplazar el marxismo-leninismo por el capitalismo: "No es ya nada más un problema para los habitantes de ese país, sino un problema común, que interesa a todas las naciones socialistas".[74] Mientras tanto, la urss había alcanzado al fin la paridad estratégica con los Estados Unidos; si hubiera una "brecha en los misiles", ahora los norteamericanos probablemente se encontrarían en la punta más delgada. Finalmente, estaba la esgrima de Moscú contra China, que sugería que la Doctrina Brézhnev, junto con las posibilidades nucleares soviéticas, podría ponerse en uso a fin de cuentas.

Otro interés sino-norteamericano tenía que ver con la Guerra de Vietnam. Nixon quería salirse de ella, pero en términos que no humillaran a los Estados Unidos: ése sería el objetivo de su discurso "gigante lamentable, desvalido" de la primavera siguiente. Vietnam del Norte no podía esperarse que ayudara, pero China —hasta ahora un abastecedor fundamental de asistencia militar y económica a Hanoi— veía las cosas de otra manera. Difícilmente podía ver cómo la lucha se prolongaba al sur de su frontera sin enfrentarse a la perspectiva de un conflicto mayor y más peligroso con la Unión Soviética. A principios de 1970, Kissinger recordó intencionadamente al principal negociador de Hanoi, Le Duc Tho, que Vietnam del Norte no podría seguir disfrutando del "apoyo indiviso de naciones que ahora lo sostienen".[75] Los chinos ya habían señalado su entusiasmo decreciente ante la guerra, y con el paso del tiempo los mensajes se volvieron más directos. "Como nuestra escoba es demasiado corta para barrer a los norteamericanos de Taiwán —

dijo Mao a los norvietnamitas a fines de 1971—, así la de ustedes es demasiado corta para hacer otro tanto en Sudvietnam."[76]

Nixon y Mao tenían otro interés en común por entonces: restaurar el orden en sus respectivos países. Zhou Enlai, el ministro de Asuntos Extranjeros de Mao, insinuó esto cuando Kissinger hizo su primera —y muy secreta— visita a Beijing en julio de 1971. Zhou se apartó de su camino para asegurar a Kissinger que había pasado ya la Revolución Cultural. Prometió también que China ayudaría a Nixon a mejorar su propia posición en su país: ningún otro líder occidental, y de fijo ningún otro político norteamericano, sería recibido en Beijing antes que el presidente mismo.[77] Nixon fue a China en febrero de 1972, e inmediatamente estableció un encuentro de mentalidades, no sólo con Zhou, sino también con Mao Zedong.

"Voté por usted —bromeó Mao— cuando su país andaba de cabeza, durante su última campaña electoral […] Soy relativamente feliz cuando esa gente de derechas llega al poder." "Los de derechas —reconoció Nixon— pueden hacer aquello de lo que habla la izquierda." Cuando Kissinger sugirió que los de la izquierda podrían también oponerse a la visita de Nixon, Mao convino: "Exactamente eso […] En nuestro país también hay un grupo reaccionario que se opone a nuestro contacto con ustedes". Entonces llegó el siguiente diálogo:

> MAO: Pienso que, hablando en general, a la gente le gusta que resuenen muchos grandes cañones. Esto es, cosas como "el mundo entero debe unirse y derrotar al imperialismo, al revisionismo y a todos los reaccionarios…"
>
> NIXON: Igual que yo…
>
> MAO: Pero quizás usted como individuo no se cuente entre aquellos por derribar […] Kissinger está también entre esos que no han de ser derribados personalmente. Y si todos ustedes son derribados, no nos quedarían más amigos ya.

"La historia nos ha reunido —dijo Nixon, al despedirse de

Mao—. La cuestión es si nosotros, con diferentes filosofías, pero ambos con los pies en la tierra, y salidos del pueblo, podemos lograr que se abra un camino que servirá no sólo a China y los Estados Unidos, sino al mundo entero en los años por venir." "Su libro —respondió Mao, refiriéndose a la memoria prepresidencial de Nixon *Six Crises*— no es un mal libro."[78]

VIII

Fue un momento notable, pero ¿qué haría con él Moscú? Nixon y Mao ciertamente habían querido perturbar a los rusos. Tenían poca idea, sin embargo, de hasta qué punto estaba trastornada ya la dirigencia del Kremlin, pues pese a las apariencias contrarias, también estaba muy hondamente preocupada acerca de mantener su autoridad en un mundo en el cual las formas tradicionales de poder parecían no cargar ya con el peso de otros tiempos. Su experiencia traumática había sido la que parecía sugerir una confianza en sí mismos tan brutal para todos los demás: Checoslovaquia. Brézhnev había ordenado la invasión a causa de un sentido de vulnerabilidad —el miedo de que la "primavera de Praga" fueran reformas que pudieran difundirse—, pero la intervención misma había parecido, cuando menos desde el exterior, haber resuelto el problema: ¿por qué la habría Brézhnev convertido en una doctrina por aplicar en otras partes?

Empero la invasión *no* había marchado bien. Los oficiales del Ejército Rojo casi perdieron el control de sus tropas cuando los abuchearon en lugar de darles la bienvenida, como se había pretendido que ocurriría, en las calles de Praga. Había costado más tiempo del esperado encontrar checos dispuestos a asumir el poder bajo ocupación soviética. La invasión encendió protestas entre los yugoslavos, los rumanos y los chinos, por no hablar de

los comunistas y otros partidos de izquierda en Europa occidental que normalmente aceptaban las decisiones de Moscú. Hasta hubo una pequeña demostración frente a la tumba de Lenin en la Plaza Roja, acontecimiento inaudito que confirmaba lo que los guías del Kremlin habían sospechado desde hacía mucho: que residía un descontento mucho mayor bajo la superficie dentro de la propia Unión Soviética.[79]

La Doctrina Brézhnev, pues, era un frente bravío: los líderes soviéticos tenían clara conciencia del precio que pagarían si alguna vez debían hacerla efectiva. Su principal prioridad durante los años setenta era garantizar que no tendrían que hacerlo, y eso requería mejorar las relaciones con los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN. Las razones tenían que ver con los fracasos del marxismo-leninismo al enfrentarse a las esperanzas puestas en él: Estados como Polonia, Hungría y Alemania oriental se enfrentaban ahora a un nivel de vida estancado y aun declinante, tanto más deprimente si se contrastaba con la prosperidad de Alemania occidental y el resto de Europa occidental. La intervención militar nunca resolvería ese problema; incluso quizá lo empeorara provocando sanciones económicas occidentales. Valía la pena buscar, por lo tanto, una distensión con los Estados Unidos, pues sólo así se garantizaría la estabilidad continuada de la esfera de influencia soviética en Europa oriental.

Los alemanes occidentales ya habían preparado el camino sugiriendo que si Alemania no podía ser unificada, tal vez Alemania oriental, Europa oriental y hasta la propia Unión Soviética pudieran cambiar con el tiempo. Una corriente cuidadosamente controlada de personas, bienes e ideas que cruzaran las lindes de la Guerra Fría podrían disminuir las tensiones, ampliar relaciones, y a la larga moderar el carácter autoritario de los regímenes comunistas. La meta primaria sería la estabilidad geopolítica, pero la *Ostpolitik*, como esta política acabó por ser conocida, podía también suministrar estabilidad social reduciendo la frus-

tración que de seguro surgiría dentro de ambas Alemanias conforme quedó claro que habían de continuar separadas. Willy Brandt, principal arquitecto de la *Ostpolitik*, se convirtió en canciller de Alemania occidental en 1969, para cuando había una razón más para llevar adelante este esquema, pues podía truncar la posición de los que protestaban, no sólo en su país sino en otros lugares de Europa, que habían acabado por considerar una Guerra Fría congelada como el más opresivo de todos los *establishments* que encontraban.[80]

Nixon y Kissinger se cuidaron primero de la *Ostpolitik*, probablemente porque no habían sido los primeros en pensarla. Pero vieron rápidamente cómo ajustaba dentro de una estrategia más amplia: la necesidad económica podía combinarse con la apertura de China para empujar a la Unión Soviética a negociaciones con los Estados Unidos sobre una gama de temas —limitación de armas estratégicas, negociación de un término a la Guerra de Vietnam, incremento del comercio oriental-occidental— que al mismo tiempo desarmaría a los críticos del propio país que habían llegado tan cerca, en los últimos años de la presidencia Johnson y los primeros años de Nixon, de paralizar la política exterior norteamericana. Las condiciones eran propicias, en una palabra, para una nueva estrategia de contención. Ésta sería puesta en movimiento *juntamente*, sin embargo, por los principales adversarios mismos en la Guerra Fría. Apuntarían a la amenaza de los rebeldes jóvenes dentro de sus propias sociedades, cuyas acciones, de modo muy parecido al peligro de las armas nucleares, en otro tiempo, había puesto a todos en el mismo bote.

El presidente Nixon había llegado a su puesto en enero de 1969, determinado a sacar a los Estados Unidos de la Guerra de Vietnam, recuperar la iniciativa en la Guerra Fría y restaurar la autoridad del gobierno en el país. Al llegar a su fin la campaña electoral de noviembre de 1972, podía pretender de modo creí-

ble haber logrado los primeros dos objetivos, y estar muy adelantado hacia el logro del tercero. Un arreglo de paz con Vietnam del Norte estaba, según decía Kissinger, "al alcance de la mano". Una retirada lenta pero continua de fuerzas norteamericanas de Sudvietnam, junto con la eliminación del plan militar, había reducido la presión de las protestas contra la guerra en los Estados Unidos. Y con su "apertura" a China, Nixon había colocado al país en la envidiable posición de estar en condiciones de lanzar unos contra otros a los adversarios en la Guerra Fría. Antes, en el mismo año, había sido el primer presidente norteamericano que visitaba tanto Beijing como Moscú. Podía mover una "palanca" —siempre buena cosa en las relaciones internacionales— y la "inclinaría" según fuera necesario hacia la Unión Soviética o China, que por entonces eran tan hostiles una ante la otra que competían por el favor de Washington. Fue una realización digna de Metternich, Castlereagh y Bismarck, los grandes estrategas a quienes Kissinger, en su papel de historiador, admiraba tanto.

La venganza llegó el día de la elección, 7 de noviembre, cuando Nixon aniquiló a su oponente demócrata, George McGovern, por una mayoría de 61 a 37% en el voto popular. El margen de voto electoral era aún más impresionante: 520-17, con McGovern llevándose sólo a Massachusetts y al Distrito de Columbia. No era el resultado que se hubiera esperado dos años y medio antes, cuando un Nixon acosado había prevenido contra un país desamparado. Como Kissinger escribió a su jefe, con adulación pero no sin exactitud, había sido todo un logro haber recibido "una nación dividida, atascada en la guerra, perdiendo confianza, arruinada por intelectuales sin convicción, y trasladarla a un nuevo propósito".[81] El poder, según parecía por lo menos, se reafirmaba.

No obstante, la nación no tardaría en ver a Nixon acosado otra vez, ahora irreversiblemente, no por los insurgentes vietna-

mitas o los estudiosos radicales, sino por las consecuencias *legales* de menudas raterías que lo expulsarían de su cargo. El dominio de la ley, dentro de los Estados Unidos por lo menos, compensó las realizaciones de alta estrategia. Y Watergate sólo era la punta de un iceberg, pues durante las dos décadas siguientes el curso de la propia Guerra Fría sería impulsado por una fuerza que iba más allá del poder estatal: la recuperación, dentro de un sistema internacional que durante largo tiempo había parecido hostil hacia ello, de un sentido *común* de equidad. La moralidad misma, en la Guerra Fría, como en *Alicia en el país de las maravillas,* se estaba convirtiendo en un mazo.

[Notas]

---

[1] Jonathan Schell, *The Unconquerable World: Power, Nonviolence, and the Will of the People* (Nueva York: Metropolitan Books, 2003), p. 347. He alterado ligeramente esta cita para hacerla aplicable a los imperios de la Guerra Fría, además de los imperios coloniales en que Schell se concentra.

[2] Las citas, junto con esta descripción de la deposición de Jruschov, proceden de William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era* (Nueva York: Norton, 2003), pp. 13 y 15; y de Sergei Jruschov, *Khrushchev on Khrushchev: An Inside Account of the Man and His Era*, editado y traducido por William Taubman (Boston, Little, Brown, 1990), pp. 157-158.

[3] Para dos buenas discusiones de esto, véase Jared Diamond, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies* (Nueva York: Norton, 1997), así como J. R. McNeill y William H. McNeill, *The Human Web: A Bird's-Eye View of World History* (Nueva York: Norton, 2003).

[4] Extraigo aquí especialmente de Erez Manela, "The Wilsonian Moment: Self Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism, 1917-1920", disertación doctoral del Departamento de Historia de la Universidad de Yale, 2003.

[5] Véanse antes, pp. 29-30.

[6] Taubman, *Khrushchev…*, p. 354.

[7] Conferencia de prensa de Eisenhower, 7 de abril de 1954, *Public Papers of the Presidents of the United States: Dwight D. Eisenhower, 1954* (Washington: Government Printing Office, 1960), p. 383.

[8] Véase Vojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity: The Stalin Years* (Nueva York: Oxford University Press, 1996), pp. 71-74 y 102, y Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Nueva York: Knopf, 2004), pp. 631 y 635.

[9] Taubman, *Khrushchev…*, pp. 298-299.

[10] Las mejores descripciones son de Robert J. McMahon, *The Cold War on the Periphery: The United States, India, and Pakistan* (Nueva York: Columbia University Press, 1994), y Andrew J. Rotter, *Comrades at Odds: The United States and India, 1947-1964* (Ithaca: Cornell University Press, 2000).

[11] Mohamed Heikal, *The Sphinx and the Commissar: The Rise and Fall of Soviet Influence in the Middle East* (Nueva York: Harper & Row, 1978), p. 58. Véase también Qiang Zhai, *China and the Vietnam Wars, 1950-1975* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000), pp. 65-69.

[12] Douglas Little, *American Orientalism: The United States in the Middle East since 1945* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002), p. 168.

[13] *Ibid.*, pp. 170-172.

[14] Keith Kyle, *Suez* (Nueva York: St. Martin's, 1991), p. 314.

[15] Little, *American Orientalism*, p. 179.

[16] Véase Diane B. Kunz, *The Economic Diplomacy of the Suez Crisis* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1991).

[17] Salim Yaqub, *Containing Arab Nationalism: The Eisenhower Doctrine and the Middle East* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004), p. 178.

[18] Minutas, reunión del Consejo de Seguridad Nacional, 31 de julio de 1958, *FRUS: 1958-1960*, xii, 132. Véase también John Lewis Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History* (Nueva York: Oxford University Press, 1997), p. 175.

[19] Fredrik Logevall, *Choosing War: The Lost Chance for Peace and the Escalation of the War in Vietnam* (Berkeley: University of California Press, 1999), pp. 6-8.

[20] William Stueck, *The Korean War: An International History* (Princeton: Princeton University Press, 1995), pp. 330-342.

[21] Minutas, reunión del Consejo de Seguridad Nacional, 2 de julio de 1953, *FRUS: 1952-1954*, xv, 1307. Cursivas en el original.

[22] Kathryn Weathersby, "New Evidence on North Korea: Introduction", CWIHP *Bulletin*, núm. 14/15 (invierno de 2003-primavera de 2004), p. 5. Véase también Bernd Schäfer, "Weathering the Sino-Soviet Conflict: The GDR and North Korea, 1949-1989", *ibid.*, pp. 25-85, y Balázs Szalontai, " 'You Have No Political Line of Your Own': Kim Il-sung and the Soviets, 1953-1964", *ibid.*, pp. 87-103.

[23] Los discursos de Mao ante el Supremo Consejo de Estado, 5 y 8 de septiembre de 1958, cwihp *Bulletin*, núm. 6/7 (invierno de 1995-1996), pp. 216-219. Véase también Chen Jian, *Mao's China and the Cold War* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001), pp. 185-187.

[24] *Ibid.*, pp. 174-176.

[25] Conversación de Dulles con el ministro del Exterior Nacionalista Chino, George Yeh, 19 de enero de 1955, *FRUS: 1955-1957*, ii, 47.

[26] Li Zhisui, *The Private Life of Chairman Mao: The Memoirs of Mao's Personal Physician*, traducido por Tai Hung-chao (Nueva York: Random House, 1994), p.

270.

[27] Gaddis, *We Now Know*, p. 252.

[28] Lawrence Freedman, *Kennedy's Wars: Berlin, Cuba, Laos, and Vietnam* (Nueva York: Oxford University Press, 2000), p. 308.

[29] Larry Berman, *Planning a Tragedy: The Americanization of the War in Vietnam* (Nueva York: Norton, 1982), proporciona un relato breve.

[30] Conferencia de prensa, 28 de julio de 1965, *Public Papers of the Presidents of the United States: Lyndon B. Johnson, 1965* (Washington: Government Printing Office, 1966), p. 794.

[31] Diario de Lady Bird Johnson grabado en cinta, 22 y 25 de julio de 1965, en Michael R. Beschloss, ed., *Reaching for Glory: Lyndon Johnson's Secret White House Tapes, 1964-1965* (Nueva York: Simon and Schuster, 2001), pp. 403 y 407.

[32] Ilya V. Gaiduk, *The Soviet Union and the Vietnam War* (Chicago: Ivan R. Dee, 1996), pp. 55-56. Véase también Logevall, *Choosing War*, pp. 322-323, y Zhai, *China and the Vietnam Wars*, especialmente pp. 148-151.

[33] Anatoly Dobrynin, *In Confidence: Moscow's Ambassador to America's Six Cold War Presidents (1962-1986)* (Nueva York: Random House, 1995), p. 136.

[34] He tomado este párrafo y unos cuantos pasajes más de esta sección en *We Now Know*, pp. 149-151.

[35] Marc Trachtenberg, *A Constructed Peace: The Making of a European Settlement, 1945-1963* (Princeton: Princeton University Press, 1999), p. 132.

[36] *Ibid*., p. 275.

[37] Hope H. Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall: Soviet-East German Relations, 1953-1961* (Princeton: Princeton University Press, 2003), p. 74.

[38] *Ibid*., p. 104.

[39] Véase a este respecto Gaddis, *We Now Know*, pp. 252-253.

[40] Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall*, p. 155.

[41] Gaddis, *We Now Know*, pp. 146-147.

[42] Véase sobre este último punto Trachtenberg, *A Constructed Peace*, pp. 208-209.

[43] Taubman, *Khrushchev…,* pp. 336-337; también Chen, *Mao's China and the Cold War*, pp. 61-63; John Wilson Lewis y Xue Litai, *China Builds the Bomb* (Stanford: Stanford University Press, 1988), pp. 35-45.

[44] Matthew Connelly, *A Diplomatic Revolution: Algeria's Fight for Independence and the Origins of the Post-Cold War Era* (Nueva York: Oxford University Press, 2002), p. 169.

[45] Trachtenberg, *A Constructed Peace*, p. 224.

[46] Para la estrategia nuclear de De Gaulle, véase Philip H. Gordon, *A Certain Idea of France: French Security Policy and the Gaullist Legacy* (Princeton: Princeton University Press, 1993), pp. 57-64.

[47] Dean Rusk, contado a Richard Rusk, *As I Saw It* (Nueva York: Norton,

1990), p. 271.

[48] Logevall, *Choosing War*, p. 84.

[49] La conversación teléfonica Johnson-Russell, 15 de enero de 1964, está en Michael R. Beschloss, ed., *Taking Charge: The Johnson White House Tapes, 1963-1964* (Nueva York: Simon and Schuster, 1997), p. 162.

[50] Taubman, *Khrushchev…,* p. 337.

[51] Véase, sobre este punto, Thomas J. Christensen, *Useful Adversaries: Grand Strategy, Domestic Mobilization, and Sino-American Conflict, 1947-1958* (Princeton: Princeton University Press, 1996), especialmente p. 244.

[52] Minutas, conversación Mao-Yudin, 22 de julio de 1958, CWIHP *Bulletin*, núm. 6/7, p. 155. Véase también Chen, *Mao's China and the Cold War*, pp. 73-75.

[53] Nikita S. Jruschov, *Khrushchev Remembers*, traducido y editado por Strobe Talbott (Nueva York: Bantam, 1971), p. 519.

[54] Chen, *Mao's China and the Cold War*, pp. 73 y 82-83.

[55] Documentado con notable detalle en Lorenz Lüthi, "The Sino-Soviet Split, 1956-1966", disertación doctoral del Departamento de Historia de la Universidad de Yale, 2003.

[56] Jruschov, *Khrushchev Remembers*, p. 270.

[57] La metáfora, en un contexto ligeramente diferente, viene de George F. Kennan. Véase John Lewis Gaddis, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of American National Security Policy During the Cold War* (Nueva York: Oxford University Press, 2005), pp. 73-74.

[58] Li, *The Private Life of Chairman Mao*, pp. 488-493.

[59] Jeremi Suri, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2003), p. 1. Los párrafos que siguen descansan en gran medida en este libro innovador.

[60] Ambas citas están en Matthew J. Ouimet, *The Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine in Soviet Foreign Policy* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003), pp. 19-20.

[61] Suri, *Power and Protest*, pp. 172-181.

[62] Allen J. Matusow, *The Unraveling of America: A History of Liberalism in the 1960s* (Nueva York: Harper & Row, 1984), p. 405. Sobre la convención de Chicago, véase pp. 411-422.

[63] Henry Kissinger, *White House Years* (Boston: Little, Brown, 1979), p. 56.

[64] Discurso de Nixon a la nación, 30 de abril de 1970, *Public Papers of the Presidents of the United States: Richard M. Nixon, 1970* (Washington: Government Printing Office, 1971), p. 143.

[65] Stephen Ambrose, *Nixon: The Triumph of a Politician, 1962-1972* (Nueva York: Simon and Schuster, 1989), pp. 354-356.

[66] David Reynolds, *One World Divisible: A Global History since 1945* (Nueva York: Norton, 2000), pp. 137-144.

[67] Las cifras vienen de Suri, *Power and Protest*, p. 269.

[68] Li, *The Private Life of Chairman Mao*, p. 463.

[69] Jean-Louis Margolin, "China: A Long March into Night", en Courtois *et al., The Black Book of Communism*, p. 513.

[70] Ambas citas están en Suri, *Power and Protest*, pp. 209-210; las cursivas de la segunda cita son nuestras.

[71] Piero Gleijeses, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002), pp. 101-159, documenta el fracaso de Guevara en África. Sus logros totales y su reputación póstuma se valoran sucintamente en Álvaro Vargas Llosa, "The Killing Machine: Che Guevara, From Communist Firebrand to Capitalist Brand", *The New Republic*, 233 (11 y 18 de julio de 2005), pp. 25-30.

[72] Li, *The Private Life of Chairman Mao*, p. 514. Para más acerca del pensamiento de Mao durante este periodo, véase Chen, *Mao's China and the Cold War*, pp. 245-249.

[73] Kissinger, *White House Years*, pp. 182-183.

[74] Ouimet, *The Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine*, p. 67.

[75] Kissinger, *White House Years*, p. 443. Véase también Zhai, *China and the Vietnam Wars*, pp. 173-174.

[76] *Ibid*., p. 205.

[77] Kissinger, *White House Years*, pp. 750-751; Suri, *Power and Protest*, p. 240.

[78] Transcripción, conversación Nixon-Mao, Beijing, 21 de febrero de 1972, en William Burr, ed., *The Kissinger Transcripts: The Top Secret Talks with Beijing and Moscow* (Nueva York: New Press, 1998), pp. 59-65.

[79] Ouimet, *The Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine*, pp. 16-17, 21, 43-55 y 58; Suri, *Power and Protest*, pp. 202-206.

[80] Suri, *Power and Protest*, pp. 220-224. Véase también Timothy Garton Ash, *In Europe's Name: Germany and the Divided Continent* (Nueva York: Random House, 1991), y M. E. Sarotte, *Dealing with the Devil: East Germany, Détente, and Ostpolitik, 1969-1973* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001).

[81] Citado en Richard Nixon, *RN: The Memoirs of Richard Nixon* (Nueva York: Grosset and Dunlap, 1978), p. 715. Véase también Kissinger, *White House Years*, p. 298.

V. LA RECUPERACIÓN DE LA EQUIDAD

> Pues un hombre que desea hacer profesión de bien en todos los respectos, debe llegar a la ruina entre tantos que no son buenos. Por tanto, es necesario para un príncipe, si desea mantenerse, aprender a ser capaz de no ser bueno y de usar esto y no usarlo, según la necesidad.
>
> Nicolás Maquiavelo[1]

> Para la dirigencia soviética, semejante derrumbe fatal […] llegó como una sorpresa desagradable […] Había perplejidad en las mentes de los líderes del Kremlin, que no conseguían entender la mecánica de cómo un poderoso presidente podía ser forzado a la renuncia por presión pública y un procedimiento judicial complejo basado en la Constitución norteamericana, todo por lo que juzgaban una falta secundaria de conducta. La historia soviética no conocía ningún paralelismo.
>
> Anatoly Dobrynin[2]

La crisis de Watergate sorprendió a Nixon, así como al embajador soviético y a la dirigencia del Kremlin. ¿Cómo podía el hombre más poderoso del mundo ser derribado por lo que su propio vocero de prensa describía como "una ratería de tercera clase", identificada sólo porque los ladrones habían escarbado en la cerradura de una puerta horizontalmente y no verticalmente, de modo que el final de la cinta era visible para un guardián de seguridad de un cementerio? El descubrimiento de una entrada en el cuartel general del Comité Nacional Demócrata en el edificio de Watergate en Washington poco después de la 1:00 a.m. del 17 de junio de 1972, puso en movimiento una serie de sucesos que obligarían a la primera renuncia de un presidente norte-

americano. La desproporción entre el agravio y sus consecuencias dejó incrédulo a Nixon: "Toda la terrible paliza que hemos recibido —se lamentó para sí mismo poco después de abandonar el cargo— es realmente diminuta cuando se compara con lo que hemos hecho, y lo que podemos hacer en el porvenir, no sólo por la paz en el mundo sino, indirectamente, para realizar el bienestar de la gente por doquier".[3] Tal vez, pero lo que reveló también Watergate fue que los estadunidenses ponían el imperio de la ley por encima de esgrimir el poder, por meritorios que fueran los propósitos para los que se usaba el poder. Los fines no siempre justificaban los medios. El poder solo no daba la razón.

"Pues bien, cuando el presidente lo hace, esto significa que no es ilegal", explicaría después Nixon, en un vano intento por justificar las cintas grabadoras y las irrupciones que había autorizado en un esfuerzo por tapar grietas en su administración, con respecto a la actitud en la Guerra de Vietnam. "Si el presidente, por ejemplo, aprueba algo en virtud de […] la seguridad nacional, o en este caso a causa de una amenaza a la paz y el orden internos de magnitud significativa, entonces la decisión del presidente […] permite a aquellos que la realizan hacerlo sin violar una ley."[4] Esta pretensión no era nueva. Todo ejecutivo en jefe desde Franklin D. Roosevelt había sancionado actos de legalidad dudosa en favor de la seguridad nacional y Abraham Lincoln lo había hecho más flagrantemente que ninguno de ellos a fin de preservar la unidad nacional. Nixon, sin embargo, cometió varios errores que fueron claramente suyos. El primero fue exagerar el problema que se le enfrentaba: la fuga de *The Pentagon Papers* hacia el *New York Times* no era una amenaza comparable con la secesión en 1861, o la perspectiva de subversión durante la segunda Guerra Mundial y los comienzos de la Guerra Fría. El segundo error de Nixon fue emplear agentes tan torpes que se dejaron atrapar. Y su tercera equivocación —la que concluyó su

presidencia— era mentir acerca de lo que había hecho, en un fútil intento de taparlo.[5]

Watergate podía haber quedado en episodio de la historia interna de los Estados Unidos, salvo por una cosa: las distinciones entre posibilidad y rectitud empezaban también a afectar el comportamiento de las superpotencias de la Guerra Fría. Los últimos años de la administración Nixon señalaron el primer punto en el que los Estados Unidos y la Unión Soviética encontraron constreñimientos que no sólo venían del empate nuclear, o del fracaso de las ideologías para dar lo que habían prometido, ni de retos armados por los engañosamente "débiles" contra los aparentemente "fuertes". Vinieron también ahora de una insistencia creciente en que el dominio de la ley, o cuando menos las normas básicas del decoro humano, debían gobernar las acciones de los Estados, así como las de los individuos que residían dentro de ellos.

I

Se había confiado desde hacía mucho en que la fuerza sola no siempre daría forma a las relaciones entre naciones. "El máximo problema para la especie humana —escribió el filósofo Immanuel Kant, ya en 1784— es el de alcanzar una sociedad civil que pueda administrar justicia universal."[6] Woodrow Wilson aspiraba a que la Liga de Naciones impusiera sobre los Estados algunos de los mismos constreñimientos legales que los Estados, cuando menos los más progresistas, imponían a sus propios ciudadanos. Los fundadores de las Naciones Unidas lo planearon a fin de reparar las numerosas deficiencias de la Liga, sin dejar de preservar su propósito: el acta fundadora de la nueva organización la comprometió "a los derechos iguales de hombres y muje-

res y naciones grandes y pequeñas", y a establecer condiciones "bajo las cuales la justicia y el respeto hacia las obligaciones derivadas de tratados y otras fuentes de derecho internacional puedan mantenerse".[7] El orden procedente del equilibrio de poder dentro del sistema internacional ya no era un fin en sí mismo, sino que la prioridad en adelante sería garantizar el acuerdo, entre los Estados que constituían el sistema, según alguna norma externamente derivada de justicia.

Es difícil hoy en día recordar el optimismo que existía, en tiempos de su fundación, de que las Naciones Unidas podrían realmente lograr esta tarea: tal es el descrédito en que ha caído la organización a los ojos de sus muchos críticos. En 1946, sin embargo, la administración Truman confiaba suficientemente en las Naciones Unidas como para proponer entregar sus armas atómicas y los medios de producirlas —aunque reconozcamos que bajo condiciones que habrían especificado— al nuevo cuerpo internacional. Cuatro años después, los Estados Unidos llevaron a las Naciones Unidas la invasión por Corea del Norte de la Corea del Sur, y durante los tres años siguientes combatieron bajo su bandera la guerra que siguió. La entrega del propio Truman al gobierno global era honda y emocional: durante toda su vida adulta llevó consigo el pasaje del poema "Locksley Hall" de Alfred Tennyson, que aspiraba al "Parlamento del Hombre, la Federación del Mundo".[8]

No obstante, las duras realidades de la Guerra Fría no tardaron en demostrar que el sueño de Tennyson —y de Truman— seguía siendo sólo eso. Aunque los Estados Unidos y la Unión Soviética eran miembros fundadores de las Naciones Unidas, cada uno se reservó el derecho de veto dentro del Consejo de Seguridad, cuerpo encargado de imponer sus resoluciones. La Gran Bretaña, Francia y China (todavía bajo los nacionalistas de Chiang Kai-shek) recibieron igual privilegio. Esto significaba que las Naciones Unidas podían actuar únicamente cuando sus

miembros más poderosos estuvieran de acuerdo en la acción, arreglo que enturbiaba la distinción entre lo posible y lo recto. Y los miembros provistos de veto del consejo difícilmente habrían de alcanzar tales arreglos, por diferir tan ampliamente acerca de cómo definir la "justicia". Para los norteamericanos, ese término significaba democracia política, capitalismo de mercado y —en principio si no siempre en la práctica— respeto ante los derechos de los individuos. Para los ingleses y los franceses, que aún dominaban imperios coloniales, significaba algo menos que esto; para los chinos nacionalistas, ante la perspectiva de que los comunistas pudieran expulsarlos del poder, significaba aún menos. Y para la Unión Soviética de Stalin, "justicia" significaba la aceptación indiscutida de la política autoritaria, economías de mando, y el derecho del proletariado a impulsar, por cualquier medio, la dictadura que guiara para emplearla hacia una sociedad mundial "sin clases".

Era escasamente sorprendente, entonces, que las Naciones Unidas funcionaran más como sociedad de debates que como organización capaz de definir principios y de hacer Estados responsables de ellos. Como George Kennan se lamentaba a principios de 1948, las posiciones tomadas ahí se asemejaban a "una competencia de *tableaux morts:* hay un largo periodo de preparación en una oscuridad relativa, entonces se levanta el telón, las luces se encienden brevemente, la postura del grupo es registrada para la posteridad por la fotografía del voto; y quien quiera aparezca en la posición más grácil e impresionante, ése gana". Si las grandes potencias podían ponerse de acuerdo en confiar en ello con tal propósito, añadía Kennan, "esta lucha parlamentaria con uno mismo […] sería en verdad una manera refinada y superior de ajustar diferencias internacionales".[9] Pero eso no ocurriría. La opinión general en Washington —y de fijo la de Kennan— era que, como lo habían planteado los jefes unidos de Estado Mayor, "la fe en la capacidad de las Naciones Unidas tal

como están constituidas para proteger, ahora o más adelante, la seguridad de los Estados Unidos puede sólo significar que los fieles han perdido de vista el interés vital de la seguridad de los Estados Unidos".[10]

La Asamblea General de las Naciones Unidas consiguió emitir, en diciembre de 1948, una Declaración Universal de los Derechos Humanos. Pero lo hizo sin el apoyo de la Unión Soviética y sus aliados, a más de Arabia Saudita y Sudáfrica, todos los cuales se abstuvieron, y sin proporcionar ningún mecanismo impositivo.[11] Mucho más profundamente atrincherado en el reglamento de la organización y en sus prácticas estaba el principio de no intervención en los asuntos internos de los Estados soberanos, aun cuando los más poderosos de estos Estados violaban este principio. No habría, pues, condenación por las Naciones Unidas cuando la Unión Soviética utilizó la fuerza militar para suprimir la disensión en Alemania oriental en 1953, la húngara en 1956 y la de Checoslovaquia en 1968, o cuando los Estados Unidos emplearon una acción encubierta para derribar el gobierno de Irán en 1953, de Guatemala en 1954 e intentaron hacerlo en Cuba en 1961 y en Chile una década después. Tampoco protestaron las Naciones Unidas por los costos humanos implicados cuando Stalin emprendió sus purgas de posguerra dentro de la Unión Soviética y en Europa oriental, o cuando los Estados Unidos se alinearon con regímenes autoritarios para evitar que el comunismo llegara al poder en el "tercer mundo", o cuando Mao Zedong permitió que tantos millones de chinos murieran de hambre como resultado de su Gran Salto Adelante.

Lo que todo esto significaba era, pues, que si habían de surgir de algún modo constreñimientos sobre el poder con el propósito de asegurar la justicia, no tendrían que proceder de las Naciones Unidas sino de los Estados que estaban ellos mismos combatiendo en la Guerra Fría. Eso parecía improbable durante fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta: ¿por qué una su-

perpotencia limitaría su poder? A mediados de los setenta, pese a todo, lo improbable se había vuelto irreversible. El proceso por el cual ocurrió esto fue más visible en los Estados Unidos, donde la Guerra Fría primero ensanchó, pero estrechó después, la brecha entre esgrimir poder en los asuntos mundiales y los principios de la justicia universal.

II

Los funcionarios norteamericanos confiaron razonablemente al principio en que podrían contener a la Unión Soviética y el comunismo internacional sin abandonar niveles de comportamiento extraídos de su propia experiencia interna.[12] Creían firmemente que la agresión estaba enlazada a la autocracia, y que un orden internacional podía ser construido del mejor modo sobre principios tales como la libertad de expresión, la libertad de creencia, la libertad de empresa y la libertad de elección política. "La cuestión de las relaciones soviético-norteamericanas es en esencia una prueba del valor de los Estados Unidos como nación entre naciones", escribió Kennan en el verano de 1947. "Para evitar la destrucción, los Estados Unidos requieren sólo estar a la altura de sus mejores tradiciones y de mostrarse dignos de conservación como una gran nación. De seguro nunca hubo prueba más justa […] que ésta."[13]

Puede haber sido una prueba justa, pero no era fácil, pues casi al mismo tiempo comenzaron a formarse presiones para permitir acciones afuera que no habrían sido aceptables en el país. El Plan Marshall —que a primera vista fue una proyección afortunada de los valores nacionales en la Guerra Fría— ilustró el problema. Su meta era garantizar la libertad política por medio de la rehabilitación económica en los demás Estados no comunistas

de Europa; sólo gente hambrienta y desmoralizada, suponían los arquitectos del plan, votarían por el comunismo en el gobierno. Pero la recuperación y restauración de la confianza en sí mismos requeriría tiempo; mientras, ya se habían dado votaciones. El problema era especialmente agudo en Italia, donde un gran partido comunista, generosamente financiado desde Moscú, parecía probable en las elecciones de abril de 1948. De haber sido así, los efectos —a la zaga del golpe de febrero en Checoslovaquia— podrían haber sido psicológicamente devastadores. "Si Italia se hace roja —advirtió uno de los consejeros del Departamento de Estado—, el comunismo no podrá ser detenido en Europa."[14] Y con una ayuda norteamericana que apenas empezaba a llegar, el Plan Marshall tenía poco más que promesas en que confiar.

La Agencia Central de Inteligencia, recién establecida, no tenía ni la capacidad ni la autoridad en aquel tiempo para realizar operaciones encubiertas: tal era la inocencia relativa en aquella época. Pero, con el estímulo del Departamento de Estado, entró en la brecha. Rápidamente organizó el financiamiento secreto para los Demócratas Cristianos y otros partidos italianos no comunistas, mientras apoyaba una campaña de cartas ítalo-norteamericanas a amigos y parientes de Italia. Estas medidas improvisadas funcionaron, los comunistas italianos fueron dominados en los comicios el 18-19 de abril. Kennan concluyó, según recordaba después, que "en las circunstancias desacostumbradas que imperaban […] eran necesarias a veces acciones del gobierno de los Estados Unidos que no casaban con sus operaciones visibles, para las cuales no podían aceptar responsabilidad formal".[15] Poco después, el Consejo Nacional de Seguridad amplió el papel de la CIA hasta incluir

> la propaganda, la guerra económica; la acción preventiva directa, incluyendo el sabotaje, y el antisabotaje, las medidas de demolición y evacuación; la subversión contra Estados hostiles, incluyendo la asistencia a los movimientos subterráneos de resistencia, las guerrillas y los grupos de liberación de refugiados, y el apoyo a los

elementos anticomunistas del país en las naciones amenazadas del mundo libre.

Todas estas actividades habían de ser realizadas de manera tal "que si fueran sacadas a la luz el gobierno de los EUA podría rechazar plausiblemente cualquier responsabilidad al respecto".[16] En una palabra, los funcionarios norteamericanos tuvieron que aprender a mentir.

Así ¿cómo cuadraba esto con la previa pretensión de Kennan de que los Estados Unidos necesitaban sólo "estar a la altura de sus mejores tradiciones" para "demostrarse dignos de preservación como gran nación"? Kennan insistió en que el Departamento de Estado inspeccionara las actividades de la CIA para garantizar que "la denegatividad plausible" no significaría eliminar todas las restricciones: personalmente esperaba "el conocimiento específico de los objetivos de toda operación y también de los procedimientos y métodos empleados donde implican decisiones políticas". Reconoció que tales iniciativas tendrían que poseer "la mayor flexibilidad y libertad frente a las regulaciones y normas administrativas que gobernaran las operaciones ordinarias".[17] Sin embargo, serían escasas, la opción estaría disponible "cuando surgiera, si surgía, una ocasión en que pudiera hacer falta", pero "podrían pasar años sin que tuviéramos que emprender nada así". Como Kennan admitió posteriormente, "no funcionó en absoluto del modo como yo lo había imaginado".[18]

El número de empleados de la CIA implicados en operaciones encubiertas aumentó de 302 en 1949 a 2 812 en 1952, con otros 3 142 de personal de "contrato" ultramarino. Estaban estacionados para entonces en 47 localizaciones fuera de los Estados Unidos, hasta siete en 1949, y el presupuesto anual para actividades secretas había crecido de 4.7 millones de dólares a 82 millones.[19] Tampoco eran infrecuentes estas acciones. Cuando ocupó el puesto la administración Eisenhower, la CIA intentaba

regularmente infiltrar espías, saboteadores y líderes de la resistencia en la Unión Soviética, Europa oriental y China. Ostensiblemente financiaba estaciones de radio independientes que emitían para estos países, así como sindicatos, conferencias académicas, publicaciones periódicas eruditas y organizaciones estudiantiles, en parte dentro de los Estados Unidos. Cooperaba con la Fuerza Aérea para enviar misiones de reconocimiento que violaban en forma rutinaria el espacio aéreo de la URSS y otros Estados comunistas. Experimentaba con toxinas y drogas de control mental. Establecía operaciones de contrainsurgencia en las Filipinas. Y, trabajando con apoyo local y grupos en el exilio, derribaría con éxito los gobiernos, inclinados a la izquierda, de Mohammed Mossadegh en Irán en 1953, y de Jacobo Arbenz Guzmán en Guatemala en 1954; ambos habían nacionalizado propiedades poseídas por extranjeros en sus respectivos países, haciendo que Washington los hiciera sospechosos de simpatía hacia el comunismo.[20] La escala y audacia crecientes de las operaciones ocultas condujo a Kennan a admitir, años después, que recomendarla había sido "la mayor equivocación que jamás cometí".[21]

Pocos funcionarios de las administraciones de Truman y Eisenhower compartían aquella opinión. Para ellos el punto era sencillo: la Unión Soviética se había entregado a financiar las organizaciones "frontales" de espionaje, subvirtiendo gobiernos extranjeros y procurando controlar las mentes desde principios de la Revolución bolchevique. No respetaba limitaciones morales o legales. Como en 1950 señaló NSC-68, una reseña secretísima de la estrategia de seguridad nacional, "el Kremlin está en condiciones de escoger cualquier medio que convenga en busca de la realización de su proyecto fundamental". El principal autor de aquel documento fue Paul Nitze, el sucesor de Kennan como director del Estado Mayor de Planeación de la Política del Departamento de Estado. Enfrentado a estos peligros, Nitze insistía,

las sociedades libres tendrían que suspender sus valores si es que habían de defenderse:

> La integridad de nuestro sistema no será amenazada por ningunas medidas, abiertas o encubiertas, violentas o no, que sirvan al propósito de frustrar el propósito del Kremlin, ni la necesidad de conducirnos para afirmar nuestros valores en acción así como en palabras prohíbe tales medidas, con tal únicamente que sean calculadas como es debido para ese fin y no sean excesivas o mal orientadas como para hacernos enemigos del pueblo en lugar de los hombres malévolos que los han esclavizado.[22]

El propósito principal del NSC-68 había sido apoyar la "respuesta flexible": una estrategia de responder a la agresión dondequiera que ésta se presentara, sin ampliar el conflicto o apartarse de él. Eisenhower abandonó ese enfoque a causa de sus costos, y en lugar de esto contó con la amenaza nuclear.[23] Pero él y los presidentes siguientes hasta Nixon conservaron este modo de ver, más claramente articulado en el NSC-68, de que las restricciones legales y morales que limitaban la acción del gobierno en el país no tenían por qué hacerlo en el mundo en conjunto: dentro de esta esfera ampliada, los Estados Unidos tenían que ser libres para operar como lo hacían sus adversarios.

"Nos enfrentamos a un enemigo implacable cuyo objetivo reconocido es el dominio del mundo", concluía en 1954 el Informe Doolittle, una evaluación altamente clasificada de las operaciones encubiertas de la CIA. "No hay reglas en semejante juego. Las normas hasta hoy aceptables de la conducta humana no se aplican."[24] Eisenhower convino en ello. "He llegado a la conclusión de que algunas de nuestras ideas tradicionales del deporte internacional serán apenas aplicables al enredo en el cual se está hundiendo ahora el mundo", escribió privadamente en 1955. "La verdad, el honor, la justicia, la consideración hacia otros, la libertad para todos, el problema es cómo conservarlos […] cuando la gente opone el desdén a estos valores. Creo que podemos hacerlo", y aquí subrayó sus palabras, recalcándolas,

"pero *no debemos confundir estos valores con simples procedimientos, aun cuando estos últimos pueden haber imperado en otro tiempo casi hasta alcanzar el nivel de conceptos morales*".[25]

Y así la Guerra Fría transformó a los dirigentes norteamericanos en maquiavelos. Enfrentados a "tantos que no son benévolos", decidieron "aprender a estar en condiciones de no serlo ellos mismos", y de usar esta capacidad o de no usarla, según el gran cínico —y patriota— italiano lo había planteado, "de acuerdo con la necesidad".

III

Podría ser necesario, sugería el Informe Doolittle, para el pueblo norteamericano "enterarse, entender y apoyar esta filosofía fundamentalmente repugnante".[26] Sin embargo ninguna administración desde Eisenhower hasta Nixon trató públicamente de justificar aprender "a no ser benévolos". Las razones eran evidentes: las operaciones encubiertas difícilmente podrían seguirlo siendo si eran discutidas abiertamente, ni tampoco apartarse de "las normas hasta ahora aceptables de la conducta humana" serían fáciles de explicar en una sociedad aún entregada resueltamente al dominio del derecho. El silencio resultante pospuso, pero no resolvió, la cuestión de cómo reconciliar las prácticas maquiavélicas con el principio constitucionalmente fundado de pedir cuentas, ya fuera al Congreso, los medios o el público en conjunto. Como resultado, los norteamericanos fueron conociendo la "filosofía repugnante" que sus dirigentes consideraban necesaria para combatir en la Guerra Fría, aunque raramente de las maneras decididas por estos dirigentes.

Conforme el alcance y la frecuencia de las operaciones encubiertas aumentaron, fue cada vez más difícil mantener una "de-

negabilidad plausible".[27] Los rumores de implicación norteamericana en los golpes de Irán y Guatemala empezaron a circular casi de inmediato, y aunque no serían confirmados oficialmente durante muchos años,[28] eran lo suficientemente persuasivos en aquel tiempo para dar a la CIA una publicidad que no deseaba. A fines de los años cincuenta tenía una reputación casi mítica por toda América Latina y el Oriente Medio como un instrumento con el cual los Estados Unidos podían quitar gobiernos que les desagradaran cuanta vez lo quisieran.

La consecuencia, en ambas regiones, resultó costosa. En el Caribe, el derribo de Arbenz *fomentó* sin querer el comunismo: ultrajado por lo que había ocurrido en Guatemala, Fidel Castro, el Che Guevara y quienes los apoyaban decidieron liberar a Cuba de la esfera de influencia de Washington y convertirla en un Estado marxista-leninista. Cuando después se apoderaron del poder en 1959, la CIA trató de derribarlos *a ellos* y fracasó miserablemente. El desembarco fallido de Bahía de Cochinos en abril de 1961 expuso la operación encubierta más ambiciosa que la CIA había intentado hasta entonces; humilló a la administración Kennedy recién instalada, fortificó las relaciones entre Moscú y La Habana, y puso en movimiento la serie de sucesos que, en año y medio, llevarían al mundo al borde de la guerra nuclear.[29]

Mientras tanto el sha de Irán, devuelto al poder por los norteamericanos en 1953, consolidaba un régimen crecientemente represor, que Washington encontró imposible desconocer. Una vez más una cola meneaba un perro, ligando los Estados Unidos a un guía autoritario cuyas únicas virtudes eran que mantenía el orden, dejaba correr el petróleo, compraba armas norteamericanas y era anticomunista de modo confiable. Los iranios estaban suficientemente alimentados, para 1979, cuando derribaron al sha, denunciaron a los Estados Unidos por apoyarlo y establecieron el poder bajo el ayatolá Ruhollah Jomení, el primer go-

bierno radicalmente islámico en cualquier lugar del mundo.[30]

No todas las operaciones de la CIA concluyeron tan mal. En abril de 1956, una de las más afortunadas fue, muy literalmente, sacada a la luz cuando los rusos invitaron a los reporteros a recorrer un túnel que la CIA había construido, que se extendía desde Berlín occidental medio kilómetro dentro de Berlín oriental, mediante el cual habían interceptado las comunicaciones soviéticas y alemanas orientales por cable y teléfono desde hacía más de un año. Este temprano ejemplo de espionaje suscitó más elogios que críticas en los Estados Unidos, sin embargo, pues la reacción general era que ésta era exactamente la clase de cosa que los espías norteamericanos debían hacer.[31] Dos meses después, la CIA arregló la publicación de selecciones del discurso secreto de Jruschov denunciando a Stalin en el Vigésimo Congreso del Partido. Obtenido de fuentes polacas e israelíes, este documento robado provocó asimismo pocas congojas, a pesar del hecho de que alimentaba la inquietud que condujo casi a una revuelta en Polonia y a una de verdad en Hungría, más tarde en aquel año. Lo que sí se lamentó fue la imperfección en las emisiones supervisadas por la Radio Europa Libre, financiada por la CIA, que convenció a muchos húngaros de que los Estados Unidos los defendería de las represalias soviéticas. La agencia tranquilamente concluyó que en este caso había ciertamente ido demasiado lejos, pero mantuvo al mínimo el embarazo público.[32]

El primer debate abierto acerca de la ética del espionaje llegó en mayo de 1960, cuando los rusos derribaron el U-2 de Francis Gary Powers cerca de Sverdlovsk. Desde hacía mucho Eisenhower se preocupaba acerca de cómo podría justificar semejantes vuelos si alguna vez se volvieran públicos: cualquier violación *soviética* del espacio aéreo *norteamericano*, según admitió una vez, lo llevaría a pedir al Congreso una inmediata declaración de guerra. La "denegabilidad plausible" proporcionó cierta seguri-

dad de que esta doble apreciación pudiera mantenerse. Dada la altura a la cual operaba el U-2, se le dijo a Eisenhower, ni el aeroplano ni el piloto quedarían intactos si algo fallara. Informado de que el avión había sido derribado, el presidente autorizó por ello una mentira oficial: un vocero de prensa del Departamento de Estado anunció que una aeronave meteorológica sencillamente se había apartado de su curso. Jruschov entonces exhibió gozosamente los restos del U-2, las fotografías que había tomado, y su piloto, sano y salvo, obligando a un furioso Eisenhower a reconocer su falsedad. "No me di cuenta de qué alto precio íbamos a tener que pagar por aquella mentira —recordaba después —. Y si tuviera que volverlo a hacer habríamos tenido la boca cerrada."[33]

La idea de que sus dirigentes podían mentir era nueva para el pueblo norteamericano. No tenía consecuencias graves para Eisenhower, sin embargo: pronto dejaría el puesto y la mayoría de los norteamericanos admiraban la habilidad de la CIA para construir el U-2 y tenerlo en vuelo tanto tiempo, aun cuando, igual que Eisenhower, nunca habrían tolerado vuelos soviéticos sobre los Estados Unidos. Poco después de ocupar el puesto, el presidente Kennedy tuvo que admitir que también él había mentido cuando negó, en una conferencia de prensa inmediatamente anterior al desembarco de Bahía de Cochinos, que las fuerzas norteamericanas se emplearían en cualquier esfuerzo por derribar a Castro. Para asombro de Kennedy, su tasa de aprobación en las elecciones *aumentó:* quitarse de encima a un régimen marxista en el Caribe constituía una causa bien vista, y el nuevo presidente disfrutó del crédito por haberlo intentado, aunque fallara. "Mientras peor lo hace usted —concluyó—, más les gusta usted."[34]

Empero ¿qué pasaría si un presidente mintiera, y además repetidamente, en una causa *mal vista*? Lyndon Johnson sabía que una guerra ampliada en Vietnam tendría precisamente este efec-

to. “No creo que la gente […] sepa mucho acerca de Vietnam y creo que les importa muy poco”, lamentó en privado en mayo de 1964. Pero “no tenemos mucho para elegir […] estamos ligados por un tratado […] ahí estamos, [y si cae Sudvietnam] será una ficha de dominó que empujará a una fila de otras muchas […] Nos hemos preparado para lo peor”.[35] Johnson trató de hacer esto negando durante toda la campaña presidencial de aquel año cualquier intención de una escalada guerrera, permitiendo deliberadamente a su oponente, Barry Goldwater, apoyar aquel modo de actuar. Después de su abrumadora victoria, Johnson autorizó la escalada que había prometido no emprender, creyendo al parecer que podría ganar la guerra rápidamente antes de que la opinión pública pudiera oponerse. “Considero un asunto de la máxima importancia —instruyó a sus auxiliares en diciembre— que lo sustancial de esta posición no trascienda al público, salvo lo que yo específicamente dirija.”[36]

La guerra no terminó rápidamente, sin embargo: en lugar de esto, escaló sin que se le viera fin. Johnson sabía que las perspectivas eran oscuras, pero no podía ponerse a explicarlo abiertamente. Sus razones iban más allá de su suerte política personal. Había presidido, a fines de 1965, la mayor oleada de legislación de reforma interna desde el Nuevo Trato, y más quedaba por hacer. “Yo estaba decidido —recordaba más tarde— a evitar que la guerra destruyera aquel sueño, que significaba que no me quedaba otra cosa que mantener sobre las alas mi política exterior […] Sabía que el Congreso, así como, hasta donde sé, Lady Bird y yo sabíamos que el día que estallara en un debate importante acerca de la guerra, sería el día en que acabara la Gran Sociedad.”[37]

El dilema, por tanto, era cruel. Los intereses norteamericanos en la Guerra Fría, pensaba Johnson, requerían que los Estados Unidos persistieran en Vietnam hasta imponerse. Pero también estaba convencido de que no podría revelar lo que costaría ganar

sin sacrificar la Gran Sociedad: la nación no apoyaría simultáneamente gastos considerables en "cañones" y "mantequilla". De modo que en vez de esto sacrificó la confianza pública. La expresión "brecha de credibilidad" derivó del intento sostenido de Johnson por ocultar los costos —junto con el pesimismo con el cual la CIA y otras agencias de inteligencia, así como sus propios planificadores de la guerra, evaluaban las perspectivas de éxito— de la operación militar norteamericana más grande desde la Guerra de Corea.[38]

Es difícil comprender cómo Johnson creyó que podía salir adelante con esto. Parte de la explicación puede ser sencillamente que cuando todas las posibilidades son dolorosas, la que lo es menos es no escoger ninguna: ciertamente Johnson pospuso elegir entre la Gran Sociedad y la Guerra de Vietnam tanto tiempo como se pudo. También puede haber intervenido la creencia personal de Johnson en que la sociedad más rica del mundo podría permitirse gastar lo que hiciera falta para garantizar la seguridad externa y la equidad interna, según pensara el público o el Congreso.[39] Pero ese argumento económico no consideraba si los norteamericanos podrían sostener su moral conforme el costo humano de la guerra ascendía en tanto las perspectivas de victoria disminuían. Para fines de 1968, varios centenares de soldados norteamericanos eran muertos en acción *cada semana*, y sin embargo la Ofensiva Tet de fines de enero y principios de febrero mostró que *ninguna* localización dentro de Vietnam del Sur —ni siquiera la embajada norteamericana en Saigón— estaba segura. Tet resultó ser una derrota militar para los vietnamitas del Norte: el levantamiento en masa que se había tratado de provocar no se dio. Pero era también una derrota psicológica para la administración Johnson, y esto cuando era más importante. El presidente reconoció esto a fines de marzo, cuando se negó a enviar aún más tropas para combatir en la guerra, mientras anunciaba su propia decisión sorprendente de no buscar la

reelección.[40]

Parece probable, no obstante, que otra herencia de principios de la Guerra Fría influyó sobre el modo como Johnson manejó la Guerra de Vietnam: que los presidentes norteamericanos habían sido largo tiempo libres de actuar afuera de maneras de las que no tenían que dar razón en su país. ¿No había Eisenhower autorizado las comunicaciones interceptadas, las violaciones del espacio aéreo y, en dos casos, el derribo real de gobiernos extranjeros? ¿No había fracasado Kennedy queriendo derribar otro, y aclamado por hacer el esfuerzo? Era fácil concluir, cuando entró Johnson en la Casa Blanca en 1963, sobre una oleada de pena por el asesinato de Kennedy y de buena voluntad hacia él mismo, que la presidencia era omnipotente, que podía continuar empleando, según lo planteaba el NSC-68, "cualesquiera medidas, abiertas o encubiertas, violentas o no", las cuales hicieran avanzar la causa norteamericana en la Guerra Fría, sin amenazar "la integridad de nuestro sistema". No obstante, cuando Johnson abandonó la Casa Blanca en 1969, tal propuesta tenía un aspecto mucho menos plausible: la manera como había combatido en la Guerra de Vietnam había dejado al sistema norteamericano, tanto afuera como adentro, profundamente perturbado.

Los autores de NSC-68 habían supuesto que podía haber normas separadas de conducta en estas dos esferas: que los dirigentes norteamericanos podían aprender a "no ser buenos" al llevar adelante la Guerra Fría mientras seguían siendo "buenos" dentro del marco de su propia sociedad democrática interna. Había sido harto difícil mantener esa separación durante los años de Eisenhower y Kennedy, pues ambos presidentes habían sido obligados a admitir que sus "denegaciones" en los incidentes del U-2 y de Bahía de Cochinos no habían sido "plausibles". Con la Guerra de Vietnam, la línea entre lo que se permitía en ultramar y lo que se permitía en el país desapareció por comple-

to. La administración Johnson encontró imposible planear o llevar adelante la guerra sin ocultar repetidamente sus intenciones al pueblo norteamericano, y sin embargo las decisiones que tomó afectaron profundamente aquél. Lejos de reproducir "sus mejores tradiciones propias" al combatir la Guerra Fría, tal como lo había esperado Kennan, los Estados Unidos, al combatir en la Guerra de Vietnam, parecieron estar sacrificando sus mejores tradiciones de responsabilidad constitucional y moral.

IV

Richard Nixon heredó esta situación, y la empeoró mucho. Siendo uno de los dirigentes más adeptos a la geopolítica en los tiempos modernos, resultó ser también el presidente norteamericano menos inclinado jamás a respetar los constreñimientos a su propia autoridad. Después de todo lo que había ocurrido durante los años de Johnson, seguía creyendo que los requerimientos de la seguridad nacional, tal como él los definía, compensaban cualquier obligación de responsabilidad, incluso de legalidad, que el presidente requería. Las acciones de Nixon iban mucho más lejos de la idea según la cual podría haber normas separadas de comportamiento en el país y afuera; por el contrario, hizo que la nación misma fuera un campo de batalla en la Guerra Fría. Ahí, sin embargo, tropezó con un adversario más poderoso que la Unión Soviética o el movimiento comunista internacional. Era la Constitución de los Estados Unidos de América.

"Puedo decir inequívocamente —escribió Nixon después de renunciar a la presidencia— que sin secreto no hubiera habido apertura ante China, ningún acuerdo SALT con la Unión Soviética, ni acuerdo de paz que concluyera la Guerra de Viet-

nam."[41] Hay poca razón para dudar de esta pretensión. Haber consultado a los departamentos de Estado y de Defensa, la CIA, los comités apropiados del Congreso y todos los aliados cuyos intereses habrían sido afectados *antes* del viaje de Kissinger a Beijing, sólo habría garantizado que no ocurriría. Haber intentado negociaciones de control de armamento con Moscú en ausencia de un "canal trasero" que permitiera probar posiciones antes de tomarlas, probablemente habría garantizado el fracaso. Y el único modo que veía Nixon de romper el largo empate en pláticas de paz con Vietnam —salvo aceptar las demandas de Hanoi para una retirada inmediata de las fuerzas norteamericanas y la supresión del poder del gobierno sudvietnamita— era aumentar la presión militar y diplomática sobre Vietnam del Norte, disminuyendo simultáneamente presiones del Congreso, el movimiento antibélico, e incluso los miembros previos de la administración de Johnson para aceptar las condiciones de Hanoi. Esto también requería operar tanto abierta como invisiblemente.

En lo que Nixon se equivocaba no era en su uso del secreto para llevar adelante la política exterior —la diplomacia siempre había requerido eso— sino en su incapacidad para distinguir entre acciones que podía haber justificado si salieran a la luz y aquellas que jamás podría justificar. Los norteamericanos disculparon las mentiras que Eisenhower y Kennedy contaron, ya que las operaciones que ocultaban resultaban defendibles al divulgarse. Así pasó también con los métodos que Nixon puso en juego acerca de la apertura de China, el acuerdo SALT y el cese al fuego en Vietnam, pues parece razonable, en esos casos, contar con el secreto o incluso el engaño.

No obstante ¿qué pasaba con el bombardeo secreto de un Estado soberano? ¿O el intentar derribar a un gobierno elegido democráticamente? ¿O las bribonadas a los ciudadanos norteamericanos sin autorización legal? ¿O los allanamientos realizados

con autorización presidencial? ¿O la organización de una conspiración dentro de la propia Casa Blanca, para ocultar lo que había ocurrido? Nixon permitió todo esto durante su primer periodo; su confianza en el secreto se volvió tan compulsiva, que empleaba dicha táctica en situaciones para las cuales nunca podría haber una justificación plausible. Así cuando la denegación plausible no era ya posible —en gran parte a causa de Nixon, quien con su sistema de espionaje de la Oficina Oval, hasta se había incluso espiado a sí mismo— fue inevitable una crisis constitucional.

El proceso comenzó en la primavera de 1969, cuando Nixon mandó bombardear Camboya en un esfuerzo por prohibir los caminos a través de este país y de Laos, por los cuales los vietnamitas del Norte llevaban años enviando tropas y abastos hacia Vietnam del Sur. La decisión era militarmente justificable, pero Nixon no hizo ningún esfuerzo por explicarla públicamente. En lugar de esto, autorizó la falsificación de los registros de la Fuerza Aérea para ocultar el bombardeo, mientras insistía meses después que los Estados Unidos estaban respetando la neutralidad camboyana. El bombardeo no era ningún secreto, por supuesto, para los camboyanos mismos, o los vietnamitas del Norte, o sus aliados chinos y soviéticos. Sólo los norteamericanos fueron mantenidos a oscuras, y la razón, según reconoció después Nixon, era evitar protestas antibélicas. "Mi administración no llevaba más de dos meses y yo quería provocar tan reducida protesta pública como fuera posible al comienzo."[42]

Sin embargo, fue así como evolucionó la "brecha de credibilidad" de Johnson, y Nixon pronto tuvo una también. Explotando fuentes bien situadas, el *New York Times* informó en seguida del bombardeo de Camboya, así como de los planes de la administración para iniciar una retirada gradual de las tropas norteamericanas de Vietnam. Nixon, encolerizado, respondió ordenando que se intervinieran los teléfonos de varios de los asisten-

tes de Kissinger, a quienes el Departamento de Justicia y la Oficina Federal de Investigaciones sospechaban de haber dejado escapar la información. Permanecieron en su lugar, con aprobación de Kissinger, incluso después de que algunos de estos auxiliares habían abandonado el gobierno, y pronto se extendieron hasta incluir periodistas que no podían haber participado en las fugas iniciales.[43] La frontera entre el secreto defendible y el indefendible, ya enturbiada en la administración de Johnson, fue ahora aún menos clara.

Entonces, en octubre de 1970, el gobierno marxista de Salvador Allende, democráticamente elegido, asumió el poder en Chile. Nixon afirmó en público que respetaría este resultado: "Para los Estados Unidos, haber […] intervenido en una elección libre […] habría tenido repercusiones por toda América Latina que habrían sido peores que lo ocurrido en Chile".[44] Pero su administración *había* intervenido allí, y seguiría haciéndolo incluso al expresar Nixon esta afirmación a principios de 1971. Siguiendo un precedente establecido por Johnson, la CIA había emprendido una serie de iniciativas ocultas con la intención de favorecer a los oponentes de Allende durante la campaña electoral. Cuando a pesar de todo ganó, Nixon autorizó a la agencia "para evitar a Allende alcanzar el poder o para quitárselo".[45] Esto llevó a la CIA a ayudar a poner en movimiento un golpe militar que no consiguió evitar la entrada de Allende, pero resultó en el secuestro y asesinato del general René Schneider, comandante en jefe de las fuerzas armadas chilenas. Durante los tres años siguientes, la agencia persistió en sus esfuerzos para desestabilizar el régimen de Allende.

Afortunadamente para la administración, nada de esto salió a relucir por entonces: en lugar de ello, Nixon mereció crédito por su aparente contención en Chile. Pero la brecha entre lo que *parecía* estar ocurriendo y lo que *realmente* ocurría iba ensanchándose, en tanto que las perspectivas de defender la disparidad —

en caso de que se tornara pública— disminuían. Tratando de negar a Allende el cargo que había ganado, uno de los ayudantes de Kissinger comentó que se trataba "evidentemente de una violación de nuestros propios principios [...] si estos principios tienen algún significado, normalmente nos apartamos de ellos sólo para enfrentar la más grave de las amenazas [...] a nuestra supervivencia. ¿Es Allende un peligro mortal para los EU? Es difícil sostener esto".[46]

En los Estados Unidos siguieron actos todavía menos defendibles. En junio de 1971, Daniel Ellsberg, otrora funcionario del Departamento de Defensa, transmitió al *New York Times* lo que pasó a llamarse *The Pentagon Papers*, una historia clasificada de los orígenes y la escalada de la Guerra de Vietnam encargados por el secretario de Defensa de Lyndon Johnson, Robert McNamara. Nada de esta historia comprometía la seguridad nacional o criticaba el manejo de la guerra por Nixon, pero él consideró esta fuga como un precedente peligroso y una afrenta personal. Carente de confianza en la capacidad del FBI o de las cortes para enfrentarse a este caso y otros parecidos, el presidente pidió la formación de un equipo dentro de la Casa Blanca que evitara mayor emisión no autorizada de material sensible. "Estamos contra un enemigo, una conspiración", insistía. *"Vamos a usar cualquier medio.* ¿Está claro?"[47]

El equipo de Nixon reunió velozmente una banda improbable de detectives policiacos retirados, así como de anteriores agentes de la CIA y el FBI, que pronto se llamaría, por su misión de tapar fugas, los Plomeros. Durante el año siguiente emprendieron una serie de allanamientos, operaciones de vigilancia y grabaciones que habían de mantenerse en secreto porque, a despecho de su autorización por la Casa Blanca, eran ilegales. "No creo que esta clase de conversación deba ir a la mesa del procurador general", comentó un nervioso ayudante de Nixon después de que los Plomeros habían abogado por el procurador

general, John Mitchell, en sus operaciones.[48] Mitchell mismo se puso nervioso cuando, la mañana del 17 de junio de 1972, varios de los Plomeros se encontraron arrestados en la central del Comité Nacional Demócrata en el edificio Watergate, lugar donde, según las leyes que correspondía a Mitchell imponer, definidamente no se suponía que estarían.[49]

Habría que esperar el 9 de agosto de 1974 —fecha de la renuncia de Nixon— para que se aclararan todas las consecuencias de esta irrupción. Lo que fue puesto en movimiento durante la mañana de los arrestos, sin embargo, era una reafirmación de principios morales, legales y, a fin de cuentas, constitucionales sobre la autoridad presidencial. Procedió por el juicio y la condenación de los desventurados ladrones, su implicación de los funcionarios administrativos que habían supervisado y financiado sus operaciones, una serie cada vez más sorprendente de revelaciones en los medios, una sucesión creíble y en disminución de las denegaciones presidenciales, el nombramiento de un fiscal especial, una investigación del Senado muy divulgada, la revelación del sistema de espionaje de la Oficina Oval de Nixon, problemas legales para que fueran reveladas las cintas, la aprobación de resoluciones de impugnación por la Cámara de Representantes, y al fin una decisión de la Suprema Corte según la cual el presidente debía entregar la cinta que demostraba su complicidad en el encubrimiento.

En este punto, enfrentado a la sentencia y a ser eliminado del puesto, Nixon abandonó éste. Con ello reconoció que el presidente de los Estados Unidos *no* era de hecho libre de usar cualquier medio que juzgara necesario para proteger los intereses de la seguridad nacional. Había, incluso en aquel terreno delicado, una norma de conducta que sólo el presidente no podía determinar. Contrariamente a lo que Nixon había supuesto, el presidente no estaba por encima de la ley.

Tampoco la ley misma se mantuvo estática. El comportamiento del presidente provocó que el Congreso reclamara gran parte de la autoridad sobre el curso de la política nacional de seguridad a la que había renunciado durante el principio de la Guerra Fría. Esto ocurrió primero con respecto a Vietnam, donde para fines de enero de 1973 Nixon y Kissinger habían obligado a Hanoi a aceptar un cese al fuego en términos que los Estados Unidos pudieran aceptar e imponer a Vietnam del Sur, su aliado renuente. Sin embargo tuvieron asimismo que retirar casi todas las tropas norteamericanas de la región: eso había sido necesario para desarmar el sentimiento antibélico norteamericano, teniendo a raya las presiones sobre la Colina del Capitolio para que decidiera un término a la participación norteamericana en la guerra.

Nixon no se hacía ilusiones de que los norvietnamitas se apegarían gustosos al cese al fuego. Pero esperaba forzar su cumplimiento amenazando —y reanudando en caso de necesidad— con el bombardeo que había forzado a Hanoi a aceptar el cese al fuego, por principio de cuentas. Los Estados Unidos, después de todo, se habían reservado el derecho de actuar análogamente para imponer en Corea un cese a un fuego que duró dos décadas. La situación en Vietnam era menos prometedora; sin embargo la esperanza, según recordaba Kissinger, era "que el renombre de implacable que tenía Nixon impediría las violaciones graves".[50]

No obstante, Watergate había debilitado gravemente al presidente. Frustrado por una guerra larga y amarga, totalmente desconfiado con respecto a las intenciones de Nixon, dándose cuenta de que la autoridad de éste se estaba desmoronando, el Congreso votó en el verano de 1973 concluir todas las operacio-

nes de combate en Indochina. Promulgó entonces la Ley de Poderes de Guerra, que imponía un límite de 60 días sobre cualquier despliegue militar futuro sin el consentimiento del Congreso. Los vetos de Nixon fueron rebasados y las restricciones se volvieron ley. Quedó para su sucesor, Gerald Ford, sufrir las consecuencias cuando Vietnam del Norte invadió y conquistó Vietnam del Sur en la primavera de 1975: no estuvo en condiciones de hacer nada al respecto. "Nuestro drama interno —comentó Kissinger más tarde— primero nos paralizó y luego nos abrumó."[51]

Casi lo mismo ocurrió con las operaciones de inteligencia. La CIA siempre había operado con mínima vigilancia del Congreso: el supuesto había sido que los representantes de la nación no necesitaban, ni deseaban, saber qué estaba haciendo la agencia. Esa actitud sobrevivió a los incidentes del U-2 y de Bahía de Cochinos, el comienzo y la escalada de la Guerra de Vietnam, incluso la revelación, en 1967, de que la CIA llevaba años financiando secretamente conferencias académicas, publicaciones periódicas e investigación, así como la Asociación Nacional de Estudiantes.[52] Pero no sobrevivió a Watergate.

Las pruebas de que empleados anteriores de la CIA habían formado parte de la unidad de los Plomeros —y de que Nixon había buscado la cooperación de la agencia para disponer un encubrimiento— condujo a presiones desde el interior de la organización para revisar las actividades potencialmente ilegales y a examinar desde afuera lo que significaba sacarlas a la luz. En diciembre de 1974, el *New York Times* reveló que la CIA había llevado adelante su propio programa de vigilancia dentro del país en contra de quienes protestaban contra la guerra durante la administración de Johnson y de Nixon, con cintas grabadas e intercepciones de correo. El director de la Central de Inteligencia, William Colby, rápidamente confirmó la historia, reconociendo que la agencia había violado su propia existencia, que

prohibía actividades dentro de los Estados Unidos, y que había quebrantado la ley.[53]

Siguió en seguida la designación de tres comisiones, una presidencial y otras sendas comisiones en el Senado y la Cámara de Representantes, para investigar los excesos de la CIA. Con la cooperación de Colby, los "esqueletos" de la agencia —planes de asesinato, operaciones de vigilancia, subsidios ocultos, conexiones con Watergate, y el intento de evitar que un gobierno constitucionalmente elegido en Chile tomara el poder— fueron expuestos al público. Como había ocurrido durante los últimos años de Nixon en el puesto, la nación volvió a enfrentarse a la cuestión de si los Estados Unidos debían, o incluso podían, mantener normas separadas, al combatir la Guerra Fría, de lo que estaban preparados para aceptar en el país.

Los sucesos de Chile plantearon el dilema del modo más claro. Un golpe militar vencedor se había dado en Santiago en septiembre de 1973. Causó la muerte de Allende —probablemente se suicidó— y dejó en el poder a un gobierno anticomunista confiable encabezado por el general Augusto Pinochet. Nunca se estableció una complicidad directa de la CIA, pero Nixon y Kissinger saludaron abiertamente el resultado y procuraron cooperar con el nuevo dirigente chileno. Para cuando las investigaciones de la CIA estuvieron en marcha en 1975, sin embargo, el gobierno de Pinochet había encarcelado, torturado y ejecutado a miles de partidarios de Allende, algunos de los cuales eran ciudadanos norteamericanos. Chile, durante muchos años una democracia, ahora tenía uno de los dictadores más represores nunca vistos en América Latina.[54]

Lo que los Estados Unidos hicieron en Chile difirió poco de lo que había sido hecho, dos décadas antes, en Irán y en Guatemala. Pero los años setenta no eran los cincuenta: una vez que la información aclaró que la administración Nixon había tratado

de separar a Allende del cargo para el cual había sido elegido y procuró quitarlo una vez por entonces, la "denegación plausible" se volvió imposible. Esto hizo inevitables las preguntas acerca de la responsabilidad. ¿Pudo Allende haberse mantenido en el poder si no hubiera habido campaña norteamericana contra él? ¿Habría conservado los procedimientos democráticos en caso de haberlo hecho? ¿Debieron los Estados Unidos haberse contenido al grado en que lo hicieron y condenar los abusos de Pinochet? Si hubiera hecho un esfuerzo mayor ¿podría haberlos detenido? No hay, hasta la fecha, respuestas claras: el papel de Washington en los horrores de Chile sigue siendo un tema acaloradamente discutido entre ambos bandos de historiadores de estos sucesos y participantes en ellos.[55] Lo que estaba claro por entonces, no obstante, era que la autorización a la CIA para operar sin constreñimientos había producido acciones en Chile que, según su propio reconocimiento, no resistían la prueba de la "luz del día". No podían justificarse si se exponían a la vista del público.

El Congreso respondió prohibiendo las acciones que *pudieran,* en el porvenir, conducir a resultados parecidos. Optó por cumplir este punto en Angola, que había sido colonia portuguesa, y donde existía una triple lucha por el poder en 1975, con competidores que buscaban el apoyo de los Estados Unidos, la Unión Soviética y China. No había posibilidad, después de Vietnam, de una intervención militar norteamericana: el financiamiento oculto del Frente Nacional Pronorteamericano para la Liberación de Angola parecía ser la única opción disponible. Pero con la CIA sometida a intensa observación, no había modo de arreglar la cosa sin la aprobación de los líderes del Congreso, y en cuanto fueron consultados el plan fue visible y la oposición a él se tornó intensa. En vista de que se habían dado abusos en Chile y otras partes del mundo, el Senado votó, en diciembre de 1975, rechazar *cualquier* uso secreto de fondos en Angola, pese a la probabilidad de que esta acción dejaría aquel país bajo la in-

fluencia de Moscú. Se lamentaba Ford de que era una "abdicación de responsabilidad" que tendría "las más graves consecuencias para la posición a largo plazo de los Estados Unidos y para el orden internacional en general".[56]

Esto resultó ser una exageración. La Unión Soviética sólo a regañadientes había sido arrastrada a Angola por su aliado cubano, y poco ganó con la experiencia.[57] Lo que había ocurrido en Washington, con todo, fue importante: la desconfianza entre las ramas ejecutiva y legislativa del gobierno era ahora tan honda que el Congreso de los Estados Unidos emitía leyes —siempre instrumentos rudos— para forzar el uso de las capacidades militares y de inteligencia de los *Estados Unidos*. Era como si la nación se hubiera vuelto el peor enemigo propio.

VI

Si la Casa Blanca, el Pentágono y la CIA no estaban por encima de la ley —realmente si las normas legales podían desplazarse para garantizar esto—, entonces la realización conjunta de la política exterior norteamericana ¿podía ser responsable ante una norma comparablemente independiente de niveles morales? ¿El "no ser buenos… de acuerdo con la necesidad" significaba abandonar cualquier sentido de lo que significaba ser "bueno" trabajando dentro del sistema internacional de la Guerra Fría? Y ¿dónde, a fin de cuentas, encajaba la distensión?

Habría sido difícil, de acuerdo con cualquier principio moral tradicional, justificar la división artificial de países enteros como Alemania, Corea y Vietnam, pero sin embargo los Estados Unidos y sus aliados habían sacrificado millares de vidas y miles de millones de dólares para mantener semejantes divisiones. Forzaba a los valores democráticos a abrazar dictaduras derechistas en

buena parte del "tercer mundo" como modo de evitar el surgimiento de dictaduras izquierdistas, pero todas las administraciones desde Truman habían hecho esto. Y de seguro la Destrucción Mutua Asegurada podía sólo ser defendida si se consideraba que el tomar en rehenes en una escala enorme —poniendo deliberadamente poblaciones civiles en riesgo de aniquilación nuclear— fuera un acto humano. Los estrategas norteamericanos hicieron precisamente eso, sin embargo, porque no vieron mejor manera de aplacar un mal mucho mayor, la posibilidad de una guerra nuclear en todo lo ancho. Conforme la Guerra Fría continuaba, pasaron de considerar estos compromisos como lamentables a juzgarlos necesarios, luego normales y al fin incluso deseables.[58] Se estableció una especie de anestesia moral, dejando la estabilidad de las relaciones soviético-norteamericanas por encima de lo justo, puesto que la otra posibilidad era demasiado aterradora para considerarla. Una vez que fue claro que todo el mundo estaba en el mismo bote salvavidas, nadie se atrevía a sacudirlo.

Esta *ambivalencia* moral no era una *equivalencia*. Los Estados Unidos nunca encontraron necesario violar los derechos humanos en la escala en que lo habían hecho la Unión Soviética, sus aliados europeos orientales y los chinos bajo Mao Zedong. Pero los funcionarios de Washington se habían convencido hacía mucho de que la única manera de evitar tales violaciones sería la guerra, perspectiva que sólo podía hacer mucho peores las cosas. La acción militar norteamericana, advirtió públicamente John Foster Dulles en tiempos del levantamiento húngaro de 1956, "precipitaría una guerra mundial a plena escala, cuyo resultado probablemente sería el exterminio de toda la gente".[59] Todavía en tiempos de la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, la administración Johnson advirtió que poco podría hacer aparte de protestar por la ofensa, previniendo contra su repetición en otro sitio, y cancelando la reunión en la cumbre en la cual el

presidente saliente y el nuevo líder soviético, Leonid Brézhnev, habrían emprendido negociaciones sobre la limitación de armas estratégicas. Lo que ocurrió en Europa oriental, el secretario de Estado de Johnson, Dean Rusk, explicó más tarde, "nunca había sido una cuestión de guerra y paz entre nosotros y la Unión Soviética, por innoble que esto suene".[60]

La distensión había tenido el propósito de disminuir los riesgos de guerra nuclear, fomentar una relación más predecible entre los rivales en la Guerra Fría, y ayudarlos a recuperarse de los trastornos internos que los acosaron durante los años sesenta. No había tenido el propósito de garantizar la justicia en ningún sentido inmediato: ésta sólo podía surgir, en opinión de la mayoría de sus partidarios, dentro de un equilibrio de poder que cada una de las grandes potencias considerara legítima. Kissinger fue el partidario más reflexivo de esta posición. La legitimidad, había escrito en 1957 hablando del ajuste europeo posterior a 1815, "no debe confundirse con la justicia".

> Implica la aceptación del marco del orden internacional por todas las mayores potencias, al menos en el grado en que ningún Estado esté tan insatisfecho que […] exprese su insatisfacción con una política exterior revolucionaria. Un orden legítimo no hace imposibles los conflictos, pero limita su alcance.[61]

Kissinger estaba todavía recalcando esto en octubre de 1973, después de que Nixon lo nombrara secretario de Estado: "El intento de imponer justicia absoluta por un lado será visto como una injusticia absoluta por todos los demás […] La estabilidad depende de la satisfacción relativa y por tanto también de la insatisfacción relativa de los varios Estados".

Kissinger cuidaba de prevenir para no "obsesionarse con la estabilidad". Una "política excesivamente pragmática […] carecería no sólo de dirección, sino también de raíces y meollo". No proporcionaría "criterios para otras naciones que valoraran nuestro desempeño, ni normas siguiendo las cuales pudiera reunirse

el pueblo norteamericano". Pero un enfoque "excesivamente moralista" hacia la diplomacia de la Guerra Fría podría volverse "quijotesco o peligroso", conduciendo a "posturas ineficaces o cruzadas aventuradas". El creador responsable de políticas, por lo tanto, "debe transar con otros, y esto significa en cierta medida transar consigo mismo".[62] La moralidad inherente a la distensión residía en que evitara la guerra y la revolución, logro nada pequeño en una época nuclear. La meta kantiana de justicia universal sólo podría derivar, por lo tanto, de una aceptación universal, del futuro previsible del *statu quo* de la Guerra Fría.

Esta argumentación dejaba, sin embargo, un punto sin resolver: si la distensión había efectivamente de disminuir el peligro de la guerra nuclear, entonces ¿por qué habría que continuar aplicando tan arriesgadamente normas morales para guiar la Guerra Fría? Si ese conflicto se estaba volviendo la condición *normal* de las relaciones internacionales, ¿significaría eso que los Estados Unidos tuvieran que aceptar la inmoralidad como una característica permanente de su política exterior? ¿Cómo cuadraría esto con el reconocimiento por Kissinger de que "los Estados Unidos no pueden ser fieles a sí mismos sin propósito moral"?[63] Éste era el dilema al que se enfrentó el nuevo secretario de Estado al asumir la dirección de la política exterior de Nixon, cada vez más acosado: garantizar el *statu quo* externo hacía vulnerable el apoyo de éste en el país.

Las vulnerabilidades se manifestaban más claramente con respecto a los derechos humanos. Poco después de la cumbre de 1972 en Moscú, los guías del Kremlin impusieron un impuesto de salida a los emigrantes que abandonaban la URSS, supuestamente para recuperar los costos de la instrucción financiada por el Estado. Parecía una pequeña brutalidad en comparación con las mucho mayores que la habían precedido, pero llegó en un momento en que cundían las preocupaciones en los Estados Unidos acerca del tratamiento de los judíos y disidentes soviéti-

cos. El impuesto de salida provocó una reacción en el Congreso, donde el senador Henry M. Jackson y el representante Charles Vanik propusieron una enmienda a la Ley de Reforma Comercial, rutinaria de otro modo, que habría negado el tratamiento de "nación más favorecida" y los créditos del Banco de Importación-Exportación a cualquier "economía no de mercado" que restringiera o sometiera a impuesto el derecho de emigrar. Los Estados Unidos, sostuvo Jackson —sin duda teniendo presentes sus propias aspiraciones presidenciales— deben usar su fuerza económica no para premiar a la Unión Soviética por su comportamiento externo, sino para cambiar su comportamiento *interno:* "Cuando tenemos algo que nos afecta intensamente […] debemos poner esa cuestión de principios sobre la mesa, sabiendo que los rusos no van a estar de acuerdo".[64]

Kissinger protestó diciendo que las medidas de la Ley de Reforma Comercial se habían contado entre las "varas y zanahorias" cuidadosamente equilibradas que habían persuadido a la Unión Soviética finalmente a convenir acerca de la limitación de las armas estratégicas. Añadir nuevas exigencias después de cerrado el trato —especialmente demandas que requerían que los rusos alteraran políticas internas como resultado de una presión externa— sólo podía ser una orden de "un curso imposible de satisfacer, que minaría nuestra credibilidad externa sin darnos herramientas para salir al paso de las consecuencias de la tensión resultante". La diplomacia tranquila haría más por los judíos y disidentes soviéticos y por otros posibles emigrantes que la postura pública, y en ausencia de relaciones amistosas soviético-norteamericanas difícilmente sería posible hacer algo en favor de aquéllos.[65] Las objeciones de Moscú a la enmienda Jackson-Vanik tenían una base aún más profunda. Según el embajador Dobrynin admitió después "el Kremlin temía la emigración en general (sin importar nacionalidad o religión) para que los escapados de la tierra feliz del socialismo parecieran ofrecer un grado

de liberalización que desestabilizaría la situación interna".[66]

Lo que esto significaba, sin embargo, era que en busca de estabilidad geopolítica, la administración Nixon había empezado a apoyar la estabilidad interna en la urss. Había buscado manejar el sistema internacional de la Guerra Fría de modo muy parecido a como Metternich y Castlereagh habían manejado a Europa después de Napoleón, *equilibrando* los antagonismos interiores. Pero aquel arreglo decimonónico había aceptado el carácter interno de equilibrio entre Estados: los llamamientos a la reforma, en la época acerca de la cual Kissinger había escrito como historiador, podrían fácilmente ser descartados. Esto era menos fácil de hacer en la época más transparente y democrática hacia la cual él mismo trataba de dirigir el curso de los acontecimientos.

Kissinger nunca pretendió que la distensión aseguraría el futuro ante el autoritarismo soviético. "El juego de Brézhnev —había escrito a Nixon en verano de 1973— es que conforme estas políticas ganen impulso y longevidad, sus efectos no socavarán el sistema mismo del cual Brézhnev extrae su poder y legitimidad. Nuestra meta, por otra parte, es conseguir precisamente esos efectos a la larga."[67] Pero con Jackson-Vanik, "a la larga" se convirtió en el presente; la enmienda ganó el apoyo de los extremos opuestos de la gama ideológica. Los liberales, convencidos de que la política exterior debe siempre buscar la justicia, condenaron el cinismo de Kissinger, que buscaba primero la estabilidad. Los conservadores, seguros de que nunca podía confiarse en la Unión Soviética, denunciaron la ingenuidad de Kissinger por estar dispuesto a ello. Y con Nixon acercándose al final de su presidencia, poco era lo que podía ayudar a resistir tales presiones.

La enmienda Jackson-Vanik pasó por ambas cámaras del Congreso a principios de 1975, varios meses después de que Nixon abandonó el cargo. La Unión Soviética respondió cance-

lando todo el trato comercial. Las causas de la emigración, el comercio y la distensión misma padecieron como consecuencia: parecía ahora estar acabando cualquier "deshielo" que se hubiera dado en la Guerra Fría. Pero estos acontecimientos habían fomentado una causa diferente. Por un camino desviado, que implicaba sus propios contrapesos y equilibrios constitucionales, las aspiraciones de un senador ambicioso y el poderío decreciente de un presidente puesto en tela de juicio ético, los Estados Unidos habían asumido una posición coherente con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de 1948, de las Naciones Unidas: que ni la soberanía nacional ni las demandas de la diplomacia debieran permitir a los Estados tratar a sus propios ciudadanos de la manera que les placiera. Había después de todo, si no una norma universal de justicia, cuando menos un nivel básico de decoro humano que debiera tener precedencia incluso sobre los esfuerzos por estabilizar la Guerra Fría.

VII

Este realineamiento de la estrategia norteamericana con principios morales y legales habría tenido poco efecto sobre el curso de la Guerra Fría, pese a todo, si no fuera por los sus ecos en el otro bando. Al principio fueron difíciles de identificar. La dirigencia soviética pareció haberse vuelto *menos* tolerante ante la disensión interna y en Europa oriental que durante los últimos años de la era Jruschov. La invasión de Checoslovaquia y su justificación posterior, la Doctrina Brézhnev, dispusieron el escenario para una disciplina ideológica más rígida, un rechazo de la experimentación en los medios y las artes, y la represión crecientemente áspera de las protestas políticas, incluso ligeras.[68] Por mucho que hubiera mejorado la distensión las relaciones con el Occidente, Brézhnev y sus colegas parecían decididos a contro-

larlo todo, incluso las ideas, dentro de su esfera de influencia. No justificaban esto mediante una invocación a la moralidad o el derecho, sino a la ideología; a la pretensión de que en el marxismo-leninismo habían descubierto los mecanismos gracias a los cuales funcionaba la historia, y así los medios con los cuales mejorar las vidas de la gente.

Sin embargo, hacía mucho que había quedado en claro que la historia *no* funcionaba de esta manera. Jruschov reveló que Lenin y Stalin habían esclavizado a muchas más personas de las que habían liberado; y hacia el tiempo en que cayó Jruschov, la Unión Soviética y sus satélites europeos orientales habían quedado muy atrás de los Estados Unidos y de la mayoría del mundo capitalista según casi todos los índices económicos que medían la prosperidad. Hasta había sido necesario, en 1968, usar la fuerza para mantener al comunismo en el poder en Checoslovaquia, acción que sacudió cualesquiera ilusiones que quedaran de que alguien podría voluntariamente asumir tal ideología. "Nuestros tanques en Praga […] 'dispararon' contra ideas", escribió un joven periodista soviético de entonces. "Con un puñetazo en la mandíbula de la sociedad pensante creyeron que habían ganado sobre sus procesos de pensamiento […] En cambio 'despertaron' nuevas capas dentro de la *intelligentsia* del partido, que repetirían el intento de Praga con más éxito."[69]

No inmediatamente, claro está. Haría falta tiempo para que los pensamientos solos aseguraran que los tanques nunca más volverían a usarse. La supresión de la "primavera de Praga" tuvo sin embargo un efecto psicológico poderoso, pues llevó a un número creciente de personas en la Unión Soviética y Europa oriental a continuar asumiendo en público la doctrina marxista-leninista mientras privadamente dejaban de creer en ella. Se desarrolló lo que el historiador Timothy Garton Ash ha llamado una "doble vida": "La escisión entre el yo público y el privado, el lenguaje oficial y no oficial, la conformidad exterior y la di-

sensión interna… aplaudo la conducta del Estado que nunca apoyaría en la vida privada".[70] Era precisamente lo contrario de lo que ocurría dentro de los Estados Unidos, donde a mediados de los años setenta la brecha entre lo que la gente creía y lo que sus dirigentes habían angostado significativamente. La brecha de la credibilidad pasaba de Washington a Moscú y Brézhnev estaba aún menos preparado para vérselas con ello que Nixon por su parte.

Su problema era que el Partido Comunista de la Unión Soviética, al igual que todos los partidos comunistas que gobernaban, extraía su autoridad de su pretensión de infalibilidad histórica, lo cual lo hacía vulnerable cuando los sucesos no coincidían con la escritura. Una vez que quedó claro lo que estaba ocurriendo, poco quedaba, aparte de un uso de la fuerza moral y legalmente indefendible, como en Checoslovaquia, para justificar la existencia del partido. Su legitimidad descansaba en una ideología crecientemente implausible y nada más. Cualesquiera que fueran los excesos de los dirigentes norteamericanos durante los años de Vietnam y Watergate, nunca habían tenido que encontrarse ante *esa* dificultad.

Brézhnev pudo haber disminuido la vulnerabilidad del partido precisando su pretensión de un monopolio sobre la sabiduría, pero eso habría desencadenado desafíos a su monopolio sobre el poder, lo cual no estaba dispuesto a hacer. "Esto es peligroso", advirtió Yuri Andropov, jefe del Comité de Seguridad del Estado (KGB), en una discusión del Politburó en 1974 sobre las críticas que ya habían asomado, del más sobresaliente escritor de la Unión Soviética, Aleksandr Solzhenitsyn, y del más eminente físico, Andrei Sajarov. "Hay centenares y millares de personas entre quienes Solzhenitsyn hallará apoyo […]Si permanecemos inactivos sobre Sajarov, entonces ¿cómo se conducirán otros académicos en el porvenir?"[71] Las únicas fuerzas que estos disidentes exhibieron estaban en sus plumas, sus voces y

sus principios. Pero los principios eran contagiosos y el sistema soviético, protegido sólo por la ideología, no tenía inmunidad suficiente al respecto.

Al ser demasiado arriesgada la reforma interna, la dirigencia del Kremlin se volvió hacia la diplomacia: si el mundo reconocía la legitimidad de su gobierno, entonces ¿cómo podían unos cuantos descontentos, por famosos que fueran, lograr que alguien le pusiera objeciones? Ésta era una de las razones por las cuales Brézhnev gustaba de la distensión, una premisa fundamental de la cual era que el Occidente no trataría de alterar el carácter interno de los regímenes marxista-leninistas. El objetivo sería, en cambio, estimular su comportamiento responsable en el escenario internacional. Esto no significaba suspender la lucha de clases, y Brézhnev insistió en que continuaría donde pudiera hacerlo en seguridad, especialmente en el "tercer mundo".[72] Estaba dispuesto sin embargo a conceder la permanencia de la OTAN y, por implicación, un papel continuado para los Estados Unidos en Europa. A cambio de esto, esperaba que los norteamericanos y sus aliados de la OTAN ratificaran formalmente las fronteras posteriores a la segunda Guerra Mundial en Europa oriental.

Esto no era una idea nueva. Ya en 1954, Molotov había propuesto una conferencia en la cual las naciones de Europa —pero no los Estados Unidos— se reunirían para confirmar sus fronteras existentes. Aquel plan no llevó a nada, pero como señaló Kissinger una vez, la diplomacia de Moscú "muestra una persistencia que hace juego con la falta de imaginación".[73] El Ministerio del Exterior soviético revivió la propuesta de Molotov con regularidad durante la década y media siguiente, modificándola para que incluyera a los norteamericanos. Mientras tanto, la OTAN había patrocinado negociaciones con el Pacto de Varsovia acerca de la mutua reducción de fuerzas en Europa, en tanto que la *Ostpolitik* de Brandt había producido un Tratado Soviéti-

co-Alemán Occidental, que reconocía largo tiempo discutida frontera de Polonia en la posguerra, así como un acuerdo entre las cuatro potencias que ocupaban Berlín para continuar el *statu quo* en dicha ciudad. Era claro, entonces, que nadie estaba interesado en cambiar el mapa político europeo: eso provocó que la presión soviética renovada en pro de una Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa pareciera relativamente inofensiva para los norteamericanos y, para varios de sus compañeros en la OTAN, un desenvolvimiento que podía ser positivo. [74]

Para Brézhnev, sin embargo, semejante conferencia significaría mucho más. Requeriría que los Estados Unidos y sus aliados declararan públicamente y por escrito que aceptaban la división de Europa en la posguerra. El dirigente del Kremlin era casi capitalista en la importancia que atribuía a esta obligación contractual, que creía que desanimaría futuras "primaveras de Praga", y garantizaría su propia reputación como hombre de paz.[75] Y estaba dispuesto a hacer concesiones extraordinarias para conseguir tal compromiso. Incluían prometer dar aviso adelantado para las maniobras militares, permitiendo el cambio pacífico de las fronteras internacionales, dejando a los Estados firmantes unirse a alianzas, o abandonarlas y, lo más sorprendente, reconociendo "la significación universal de los derechos humanos y de las libertades fundamentales […] de acuerdo con los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas y con la Declaración Universal de los Derechos Humanos".[76]

Los rusos estaban reconocidamente nerviosos acerca de la última condición, pero se había originado con los europeos occidentales y los canadienses, no los norteamericanos, lo cual hacía difícil la oposición.[77] Más aún, las libertades que especificaba aparecían en la constitución soviética, en gran medida no realizada: esto también habría hecho engorroso el rechazo. Ni tampoco sería fácil, únicamente sobre estos fundamentos, apoyar

una conferencia en que la URSS había insistido tanto tiempo. De modo que el Politburó convino, inquieto, en la inclusión de las medidas sobre derechos humanos en el Acta Final de la conferencia. "Somos los amos en nuestra propia casa", aseguró a Brézhnev el ministro del Exterior, Andrei Gromyko. El gobierno soviético y nadie más decidiría lo que realmente significaba el reconocimiento de los "derechos humanos y libertades fundamentales".[78]

La Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa se abrió en Helsinki el 30 de julio de 1975. Brézhnev dormitó durante los numerosos discursos, y dos días después él, Ford y los dirigentes de otros 33 Estados firmaron el documento largo y complicado que los había reunido. Las consecuencias fueron inesperadas por todas partes. Como escribió después Kissinger: "Rara vez un proceso diplomático ha iluminado tanto las limitaciones de la previsión humana".[79]

VIII

Dentro de los Estados Unidos, los liberales y conservadores denunciaron por igual a Ford y Kissinger por haber *abandonado* la causa de los derechos humanos. Los motivos de Brézhnev al desear el acuerdo de Helsinki, sostenían, eran demasiado transparentes: la búsqueda de la distensión difícilmente valía la pena si significaba perpetuar la injusticia reconociendo el control soviético sobre Europa oriental. Una serie de tropiezos administrativos fomentó sin querer esta argumentación. Precisamente antes de la conferencia de Helsinki, Kissinger había recomendado a Ford que no recibiera en la Casa Blanca a Solzhenitsyn, por entonces un desterrado involuntario de la Unión Soviética y un amargo crítico de la distensión: esto pareció una deferencia exce-

siva hacia Moscú. Entonces, en diciembre de 1975, un auxiliar de Kissinger, Helmut Sonnenfeldt, dijo en lo que consideró un encuentro no registrado con diplomáticos norteamericanos, que la administración deseaba concluir la "relación inorgánica, antinatural" entre la Unión Soviética y los europeos orientales. Cuando este comentario se escapó, se juzgó que reconocía que los rusos estaban en aquella parte del mundo para quedarse.[80]

Estos episodios convirtieron a Helsinki en una responsabilidad de Ford durante la campaña presidencial de 1976, ya que tanto Ronald Reagan, su competidor dentro del Partido Republicano, como Jimmy Carter, nombrado por el Partido Demócrata, condenaron el acuerdo. Ford encontró que era necesario prohibir que los subordinados usaran inclusive la palabra "distensión"; también se apartó de Kissinger conforme se acercaban las elecciones. Y entonces, el 6 de octubre, debatiendo a Carter, el presidente tuvo una equivocación final y fatal: puesto a negar la existencia de la Doctrina Sonnenfeldt, en lugar de ello negó que la Unión Soviética dominara la Europa oriental.[81] Esto aseguró la elección de Carter, y así después del 20 de enero de 1977 ni Ford ni Kissinger tuvieron ninguna otra responsabilidad en la conducción de la política exterior norteamericana. La conferencia de Helsinki fue una de las razones.

Los efectos de Helsinki dentro de la Unión Soviética y la Europa oriental, sin embargo, fueron igualmente inesperados y mucho más significativos. Brézhnev había imaginado, recuerda Dobrynin, la "publicidad que ganaría… cuando el público soviético se enterara del arreglo final de las fronteras de posguerra, por las cuales tanto había sacrificado".

> Por lo que toca a las cuestiones humanitarias, podían mencionarse en la patria sólo vagamente, sin gran publicidad. Creyó que esto no acarrearía muchos trastornos dentro de nuestro país. Pero estaba equivocado. Las condiciones de los disidentes soviéticos ciertamente no cambiaron de la noche a la mañana, pero fueron estimulados decididamente por este documento histórico. Su publicación misma en

Pravda le dio el peso de un documento oficial. Gradualmente se convirtió en un manifiesto del movimiento disidente y liberal, consecuencia totalmente fuera de la imaginación de la dirigencia soviética.[82]

Helsinki se volvió, en una palabra, una trampa legal y moral.[83] Habiendo empujado a los Estados Unidos y sus aliados a comprometerse escribiendo que reconocían las fronteras existentes en Europa oriental, Brézhnev no podía repudiar lo que *él* había convenido en el mismo documento, también por escrito, con respecto a los derechos humanos. Sin apreciar las implicaciones, puso en manos de sus críticos una situación, basada en los principios universales de la justicia, arraigada en el derecho internacional, independiente de la ideología marxista-leninista, frente a la cual podían evaluar el comportamiento suyo y de otros regímenes comunistas.

Lo que esto significaba era que la gente que vivía bajo estos sistemas —al menos los más valientes— podían aspirar a permiso oficial para decir lo que pensaban: tal vez pudiera *no* ser necesario vivir "doble vida" por todo el tiempo venidero. La pesadilla de Andropov en 1974 se volvió una realidad cuando millares de individuos que carecían de la eminencia de Solzhenitsyn y Sajarov empezaron a sostener con ellos que la urss y sus satélites eran responsables de abusos contra los derechos humanos. Para el verano de 1976, un Grupo Público para Promover la Observancia de los Acuerdos de Helsinki operaba en Moscú con el apoyo de Sajarov, y "Grupos de Helsinki" surgían por Europa oriental.[84] Iniciado por el Kremlin en un esfuerzo por legitimar el control soviético en aquella parte del mundo, el proceso de Helsinki se volvió, por el contrario, fundamento de legitimación de la *oposición* al gobierno soviético.

Los efectos, por decir lo menos, fueron impredecibles. Es improbable, por ejemplo, que los líderes que envejecían en Moscú siguieran la suerte de Gente Plástica del Universo, una banda de

rock checoslovaca y zarrapastrosa contra el *establishment*, formada como consecuencia de la invasión de aquel país en 1968. Dedicada a ejecutar en secreto evitando a la policía, la banda cayó en desgracia en 1976, al ser arrestados sus miembros. Su juicio indujo a varios centenares de intelectuales a firmar, el 1º de enero de 1977, un manifiesto llamado Carta 77, que cortés pero agudamente pedía al gobierno checo que respetara las decisiones de libre expresión del Acta Final de Helsinki, que había firmado con aprobación de Brézhnev. Varios de los "cartistas" mismos fueron arrestados entonces. Uno de ellos, el actor y amante de la música de rock Václav Havel, pasó cuatro años en la cárcel, seguido por muchos más años de estrecha vigilancia después de su liberación.[85]

Aquello dio a Havel motivo y tiempo, a través de sus ensayos y representaciones, de convertirse en el cronista más influyente de la desilusión de su generación con el comunismo. Era, se ha dicho, "un lenonista más bien que un leninista".[86] Havel no pedía resistencia: en vista del poder de la policía estatal, tendría escaso objeto hacer tal cosa. En lugar de ello fomentó algo más sutil, y desarrolló normas para el comportamiento *individual* que fueran *distintas* de las de relacionarse con el Estado. Quienes no hacían esto, escribió, "confirman el sistema, satisfacen el sistema, hacen el sistema, *son* el sistema". Pero quienes eran fieles a lo que creían ellos —incluso en un asunto tan pequeño como la decisión de un cervecero de producir cerveza mejor que la requerida por los reglamentos oficiales— podrían a fin de cuentas subvertir el sistema. "Cuando una persona grita '¡El emperador va desnudo!', cuando una sola persona quebranta las reglas del juego, exponiéndolo como juego que es, todo aparece de repente bajo una nueva luz y toda la corteza parece entonces hecha de un tejido a punto de desgarrarse y desintegrarse sin control."[87]

Havel dio voz —precisamente como Brézhnev sin querer dio legitimidad— a las presiones que habían ido acumulándose a

través de la Unión Soviética y la Europa oriental a fin de terminar la doble vida que el marxismo-leninismo había parecido requerir: al mismo tiempo surgía la visión de una sociedad en la cual la moralidad universal, la moralidad del Estado y la moralidad individual pudieran ser lo mismo. En este punto Dios, o por lo menos Sus agentes, intervenía para convertir aquella visión en una inesperada —y para el Kremlin profundamente alarmante— realidad.

Karol Wojtyła, un actor consumado, poeta, dramaturgo y atleta, había entrado en el sacerdocio en 1946 y había sido nombrado arzobispo de Cracovia en 1964 con plena aprobación del Partido Comunista Polaco, que impuso su veto sobre otros siete candidatos. Sería difícil encontrar un ejemplo más claro de falibilidad histórica, ya que el papa Paulo VI hizo cardenal a Wojtyła, y luego, el 16 de octubre de 1978, sus compañeros cardenales lo eligieron, a los 58, el papa más joven en 132 años, el primer papa no italiano en 455 años, y el primer papa eslavo que hubo. "¿Cómo iba a ser posible permitir la elección de un ciudadano de un país socialista como papa?", preguntó Andropov a su desventurado jefe de oficina en Varsovia. No había buena respuesta a esto, pues ni siquiera el KGB controlaba los cónclaves papales.

Tampoco, según pronto fue claro, controlaba la vida espiritual del pueblo polaco. "La rda es nuestro enemigo", advirtió un dirigente desesperado del partido, antes de que Juan Pablo II hiciera su primera visita, como supremo pontífice, a su país natal:

> Es peligroso porque hará de San Estanislao [el santo patrono de Polonia] […] un defensor de los derechos humanos […] Nuestras actividades planeadas para ateizar a la juventud no sólo no pueden disminuir sino que deben desarrollarse intensamente […] A este respecto, todos los medios están permitidos y no podemos tolerar ningún sentimiento.

"Adopten mi consejo —dijo Brézhnev al dirigente del partido

Polaco, Edward Gierek—; no le hagan ninguna recepción. Sólo causará trastornos." Cuando Gierek protestó diciendo que difícilmente podía rechazar al primer papa polaco, el viejo del Kremlin replicó: "Bueno. Hagan lo que quieran. Pero cuídense de tener que lamentarlo".[88]

Era, por una vez en Brézhnev, una predicción exacta de lo que vendría. Pero era demasiado tarde para evitarlo, porque Wojtyła había laborado calladamente durante años —como sacerdote, arzobispo y cardenal— para preservar, fortalecer y expandir los lazos entre la moralidad individual de los polacos y la moralidad universal de la Iglesia Católica Romana. Ahora, como papa, era testigo de su éxito.

Cuando Juan Pablo II besó el suelo en el aeropuerto de Varsovia el 2 de junio de 1979, inició el proceso merced al cual el comunismo en Polonia —y a fin de cuentas en todas partes del resto de Europa— llegaría a su conclusión. Cientos de millares de sus compatriotas vitorearon su entrada en la ciudad, gritando "¡Queremos Dios, queremos Dios!" Un millón lo saludó al día siguiente en Gniezno. En Cz ˛estochowa, al día siguiente las multitudes fueron aún mayores: aquí el papa mañosamente recordó a las autoridades que la enseñanza de la Iglesia acerca de la libertad religiosa "cuadra directamente con los principios promulgados en los documentos de Estado e internacionales, incluyendo la Constitución de la República Popular Polaca".

Para cuando el papa llegó a su ciudad natal de Cracovia, entre dos y tres millones de personas estuvieron presentes para darle la bienvenida, muchos de ellos los jóvenes que el partido había esperado "ateizar". "¿Quién está haciendo todo este ruido?", bromeó el papa. "¡Estáte con nosotros!", cantaban como respuesta. "¡Estáte con nosotros!" Cuando abandonó la ciudad en la cual, según dijo, "cada piedra y cada ladrillo me son caros", Juan Pablo reiteró el gran tema de su papado: "No tengáis miedo".

> Debéis ser fuertes, queridos hermanos y hermanas […] con la fuerza de la *fe* […] Debéis ser fuertes con la fuerza de la *esperanza* […] Debéis ser fuertes con el *amor*, que es más fuerte que la muerte […] Cuando somos fuertes con el Espíritu de Dios, somos también fuertes con la fe en el hombre […] no hay por lo tanto necesidad de temer.[89]

"¡El papa!", le gustaba repetir, según dicen, a Jósif Stalin. "¿Cuántas divisiones *tiene*?"[90] Juan Pablo II, durante los nueve días que pasó en Polonia en 1979, dio la respuesta. Esto también era un acontecimiento, como habría dicho Dobrynin, "totalmente más allá de la imaginación de la dirigencia soviética".

[Notas]

---

[1] Nicolás Maquiavelo, *The Prince*, traducido por Harvey C. Mansfield, 2a. ed. (Chicago: University of Chicago Press, 1998), p. 61.

[2] Anatoly Dobrynin, *In Confidence: Moscow's Ambassador to America's Six Cold War Presidents (1962-1986)* (Nueva York: Random House, 1995), p. 316.

[3] Richard M. Nixon, *RN: The Memoirs of Richard Nixon* (Nueva York: Grosset and Dunlap, 1978), p. 1018.

[4] Entrevista con David Frost, 19 de mayo de 1977, http://landmarkcases.org/nixon/nixonview.html.

[5] Para una historia breve de la crisis Watergate, véase Keith W. Olson, *Watergate: The Presidential Scandal that Shook America* (Lawrence: University Press of Kansas, 2003).

[6] "Idea for a Universal History with a Cosmopolitan Purpose", en Hans Reiss, ed., *Kant: Political Writings*, traducido por H. B. Nisbet, 2a. ed. (Cambridge: Cambridge University Press, 1991), p. 45.

[7] Adam Roberts, "Order/Justice Issues at the United Nations", en Rosemary Foot, John Lewis Gaddis y Andrew Hurrell, eds., *Order and Justice in International Relations* (Nueva York: Oxford University Press, 2003), p. 53. También me he beneficiado, en los párrafos siguientes, con la lectura del libro venidero de mi colega Paul Kennedy, *The Parliament of Man: The Past, Present, and Future of the United Nations.*

[8] Alonzo L. Hamby, *Man of the People: A Life of Harry S. Truman* (Nueva York: Oxford University Press, 1995), p. 13.

[9] Kennan a Dean Acheson, 14 de noviembre de 1949, *FRUS: 1949*, ii, 19.

[10] JCS 1769/1, "United States Assistance to Other Countries from the Standpoint of National Security", 29 de abril de 1947, *FRUS: 1947*, I, 748.

[11] Roberts, "Order/Justice Issues at the United Nations", pp. 62-63.

[12] He aprovechado, en esta sección y la siguiente, algunos de los argumentos

que adelanté en *The United States and the End of the Cold War: Implications, Reconsiderations, Provocations* (Nueva York: Oxford University Press, 1992), pp. 48-60.

[13] "X" [George F. Kennan], "The Sources of Soviet Conduct", *Foreign Affairs*, 25 de julio de 1947, p. 582.

[14] Arnold Wolfers, citado en Wilson D. Miscamble, C. S. C., *George F. Kennan and the Making of American Foreign Policy, 1947-1950* (Princeton: Princeton University Press, 1992), p. 104.

[15] Sallie Pisani, *The CIA and the Marshall Plan* (Lawrence: University Press of Kansas, 1991), p. 70. Véase también Miscamble, *Kennan and the Making of American Foreign Policy*, pp. 106-111, y James Edward Miller, *The United States and Italy, 1940-1950: The Politics and Diplomacy of Stabilization* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1986), pp. 243-249.

[16] NSC 10/2, "National Security Council Directive on Office of Special Projects", 18 de junio de 1948, *FRUS: 1945-1950: Emergence of the Intelligence Establishment* (Washington: Government Printing Office, 1996), p. 714.

[17] "Memorandum of Conversation and Understanding", bosquejado por Frank G. Wisner y aprobado por Kennan, 6 de agosto de 1948, *ibid*., p. 720.

[18] Anne Karalekas, "History of the Central Intelligence Agency", en U.S. Congress, Senate, Select Committee to Study Government Operations with Respect to Intelligence Activities, *Final Report: Supplementary Detailed Staff Reports on Foreign and Military Intelligence: Book IV* (Washington: Government Printing Office, 1976), p. 31.

[19] *Ibid*., pp. 31-32.

[20] Para una descripción completa de estas actividades de la CIA, véase John Ranelagh, *The Agency: The Rise and Decline of the CIA* (Nueva York: Simon and Schuster, 1986), pp. 203-228 y 246-269. Véase también, acerca de los vuelos de reconocimiento, R. Cargill Hall y Clayton D. Laurie, eds., *Early Cold War Overflights* (dos volúmenes) (Washington: National Reconnaissance Office, 2003).

[21] Miscamble, *Kennan and the Making of American Foreign Policy*, p. 109. Véase también George F. Kennan, *Memoirs: 1950-1963* (Boston: Little, Brown, 1972), pp. 202-203.

[22] NSC-68, "United States Objectives and Programs for National Security", 14 de abril de 1950, *FRUS: 1950*, i, 243-244.

[23] Para más acerca de esto, véase John Lewis Gaddis, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of American National Security Policy During the Cold War*, edición revisada y actualizada (Nueva York: Oxford University Press, 2005), capítulos 3-5.

[24] Loch K. Johnson, *America's Secret Power: The CIA in a Democratic Society* (Nueva York: Oxford University Press, 1989), p. 10. El informe fue designado como de su autor principal, el teniente general de la Fuerza Aérea James Doolittle.

[25] Gaddis, *The United States and the End of the Cold War*, p. 55. Cursivas en el original.

[26] Johnson, *America's Secret Power*, p. 10.

[27] Harold M. Greenberg, "The Doolittle Report: Covert Action and Congressional Oversight of the Central Intelligence Agency in the mid-1950s", ensayo *senior*, Departamento de Historia de la Universidad de Yale, 2005.

[28] Alocución de la secretaria de Estado, Madeleine K. Albright al consejo norteamericano-iranio, Washington, D. C., 17 de marzo de 2000; Nicholas Cullather, *Operation PB Success: The United States and Guatemala, 1952-1954* (Washington: Central Intelligence Agency, 1994); *FRUS: 1952-1954, Guatemala* (Washington: Government Printing Office, 1993).

[29] Robert E. Quirk, *Fidel Castro* (Nueva York: Norton, 1993), especialmente pp. 87-209.

[30] Véase James A. Bill, *The Eagle and the Lion: The Tragedy of American-Iranian Relations* (New Haven: Yale University Press, 1988).

[31] Ranelagh, *The Agency*, pp. 288-296. Véase también David E. Murphy, Sergei A. Kondrashev y George Bailey, *Battleground Berlin: CIA vs KGB in the Cold War* (New Haven: Yale University Press, 1997), pp. 205-237.

[32] Ranelagh, *The Agency*, pp. 285-288 y 307-309.

[33] Michael R. Beschloss, *Mayday: Eisenhower, Khrushchev and the U-2 Affair* (Nueva York: Harper & Row, 1986), pp. 173 y 372.

[34] Lawrence Freedman, *Kennedy's Wars: Berlin, Cuba, Laos, and Vietnam* (Nueva York: Oxford University Press, 2000), pp. 140-146.

[35] Conversación con el senador Richard Russell, 27 de mayo de 1964, en Michael R. Beschloss, ed., *Taking Charge: The Johnson White House Tapes, 1963-1964* (Nueva York: Simon and Schuster, 1997), p. 365.

[36] Johnson a Rusk, McNamara y McCone, 7 de diciembre de 1964, *FRUS: 1964-1968*, i, documento 440. Véase también Robert Dallek, *Flawed Giant: Lyndon Johnson and His Times, 1961-1973* (Nueva York: Oxford University Press, 1998), pp. 238-241 y 277.

[37] *Ibid*., p. 276.

[38] Gaddis, *Strategies of Containment*, pp. 256-258.

[39] *Ibid*., pp. 259-260.

[40] Stanley Karnow, *Vietnam: A History* (Nueva York: Viking, 1983), pp. 515-556.

[41] Nixon, *RN*, p. 390.

[42] *Ibid*., p. 382.

[43] Henry Kissinger, *White House Years* (Boston: Little, Brown, 1979), pp. 252-253; Olson, *Watergate*, p. 12.

[44] Nixon en una entrevista de radio y televisión, 4 de enero de 1971, *Public Papers of the Presidents of the United States: Richard M. Nixon, 1971* (Washington: Government Printing Office, 1972), p. 12.

[45] Memorándum de la CIA, encuentro de Nixon con Richard Helms, 16 de

septiembre de 1970, en Peter Kornbluh, ed., *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability* (Nueva York: New Press, 2004), p. 37.

[46] Viron Vaky a Kissinger, 14 de septiembre de 1970, citado en *ibid*., p. 11.

[47] Conversación de Nixon con Robert Haldeman, 1º de julio de 1971, en Stanley I. Kutler, ed., *Abuse of Power: The New Nixon Tapes* (Nueva York: Free Press, 1997), p. 8, cursivas en el original. Véase también Nixon, *RN*, pp. 508-515.

[48] Olson, *Watergate*, p. 37.

[49] Para algunos motivos posibles, véase *ibid*., pp. 36-42.

[50] Henry Kissinger, *Years of Upheaval* (Boston: Little, Brown, 1982), pp. 307-308.

[51] *Ibid*., pp. 542 y 546.

[52] Johnson, *America's Secret Power*, pp. 157-159 y 208.

[53] Ranelagh, *The Agency*, pp. 520-530 y 571-572.

[54] El relato reciente más completo, muy crítico hacia Nixon y Kissinger, es Kornbluh, *The Pinochet File*. La defensa por Kissinger de la política de la administración en *Years of Upheaval*, pp. 374-413, y *Years of Renewal* (Nueva York: Simon and Schuster, 1999), pp. 749-760.

[55] Véase especialmente Christopher Hitchens, *The Trial of Henry Kissinger* (Nueva York: Verso, 2001); William D. Rogers y Kenneth Maxwell, "Fleeing the Chilean Coup", *Foreign Affairs,* 83 (enero-febrero de 2004), pp. 160-165; David Glenn, " 'Foreign Affairs' Loses a Longtime Editor and His Replacement in Row Over Editorial Independence", *Chronicle of Higher Education*, 25 de junio de 2004, p. A25.

[56] Kissinger, *Years of Renewal*, p. 832.

[57] Piero Gleijeses, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002), pp. 230-396, proporciona la mejor explicación.

[58] Para más a este respecto, véase John Lewis Gaddis, *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War* (Nueva York: Oxford University Press, 1987), pp. 219-223.

[59] Entrevista televisiva de entonces, cnn *Cold War*, Episodio 7, "After Stalin".

[60] Dean Rusk, narrado a Richard Rusk, *As I Saw It* (Nueva York: Norton, 1990), p. 361. Véase también Chris Michel, "Bridges Built and Broken Down: How Lyndon Johnson Lost His Gamble on the Fate of the Prague Spring", ensayo *senior,* Departamento de Historia de la Universidad de Yale, 2003.

[61] Henry A. Kissinger, *A World Restored* (Nueva York: Houghton Mifflin, 1957), pp. 1-2.

[62] Alocución de Kissinger en la Conferencia *Pacem in Terris* III, Washington, 8 de octubre de 1973, en Henry A. Kissinger, *American Foreign Policy*, 3a. ed. (Nueva York: Norton, 1977), p. 121.

[63] *Ibid.*

[64] Conferencia de prensa de Henry Jackson, 20 de septiembre de 1974, cnn *Cold War*, Episodio 16, "Détente".

[65] Kissinger, *Years of Upheaval*, p. 254.

[66] Dobrynin, *In Confidence*, p. 268.

[67] Kissinger, *Years of Upheaval*, p. 243. Véase también Henry Kissinger, *Diplomacy* (Nueva York: Simon and Schuster, 1994), pp. 713-714.

[68] Robert D. English, *Russia and the Idea of the West: Gorbachov, Intellectuals, and the End of the Cold War* (Nueva York: Columbia University Press, 2000), p. 118.

[69] Len Karpinsky, citado en *ibid.*, pp. 114-115.

[70] Timothy Garton Ash, *The Uses of Adversity: Essays on the Fate of Central Europe* (Nueva York: Random House, 1989), p. 10.

[71] Minutas del Politburó, 7 de enero de 1974, en Michael Scammell, ed., *The Solzhenitsyn Files*, traducido bajo la supervisión de Catherine A. Fitzpatrick (Chicago: Edition Q, 1995), p. 284.

[72] John Lewis Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States: An Interpretive History*, 2a. ed. (Nueva York: McGraw-Hill, 1990), pp. 283-284.

[73] Kissinger, *Years of Renewal*, p. 636.

[74] Raymond Garthoff, *Détente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan*, edición revisada (Washington: Brookings Institution, 1994), pp. 125-139.

[75] Para mayor especulación sobre los motivos de Brézhnev, véase Kissinger, *Diplomacy*, p. 758.

[76] Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, "Final Act", Helsinki, 1º de agosto de 1975, en http://www.osce.org/docs/English/1990-1999/summits/helfa75e.htm.

[77] Las negociaciones son discutidas en William G. Hyland, *Mortal Rivals: Understanding the Hidden Pattern of Soviet-American Relations* (Nueva York: Simon and Schuster, 1987), pp. 114-119. Aquí utilizo también un artículo inédito de un estudiante de doctorado en historia, Universidad de Yale, Michael D. J. Morgan, "North America, Atlanticism, and the Helsinki Process".

[78] Dobrynin, *In Confidence*, p. 346.

[79] Hyland, *Mortal Rivals*, p. 122; Kissinger, *Years of Renewal*, p. 635.

[80] *Ibid.*, pp. 648-652 y 861-867.

[81] *Ibid.*, p. 866; *A Time to Heal: The Autobiography of Gerald R. Ford* (Nueva York: Harper & Row, 1979), pp. 422-425.

[82] Dobrynin, *In Confidence*, pp. 345-346.

[83] Más sobre esto en Daniel C. Thomas, "Human Rights Ideas, the Demise of Communism, and the End of the Cold War", *Journal of Cold War Studies*, 7 (primavera de 2005), pp. 111-112.

[84] Andrei Sajarov, *Memoirs*, traducido por Richard Lourie (Nueva York:

Knopf, 1990), pp. 456-457. Véase también Daniel C. Thomas, *The Helsinki Effect: International Norms, Human Rights, and the Demise of Communism* (Princeton: Princeton University Press, 2001).

[85] Garton Ash, *The Uses of Adversity*, p. 64; Gale Stokes, *The Walls Came Tumbling Down: The Collapse of Communism in Eastern Europe* (Nueva York: Oxford University Press, 1993), pp. 24-25.

[86] *Ibid*., p. 24.

[87] Václav Havel, *Living in Truth*, editado por Jan Vladislav (Londres: Faber and Faber, 1989), p. 59. Véase también Garton Ash, *The Uses of Adversity*, p. 192; y Jonathan Schell, *The Unconquerable World: Power, Nonviolence, and the Will of the People* (Nueva York: Metropolitan Books, 2003), pp. 195-204.

[88] George Weigel, *Witness to Hope: The Biography of Pope John Paul II, 1920-2005* (Nueva York: Harper, 2005), pp. 184-185, 279, 301 y 304.

[89] *Ibid*., pp. 293 y 305-320.

[90] La mejor fuente de esta conocida cita, aunque sea indirecta, es Winston S. Churchill, *The Second World War: The Gathering Storm* (Nueva York: Bantam, 1961), p. 121. Para la reacción soviética a la visita de Juan Pablo II, véase Matthew J. Ouimet, *The Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine in Soviet Foreign Policy* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003), pp. 114-116.

VI. ACTORES

¡No tengáis miedo!
Juan Pablo II[1]

Buscad la verdad a partir de los hechos
Deng Xiaoping[2]

No podemos continuar viviendo así.
Mijaíl Gorbachov[3]

El papa había sido actor antes de volverse sacerdote, y su retorno triunfante a Polonia en 1979 reveló que no había perdido ninguna de sus habilidades teatrales. Pocos guías de su época se le igualaban en la capacidad de usar palabras, gestos, exhortaciones, rechazos, incluso bromas, para mover los corazones y las mentes de los millones que lo vieron y escucharon. Al mismo tiempo, un individuo único, mediante una serie de desempeños dramáticos, estaba cambiando el curso de la historia. Esto en un sentido era apropiado, porque la Guerra Fría misma era una especie de teatro donde las distinciones entre ilusiones y realidad no eran siempre evidentes. Presentaba grandes oportunidades para que los grandes actores desempeñaran grandes papeles.

Estas oportunidades no se volvieron plenamente evidentes, sin embargo, hasta principios de los años ochenta, pues fue sólo entonces cuando las formas *materiales* del poder, en las que los Estados Unidos, la Unión Soviética y sus aliados habían derrochado tanta atención durante tanto tiempo —las armas y misiles nucleares, las fuerzas militares convencionales, los establecimientos de inteligencia, los complejos industriales militares, las máquinas de propaganda—, empezaron a perder su potencia. El verdadero poder descansaba, durante la década final de la Gue-

rra Fría, en dirigentes como Juan Pablo II, cuyo dominio de *intangibles* —de cualidades tales como la valentía, la elocuencia, la imaginación, la determinación y la fe— les permitía exponer disparidades entre lo que la gente creía y los sistemas bajo los cuales la Guerra Fría había obligado a que vivieran. Las brechas eran más flagrantes en el mundo marxista-leninista, al grado de que cuando fueron cabalmente reveladas no hubo manera de cerrarlas, como no fuera desmantelando el comunismo mismo, y con ello concluyendo la Guerra Fría.

Conseguir esto requería actores. Sólo sus dramatizaciones podían suprimir las anteojeras mentales, productos ellas mismas de capacidades materiales, que habían conducido a tantos a concluir que la Guerra Fría duraría indefinidamente. Una generación entera había crecido considerando los absurdos de un empate entre potencias —un Berlín dividido en medio de una Alemania dividida en medio de una Europa dividida, por ejemplo — como orden natural de las cosas. Los estrategas de la disuasión se habían convencido solos de que el mejor modo de defender a sus países era no tener defensas en absoluto, sino más bien decenas de millares de misiles dispuestos para el lanzamiento en un momento. Los teóricos de las relaciones internacionales insistían en que los sistemas bipolares eran más estables que los multipolares, y que la bipolaridad soviético-norteamericana duraría de esta manera en el porvenir hasta donde quienquiera alcanzara a ver.[4] Los historiadores diplomáticos sostenían que la Guerra Fría había llegado a ser una "larga paz", una era de estabilidad comparable a la que Metternich y Bismarck habían presidido en el siglo XIX.[5] Eran precisos visionarios, saboteadores del *statu quo*, para ensanchar el alcance de la posibilidad histórica.

Juan Pablo II estableció la pauta desconcertando a las autoridades en Polonia, el resto de Europa oriental e incluso la Unión Soviética. Otros muchos siguieron pronto su ejemplo. Estaba Lech Walesa, el joven electricista polaco que se mantuvo fuera

de la puerta cerrada del astillero Lenin en Gdansk un día de agosto de 1980 —teniendo cerca un retrato del papa— anunciando la formación de *Solidarność*, el primer sindicato independiente en un país marxista-leninista. Estaba Margaret Thatcher, la primera mujer que llegara a primera ministra de Gran Bretaña, que disfrutaba siendo más firme que ningún hombre y que revivió la reputación del capitalismo en Europa occidental. Estaba Deng Xiaoping, el diminuto, frecuentemente purgado pero implacablemente pragmático sucesor de Mao Zedong, quien suprimió las prohibiciones del comunismo sobre la empresa privada, estimulando al pueblo chino para que "se hiciera rico".

Estaba Ronald Reagan, el primer actor profesional en llegar a presidente de los Estados Unidos, que usaba sus capacidades teatrales para reconstruir la confianza en su país de asustar a los líderes envejecidos del Kremlin, y después de que los remplazó un guía vigoroso, ganar su confianza y añadir su cooperación en la tarea de cambiar a la Unión Soviética. El nuevo líder de Moscú era, por supuesto, Mijaíl Gorbachov, que había procurado él mismo dramatizar lo que lo diferenciaba de sus predecesores: haciendo esto, barrió el hincapié del comunismo en la lucha de clases, su insistencia en la inevitabilidad de una revolución proletaria mundial, y así sus pretensiones de infalibilidad histórica.

Era una época, por tanto, de líderes que a través de sus enfrentamientos con el modo como eran las cosas, y su capacidad para inspirar a los auditorios para que los siguieran —mediante sus éxitos de *teatro* que era la Guerra Fría— enfrentaban, neutralizaban y superaban a las fuerzas que habían perpetuado por tanto tiempo la Guerra Fría. Igual que todos los buenos actores, llevaron la obra finalmente a una conclusión.

I

Difícilmente habrían podido lograr esto si el escenario no hubiera sido establecido por el derrumbe de la distensión. Cuando fue elaborada en Washington, Moscú y otras capitales de la Guerra Fría, aquella estrategia había parecido un desenvolvimiento prometedor. No liberó al mundo de las crisis, pero el nuevo espíritu de cooperación pareció limitar su frecuencia y gravedad: las relaciones soviético-norteamericanas a fines de los años sesenta y principios de los setenta fueron mucho menos volátiles que durante las primeras tres décadas de Guerra Fría, cuando los enfrentamientos brotaban casi anualmente. Esto era un logro importante, porque con las superpotencias dueñas más o menos de la misma capacidad para destruirse, los riesgos de escalamiento eran aún mayores que en otro tiempo. La distensión estaba convirtiendo una situación peligrosa en un *sistema* predecible, con el propósito de asegurar la sobrevivencia del ajuste geopolítico de 1945, así como para la humanidad en conjunto.

La humanidad, sin embargo, no quedaba particularmente agradecida. Pues precisamente como la Guerra Fría había congelado los resultados de la segunda Guerra Mundial, así la distensión trataba de congelar a la Guerra Fría en su sitio. Su propósito no era terminar dicho conflicto —las diferencias que dividían a sus antagonistas eran todavía demasiado profundas para eso— sino más bien establecer reglas según las cuales sería llevada adelante. Éstas incluían evitar los encuentros militares directos, respetando las esferas existentes de influencia, tolerando las anomalías físicas como el Muro de Berlín y las anomalías mentales como la doctrina de la Destrucción Mutua Asegurada, evitando los esfuerzos por desacreditar o socavar a los dirigentes en uno y otro bando, e incluso una disposición mutua, merced a la nueva tecnología de los satélites de reconocimiento, para permitir espiar lo que ocurriera a centenares de kilómetros sobre la Tierra. [6] Los arquitectos de la distensión miraban hacia adelante a la posibilidad, como dijo Kissinger en 1976, de "transformar el

conflicto ideológico en participación constructiva en la construcción de un mundo mejor".[7] Sin embargo, como el cambio seguía pareciendo peligroso, convinieron en aceptar, en el futuro predecible, el mundo como era.

Lo que esto significaba era que ciertas naciones continuarían viviendo bajo un gobierno autoritario, en tanto que otras elegirían y suprimirían gobiernos por medios constitucionales. Algunas economías continuarían beneficiándose con las eficiencias de los mercados abiertos; otras se estancarían bajo una planeación central. Algunas sociedades continuarían disfrutando del derecho de libre expresión; otras podían mantenerse en seguridad sólo permaneciendo calladas. Y todo el mundo seguiría enfrentándose a la posibilidad de la incineración nuclear si los delicados mecanismos de la disuasión fallaran alguna vez. La distensión negaba la igualdad de oportunidades, excepto en la aniquilación.

Podría haber durado si las élites siguieran manejando el mundo, pero la deferencia a la autoridad no era lo que fue en otro tiempo. Había gobiernos ahora más libremente elegidos que nunca, lo cual significaba que más gente que antes podía deponer a sus líderes.[8] La democracia seguía pareciendo una perspectiva distante en los países marxista-leninistas; aun allí, a pesar de todo, la instrucción superior sancionada oficialmente dificultaba a los gobiernos evitar que los individuos pensaran por sí mismos, a despecho de que generalmente tuvieran que guardarse sus pensamientos.[9] Y donde la democracia y la instrucción no se habían difundido, como en el "tercer mundo", otra tendencia global —el advenimiento de las comunicaciones de masas— estaba haciendo posible movilizar movimientos de maneras que los líderes no siempre preveían y no siempre lograban controlar.[10]

Así quedó en claro que el peligro nuclear disminuía, que la

credibilidad de las economías de mando se estaba desgastando, y que seguía habiendo normas universales de justicia, mientras se hacía más difícil defender la idea de que unos cuantos líderes poderosos en la cumbre, por elogiables que fueran sus intenciones, tuvieran todavía el derecho de determinar cómo vivía cada quién. A pesar de sus orígenes elitistas, la distensión requería apoyo desde abajo, y esto resultó difícil de obtener. Era como un edificio construido sobre arenas movedizas: los fundamentos empezaban a agrietarse apenas los constructores concluían la fachada.

II

La pieza central de la distensión era el esfuerzo soviético-norteamericano de limitar la carrera armamentista nuclear. Las Conversaciones sobre la Limitación de Armas Estratégicas, puestas en marcha en 1969, habían producido en 1972 un acuerdo soviético-norteamericano que rematabа el número de misiles balísticos intercontinentales y lanzados desde submarinos que podía desplegar cada bando, así como un tratado que eliminaba cualquier defensa, salvo las simbólicas, contra tales misiles. Firmado por Nixon y Brézhnev en la cumbre de Moscú, los convenios SALT I, según fueron llamados, eran significativos por varias razones. Reflejaban el reconocimiento por parte de ambas superpotencias de que una carrera armamentista continuada sólo podía hacerlas menos seguras. Representaban un reconocimiento por parte de los Estados Unidos de que la Unión Soviética era ya su igual en posibilidades nucleares, y en algunas categorías de armas era superior. Legitimizaban la lógica de la Destrucción Mutua Asegurada: que mantenerse indefensos ante un ataque nuclear era el mejor modo de que ocurriera tal cosa. Y aceptaban el reconocimiento desde satélites como un método de

verificar que tales acuerdos fueran satisfechos.[11]

No obstante, el proceso SALT, como la distensión en sí misma, también evitaba ciertas cuestiones. Una era la reducción de armas nucleares: los convenios de Moscú congelaron los despliegues de misiles ICB y SLB, pero nada hacían para reducirlos o incluso restringir el número de cabezas balísticas que cada misil podía llevar. Los desequilibrios también eran un problema: SALT I dejó a la Unión Soviética muy adelante de los Estados Unidos en misiles ICB, y con menor ventaja en SLB. La administración Nixon justificó esta asimetría fundándose en que los misiles norteamericanos tenían mayor precisión que sus correlatos soviéticos y estaban equipados con múltiples cabezas balísticas. Señalaba también que SALT I no imponía restricciones sobre bombarderos de largo alcance, en lo cual los norteamericanos disfrutaban de superioridad hacía mucho, ni sobre los bombarderos y misiles de alcance más corto que habían colocado en portaviones y con aliados de la OTAN, o sobre las posibilidades nucleares de Inglaterra y Francia.[12]

La complejidad de aquel argumento hizo difícil venderlo al Congreso norteamericano, sin embargo, que halló difícil entender por qué debiera aprobar la superioridad soviética en *ninguna* categoría de armas estratégicas. Esto dejaba una abertura para el senador Henry Jackson —cuya enmienda Jackson-Vanik pronto pondría en tensión las relaciones soviético-norteamericanas en otro asunto— para aprobar una resolución que requería en todos los acuerdos posteriores de control de armas una igualdad numérica de todos los sistemas de armamento cubiertos. La resolución de Jackson complicó la siguiente serie de negociaciones —SALT II— porque los planificadores soviéticos y norteamericanos habían optado deliberadamente por no duplicar los arsenales estratégicos de unos y otros. Ahora los negociadores tendrían que hallar un camino, a pesar de todo, para imponer límites equivalentes sobre sistemas de armamento que no eran equi-

valentes. “Cómo lograrlo —recordaba Kissinger— era cosa que generosamente se dejaba a mi discreción.”[13]

Había costado dos años y medio negociar los convenios SALT I, que toleraban asimetrías. Las negociaciones SALT II, que no lo hacían, estaban arrastrándose aun cuando la administración Ford abandonó el puesto cinco años después. El Congreso —y, crecientemente, el Departamento de Defensa y la comunidad de estudios estratégicos— ya no quería encargar a Kissinger hacer los trueques entre sistemas de armas que habían producido SALT I: sus métodos, según censuraban los críticos, habían sido demasiado secretos, demasiado propensos a calcular mal, demasiado confiados en que los rusos mantendrían sus promesas. SALT II era un proceso más abierto, pero, por esta misma razón, menos afortunado.[14]

Jimmy Carter confiaba fijarlo por medios dramáticos. Se había comprometido durante la campaña de 1976 a no congelar sencillamente los arsenales estratégicos, sino a buscar grandes acciones al respecto: inclusive prometió en su discurso de toma de posesión moverse hacia la eliminación plena de las armas nucleares. Pero Carter había adoptado una posición aún más pronunciada acerca de los derechos humanos: habiendo criticado a Ford y Kissinger por no conseguir presionar lo suficiente a los rusos en esta cuestión, difícil le sería evitar hacer lo mismo él. De modo que Carter hizo las dos cosas a la vez. Sorprendió a los líderes del Kremlin pidiendo reducciones de las armas estratégicas significativamente mayores que las propuestas por la administración Ford, pero simultáneamente los irritó iniciando una correspondencia directa con Sajarov y recibiendo a disidentes soviéticos en la Casa Blanca. Carter mismo se sorprendió, a su vez, cuando Brézhnev rechazó ásperamente su propuesta de “grandes recortes”. SALT II fue vuelto a poner en conserva.[15]

Si las decisiones de Carter eran miopes, Brézhnev hacía más

que juego con ellas. Para cuando la administración norteamericana nueva tomó el cargo, el líder soviético había empezado a padecer graves problemas de salud ocasionados en parte por el uso excesivo de medicamentos.[16] Esto le dificultaba concentrarse en las complicaciones del control de armas, que hallaban difíciles de dominar incluso los líderes saludables. Como resultado, Brézhnev cedió en gran medida su responsabilidad en estas cuestiones a los militares soviéticos, quienes emprendieron una serie de iniciativas que parecían vigorizar el espíritu de SALT I. Incluían programas ambiciosos de modernización de misiles y defensa civil, junto con un hincapié continuado en la doctrina estratégica, en operaciones ofensivas.[17] Esto hizo más fácil para los críticos norteamericanos del control de armas sustanciar su escepticismo propio acerca de SALT II.

Entonces, en 1977, la Unión Soviética empezó a desplegar un misil de mediano alcance muy preciso, el SS-20, contra blancos en Europa occidental. Ambos bandos habían puesto en posición tales misiles anteriormente, pero el SS-20 representaba una mejora significativa y los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN no fueron advertidos. Cosa notable, tampoco lo fue el Ministerio del Exterior soviético: el Politburó aprobó el despliegue únicamente con fundamentos militares. El máximo especialista norteamericano acerca del Kremlin, Georgi Arbatov, admitió después que "la mayoría de nuestros expertos y diplomáticos supieron de ello merced a la prensa occidental". Era, según reconoció Anatoly Dobrynin, una decisión "particularmente desastrosa", porque provocó demandas en la OTAN —completamente inesperadas en Moscú— de un contradespliegue norteamericano.[18] Para 1979, la administración Carter estaba lista con una propuesta de instalar misiles Pershing II y de crucero en lugares escogidos de Europa occidental. Los Pershing tenían la fama de ser 15 veces más precisos que los SS-20. El tiempo de vuelo a Moscú sería de aproximadamente 10 minutos.[19]

A pesar de estas trabas, los negociadores de SALT II finalmente produjeron un tratado complicado, que Carter y un Brezhnev evidentemente enfermo firmaron en Viena en junio de 1979. Pero para entonces el proceso completo de control de armas era objeto de críticas por parte tanto de los demócratas como de los republicanos, que sostenían que no se había logrado nada hacia la reducción del peligro nuclear, que había puesto en peligro la seguridad occidental permitiendo mejoramientos en las posibilidades soviéticas, y que era inverificable. Carter sometió el tratado al Senado, sin embargo, pero entonces, en un esfuerzo mal guiado por demostrar su firmeza propia, denunció lo que llamó un reciente despliegue moscovita de una "brigada de combate" soviética en Cuba. Una indagación más honda llevó al hecho embarazoso de que la unidad había estado allí desde 1962, y que su presencia había sido parte del trato por el cual Kennedy y Jruschov habían resuelto la crisis cubana de los misiles. La controversia hizo que el Senado retrasara la consideración del tratado SALT II y allí seguía languideciendo en diciembre de 1979, cuando la OTAN convino en despliegues de misiles Pershing II y de crucero, lo cual sólo condujo a que la Unión Soviética respondiera invadiendo Afganistán.[20]

III

La sucesión de acontecimientos que la llevó a hacer esto puede remontarse a otro acuerdo —aún más problemático que SALT I— alcanzado en la cumbre de Moscú en 1972. En una declaración conjunta de Principios Básicos, Nixon y Brézhnev prometían que sus países procurarían evitar "esfuerzos por obtener ventaja unilateral a expensas del otro".[21] Tomado literalmente, esto parecía implicar que la estabilidad había llegado a caracterizar las relaciones entre superpotencias en Europa y Asia

del nordeste y ahora se extendería por el resto de Asia, el Oriente Medio, África y América Latina: que Washington y Moscú rechazarían cualquier oportunidad que pudiera surgir de desplazar el *statu quo* en aquellas partes del mundo. Pronto, sin embargo, fue claro que los Principios Básicos no habían de tomarse literalmente. Al igual que SALT, tapaban las grietas con papeles.

Los rusos saludaron los Principios Básicos como otro reconocimiento de paridad con los norteamericanos. Brézhnev, sin embargo, cuidó de insistir en que la lucha de clases continuaría: "Esto debe esperarse, ya que el panorama mundial y las metas de clase del socialismo y del capitalismo se oponen y son inconciliables".[22] Los norteamericanos vieron los Principios Básicos como un modo de constreñir a los rusos. "Por supuesto no eran un contrato legal —explicó Kissinger—. Establecieron una norma de conducta mediante la cual juzgar si se lograban verdaderos progresos […] Los esfuerzos por reducir el peligro de guerra nuclear […] debían enlazarse a un término de la constante presión soviética contra el equilibrio global de poder."[23] A pesar de las apariencias, pues, no había coincidencia de mentalidades en Moscú acerca del establecimiento de esferas de influencia en el "tercer mundo". Si acaso, los años siguientes presenciaron aquí una búsqueda intensificada de ventajas unilaterales.

La primera oportunidad le tocó a los norteamericanos. La cumbre de Moscú había pescado por sorpresa a Anwar el-Sadat, el sucesor de Nasser como presidente de Egipto. La Unión Soviética no había hecho nada para evitar que Israel ocupara la Península del Sinaí y la Franja de Gaza durante la Guerra de los Seis Días de 1967, y ahora Brézhnev parecía estar descartando los esfuerzos venideros para ayudar a Egipto a recuperar estos territorios.[24] Sadat decidió, por lo tanto, concluir sus prolongadas relaciones con la URSS y buscar una nueva con los Estados Unidos, que, como aliado de Israel, podría estar en una mejor posición para presentar las concesiones de Israel. Cuando Nixon

y Kissinger lo desconocieron, aun después de que Sadat expulsó a unos 15 000 consejeros militares soviéticos de Egipto, encontró una manera de captar su atención lanzando un ataque por sorpresa a través del Canal de Suez en octubre de 1973. Fue una guerra que Sadat esperaba perder, combatida en pos de un objetivo político que él calculó con astucia que ganaría. Pues ¿dejarían los norteamericanos que Israel humillara a un líder que ya había disminuido la influencia soviética en el Oriente Medio? No lo hicieron. Después de que los israelíes rechazaron el ataque egipcio con ayuda de enormes cargamentos norteamericanos de armas, Kissinger rechazó una demanda de Brézhnev de un cese al fuego impuesto juntamente, ordenando incluso una breve alerta nuclear para reforzar el rechazo. Negoció entonces personalmente un término a las hostilidades, ganándose la gratitud tanto de El Cairo como de Tel Aviv mientras los rusos no ganaban nada. Cinco años después de negociaciones con los israelíes mediadas por el presidente Carter, Sadat recuperó el Sinaí, junto con el Premio Nobel de la Paz que compartió con el primer ministro israelí Menájem Beguin. El líder egipcio, concluyó Kissinger, había sido "un hombre notable". Parecía "libre de la obsesión con los detalles con los cuales dirigentes mediocres creían que estaban dominando los acontecimientos, aunque para ser absorbidos por éstos".[25]

Esto puede haber sido una autocrítica sutil, pues fue Sadat quien magistralmente aprovechó la oportunidad para sacar a la Unión Soviética del Oriente Medio, y fueron Nixon y Kissinger quienes tragaron el cebo. La distensión, según Kissinger posteriormente, había sido "en parte un tranquilizante para Moscú mientras procurábamos atraer hacia relaciones más estrechas al Oriente Medio, a expensas de los soviéticos".[26] Pero esto huele a justificación retrospectiva: hay pocas pruebas de que él o Nixon tuvieran tal propósito en mente antes de que Sadat actuara. Lo que el episodio reveló fue, en cambio, la fragilidad de la

distensión: si una potencia regional podía maniobrar a una superpotencia para que buscara ventaja unilateral a expensas de la otra —violando con ello su promesa explícita hecha a ésta— entonces, como observó Dobrynin, la distensión "era muy delicada y frágil". La guerra de 1973 y lo que la siguió "dañó definitivamente la confianza entre las dirigencias de ambas potencias".[27]

Los superiores de Dobrynin no fueron mejores resistiendo tentaciones cuando surgieron éstas. En los años que siguieron, la entrega de la Unión Soviética a la lucha de clases atrajo a partes del mundo que, según cualquier cálculo realista de los intereses, difícilmente se habrían considerado como vitales. Por lo menos el Oriente Medio, del cual Kissinger trataba de excluir a los rusos, era estratégicamente significativo para los Estados Unidos. Pero ¿cuál era la importancia, para la Unión Soviética, de Vietnam, Angola, Somalia y Etiopía, países sobre los cuales Moscú extendió su influencia a mediados de los años setenta?

La única cosa que enlazaba estas participaciones, recordó Dobrynin, era "una idea sencilla pero primitiva de la solidaridad internacional, que significaba hacer nuestro deber en la lucha antiimperialista". Semejante pauta apareció primero en Vietnam, donde los llamamientos de Hanoi a la "solidaridad fraternal" habían desviado regularmente la presión soviética para concluir la guerra con los norteamericanos, hacia la cual los dirigentes del Kremlin nunca habían mostrado entusiasmo. Pero la victoria de Vietnam del Norte en 1975, junto con la prohibición, por parte del Congreso, de intervenir en Angola, desplazó los cálculos: si los Estados Unidos podían ser derrotados en Asia del sudeste y disuadidos en África meridional, entonces ¿cuán creíble sería la fuerza norteamericana en otras partes? Tal vez la lucha de clases en el "tercer mundo" realmente estaba afianzándose. Tales opiniones eran más fuertes, ha sostenido Dobrynin en el Departamento Internacional del Partido Comunista Soviético: "Convencidos de que la lucha en el Tercer Mundo tenía una base

ideológica", los líderes del partido "lograron implicar al Politburó en muchas aventuras en el Tercer Mundo". El *establishment* militar siguió adelante: "Algunos de nuestros máximos generales [...] estaban emocionalmente contentos por la desconfianza hacia los Estados Unidos implicada cuando mostrábamos nuestra bandera en zonas remotas".[28]

Era una estrategia poco prudente, sin embargo, porque conducía al Politburó a abandonar el control sobre dónde, cuándo y cómo desplegaba recursos: se sintió obligado a responder cuando los marxistas que competían por el poder lo requerían. La política llegó mucho más allá de apoyar a los "movimientos nacionales genuinos de liberación", señaló Dobrynin; en lugar de esto, equivalía "a interferir sobre una base ideológica en los asuntos internos de países donde las facciones internas combatían por el poder". Era una especie de "lazo ideológico".[29] Y prontamente fue víctima de victorias en Vietnam y Angola. "Según ocurre a menudo en la política —ha señalado Arbatov —, si se gana algo y parece que se ha triunfado, está uno prácticamente condenado a repetir la política. Lo hace uno hasta que se mete en un lío verdaderamente serio."[30]

Los errores comenzaron en 1977, cuando Somalia, cliente de los soviéticos, atacó a un régimen marxista recientemente instalado en la vecina Etiopía. Bajo la presión, igual que en Angola, de los cubanos militantes, los rusos trocaron los bandos, dejando a la administración Carter que se alineara con los somalíes y ganara recursos navales útiles en el Mar Rojo. No era nada claro lo que Moscú ganaba apoyando a los etíopes, aparte del agradecimiento de una dictadura brutal en un país sin costas y empobrecido, a más de solidaridad con Fidel Castro. Estos acontecimientos, sin embargo, envenenaron todavía más las relaciones con los Estados Unidos. Como Dobrynin reconoció posteriormente:

> Cometimos un grave error al meternos en el conflicto entre Somalia y Etiopía y

en la guerra en Angola. Nuestro abasto de equipo militar destinado a estas zonas, las actividades de las tropas cubanas allí, y especialmente nuestro puente aéreo para conducirlas allá, persuadieron a los norteamericanos de que Moscú había emprendido una amplia ofensiva contra ellos en pos del control sobre África. Aunque no eran tales, realmente, las cosas, estos acontecimientos afectaron intensamente la distensión.

Poco hicieron, sin embargo, para alterar el curso de la Guerra Fría. Los esfuerzos de las superpotencias gastados en África durante los setenta, concluía Dobrynin en los años noventa, fueron "casi enteramente vanos […] Veinte años después nadie, salvo los historiadores, los recordaban siquiera".[31]

Esto no fue verdad a propósito de lo que siguió. En abril de 1978, para sorpresa de Moscú, hubo un golpe marxista en Afganistán, que resultó en el derribo del gobierno pronorteamericano de aquel país. La tentación de explotar esta oportunidad era demasiado grande como para resistirla, y pronto la Unión Soviética estaba mandando ayuda al nuevo régimen de Kabul, que emprendió un ambicioso programa a fin de apoyar la reforma agraria, los derechos de las mujeres y la educación laica. Lo hizo, sin embargo, precisamente mientras se preparaba la revolución en el vecino Irán, que en enero de 1979 obligó a su sah Mohamad Reza Pahlevi al destierro, como grave inconveniente para los Estados Unidos, y lo sustituyó por el ayatolá Jomení. Los rusos y sus nuevos clientes afganos no estaban más preparados para esto que los norteamericanos lo estuvieron, y a mediados de marzo estalló una violenta rebelión en Herat, cerca de la frontera con Irán, que condujo a la muerte de unas 5 000 personas, incluyendo a 50 consejeros soviéticos y sus familias. Los afganos echaron la culpa a Jomení, pero desde el punto de vista de Moscú la impopularidad del régimen de Kabul era responsable también.[32]

"¿Tienen ustedes apoyo entre los trabajadores, los habitantes de las ciudades y la pequeña burguesía? —le preguntó el primer

ministro soviético Alexéi Kosygin al primer ministro afgano Nur Mohammed Taraki, en una conversación telefónica máximamente secreta—. ¿Hay todavía alguien de su parte?" La respuesta de Taraki fue escalofriante: "No hay apoyo activo por parte de la población. Está casi por entero bajo la influencia de consignas chiitas de no seguir a los infieles sino a ellos".[33] Fue un momento significativo en la historia del marxismo-leninismo: una ideología que había pretendido saber el camino hacia una revolución proletaria mundial se encontró enfrentada a una revolución religiosa regional, para la cual eran completamente inadecuadas sus herramientas analíticas.

Los líderes soviéticos consideraron una intervención militar, pero pronto decidieron contra ella. Con la cumbre Carter-Brézhnev en Viena cerca, con el tratado SALT II aún por firmar, con la decisión de la OTAN acerca de los misiles Pershing y de crucero todavía sin hacer, con Moscú preparándose para los juegos olímpicos de 1980 y con la distensión viva todavía, parecía un momento inoportuno para invadir un país conocido por su habilidad al rechazar a invasores desde los tiempos de Alejandro el Grande. "El despliegue de nuestras fuerzas en el territorio de Afganistán inmediatamente despertaría a la comunidad internacional —explicó Kosygin a Taraki—. Nuestras tropas tendrían que luchar no sólo contra los agresores extranjeros sino contra cierto número de gente de usted. Y la gente no olvida tales cosas."[34]

Nueve meses después, sin embargo, el Politburó se dio la vuelta, lanzando una invasión en grande de Afganistán, cuyas consecuencias más que confirmarían la profecía de Kosygin. Las razones revelan cómo "el lazo ideológico" condujo al desastre estratégico. Habiendo perdido en su mayor parte el apoyo del pueblo afgano, la dirigencia cayó en Kabul casi en una guerra civil durante el verano de 1979. En septiembre, Taraki, recién regresado de Moscú, trató sin éxito de asesinar a su principal

rival, Hafizullah Amin, con objeto de arrestar y ejecutar a Amin. Esto perturbó a Brézhnev, quien había prometido personalmente apoyo a Taraki, y también alarmó a la inteligencia soviética, que sabía que Amin había estudiado en los Estados Unidos y ahora iniciaba contactos silenciosos con Washington. La preocupación, según la planteó un funcionario del KGB, era que Amin estaba "haciendo de Sadat con nosotros", y que dejado en el poder echaría a los rusos, permitiría la entrada de los norteamericanos y los invitaría a colocar "su control y centros de inteligencia cerca de nuestra frontera más sensible".[35] Parecía no haber otra posibilidad de remplazar al nuevo líder afgano, pero la única manera de lograrla, insistía el Ministerio de Defensa soviético, era enviar unos 75 000 soldados para aplastar cualquier resistencia interna o intervención externa que pudiera seguirse.

Y ¿qué pasaría con la reacción internacional ante semejante proceder? La cumbre de Viena se había celebrado ya, el tratado SALT II estaba atascado en el Senado de los Estados Unidos, y a principios de diciembre los aliados de la OTAN votaron por seguir adelante con su despliegue de misiles Pershing ii y de crucero. Con todo esto presente, los dirigentes supremos del Politburó —procediendo con consulta mínima, tal como lo hicieron al autorizar la cuestión del SS-20— ordenó una invasión en toda la regla de Afganistán. Las operaciones militares habían de comenzar, sin ningún tacto, el día de Navidad. A nadie de la embajada soviética en Washington se le pidió que predijera la reacción norteamericana: cualquiera que fuese, aseguró el ministro del Exterior Dobrynin, no necesitaba ser tomada en cuenta. Todo el asunto habría pasado, prometió el propio Brézhnev, "en tres o cuatro semanas".[36]

IV

La distensión no había, pues, logrado detener la carrera armamentista nuclear, o concluir las rivalidades entre superpotencias en el "tercer mundo", o por lo menos evitar que la Unión Soviética usara fuerza militar en contra para salvar el "socialismo", como lo había hecho en Checoslovaquia 12 años antes. Hasta aquí, las cosas eran claras en enero de 1980, un mes en el cual el presidente Carter retiró el tratado SALT II del Senado, impuso embargos sobre los granos y el envío de tecnología a la URSS, pidió un aumento significativo en los gastos de defensa, anunció que los Estados Unidos boicotearían las Olimpiadas de Moscú, y denunció la invasión de Afganistán como "la más grave amenaza a la paz desde la segunda Guerra Mundial". Fue un cambio sorprendente de un presidente que, al ocupar este puesto tres años antes, había confiado en concluir la Guerra Fría. Hasta Gromyko tuvo que admitir que "la situación internacional […] ha sufrido un vuelco para empeorar".[37]

Lo que no resultaba claro por entonces era, sin embargo, lo que significaba todo esto para el equilibrio global de poder. La mayoría de los expertos probablemente convengan en que se había dado una inclinación en favor de Moscú durante casi todos los años setenta. Los Estados Unidos habían reconocido la paridad estratégica con la Unión Soviética en SALT I, en tanto que aquel país había sostenido el derecho, merced a la Doctrina Brézhnev, de resistir todos los desafíos al marxismo-leninismo cuanta vez pudieran darse. A pesar del éxito de Kissinger al excluir a los rusos de las negociaciones de paz egipcio-israelíes, la guerra de 1973 había desencadenado un embargo árabe, seguido por aumentos de precios que abrumarían a la economía occidental por el resto de la década. Mientras tanto la urss, un exportador de petróleo de primera, recogía enormes provechos. Esto permitió sostener el gasto militar uniforme como porcentaje del producto nacional bruto durante los años setenta, tal vez inclusive aumentarlo, en una época en que el presupuesto norte-

americano equivalente, por razones relacionadas tanto con la economía como con la política, era cortado en dos.[38]

Los norteamericanos parecían atascados en discusiones interminables con ellos mismos, primero acerca de la Guerra de Vietnam, luego con Watergate, después, durante la presidencia de Carter, acerca de cargos por no haber logrado proteger a aliados importantes como el sah de Irán o Anastasio Somoza, el dictador nicaragüense cuyo gobierno cayó ante los sandinistas marxistas en el verano de 1979. El punto más bajo llegó en noviembre de aquel año, cuando los iraníes invadieron la embajada norteamericana en Teherán, tomando varias docenas de diplomáticos y guardias militares en rehenes. Esta humillación, seguida de cerca por la invasión soviética de Afganistán pocas semanas después, dio la impresión de que Washington estaba a la defensiva por doquier y Moscú en buena posición. Kissinger captó el pesimismo imperante cuando reconoció en el primer volumen de sus memorias, publicado aquel año, que "nuestra posición *relativa* estaba destinada a declinar conforme la URSS se recuperaba de la segunda Guerra Mundial. Nuestra posición militar y diplomática nunca fue más favorable que al *principio mismo* de la política de contención a fines de los años cuarenta".[39]

En este caso, sin embargo, la agudeza de Kissinger como historiador lo abandonó. Pues ha sido claro desde hace mucho —y debió de haber sido claro en aquel tiempo— que la Unión Soviética y sus aliados del Pacto de Varsovia iban cuesta abajo y que la distensión ocultaba sus dificultades. A principios de marzo de 1970 hubo una señal, cuando con el espíritu de la *Ostpolitik* las autoridades de Alemania oriental invitaron al canciller de Alemania occidental, Brandt, a visitar Erfurt, dándole imprudentemente un cuarto de hotel con una ventana que miraba a una plaza pública. Para su intenso embarazo, centenares de alemanes orientales se reunieron abajo, a fin de vitorear a su visitante: "La preparación de la reunión de Erfurt —admitieron los

funcionarios del partido— no fue plenamente reconocida como un componente clave en el conflicto de clases entre socialismo e imperialismo".[40]

Señales más graves de descontento surgieron en Polonia en diciembre siguiente; allí las protestas por los precios de la comida hicieron que el ejército disparara y matara a docenas de trabajadores en huelga en Gdansk y Gdynia. Significativamente, esta crisis no llevó a Moscú a invocar la Doctrina Brezhnev: en cambio, los dirigentes soviéticos ordenaron aumentar la producción de bienes de consumo y aprobaron las importaciones de comida y tecnología de Europa occidental y los Estados Unidos. Esto hizo que la estabilidad de la región no dependiera del uso de la fuerza militar, sino más bien de la disposición de los capitalistas para conceder crédito, lo cual era una sorprendente vulnerabilidad para los regímenes marxista-leninistas.[41]

Tampoco el auge petrolero carecía de lado oscuro. La Unión Soviética optó por plantear aumentos de precios a los europeos orientales: esto condujo a una duplicación de sus costos del petróleo en un año. Aunque no tan dramáticos como los aumentos a que se enfrentó el Occidente, los gastos no previstos socavaron los mejoramientos de nivel de vida que Moscú había esperado lograr.[42] Mientras tanto, los ingresos crecientes por el petróleo disminuían el incentivo para los planificadores soviéticos para hacer su economía más productiva. No representaba una fuente de fuerza para la urss sostener una carga para defensa que bien puede haber sido *tres veces* mayor que la de los Estados Unidos a fines de los años setenta, cuando su producto interno bruto era sólo de más o menos *un sexto* de las dimensiones del correlato norteamericano.[43] "Estábamos armándonos como adictos —recordaba Arbatov—, sin ninguna necesidad política visible."[44] Y el petróleo era el combustible de la adicción.

Así que desde este punto de vista el apoyo soviético a los revo-

lucionarios marxistas de África, el despliegue SS-20 y la invasión de Afganistán tienen menos aire de estrategia coordinada para desplazar el equilibrio global de poder, y más aspecto de ausencia de cualquier estrategia en absoluto. Pues ¿qué clase de lógica supone la permanencia de auges inesperados? ¿Qué clase de régimen provoca aquellos de los cuales se ha vuelto económicamente dependiente? ¿Qué clase de dirigencia, puestas así las cosas, se compromete a la defensa de los derechos humanos —como en Helsinki en 1975— pero entonces se sorprende cuando sus propios ciudadanos exigen tales derechos? La urss bajo el gobierno debilitado de Brézhnev se había vuelto incapaz de realizar la tarea más fundamental de cualquier estrategia efectiva: el uso eficaz de los recursos disponibles para lograr fines elegidos. Lo cual dejaba en otras partes abierto el campo para los líderes capaces de tales cosas.

V

Llegaron, igual que Juan Pablo II, de lugares inesperados: tal vez esto fue lo que los llevó a poner en tela de juicio la sabiduría convencional de los años setenta —de hecho toda la Guerra Fría — desde puntos de vista inesperados. Aprovecharon el hecho de que la distensión, a pesar de las esperanzas puestas en ella, había cambiado poca cosa. Usaron al máximo sus vigores como *individuos:* su carácter personal, su perseverancia frente a la adversidad, su valentía y franqueza, pero sobre todo su habilidad dramática, no sólo para comunicar estas cualidades a millones de otras personas, sino también para persuadir a estos millones mismos de adoptar dichas cualidades. Hicieron de los años ochenta algo asombrosamente distinto de la década anterior. Y empezaron a preparar el fin de la Guerra Fría.

Difícilmente se habría previsto, por ejemplo, que un seguidor desde hacía largo tiempo de Mao Zedong, apenas visible con su metro y medio de estatura junto a aquél, usaría el poder del Partido Comunista Chino para dar a su país una economía de mercado: "No importa que el gato sea blanco o negro —acostumbraba decir Deng Xiaoping—, mientras cace ratones". Los puntos de vista de Deng acerca de los gatos —con los cuales aludía a las ideologías— lo metieron en problemas con Mao durante la Revolución Cultural, por lo cual cuando la visita de Nixon en 1972 Deng estaba en el destierro con su familia cultivando verduras, cortando leña, trabajando en una planta de reparación de tractores y criando a su hijo, a quien los Guardias Rojos habían tirado desde el techo de una casa, dejándolo permanentemente paralítico. Mao llamó de nuevo a Deng a Beijing al año siguiente, reconociendo que había "hecho buenas acciones 70% del tiempo y malas acciones en 30%", aunque para purgarlo otra vez en 1976. Siempre elástico, Deng huyó al sur de China, se escondió y esperó pacientemente otra rehabilitación más. Llegó poco después de la muerte de Mao en septiembre del año, y para fines de 1978 Deng había vencido los manejos de todos sus rivales, y se había vuelto el "guía decisivo" de China.[45]

Para entonces ya había vuelto las tornas sobre su predecesor, sosteniendo que *Mao* había atinado 70% de las veces y no lo había hecho 30%: tal fue en adelante la doctrina del partido.[46] Entre las cosas "correctas" que había hecho Mao estaba revivir a China como gran potencia, mantener el monopolio político del Partido Comunista y abrir relaciones con los Estados Unidos como manera de contrarrestar a la Unión Soviética. Entre las cosas "equivocadas" estaba haber adoptado una economía de mando desastrosamente administrada. Con este pronunciamiento sobre los porcentajes, Deng se ganó el terreno para un camino muy diferente.

Implicaba experimentar con mercados a niveles locales y re-

gionales, después de lo cual Deng declararía cuáles funcionaban de modo coherente con los principios marxista-leninistas. Mediante esta actitud vuelta del revés, mostró que un partido comunista podía significativamente, y aun radicalmente, mejorar la vida de la gente que gobernaba, pero sólo abrazando el capitalismo. El ingreso por cabeza en China se triplicó entre 1978 y 1994. El producto interno bruto se cuadruplicó. Las exportaciones se expandieron por un factor de 10. Y cuando murió Deng, en 1997, la economía china se había vuelto una de las mayores del mundo.[47] El contraste con la economía soviética, que a pesar de los altos precios del petróleo no mostró crecimiento alguno en los años setenta y, de hecho, se contrajo durante los primeros años ochenta, fue una denuncia de la cual los dirigentes soviéticos nunca se recuperaron. "Después de todo —comentó desconsolado el recientemente depuesto Mijaíl Gorbachov en 1993—, la China actual es capaz de alimentar a su pueblo, que es superior a mil millones."[48]

Tampoco se habría esperado que la primera mujer que llegó a primera ministra en Gran Bretaña discutiría el Estado benefactor social en Europa occidental. El camino de Margaret Thatcher hacia el poder, lo mismo el de Deng, no había sido fácil. Nacida sin riqueza ni estatus, con la desventaja de su género en un *establishment* dominado por varones, ascendió hasta la cúspide mediante trabajo duro, ambición no disfrazada y completa incapacidad para decir sutilezas. Sus principales blancos fueron los altos impuestos, las industrias nacionalizadas, la deferencia hacia los sindicatos, y una reglamentación gubernamental intrusiva. "Ninguna teoría del gobierno recibió una prueba más certera […] que el socialismo democrático recibió en Inglaterra —sostuvo ella después—. Con todo, fue un fracaso deplorable en todos los respectos." Los resultados que produjo después de 11 años en el poder no fueron impresionantes, como los de Deng, pero mostraron que la privatización, la desregulación y el estí-

mulo a los empresarios —e incluso a la ambición, dijeron los críticos— podían encabezar el apoyo popular.[49] Esto también fue un golpe contra el marxismo, pues si el capitalismo realmente explotaba a "las masas", ¿por qué habría tantos en ellas que saludaban a "la dama de hierro"?

Thatcher tampoco desmenuzó las palabras acerca de la distensión. "Podemos sostener los motivos soviéticos —dijo ella a un auditorio norteamericano poco después de ocupar el cargo—, pero el hecho es que los rusos tienen las armas y las están multiplicando. Es simple prudencia para el Occidente el responder." La invasión de Afganistán no la tomó por sorpresa: "Yo había entendido desde hace mucho que la *détente* había sido utilizada despiadadamente por los soviéticos para explotar el descontrol y la debilidad occidentales. Yo conocía esta bestia".[50] Desde Churchill, no había aparecido un guía británico acostumbrado a usar el lenguaje de esta manera; repentinamente volvían a emplearse *palabras*, no eufemismos, para seguir diciendo *verdades*, no sandeces. Desde California, un actor cinematográfico convertido en político, y después reportero, concedió a la nueva primera ministra una entrevista entusiasta. "No podía yo ser más dichoso —dijo Ronald Reagan a su auditorio de radio—. He estado vitoreándola […] desde nuestro primer encuentro. Si alguien puede recordarle a Inglaterra la grandeza que conoció […] cuando a solas y *sin miedo* su pueblo combatió la Batalla de Gran Bretaña, será la primera ministra que la prensa inglesa ha apodado ya 'Maggie'."[51]

Poco antes de declarar su propia candidatura a la presidencia de los Estados Unidos, Reagan ya había puesto en claro lo que *él* pensaba de la distensión: "¿No es eso lo que hace un granjero con su pavo, hasta que llega el día de comérselo en acción de gracias?"[52] Su ascenso al poder, como el de Deng, Thatcher y Juan Pablo II, habría también sido difícil de suponer, pero al menos sus facultades para actuar fueron adquiridas profesional-

mente. Su fama como estrella cinematográfica precedió a la guerra atómica, incluso a la segunda Guerra Mundial, y le concedió una buena entrada cuando pasó a la política. Hizo también que sus opositores —algunas veces aun sus amigos— lo subestimaran, error grave, pues Reagan fue un político tan hábil como la nación no había visto en muchos años, y uno de los grandes estrategas agudos que se hubieran dado.[53] Su fuerza residía en su capacidad de ver la simplicidad más allá de la complejidad. Y lo que veía era sencillamente esto: que, como la distensión perpetuaba —y se había querido perpetuar— la Guerra Fría, sólo el vencer la distensión podía concluirla.

Reagan llegó a esta posición mediante la fe, el miedo y la confianza en sí mismo. Su fe era que la democracia y el capitalismo triunfarían sobre el comunismo, una "aberración pasajera que algún día desaparecerá del mundo", predijo en 1975, "porque es contraria a la naturaleza humana".[54] Su miedo era que antes de que eso ocurriera desaparecieran los seres humanos a consecuencia de una guerra nuclear. "Vivimos en un mundo —advirtió en 1976— en el cual las grandes potencias se han apuntado mutuamente […] con horribles misiles de destrucción […] que pueden llegar en minutos al otro país y destruir virtualmente el mundo civilizado en que vivimos."[55] La consecuencia era que ni el comunismo ni las armas nucleares debían continuar existiendo, y sin embargo la distensión garantizaba que así fueran las cosas. "No sé acerca de ustedes —dijo a un auditorio radiofónico en 1977—, pero yo no me arranco los pelos ni caigo en el pánico ante la posibilidad de perder la distensión."[56] Era esta garbosa confianza en sí mismo —la capacidad de Reagan para amenazar a la distensión sin parecer amenazarse solo— lo que lo empujó a una victoria abrumadora sobre Carter en noviembre de 1980, llevándolo al poder junto con los otros grandes contemporáneos, y los otros grandes actores de su época.

Había uno más —otro polaco, resultó— cuyo nombre poca

gente habría conocido tan sólo unos pocos meses antes. Un hombre bajo, recio, con un bigote colgante y movimientos saltarines como de Charlie Chaplin, había visto los disparos contra los astilleros de Gdansk en 1970 y había sido echado de su trabajo allí en 1976 por tratar de organizar a los trabajadores. Ahora, el 14 de agosto de 1980, con el resurgimiento de las protestas, el director del astillero trataba de calmar a una multitud enojada. Lech Walesa cayó sobre un excavador que había detrás de él, lo golpeó en el hombro y dijo: "¿Me recuerdas?" Dos semanas después —tras interminable agitación para reunir a sus partidarios entre excavadores, camiones y la puerta del astillero — Walesa anunció la formación del primer sindicato independiente y autónomo del mundo marxista-leninista. La pluma con la que firmó el acta para *Solidarno´s ´c* (Solidaridad) llevaba la imagen de Juan Pablo II. Y desde Roma el pontífice dio a conocer, tranquila pero inconfundiblemente, que aprobaba.[57]

Era un momento en el cual varias tendencias convergían: la supervivencia de una identidad polaca distintiva a pesar de los intentos de poderosos vecinos, durante varios siglos, para tratar de destruir el éxito de la Iglesia manteniendo su autonomía durante décadas de guerra, revolución y ocupación; la incompetencia del Estado para mantener la economía después de la segunda Guerra Mundial, lo cual desacreditó a su vez la ideología del partido gobernante. Pero las tendencias muy rara vez convergen automáticamente. Se necesitan guías para lograr que lo hagan, y aquí el actor-sacerdote de Cracovia y el actor-electricista de Gdansk actuaron según las fuerzas el uno y el otro, al grado de que empezaron a hacerse planes para sacar a ambos del escenario.

El agente fue Mehmet Ali Ağca, un joven turco que puede haber pensado matar a Walesa en una visita a Roma en enero de 1981, y que disparó sobre el papa y casi lo mató en la Plaza de San Pedro el 13 de mayo de 1981. Los nexos de A ˇgca con la

inteligencia búlgara se tornaron inmediatamente claros. La complicidad soviética fue más difícil de establecer, pero es forzar mucho la credulidad sugerir que los búlgaros hubieran emprendido una operación de esta importancia sin la aprobación de Moscú. Los acusadores de Estado italianos insinuaron vigorosamente esto en su informe oficial: "En algún lugar secreto, donde todo secreto está envuelto en otro secreto, alguna figura política de gran poder […] pensando en las necesidades del bloque oriental, decidió que era necesario matar al papa Wojtyła". El biógrafo del papa lo escribió más rotundamente. "La respuesta más sencilla y convincente […] es que la Unión Soviética no fue inocente en este asunto."[58]

Juan Pablo II se recuperó, atribuyendo su supervivencia a la intervención divina. Pero Solidaridad encontró su supervivencia cada vez más en riesgo conforme los dirigentes del Kremlin, que, alarmados de que cualquier gobierno comunista compartiera el poder con cualquiera, apremiaba a las autoridades polacas para suprimirlo. "Nuestros amigos escuchan, convienen con nuestras recomendaciones, pero prácticamente no hacen nada —dijo Brézhnev indignado— y la contrarrevolución avanza en todos los frentes." Podía inclusive arraigarse en la propia URSS: lo que acontecía en Polonia estaba "teniendo una influencia […] sobre los oblast occidentales de nuestro país", advirtió Yuri Andropov, jefe del KGB. "Por añadidura […]han brotado demostraciones espontáneas en partes de Georgia, grupos de gente gritando consignas antisoviéticas […] Así, debemos tomar medidas estrictas aquí también."[59]

Aparte de advertir a los polacos y de destruir a sus propios disidentes, no era nada claro, sin embargo, lo que la Unión Soviética podría hacer a propósito del reto encarnado por Solidaridad. La elección de Reagan aseguró que cualquier ocupación de Polonia provocaría una respuesta aún más dura que la de Carter a la invasión de Afganistán; mientras tanto, el Ejército Rojo es-

taba empantanado en este último país con costos y bajas crecientes y ninguna estrategia triunfante a la vista. La economía soviética difícilmente podía soportar la tensión de apoyar a la Europa oriental, cosa que habría hecho si, según parecía seguro en caso de acción militar contra Polonia, el Occidente imponía sanciones aún mayores. Además, la situación polaca no era como la de Checoslovaquia en 1968. El general Anatoly Gribkov recuerda haber advertido a sus superiores:

> En Checoslovaquia, los acontecimientos se desplegaron a partir de los escalones superiores del poder. En Polonia, en cambio, es el pueblo que se alza quien ha dejado de creer en el gobierno del país y la guía del Partido Unido de Trabajadores Polacos […] Las fuerzas armadas polacas están listas para el combate y son patrióticas. No dispararán sobre su propio pueblo.[60]

En diciembre de 1981, el Politburó había decidido *no* intervenir: "Inclusive si Polonia cae bajo el control de 'Solidaridad', así serán las cosas —participó Andropov a sus colegas—. Si los países capitalistas caen sobre la Unión Soviética […] eso será muy molesto para nosotros. Debemos ocuparnos sobre todo de nuestro propio país". El máximo ideólogo del Kremlin, Mijaíl Suslov, estuvo de acuerdo: "Si se introducen tropas, eso significará una catástrofe. Creo que hemos alcanzado un punto de vista unánime aquí a este respecto, y no puede considerarse en absoluto la introducción de tropas".[61]

Ésta fue una decisión notable en dos puntos. Significaba, primero, el fin de la Doctrina Brézhnev, y por lo tanto de la disposición de la Unión Soviética —que se extendía desde Hungría en 1956 y Alemania oriental en 1953— a usar la fuerza para conservar su esfera de influencia en Europa oriental. Pero también reconocía que el Estado marxista-leninista más poderoso del mundo ya no representaba a los proletarios más allá de sus fronteras, pues en Polonia por lo menos los trabajadores mismos habían rechazado aquella ideología. Si estas conclusiones se hu-

bieran conocido entonces, el desenredo de la autoridad soviética que aconteció en 1989 bien podría haber ocurrido ocho años antes.

Sin embargo, no se conocieron: en un raro ejemplo de dramatización afortunada, el Politburó convenció al nuevo líder polaco, el general Wojciech Jaruzelski, de que la urss estaba *a punto* de intervenir. Desesperado al tener que evitar esta consecuencia, impuso a regañadientes la ley marcial en la mañana del 13 de diciembre de 1981, aprisionó a los organizadores de Solidaridad y concluyó secamente el experimento de otorgar a los trabajadores autonomía dentro de un Estado de trabajadores. Actor siempre, Lech Walesa tenía su línea preparada para la ocasión. "Éste es el momento de la derrota de ustedes —dijo a los que llegaron para detenerlo—. Éstos son los últimos clavos en el ataúd del comunismo."[62]

VI

El 30 de marzo de 1981, seis semanas antes del atentado contra la vida del papa, otro asesino en potencia disparó y casi mató a Reagan. La Unión Soviética nada tenía que ver con este ataque: era el esfuerzo, más bien, de un joven demente, John W. Hinckley, para impresionar a su ídolo cinematográfico, la actriz Jodie Foster. El motivo improbable detrás de este acto casi fatal sugiere la importancia y vulnerabilidad de los individuos en la historia, pues si el vicepresidente de Reagan, George H. W. Bush, lo hubiera sucedido en aquel punto, la presidencia Reagan habría sido una nota histórica al pie y probablemente no hubiera habido un reto norteamericano a China en el *statu quo* de la Guerra Fría. Bush, al igual que la mayoría de los expertos políticos de su generación, vio aquel conflicto como un rasgo perma-

nente del paisaje internacional. Reagan, igual que Walesa, Thatcher, Deng y Juan Pablo II, decididamente no lo hicieron.[63]

Compartía su creencia en el poder de las palabras, en el poder de las ideas y en el uso del *teatro* para quebrar los constreñimientos del saber convencional. Vio que la propia Guerra Fría se había vuelto una convención, que demasiadas mentes en demasiados lugares se habían resignado a su perpetuación. Trató de romper el empate —que era, según creía, en gran medida psicológico— explotando la debilidad soviética y afirmando las fuerzas occidentales. Su arma favorita era la oratoria pública. El primer ejemplo llegó en la Universidad de Notre Dame el 17 de mayo de 1981, sólo mes y medio después del roce de Reagan con la muerte. El papa mismo había sido atacado cinco días antes, de modo que ésta pudo ser una ocasión de reflexiones sombrías acerca de la precariedad de la existencia humana. En lugar de esto, ateniéndose al espíritu del "no temáis" de Juan Pablo II, un presidente notablemente recuperado aseguró a su auditorio "que los años por venir son grandes para este país por causa de la libertad y la difusión de la civilización". Y entonces hizo una predicción atrevida, tanto más notable por el carácter casual con que la presentó:

> El Occidente no contiene el comunismo, trascenderá el comunismo. No se cuidará de […] denunciarlo, sino que lo despachará como un capítulo estrafalario de la historia humana cuyas últimas páginas están siendo escritas ahora mismo.

Éste era un tono completamente nuevo después de años de pronunciamientos de alto nivel acerca de la necesidad de aprender a vivir con la urss como superpotencia competitiva. Ahora Reagan enfocaba el carácter *transitorio* del poder soviético, y la certidumbre con la cual el Occidente podría esperar su anulación.[64]

El presidente desarrolló este tema en un escenario aún más

dramático el 8 de junio de 1982. La ocasión fue un discurso ante el Parlamento británico, pronunciado en Westminster con la presencia de la primera ministra Thatcher. Reagan empezó hablando de Polonia, país que había "contribuido grandemente a la civilización europea" y continuaba haciéndolo "manteniéndose magníficamente opuesta a la opresión". Se hizo entonces eco de Churchill, con su "Cortina de Hierro" de 1946, recordando a su auditorio:

> Desde Stettin sobre el Báltico hasta Varna junto al Mar Negro, los regímenes plantados por el totalitarismo han tenido más de treinta años para establecer su legitimidad. Pero nada —ni un solo régimen— ha conseguido hasta ahora arriesgarse a elecciones libres. Los regímenes plantados con bayonetas no echan raíz.

Reagan reconoció que Karl Marx había tenido razón. "Somos testigos hoy de una gran crisis revolucionaria […] donde las demandas del orden económico están en conflicto directo con las del orden político." Esa crisis estaba dándose, aunque no en el Occidente capitalista, sino en la Unión Soviética, país "que va contra el empuje de la historia, negando la libertad humana y la dignidad humana", aunque "incapaz de alimentar a su propio pueblo". Las capacidades nucleares de Moscú no lo protegerían de estos hechos: "Cualquier sistema es inherentemente inestable si no tiene medios pacíficos de legitimizar a sus líderes". Se seguía entonces, concluía Reagan —parafraseando agudamente a León Trotsky— que "la marcha de la libertad y la democracia […] dejarán al marxismo-leninismo entre las cenizas de la historia".[65]

El discurso no podía haber sido mejor calculado para alimentar las angustias que la dirigencia soviética sentía ya. La ley marcial trabó la reforma en Polonia, pero eso no hizo sino alimentar el resentimiento, allí y en el resto de Europa oriental. Afganistán se había vuelto un empate sangriento. Los precios del petróleo habían ascendido, dejando por los suelos la economía soviética.

Y los hombres que guiaban a la urss parecían ejemplificar literalmente su condición: Brézhnev finalmente sucumbió a sus muchos males en noviembre de 1982, pero Andropov, que lo sucedió, ya padecía la enfermedad renal que le costaría la vida año y medio después. El contraste con el vigoroso Reagan, cinco años más joven que Brézhnev pero tres años mayor que Andropov, era demasiado patente para no notarse.

Además Reagan exhibía la religión. "Hay pecado y hay mal en el mundo —recordó a la Asociación Nacional Evangélica el 8 de marzo de 1983, con palabras que el papa podría haber usado —, y la Escritura y el Señor Jesús nos exhortan a oponérnosles con todas nuestras fuerzas." Mientras los comunistas "prediquen la supremacía del Estado, declaren su omnipotencia sobre el individuo y predigan la dominación eventual de todos los pueblos de la Tierra, son el foco del mal en el mundo moderno". Por lo tanto:

> Conmino a ustedes a hablar contra quienes pondrían a los Estados Unidos en posición de inferioridad militar y moral […] los conmino a evitar la tentación del orgullo, la tentación de declararse tontamente por encima de todos y juzgar que ambos bandos están por igual equivocados, ignorando los hechos de la historia y los impulsos agresivos de un imperio maligno.

Reagan eligió la frase, según admitió después, "con malicia premeditada […] Creo que funcionó".[66] El discurso del "imperio maligno" completó una ofensiva retórica que se proponía exponer lo que Reagan juzgaba el error central de la distensión: la idea de que la Unión Soviética había ganado legitimidad geopolítica, ideológica, económica y moral como igual de los Estados Unidos y otras democracias occidentales en el sistema internacional de la segunda posguerra mundial.

El ataque, sin embargo, no se limitó a palabras. Reagan aceleró el incremento de Carter en el gasto militar norteamericano: para 1985, el presupuesto del Pentágono era casi el doble que en

1980.[67] No hizo nada por revivir el tratado SALT II, proponiendo en su lugar el START —Conversaciones sobre la *Reducción* de Armas Estratégicas— que tanto sus críticos connacionales como los rusos ridiculizaron como un esfuerzo por destruir todo el proceso de control de armas. La reacción fue parecida cuando Reagan sugirió *no* exhibir los misiles Pershing II y de crucero si la Unión Soviética desmantelaba *todos* sus SS-20. Después de que Moscú rechazó desdeñosamente esta "opción cero", la instalación de los nuevos misiles de la OTAN siguió adelante, a pesar de un movimiento difundido de congelación nuclear en los Estados Unidos y de protestas antinucleares vociferantes en Europa occidental.

No obstante, la acción más significativa de Reagan fue el 23 de marzo de 1983, cuando sorprendió al Kremlin, a la mayoría de los expertos norteamericanos en control de armamentos y a muchos de sus propios consejeros, repudiando el concepto de Destrucción Mutua Asegurada. Nunca creyó que tuviera gran sentido: era como dos matones del Viejo Oeste "en una cantina, apuntándose a la cabeza mutuamente con sus pistolas, sin bajar las armas". Lo había molestado enterarse de que no había defensa contra misiles que llegaran, y que en la curiosa lógica de la disuasión esto se suponía que era buena cosa.[68] Y por eso preguntó, en un discurso televisado a la nación: "¿Qué pasaría si […] pudiéramos interceptar y destruir misiles balísticos estratégicos antes de que alcanzaran nuestro suelo o el de nuestros aliados?" Era un "nuevo traje del emperador", por el cual nadie en posición de responsabilidad en Washington, durante las últimas dos décadas, se había atrevido a preguntar.

La razón era que la *estabilidad* de las relaciones soviético-norteamericanas había llegado a ser apreciada por encima de todo. Intentar construir defensas contra armas ofensivas, se suponía, trastornaría el delicado equilibrio del cual se suponía que dependía la disuasión. Esto tenía sentido si uno pensaba en términos

estáticos: si uno suponía que el equilibrio nuclear definía la Guerra Fría y así continuaría haciéndolo indefinidamente. Reagan pensaba en términos evolucionistas, sin embargo. Vio que la Unión Soviética había perdido su atractivo ideológico, que estaba perdiendo cualquier poderío económico que hubiera tenido, y que su sobrevivencia como superpotencia ya no podía darse por descontada. Eso hacía que la estabilidad fuera, a sus ojos, una prioridad pasada de moda e inclusive inmoral. Si la urss se estaba desmoronando, ¿qué podía justificar continuar reteniendo a los europeos orientales como rehenes de la Doctrina Brézhnev o, puestas así las cosas, continuar reteniendo a los norteamericanos como rehenes del concepto igualmente odioso de la Destrucción Mutua Asegurada? ¿Por qué no apresurar la desintegración?

Esto es lo que se esperaba que hiciera la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE). Se enfrentaba a la argumentación de que la vulnerabilidad podía proporcionar seguridad. Ponía en tela de juicio el Tratado de Misiles Antibalísticos de 1972, una pieza central de SALT I. Explotaba el retraso de la Unión Soviética en cuanto a tecnología de computación, campo en el cual los rusos sabían que no podían mantenerse al corriente. Y socavaba el movimiento pacifista enmarcando el proyecto entero en términos de *reducir* el riesgo de guerra nuclear: el propósito final de la IDE, insistía Reagan, no era congelar las armas nucleares, sino más bien tornarlas "impotentes y anticuadas".[69]

Este último tema reflejaba algo más acerca de Reagan y casi nadie por entonces se dio cuenta: era el único abolicionista nuclear que jamás hubiera sido presidente de los Estados Unidos. No hacía de esto ningún secreto, pero la posibilidad de que un ejecutivo en jefe de ala derecha, republicano, anticomunista, promilitar, pudiera también ser un activista antinuclear desafiaba a tantos estereotipos, que prácticamente nadie se dio cuenta de las repetidas promesas de Reagan, ya que lo había planteado

en términos del discurso del "imperio maligno", "para mantener a los Estados Unidos fuertes y libres, mientras negociamos reducciones reales y verificables en los arsenales nucleares del mundo y un día, con la ayuda de Dios, su total eliminación".[70]

Reagan estaba hondamente comprometido con la IDE: no era un regateo para abandonarlo en negociaciones venideras. Esto no excluía, sin embargo, usarlo para impresionar: a los Estados Unidos les faltaban años, aun décadas, para desarrollar la posibilidad de defensa de misiles, pero el discurso de Reagan persuadió a los dirigentes soviéticos, cada vez más asustados, de que esto estaba a punto de ocurrir. Estaban convencidos, recordaba Dobrynin, "de que el gran potencial tecnológico de los Estados Unidos se había impuesto otra vez y trataban el enunciado de Reagan como una auténtica amenaza".[71] Habiendo agotado a su país haberse puesto a la altura en misiles ofensivos, repentinamente se enfrentaron a otro capítulo de competencia que requería habilidades que no tenían esperanzas de dominar. Y a los norteamericanos no parecía haberlos hecho sudar.

La reacción en el Kremlin se acercó al pánico. Andropov había concluido, mientras seguía a la cabeza del KGB, que la nueva administración de Washington podría estar planeando un ataque por sorpresa a la Unión Soviética. "Reagan es impredecible —advirtió—. Debe esperarse cualquier cosa de él."[72] Siguió una alerta a la inteligencia, que duró dos años, con agentes por todo el mundo con órdenes de buscar pruebas de que estaban en marcha semejantes preparativos.[73] La tensión llegó a ser tan grande, que cuando un avión sudcoreano de pasajeros entró accidentalmente en el espacio aéreo soviético sobre Sajalín el 1º de septiembre de 1983, las autoridades militares de Moscú supusieron lo peor y ordenaron derribarlo, matando a 269 civiles, 63 de ellos norteamericanos. Sin deseos de admitir el error, Andropov mantuvo que el incidente había sido una "refinada provocación organizada por los servicios norteamericanos especia-

les".[74]

Entonces ocurrió algo aún más alarmante, que no atrajo noticia pública. Los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN llevaban años realizando ejercicios militares de otoño, pero los que se realizaron en noviembre —denominados Arquero Hábil 83— implicaban un nivel superior a lo acostumbrado en la participación de la dirigencia. Las agencias de inteligencia soviéticas mantuvieron una estrecha vigilancia sobre estas maniobras, y sus informes hicieron que Andropov y sus auxiliares máximos concluyeran —brevemente— que era inminente un ataque nuclear. Era probablemente el momento más peligroso desde la crisis de los misiles en Cuba, y sin embargo nadie se enteró de ello en Washington hasta que un espía bien colocado en el cuartel general del KGB en Londres puso sobre aviso a la inteligencia británica, que transmitió la información a los norteamericanos.[75]

Aquello atrajo claramente la atención de Reagan. Largo tiempo preocupado por el peligro de una guerra nuclear, el presidente ya había iniciado una serie de contactos silenciosos con funcionarios soviéticos —sin lograr casi reciprocidad— destinados a aflojar las tensiones. La crisis de Arquero Hábil lo convenció de que había empujado a los rusos lo bastante y de que era tiempo para otro discurso. Llegó a principios del año ominoso de Orwell, el 16 de enero de 1984, pero no se veía por ningún lado a Big Brother. En cambio, en renglones que sólo él pudo haber escrito, Reagan sugirió poner la relación soviético-norteamericana entre las mañosas manos tranquilizadoras de Jim y Sally y de Iván y Anya. Un miembro del equipo de la Casa Blanca, desconcertado por la adición manuscrita al texto preparado, exclamó, alzando la voz más de la cuenta: "¿Quién escribió esta porquería?"[76]

Una vez más, el cálculo del viejo actor fue excelente en cuanto al tiempo. Andropov murió al mes siguiente, y fue sucedido

por Konstantin Chernenko, un caso geriátrico debilitado en un estado de estupor que le impedía valorar los informes de la inteligencia, sin alarmarse ni poco ni mucho. No habiendo logrado evitar el despliegue de misiles de la OTAN, el ministro del Exterior, Gromyko, pronto convino de mala gana en reanudar las negociaciones sobre control de armas. Mientras tanto, Reagan buscaba la reelección como un halcón combinado con una paloma: en noviembre aplastó a su oponente demócrata, Walter Mondale. Y cuando Chernenko murió en marzo de 1985, a la edad de 74 años, pareció aquello una validación demasiado literal de la predicción de Reagan acerca de las "últimas páginas" y los "montones de cenizas" históricos. Por entonces también tenía él 74 años, y también otro renglón preparado: "¿Cómo se supone que voy a hacer algo con los rusos, si siguen muriéndoseme?"[77]

VII

"No podemos seguir viviendo así", recuerda Mijaíl Gorbachov que le dijo a su esposa, Raisa, la noche anterior a ser nombrado por el Politburó, a la edad de 54, para suceder a Chernenko como secretario general del Partido Comunista de la URSS.[78] Aquello era evidente, no nada más para Gorbachov, sino incluso para los viejos sobrevivientes que lo eligieron: el Kremlin no podía continuar como asilo para ancianos. Desde Stalin, ningún joven había alcanzado la cima de la jerarquía soviética. Desde Lenin no se había visto a un líder soviético instruido en una universidad. Y nunca ninguno había sido tan abierto acerca de las limitaciones de su país, ni tan franco para reconocer los fracasos de la ideología marxista-leninista.

Gorbachov había sido adiestrado como abogado, no como

actor, pero comprendió la utilidad de la personalidad al menos tan bien como Reagan. El vicepresidente Bush, que representaba a los Estados Unidos en el funeral de Chernenko, informó que Gorbachov "tiene una sonrisa que desarma, ojos cálidos y un modo atractivo de plantear un punto desagradable y entonces saltar atrás para establecer auténtica comunicación con sus interlocutores". El secretario de Estado, George Shultz, que también estuvo presente, lo describió como "totalmente diferente de cualquier guía soviético que jamás haya encontrado". Reagan mismo, al conocer a Gorbachov en la cumbre de Ginebra en noviembre de 1985, encontró "calor en su rostro y modales, no la frialdad al borde del odio que había yo visto en la mayoría de los demás altos dirigentes soviéticos que había conocido antes".[79]

Por primera vez desde que se inició la Guerra Fría, la urss tenía un gobernante que no parecía siniestro, fastidioso, incomprensivo, senil, o peligroso. Gorbachov era "inteligente, bien educado, dinámico, honrado, con ideas e imaginación", anotó en su diario privado uno de sus consejeros más cercanos, Anatoly Chernyaev. "Los mitos y tabúes (incluyendo los ideológicos) no son nada para él. Podía aplanar cualquiera de ellos." Cuando un ciudadano soviético lo felicitó a principios de 1987 por haber remplazado un régimen de "esfinges pétreas", Gorbachov publicó orgullosamente la carta.[80]

Menos claro era, sin embargo, lo que iba a sustituir los mitos, tabúes y esfinges. Gorbachov sabía que la Unión Soviética no podía continuar por el camino existente, pero a diferencia de Juan Pablo II, Deng, Thatcher, Reagan y Walesa, no sabía cuál sería el nuevo camino. Era, al mismo tiempo, vigoroso, rotundo y estaba al garete: gastaba una enorme energía para destruir la situación, sin especificar cómo volver a juntar los pedazos. En consecuencia, permitía que las circunstancias —y a menudo las opiniones más firmes de contemporáneos con buena vista— determinaran sus propias prioridades. Se asemejaba, en este senti-

do, al héroe epónimo de la película de Woody Allen, *Zelig*, que conseguía estar presente en todos los grandes acontecimientos de su época, pero sólo asumiendo el carácter, o hasta el aspecto, de las fuertes personalidades que lo rodeaban.[81]

La maleabilidad de Gorbachov era más evidente en sus tratos con Reagan, quien por largo tiempo había insistido en que podía calar a un líder soviético si alguna vez lograba verse con él cara a cara. Esto no había sido posible con Brézhnev, Andropov o Chernenko, lo cual le dio más ganas a Reagan de probar con Gorbachov. El nuevo jefe del Kremlin llegó a Ginebra lleno de desconfianza: el presidente, sostenía, buscaba "usar la carrera armamentista […] para debilitar a la Unión Soviética […] Pero podemos enfrentarnos a cualquier reto, aunque piensen que no es así". Reagan respondió que "preferiríamos sentarnos y quitarnos de encima las armas nucleares, y con ellas la amenaza de guerra". La IDE haría posible esto: los Estados Unidos compartirían siempre la tecnología con la Unión Soviética. Reagan estaba poniéndose emocional, Gorbachov protestó: la IDE era sólo "un sueño de un solo hombre". Reagan replicó preguntando por qué "era tan horripilante preparar una defensa contra esta atroz amenaza".[82] La cumbre se interrumpió de manera inconcluyente.

Dos meses después, no obstante, Gorbachov propuso públicamente que los Estados Unidos y la Unión Soviética se comprometieran a librar al mundo de armas nucleares antes del año 2000. Los cínicos vieron esto como un esfuerzo para poner a prueba la sinceridad de Reagan, pero Chernyaev identificó un motivo más profundo. Gorbachov, según concluyó, había "realmente decidido acabar con la carrera armamentista no importa cómo. Está corriendo este 'peligro' porque, tal como entiende las cosas, no hay tal peligro, pues nadie nos atacaría aun cuando nos desarmáramos completamente".[83] Precisamente dos años antes, Andropov había pensado que Reagan sería capaz de lanzar

un ataque por sorpresa. Ahora Gorbachov confiaba en que los Estados Unidos nunca harían esto. La posición de Reagan no había cambiado: siempre había pedido a los líderes soviéticos que "confiaran en mí".[84] Después de ver a Reagan, Gorbachov empezó a hacerlo.

Ocurrió, pese a todo, un desastre nuclear, no a consecuencia de una guerra sino como resultado de la explosión en la planta de energía nuclear de Chernobyl, el 26 de abril de 1986. Este acontecimiento también cambió a Gorbachov. Reveló "las malas condiciones de nuestro sistema […] la ocultación o acallamiento en los accidentes y otras malas noticias, la irresponsabilidad y descuido, el trabajo improvisado, la embriaguez en gran escala". Durante décadas, planteó al Politburó, "los científicos, los especialistas y los ministros han estado diciéndonos que todo estaba seguro […] Pensarán ustedes que los miraremos como dioses. Pero ahora hemos acabado en un fiasco". En adelante habría *glasnost* (publicidad) y *perestroika* (restructuración) en la propia Unión Soviética. "Chernobyl —reconoció Gorbachov— hizo que mis colegas y yo volviéramos a pensar muchas cosas."[85]

La siguiente cumbre Reagan-Gorbachov fue en octubre siguiente en Reykjavík, en Islandia, y mostró hasta dónde había llegado volver a pensar. Gorbachov abandonó las anteriores objeciones soviéticas y aceptó la "opción cero" de Reagan, que eliminaría todos los misiles nucleares de alcance medio en Europa. Pasó a proponer un recorte de 50% en las armas estratégicas soviéticas y norteamericanas, a cambio de que los Estados Unidos convinieran en cumplir el Tratado de Misiles Antibalísticos durante la siguiente década, confinando la IDE a pruebas de laboratorio. Para no ser superado, Reagan sugirió suspender gradualmente todos los misiles balísticos intercontinentales y reiteró su ofrecimiento de compartir la IDE. Gorbachov se mostró escéptico, empujando a Reagan a preguntarse cómo alguien podía objetar "defensas contra armas inexistentes". El presidente enton-

ces propuso regresar a Reykjavík en 1996:

> Él y Gorbachov irían a Islandia y cada uno llevaría consigo los últimos misiles nucleares de uno y otro país. Entonces ofrecerían una tremenda fiesta para el mundo entero […] El presidente […] sería muy viejo por entonces y Gorbachov no lo habría reconocido. El presidente diría: "Hola, Mijaíl". Y Gorbachov contestaría: "Ron, ¿eres tú?" Y entonces destruirían el último misil.

Fue una de las mejores interpretaciones de Reagan, pero Gorbachov por el momento se mantuvo imperturbable: los Estados Unidos tendrían que abandonar el derecho de desplegar la IDE. Esto era inaceptable para Reagan, quien, enojado, concluyó la cumbre.[86]

Ambos hombres reconocieron rápidamente, sin embargo, la significación de lo que había acontecido: para asombro de sus ayudantes y aliados, los líderes de los Estados Unidos y de la Unión Soviética habían encontrado que compartían un interés, si no en la tecnología de la IDE, sí cuando menos en el principio de la abolición nuclear. La lógica era de Reagan, pero Gorbachov había acabado por aceptarla. Reykjavík, dijo en una conferencia de prensa, no había sido un fracaso: "Es una novedad, que nos permitió por primera vez ver más allá del horizonte".[87]

Los dos hombres nunca convinieron formalmente en abolir las armas nucleares, ni la defensa contra misiles se acercó en lo más mínimo a lo que se podía lograr, durante sus años en el cargo. Pero en la tercera cumbre, en Washington, en diciembre de 1987, firmaron un tratado que preveía el desmantelamiento de todos los misiles nucleares de alcance medio en Europa. "*Dovorey no provorey*", insistió Reagan en la ceremonia de la firma, agotando su conocimiento de la lengua rusa: "Confía pero verifica". "Repite usted eso en cada reunión", rió Gorbachov. "Me gusta", reconoció Reagan.[88] Pronto los observadores soviéticos y norteamericanos eran testigos de la destrucción real del SS-20, de Pershing ii, y misiles de crucero que habían revivido las ten-

siones de la Guerra Fría hacía apenas unos pocos años y guardaban pedazos como recuerdo.[89] Aunque de ninguna manera "impotentes", ciertas categorías de armas nucleares de seguro se habían vuelto "anticuadas". Fue Reagan, más que nadie, quien hizo que esto ocurriera.

La presencia impresionante de Gorbachov también se mostró en la economía. Había tenido conciencia, por sus viajes fuera de la Unión Soviética antes de asumir la dirigencia, de que "ahí la gente estaba mejor que en nuestro país". Parecía que "nuestros viejos guías no se cuidaban en especial a propósito de nuestro nivel de vida inferior, nuestro modo de vida insatisfactorio y nuestro retraso en el camino de la tecnología avanzada".[90] Pero no tenía sentido claro de qué hacer al respecto. De modo que el secretario de Estado, Shultz, ex profesor de economía en Stanford, se encargó de instruir al nuevo líder soviético.

Shultz empezó a instruir a Gorbachov ya en 1985, acerca de la imposibilidad de que una sociedad cerrada fuera una sociedad próspera: "La gente debe ser libre de expresarse, desplazarse, emigrar y viajar si quiere hacerlo […] De otra manera no puede sacar provecho de las oportunidades disponibles. La economía soviética tendrá que ser cambiada radicalmente para adaptarse a la nueva era". "Debe usted encargarse de la oficina de planificación aquí en Moscú —bromeó Gorbachov—, porque tiene usted más ideas que ellos." En cierto sentido, esto es lo que Shultz hizo. Durante los años siguientes aprovechó sus viajes a aquella ciudad para dar clases a Gorbachov y sus consejeros, inclusive llevarles gráficas al Kremlin para ilustrar su argumentación de que mientras conservara una economía de mando, la Unión Soviética se atrasaría más y más del resto del mundo en desarrollo.[91]

Gorbachov era sorprendentemente receptivo. Hizo eco al pensamiento de Shultz en su libro de 1987, *Perestroika:* "¿Cómo

puede la economía avanzar —preguntaba— si crea condiciones preferentes para las empresas retrógradas y castiga a las de primera línea?"[92] Cuando Reagan visitó la Unión Soviética en mayo de 1988, Gorbachov organizó las cosas para que diera una conferencia en la Universidad Estatal de Moscú, acerca de las virtudes del capitalismo de mercado. Al pie de un enorme busto de Lenin, el presidente habló de *chips* de computadora, estrellas del rock, películas y el "poder irresistible de la verdad desnuda". Los estudiantes lo ovacionaron en pie.[93] Pronto Gorbachov repetía lo que había aprendido al sucesor de Reagan, George H. W. Bush: "Gústenos o no, tendremos que tratar con una economía europea unida, integrada […] Queramos o no, Japón es un centro adicional de la política mundial […] China es otra enorme realidad […] Todos estos, repito, son acontecimientos enormes típicos de un reagrupamiento de fuerzas en el mundo".[94]

La mayor parte de esto era, sin embargo, retórica: Gorbachov nunca estuvo dispuesto a saltar directamente a una economía de mercado, del modo como Deng Xiaoping lo había hecho. Recordó al Politburó a fines de 1988 que Franklin D. Roosevelt había salvado el capitalismo norteamericano "aprovechando ideas socialistas sobre planificación, regulación del Estado y […] el principio de más justicia social". La implicación era que Gorbachov podía salvar al socialismo echando mano del capitalismo, pero seguía siendo incierto cómo. "Repetidos conjuros acerca de 'valores socialistas', e 'ideas purificadas de octubre' —observó Chernyaev varios meses después—, provocan una respuesta irónica en los oyentes conocedores […] Se dan cuenta de que no hay nada detrás de ellos."[95] Después de que se derrumbó la Unión Soviética, Gorbachov reconoció su fracaso: "El talón de Aquiles del socialismo era la incapacidad para ligar la meta socialista al suministro de incentivos para el trabajo eficaz y el estímulo de la iniciativa por parte de los individuos. Se volvió claro en la práctica que un mercado proporciona mejor que nada

estos incentivos".[96]

Sin embargo, había una lección que Reagan y sus consejeros trataron de enseñarle a Gorbachov, que éste no necesitaba aprender: tenía que ver con la dificultad de sostener un imperio impopular, demasiado extendido y anticuado. Los Estados Unidos, desde el último año de Carter en su puesto, habían cubierto y a veces apoyado abiertamente fuerzas que resistían a la influencia soviética en Europa oriental, Afganistán, América Central y otros lugares. Para 1985 se hablaba en Washington de una Doctrina Reagan, una campaña para orientar las fuerzas del nacionalismo contra la Unión Soviética señalando que, con la Doctrina Brézhnev, se había vuelto la última gran potencia imperialista. El surgimiento de Gorbachov suscitó la posibilidad de convencer en persona a un dirigente del Kremlin de que el "imperio maligno" era una causa perdida, y durante los siguientes años Reagan trató de hacer esto. Sus métodos incluían la persuasión tranquila, la asistencia continuada a los movimientos de resistencia antisoviética y, como siempre, discursos impresionantes, de los cuales el más sensacional llegó en la Puerta de Brandeburgo en Berlín occidental el 12 de junio de 1987, cuando —contra el consejo del Departamento de Estado— el presidente pidió: "Señor Gorbachov, ¡derribe este muro!"[97]

Por una vez, una exhibición de Reagan fue indiferente: la reacción en Moscú fue inesperadamente mesurada. A pesar de este desafío al símbolo más visible de la autoridad soviética en Europa, la planificación siguió adelante en pos del Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio, y para la cumbre de Washington más tarde en aquel año. La razón, según es hoy claro, es que la Doctrina Brézhnev había muerto cuando el Politburó decidió, seis años antes, en contra de la invasión de Polonia. Desde aquel momento, los guías del Kremlin dependieron de *amenazas* de emplear la fuerza para mantener su control sobre Europa oriental, pero sabiendo que en realidad no po-

dían usar la fuerza. Gorbachov tenía conciencia de esto, y hasta había tratado de señalar a sus aliados del Pacto de Varsovia, en 1985, que era cosa de ellos: "Tuve la sensación de que no estaban tomándolo del todo en serio".[98] De modo que empezó a plantear la cosa abiertamente.

Uno podía siempre "suprimir, obligar, cohechar, romper o reventar —escribió en su libro *Perestroika*—, pero sólo durante cierto tiempo. Desde el punto de vista de la política a largo plazo y de altura, nadie podrá subordinar a otros […] Que cada quien haga su propia elección y respetémosla todos".[99] Siguieron pronto decisiones para empezar a retirar las tropas soviéticas de Afganistán y reducir el apoyo a otros regímenes marxistas del "tercer mundo". Europa oriental, sin embargo, era otra cosa: la opinión prevaleciente en Washington, así como en las capitales europeas en uno y otro lado de la división por la Guerra Fría, era que la urss nunca renunciaría voluntariamente a su esfera de influencia allí. "Cualquier aflojamiento soviético en esta área —comentó un analista occidental en 1987— no sólo socavaría las pretensiones ideológicas del comunismo […] y degradaría los títulos de la Unión Soviética como potencia global de confianza, sino que también amenazaría gravemente un consenso soviético interno básico y desgastaría la seguridad interna del propio sistema."[100]

Para Gorbachov, no obstante, cualquier intento de *mantener* el control sobre pueblos reacios mediante el uso de la fuerza degradaría el sistema soviético forzando sus recursos, desacreditando su ideología y resistiendo a las irresistibles fuerzas de la democratización que, por razones tanto morales como prácticas, estaba cubriendo el mundo. Y así se apropió de un truco de Reagan, haciendo un discurso dramático por su cuenta: anunció a la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 7 de diciembre de 1988, que la Unión Soviética reduciría *unilateralmente* en medio millón de hombres el compromiso de fuerza terrestre en

el Pacto de Varsovia. "Es evidente —argumentó— que la fuerza y la amenaza de la fuerza no pueden ni deben ser un instrumento de política exterior […] La libertad de elección […] un principio universal, no debe tolerar excepciones."[101]

El discurso "causó una enorme impresión", presumió Gorbachov ante el Politburó al volver a Moscú, y "creó un trasfondo enteramente diferente para la apreciación de nuestra política y de la Unión Soviética en conjunto".[102] Acertaba en esto. Repentinamente fue visible, precisamente mientras Reagan dejaba el cargo, que la Doctrina Reagan había estado empujando una puerta abierta. Pero Gorbachov también había dejado en claro, para los pueblos y gobiernos de Europa oriental, que la puerta estaba abierta ahora.

[Notas]

---

[1] En muchas ocasiones, pero véase especialmente George Weigel, *Witness to Hope: The Biography of Pope John Paul II, 1920-2005* (Nueva York: Harper, 2005), pp. 10, 14 y 262.

[2] Richard Baum, *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping* (Princeton: Princeton University Press, 1994), p. 47.

[3] Mijaíl Gorbachov, *Memoirs* (Nueva York: Doubleday, 1995), p. 165.

[4] Véase, por ejemplo, Kenneth N. Waltz, *Theory of International Politics* (Nueva York: Random House, 1979), pp. 161-183.

[5] John Lewis Gaddis, *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War* (Nueva York: Oxford University Press, 1987), especialmente pp. 215-245.

[6] *Ibid.*, pp. 195-214 y 237-243.

[7] Alocución al Commonwealth Club y el World Affairs Council of Northern California, San Francisco, 3 de febrero de 1976, en Henry A. Kissinger, *American Foreign Policy*, 3a. ed. (Nueva York: Norton, 1977), p. 305.

[8] Tony Smith, *America's Mission: The United States and the Worldwide Struggle for Democracy in the Twentieth Century* (Princeton: Princeton University Press, 1994), especialmente pp. 146-236.

[9] Robert D. English, *Russia and the Idea of the West: Gorbachov, Intellectuals, and the End of the Cold War* (Nueva York: Columbia University Press, 2000), documenta esta tendencia dentro de la Unión Soviética.

[10] Véase, acerca de este fenómeno, David Reynolds, *One World Divisible: A Global History since 1945* (Nueva York: Norton, 2000), pp. 498-506.

[11] Para mayores detalles, véase John Lewis Gaddis, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of American National Security Policy During the Cold War*, edición actualizada y revisada (Nueva York: Oxford University Press, 2005), pp. 322-325; también Gaddis, *The Long Peace*, p. 208.

[12] Raymond L. Garthoff, *Détente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan*, edición revisada (Washington: Brookings Institution, 1994), pp. 146-223, presenta una historia detallada de las negociaciones SALT I.

[13] Henry Kissinger, *Years of Upheaval* (Boston: Little, Brown, 1982), p. 265. Para la resolución de Jackson, véase McGeorge Bundy, *Danger and Survival: Choices About the Bomb in the First Fifty Years* (Nueva York: Random House, 1988), pp. 553-556.

[14] Garthoff, *Détente and Confrontation*, pp. 494-505 y 596-600.

[15] Gaddis Smith, *Morality, Reason, and Power: American Diplomacy in the Carter Years* (Nueva York: Hill and Wang, 1986), pp. 30-31 y 67-77; Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Adviser, 1977-1981* (Nueva York: Farrar, Straus, Giroux, 1983), p. 157; Jimmy Carter, *Keeping Faith: Memoirs of a President* (Nueva York: Bantam, 1982), pp. 215 y 219.

[16] Georgi Arbatov, *The System: An Insider's Life in Soviet Politics* (Nueva York: Random House, 1992), pp. 191-192.

[17] David Holloway, *The Soviet Union and the Arms Race* (New Haven: Yale University Press, 1983), pp. 49-55.

[18] Arbatov, *The System*, pp. 205-206; Anatoly Dobrynin, *In Confidence: Moscow's Ambassador to America's Six Cold War Presidents (1962-1986)* (Nueva York: Random House, 1995), pp. 251-252.

[19] Garthoff, *Détente and Confrontation*, pp. 88 y ss.

[20] *Ibid.*, pp. 913-957.

[21] *Department of State Bulletin*, 66 (26 de junio de 1972), pp. 898-899.

[22] Leonid Brézhnev, *On the Policy of the Soviet Union and the International Situation* (Garden City, Nueva York: Doubleday, 1973), pp. 230-231. Véase también Dobrynin, *In Confidence*, pp. 251-252.

[23] Henry Kissinger, *White House Years* (Boston: Little, Brown, 1979), p. 1250.

[24] Anwar el-Sadat, *In Search of Identity: An Autobiography* (Nueva York: Harper & Row, 1977), p. 229; Kissinger, *Years of Upheaval*, p. 637.

[25] *Ibid.*, p. 638. Véase también William B. Quandt, *Camp David: Peacemaking and Politics* (Washington: Brookings Institution, 1986). He aprendido mucho acerca de la estrategia de Sadat y del respeto de Kissinger ante ella revisando dos ensayos *senior* del Departamento de Historia de Yale, Christopher W. Wells, "Kissinger and Sadat: Improbable Partners for Peace" (2004), y Anne Lesley Rosenzweig, "Sadat's Strategic Decision Making: Lessons of Egyptian Foreign Policy, 1970-1981" (2005).

[26] Kissinger, *Years of Upheaval*, p. 594; también p. 600.

[27] Dobrynin, *In Confidence*, p. 301.

[28] *Ibid*., pp. 404-405. Véase también Ilya V. Gaiduk, *The Soviet Union and the Vietnam War* (Chicago: Ivan R. Dee, 1996), especialmente pp. 246-250; Piero Gleijeses, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002), pp. 365-372, y Odd Arne Westad, "The Fall of Détente and the Turning Tides of History", en Westad, ed., *The Fall of Détente: Soviet-American Relations During the Carter Years* (Oslo: Scandinavian University Press, 1997), pp. 11-12.

[29] Dobrynin, *In Confidence*, pp. 263 y 405.

[30] Arbatov, *The System*, p. 195.

[31] Dobrynin, *In Confidence*, p. 407.

[32] Odd Arne Westad, "The Road to Kabul: Soviet Policy on Afghanistan, 1978-1979", en Westad, ed., *The Fall of Détente*, pp. 119-125.

[33] Transcripción, conversación telefónica Kosygin-Taraki, 17 o 18 de marzo de 1979, CWIHP *Bulletin*, núm. 8/9 (invierno, 1996/1997), p. 145.

[34] Transcripción, encuentro Kosygin-Taraki, Moscú, 29 de marzo de 1979, *ibid*., p. 147.

[35] Citado en Westad, "The Road to Kabul", p. 132.

[36] *Ibid*., pp. 133-142; Dobrynin, *In Confidence*, pp. 439-440.

[37] Alocución de Carter al Congreso, 23 de enero de 1980, *Public Papers of the Presidents of the United States: Jimmy Carter, 1980-1981* (Washington: Government Printing Office, 1982), p. 197; minutas, junta del Politburó, 17 de enero de 1980, en Westad, ed., *The Fall of Détente*, p. 321. Véase también John Lewis Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States: An Interpretive History*, 2a. ed. (Nueva York: McGraw-Hill, 1990), pp. 295-298 y 310-312.

[38] Gaddis, *Strategies of Containment*, pp. 318-327; Aaron L. Friedberg, *In the Shadow of the Garrison State: America's Anti-Statism and Its Cold War Grand Strategy* (Princeton: Princeton University Press, 2000), pp. 82-84.

[39] Kissinger, *White House Years*, p. 62, cursivas en el original. Véase también John Lewis Gaddis, "Rescuing Choice from Circumstance: The Statecraft of Henry Kissinger", en Gordon A. Craig y Francis L. Loewenheim, eds., *The Diplomats: 1939-1979* (Princeton: Princeton University Press, 1994), pp. 568-570.

[40] M. E. Sarotte, *Dealing with the Devil: East Germany, Détente, and Ostpolitik, 1969-1973* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001), pp. 44-54. La cita está en la p. 46.

[41] Matthew J. Ouimet, *The Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine in Soviet Foreign Policy* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003), pp. 100-107.

[42] *Ibid*., pp. 87-88.

[43] Los Estados Unidos gastaban 4.9% de su producto interno bruto (USD un billón 984 mil millones) en la defensa en 1977. Las cifras soviéticas son mucho menos precisas, pero una estimación razonable para el mismo año es de 15-17%, sobre un PIB de aproximadamente USD 340 mil millones. (Friedberg, *In the Shadow of the Garrison State*, p. 82n; Gaddis, *Strategies of Containment*, p. 393; Inter-

national Institute for Strategic Studies, *The Military Balance, 1979-1980* [Londres: IISS, 1979], p. 9.)

[44] Arbatov, *The System*, p. 206.

[45] Baum, *Burying Mao*, pp. 11 y 56-65; Richard Evans, *Deng Xiaoping and the Making of Modern China* (Nueva York: Penguin, 1997), pp. 184-189 y 212-243. La cita de Mao está en Li Zhisui, *The Private Life of Chairman Mao: The Memoirs of Mao's Personal Physician*, traducido por Tai Hung-chao (Nueva York: Random House, 1994), p. 577. También he aprovechado mi lectura de Bryan Wong, "The Grand Strategy of Deng Xiaoping", ensayo *senior* de Estudios Internacionales,Yale University, 2005.

[46] "The 'Two Whatevers' Do Not Accord with Marxism", 24 de marzo de 1977, http://English.people.com.cn/dengxp/vol2/text/b1100.html.

[47] Para las estadísticas pertinentes, véase Baum, *Burying Mao*, p. 391.

[48] Mijaíl Gorbachov y Zdeněk Mlynář, *Conversations with Gorbachov: On Perestroika, The Prague Spring, and the Crossroads of Socialism*, traducido por George Schriver (Nueva York: Columbia University Press, 2002), p. 189.

[49] William I. Hitchcock, *The Struggle for Europe: The Turbulent History of a Divided Continent, 1945-2002* (Nueva York: Doubleday, 2002), pp. 328-332. La cita es de Margaret Thatcher, *The Downing Street Years* (Nueva York: HarperCollins, 1993), p. 7.

[50] *Ibid.*, pp. 86-87.

[51] Emisión de radio del 29 de mayo de 1979, en Kiron K. Skinner, Annelise Anderson y Martin Anderson, eds., *Reagan, In His Own Hand* (Nueva York: Free Press, 2001), p. 47.

[52] Emisión de radio del 7 de agosto de 1978, en *ibid.*, p. 15.

[53] Para más a este respecto, véase Gaddis, *Strategies of Containment*, pp. 349-353.

[54] Emisión de radio de mayo de 1975, en Skinner *et al.*, eds., *Reagan, In His Own Hand*, p. 12.

[55] Citado en Paul Lettow, *Ronald Reagan and His Quest to Abolish Nuclear Weapons* (Nueva York: Random House, 2005), p. 30.

[56] Emisión de radio del 23 de marzo de 1977, en Skinner *et al.*, eds., *Reagan, In His Own Hand*, p. 118.

[57] Timothy Garton Ash, *The Polish Revolution: Solidarity* (Londres: Granta, 1991), pp. 41-72. Véase también Weigel, *Witness to Hope*, p. 402.

[58] *Ibid.*, pp. 397-398 y 422-424; Ouimet, *The Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine*, pp. 120-122.

[59] *Ibid.*, pp. 187 y 189.

[60] *Ibid.*, pp. 199-202. Véanse también pp. 95-96.

[61] *Ibid.*, pp. 234-235. Para más acerca de la decisión soviética de no intervenir, véanse dos artículos de Mark Kramer, "Poland, 1980-1981, Soviet Policy During the Polish Crisis", cwihp *Bulletin*, núm. 5 (primavera de 1995), pp. 1 y 116-123, y

"Jaruzelski, the Soviet Union, and the Imposition of Martial Law in Poland", *ibid.*, núm. 11 (invierno de 1998), pp. 5-14.

[62] Entrevista, CNN *Cold War*, Episodio 19, "Freeze".

[63] He recurrido en las siguientes dos secciones a argumentos desarrollados con mayor detalle en Gaddis, *Strategies of Containment*, pp. 353-379.

[64] Alocución en la Universidad de Notre Dame, 17 de mayo de 1981, *Public Papers of the Presidents of the United States: Ronald Reagan, 1981* (Washington: Government Printing Office, 1982), p. 434.

[65] Alocución a los miembros del Parlamento británico, Londres, 8 de junio de 1982, *Reagan Public Papers, 1982*, pp. 744-747. Para la minuta de esta alocución, véase Richard Pipes, *Vixi: Memoirs of a Non-Belonger* (New Haven: Yale University Press, 2003), pp. 197-200.

[66] Alocución a la Asociación Nacional de Evangelistas, Orlando, Florida, 8 de marzo de 1983, *Reagan Public Papers, 1983*, p. 364; Ronald Reagan, *An American Life* (Nueva York: Simon y Schuster, 1990), pp. 569-570.

[67] Las cifras están en Gaddis, *Strategies of Containment*, pp. 393-394.

[68] Lettow, *Ronald Reagan*, p. 23; Reagan, *An American Life*, p. 13.

[69] Alocución por radio y televisión, 23 de marzo de 1983, *Reagan Public Papers, 1983*, pp. 442-443.

[70] *Ibid.*, p. 364. Lettow, *Ronald Reagan*, proporciona la mejor discusión del abolicionismo nuclear de Reagan.

[71] Dobrynin, *In Confidence*, p. 528.

[72] *Ibid.*, p. 523.

[73] Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *KGB: The Inside Story of Its Foreign Operations from Lenin to Gorbachov* (Nueva York: HarperCollins, 1990), pp. 583-599.

[74] Raymond Garthoff, *The Great Transition: American-Soviet Relations and the End of the Cold War* (Washington: Brookings Institution, 1994), pp. 118-131.

[75] *Ibid.*, pp. 138-141; Don Oberdorfer, *From the Cold War to a New Era: The United States and the Soviet Union, 1983-1991*, edición actualizada (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1998), pp. 65-68.

[76] Alocución por radio y televisión, 16 de enero de 1984, *Reagan Public Papers, 1984*, p. 45. Véase también Oberdorfer, *From the Cold War to a New Era*, pp. 72-73. He oído la historia en dos fuentes bien situadas.

[77] Reagan, *An American Life*, p. 611.

[78] Gorbachov, *Memoirs*, p. 165.

[79] George Bush y Brent Scowcroft, *A World Transformed* (Nueva York: Knopf, 1998), p. 4; George P. Shultz, *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State* (Nueva York: Scribner's, 1993), pp. 532-533; Reagan, *An American Life*, p. 635.

[80] Diario de Chernyaev, 16 de enero de 1986, en Anatoly S. Chernyaev, *My Six Years with Gorbachov*, traducido y editado por Robert D. English y Elizabeth

Tucker (University Park, Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2000), p. 46; Mijaíl Gorbachov, *Perestroika: New Thinking for Our Country and the World* (Nueva York: Harper & Row, 1987), pp. 69-70.

[81] Para más acerca de la película, véase http://www.imdb.com/title/tt0086637/.

[82] Lettow, *Ronald Reagan*, pp. 179-186.

[83] Diario de Chernyaev, 16 de enero de 1986, en Chernyaev, *My Six Years with Gorbachov*, pp. 45-46.

[84] Véase Gaddis, *Strategies of Containment*, p. 359.

[85] Gorbachov, *Memoirs*, pp. 191 y 193.

[86] Lettow, *Ronald Reagan*, pp. 217-226; Gaddis, *Strategies of Containment*, p. 366n.

[87] Gorbachov, *Memoirs*, p. 419.

[88] Observaciones sobre la firma del Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio, 8 de diciembre de 1987, *Reagan Public Papers, 1987*, p. 1208.

[89] Véase la transcripción por Chernyaev del encuentro Bush-Gorbachov en Malta, 3 de diciembre de 1989, CWIHP *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), p. 236. Un fragmento de SS-20 lo obtuve a través de varias manos.

[90] Gorbachov, *Memoirs*, pp. 102-103.

[91] Shultz, *Turmoil and Triumph*, p. 591; Oberdorfer, *From the Cold War to a New Era*, pp. 133, 223-224 y 288.

[92] Gorbachov, *Perestroika*, p. 85. Véase también pp. 138-139.

[93] Palabras de Reagan en la Universidad Estatal de Moscú, 31 de mayo de 1988, *Reagan Public Papers, 1988*, p. 684. Véase también Oberdorfer, *From the Cold War to a New Era*, pp. 299-300.

[94] Notas de Chernyaev sobre el encuentro Bush-Gorbachov en Malta, 2 de diciembre de 1989, CWIHP *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), p. 233.

[95] Minutas, junta del Politburó, 27-28 de diciembre de 1988, *ibid.*, p. 25; diario de Chernyaev, mayo de 1989, en Chernyaev, *My Six Years with Gorbachov*, p. 225.

[96] Gorbachov y Mlyná ˇr, *Conversations with Gorbachov*, p. 160.

[97] Reagan, *An American Life*, p. 683. Para más acerca de la Doctrina Reagan, véase Gaddis, *Strategies of Containment*, pp. 369-373.

[98] Gorbachov, *Memoirs*, p. 465. Véase también Garthoff, *The Great Transition*, pp. 315-318.

[99] Gorbachov, *Perestroika*, pp. 138 y 221.

[100] Joseph Rothschild, citado en Gale Stokes, *The Walls Came Tumbling Down: The Collapse of Communism in Eastern Europe* (Nueva York: Oxford University Press, 1993), p. 76.

[101] *Ibid.*, p. 99. Véase también pp. 73-75.

[102] Minutas, junta del Politburó, 27-28 de diciembre de 1988, CWIHP *Bulle-*

tin, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), p. 24.

VII. EL TRIUNFO DE LA ESPERANZA

> La Revolución francesa fue un intento utópico de derribar un orden tradicional —que tenía muchas imperfecciones, ciertamente— en el nombre de ideas abstractas, formuladas por intelectuales vanos, que no cayó por casualidad, sino por la debilidad y perversidad, en purgas, matanzas y guerra. En todo esto se adelantó a la aún más terrible Revolución bolchevique de 1917.
>
> Margaret Thatcher[1]

> Tal vez el factor decisivo final… es esa característica de las situaciones revolucionarias descrita por Alexis de Tocqueville hace más de un siglo: la pérdida de fe en su propio derecho a gobernar, de la élite gobernante. Unos cuantos chicos salieron a las calles y soltaron unas cuantas palabras. La policía los apaleó. Los chicos dijeron: ¡No tienen ustedes el derecho de apalearnos! Y los gobernantes, los altos y poderosos, replicaron, en efecto: Sí, no tenemos derecho de apalearlos. No tenemos derecho de preservar nuestro gobierno por la fuerza. El fin ya no justifica los medios.
>
> Timothy Garton Ash[2]

El año de 1989 señaló el aniversario 200 de la gran revolución en Francia, que barrió con el *ancien régime*, y con la vieja idea de que los gobiernos podían basar su autoridad en una pretensión de legitimidad heredada. Precisamente mientras se hacían las celebraciones, otra revolución en Europa oriental barría una idea algo más reciente: que los gobiernos podían fundar su legitimidad en una ideología que pretendía conocer la dirección de la historia. Había en esto cierta justicia retrasada, pues lo que sucedió en 1989 fue lo que se suponía que había ocurrido en Rusia en 1917: un levantamiento espontáneo de trabajadores e intelectuales de la clase que Marx y Lenin habían prometido que

producirían una sociedad sin clases por el mundo entero. Pero la Revolución bolchevique no había sido nada espontánea, y durante las siete décadas siguientes la ideología que sustentaba produjo tan sólo dictaduras que a sí mismas se llamaban democracias populares. Pareció, pues, apropiado que las revoluciones de 1989 rechazaran el marxismo-leninismo aún más decisivamente que la Revolución francesa dos siglos antes había derribado el derecho divino de los reyes.

No obstante, los trastornos de 1989, igual que los de 1789, tomaron por sorpresa a todo el mundo. Los historiadores podían por supuesto mirar hacia atrás, después del hecho, y especificar causas: la frustración de que las divisiones temporales del ajuste de la segunda Guerra Mundial se convirtieran en divisiones permanentes de la era de la posguerra; el miedo de que las armas nucleares había producido aquel atascamiento; el resentimiento debido al fracaso de las economías de mando para elevar el nivel de vida; un lento desplazamiento de poder desde los supuestamente poderosos hasta los despojados en apariencia de poder; el surgimiento inesperado de normas *independientes* para establecer juicios morales. Sensibles a estas tendencias, los grandes líderes actores de los años ochenta habían encontrado maneras de dramatizarlas para plantear en claro que la Guerra Fría no tenía por qué durar para siempre. Ni siquiera ellos, sin embargo, previeron cuán pronto y cuán decisivamente acabaría.

Lo que nadie entendió a principios de 1989 era que la Unión Soviética, su imperio, su ideología —y por lo tanto la Guerra Fría misma— era un arenal a punto de deslizarse. Todo lo que hacía falta para que esto ocurriera eran unos cuantos granos de arena.[3] La gente que los añadió no estaba a cargo de superpotencias o movimientos o religiones: era gente ordinaria, con prioridades sencillas que vieron, capturaron y a veces tropezaron con oportunidades. Procediendo así, provocaron un colapso que nadie podía detener. Sus "líderes" tenían poco quehacer si no

era seguirlo.

Un dirigente en particular, sin embargo, procedió de un modo distintivo. Garantizó que la gran revolución de 1989 era la primera en que no había derramamiento de sangre. No hubo guillotinas, ni cabezas clavadas en picas, ninguna matanza oficialmente sancionada. Moría gente, pero notablemente poca, vistos el tamaño y la significación de lo que estaba ocurriendo. Tanto en sus fines *como* en sus medios, por tanto, esta revolución se tornó un triunfo de la esperanza. Esto se debió ante todo a que Mijaíl Gorbachov optó por no actuar, sino más bien dejar que actuaran sobre él.

I

El año empezó con bastante tranquilidad, con la toma de posesión, el 20 de enero de 1989, de George H. W. Bush como presidente de los Estados Unidos. Como vicepresidente de Reagan, Bush había presenciado el surgimiento de Gorbachov y los acontecimientos que siguieron, pero estaba menos convencido que su predecesor de su carácter revolucionario: "¿Vimos lo que venía cuando asumimos el cargo? No, no lo hicimos, ni podíamos haberlo planeado".[4] El nuevo ejecutivo en jefe quería una pausa para reconsiderar, y por eso ordenó una reseña de las relaciones soviético-norteamericanas que tardó meses en ser completada. Brent Scowcroft, el consejero de Seguridad nacional de Bush, tenía aún más dudas:

> Yo tenía sospechas acerca de los motivos de Gorbachov y era escéptico acerca de sus perspectivas […] Intentaba matarnos con amabilidad […] Mi temor era que Gorbachov pudiera envolvernos en el desarme sin que la Unión Soviética hubiera hecho nada fundamental a su propia estructura militar, y que, en una década o cosa así, acaso nos enfrentáramos a una amenaza más grave que nunca.[5]

A Gorbachov, por su parte, le preocupaba la administración Bush. "Esta gente había crecido en los años de la Guerra Fría y todavía no tenían ninguna otra posibilidad de política exterior", dijo al Politburó poco antes de que Bush ocupara su cargo. "Creo que todavía les preocupa estar del lado perdedor. Es difícil esperar grandes transformaciones."[6]

Que Bush y Gorbachov previeran tan poco, sugiere cuán escaso control tenían sobre lo que iba a acontecer. Los desafíos calculados al *statu quo*, del tipo que durante la última década habían armado Juan Pablo II, Deng, Thatcher, Reagan y el propio Gorbachov, habían ablandado el *statu quo* al grado de que ahora era vulnerable a ataques menos predecibles de los dirigentes poco conocidos, y aun de individuos desconocidos. Los científicos llaman a estas condiciones "criticalidad": una perturbación pequeña en una parte de un sistema puede desplazar —o incluso triturar— el sistema entero.[7] Saben también la imposibilidad de prever cuándo, dónde y cómo se dará esta fractura, o cuáles serán sus efectos. Gorbachov no era un científico, pero se dio cuenta de esto. "La vida se desarrollaba con su propio dinamismo —comentó en noviembre—. Los acontecimientos se movían muy aprisa […] y no había que quedarse atrás […] No había otra manera de que actuara un partido dirigente."[8]

Este esquema de partidos dirigentes empeñados en no quedar atrás se mostró primero en Hungría, donde desde la supresión por Jruschov del levantamiento de 1956, el régimen de János Kádár había recuperado lenta, continua y discretamente cierto grado de autonomía dentro del bloque soviético. Cuando Gorbachov alcanzó el poder en 1985, Hungría tenía la economía más adelantada de Europa oriental, y empezaba a experimentar con la liberalización política. Los reformadores más jóvenes obligaron a Kádár a retirarse en 1988, y a principios de 1989 el nuevo primer ministro húngaro, Miklós Németh, visitó a Gorbachov en Moscú. "Cada país socialista se desarrolla a su manera

—recordó Németh a su huésped—, y sus guías deben ante todo dar cuentas a su propio pueblo." Gorbachov estuvo de acuerdo. Las protestas de 1956, admitió, habían comenzado "con la insatisfacción de la gente". Sólo entonces habían "escalado una contrarrevolución y el derramamiento de sangre. Esto no puede olvidarse".[9]

Los húngaros ciertamente no olvidaron lo que Gorbachov había dicho. Ya habían establecido una comisión oficial para valorar los sucesos de 1956. La rebelión, concluyeron, había sido un "alzamiento popular contra un sistema oligárquico de poder, que había humillado a la nación". Cuando quedó en claro que Gorbachov no objetaría este hallazgo, las autoridades de Budapest aprobaron un reconocimiento ceremonial: la reinhumación de Imre Nagy, el primer ministro húngaro que había encabezado la rebelión, y a quien Jruschov había mandado ejecutar. Doscientos mil húngaros asistieron al funeral de Estado, un suceso emotivo, el 16 de junio de 1989. Mientras tanto Németh, con su autoridad propia, había dado un paso más significativo. Se negó a aprobar fondos para el mantenimiento continuado del alambre de púas a lo largo de la frontera entre Hungría y Austria, a través de la cual los refugiados de 1956 habían tratado de escapar. Entonces, basándose en que la barrera era anticuada, y por tanto un riesgo para la salud, ordenó que los guardias empezaran a desmantelarla. Los alemanes orientales, alarmados, protestaron ante Moscú, pero recibieron una respuesta sorprendente: "No podemos hacer nada al respecto".[10]

Evoluciones igualmente inesperadas ocurrían en Polonia, donde Jaruzelski desde hacía mucho había sacado de la cárcel a Walesa y suprimido la ley marcial. Durante el final de los años ochenta el gobierno había realizado un baile delicado con Solidaridad —que seguía eliminado oficialmente— y ambas partes buscaban legitimidad mientras descubrían una dependencia mutua. Para la primavera de 1989, la economía estaba otra vez

en crisis. Jaruzelski trató de resolver el problema re-reconociendo a Solidaridad y permitiendo a sus representantes competir en una elección "sin confrontación" de una nueva legislatura bicameral. Walesa se lanzó a regañadientes, creyendo que las elecciones serían manipuladas. Pero para asombro de todo el mundo, los candidatos de Solidaridad ocuparon todos los escaños por los cuales compitieron en la cámara baja, y todos menos uno en la cámara alta.

Los resultados del 4 de junio habían sido "un éxito enorme, pasmoso", comentó un organizador de Solidaridad, y Walesa se encontró de nuevo bregando, esta vez para salvar la fachada de *Jaruzelski*. "Ha madurado para mí demasiado grano —bromeó él— y no puedo almacenarlo todo en mi granero." La reacción de Moscú no fue lo que había sido al surgir Solidaridad una década antes. "Ésta es una cuestión enteramente correspondiente a Polonia", comentó uno de los auxiliares máximos de Gorbachov. Y así el 24 de agosto de 1989 tomó el poder el primer gobierno formalmente no comunista en la Europa oriental. El nuevo primer ministro, Tadeusz Mazowiecki, estaba tan agitado por lo que había sucedido, que se desmayó durante su propia ceremonia de toma de posesión.[11]

Por aquel tiempo, Gorbachov había ya permitido elecciones en la Unión Soviética para nuevos diputados del Congreso del Pueblo: "No había ni pensado —le contó a Jaruzelski— obstaculizar los cambios".[12] El Congreso se reunió en Moscú el 25 de mayo y durante varios días los televidentes de toda la urss disfrutaron del espectáculo sin precedentes de una oposición vociferante que se dirigía al gobierno. "Todo el mundo estaba tan harto de cantar elogios a Brézhnev, que ahora era forzoso meterse con el líder —recordaba Gorbachov—. Como eran personas disciplinadas, mis colegas del Politburó no mostraron su malestar. Sin embargo, me di cuenta de su mal talante. ¿Cómo iba a ser de otro modo cuando ya era claro para todo el mundo que

habían pasado los días de la dictadura del partido?"[13]

Por verdad que pudiera ser esto en Hungría, Polonia y la Unión Soviética, otro era el caso de China. Allí las reformas económicas de Deng Xiaoping habían provocado presiones en pro del cambio político, camino que no estaba preparado para emprender. Cuando el ex secretario general Hu Yaobang, a quien Deng había depuesto por haber preconizado la apertura, murió repentinamente a mediados de abril, los estudiantes que protestaban iniciaron una serie de demostraciones que llenaron la Plaza de Tiananmen, en el centro de Beijing. Gorbachov, en su primer viaje a China, llegó en mitad de ellas. "Nuestros huéspedes se preocupaban mucho a propósito de la situación", y con razón de sobra, porque los disidentes vitoreaban al líder del Kremlin. "En la Unión Soviética tienen a Gorbachov", se leía en una bandera. "En China ¿a quién tenemos?" Poco después de su partida, los estudiantes desvelaron una Diosa de la Democracia, modelada en yeso según la Estatua de la Libertad, precisamente enfrente del retrato de Mao, sobre la entrada a la Ciudad Prohibida y precisamente ante su mausoleo.[14]

Mao habría pensado de esto lo que quisiera, pero era demasiado para Deng, y la noche del 3-4 de junio de 1989 ordenó una brutal represalia. Cuánta gente murió cuando el ejército recapturó la plaza y las calles de los alrededores, no está claro todavía, pero la mortandad fue varias veces mayor que en todo el año de trastornos revolucionarios en Europa.[15] Ni hay consenso, hasta ahora, acerca de cómo el Partido Comunista Chino conservó el poder cuando sus correlatos europeos perdían poder: tal vez fue la disposición a usar la fuerza; tal vez el miedo al caos si era derribado el partido; acaso el hecho de que la versión de Deng del capitalismo en el papel de comunismo había en verdad mejorado las vidas del pueblo chino, por oprimidas que estuvieran las oposiciones a la expresión política. Lo que quedaba claro era que el ejemplo de Gorbachov había sacudido la autoridad de

Deng. Que el ejemplo de Deng afectara entonces a la autoridad de Gorbachov, estaba por verse.

Uno de los comunistas europeos que esperaban esto era Erich Honecker, por largo tiempo gobernante de Alemania oriental. Su elección más reciente, en mayo de 1989, había producido una votación implausible de 98.95 en favor de su gobierno. Después de la matanza de Tiananmen el jefe de la policía secreta de Honecker, Erich Mielke, recomendó la acción de los chinos a sus subordinados, como "medidas decididas para la supresión de […] la inquietud contrarrevolucionaria". La televisión de Alemania oriental presentó repetidamente un documental producido en Beijing elogiando "la respuesta heroica del ejército y la policía chinos sobre la pérfida inhumanidad de las demostraciones estudiantiles".[16] Todo esto parecía sugerir que Honecker tenía controlada la República Democrática Alemana (RDA), hasta que el régimen advirtió que un número singularmente grande de sus ciudadanos estaba pasando las vacaciones de verano en Hungría.

Cuando las autoridades húngaras quitaron la alambrada de púas en la frontera con Austria, sólo habían aspirado a hacer más fácil a sus propios ciudadanos el atravesarla. Pero corrió la voz y pronto miles de alemanes orientales estaban llevando sus pequeños, ruidosos y contaminantes Trabant a través de Checoslovaquia y Hungría, hasta la frontera, abandonando los vehículos allí y cruzando a pie. Otros se apiñaban en la embajada alemana occidental en Budapest, pidiendo asilo. En septiembre había 130 000 alemanes orientales en Hungría y el gobierno anunció que, por razones "humanitarias", no trataría de detener entonces su emigración hacia el Oeste. Honecker y sus asociados estaban furiosos: "Hungría está traicionando al socialismo", Mielke rabiaba. "A causa de cambios en la Unión Soviética, Polonia y Hungría […] más y más personas preguntan cómo el socialismo va a sobrevivir de algún modo."[17]

Era ésta una pregunta excelente, pues pronto unos 3 000 buscadores de asilo alemanes orientales habían trepado la cerca que rodeaba la embajada de Alemania occidental en Praga y se apiñaban dentro, donde la televisión lo cubría todo. El gobierno checo, molesto por la publicidad pero nada dispuesto a abrir sus propias fronteras, apremió a Honecker a resolver la situación. Con el aniversario de la RDA esperando al mes siguiente, tenía gran necesidad de liquidar aquella dificultad. Finalmente convino en que los alemanes orientales de Praga podrían ir a Alemania occidental, pero sólo en trenes sellados que viajaran a través del territorio de la RDA, lo cual le permitiría pretender que los había expulsado. Los trenes fueron aclamados por el camino, sin embargo, y más alemanes orientales trataron de subirse a ellos. Cuando la policía pedía ver las credenciales de identidad por última vez, algunos pasajeros las tiraron a sus pies. "El sentimiento era —recordaba uno—: 'Aquí está su credencial, ya no puede usted amenazarme más'. Era muy satisfactorio."[18]

Mientras tanto los huéspedes —incluyendo a Gorbachov en persona— estaban llegando a Berlín oriental para la conmemoración oficial el 7-8 de octubre de 1989. Para horror de quienes lo recibían, el dirigente soviético se volvió aún más popular que en Beijing. Durante el desfile por Unter den Linden, quienes marchaban abandonaron las consignas aprobadas y empezaron a gritar: "¡Gorbachov, ayúdanos! ¡Gorby, estáte aquí!" Contemplando desde la plataforma de inspección, junto a un Honecker pálido, Gorbachov pudo ver que

> eran jóvenes especialmente elegidos, fuertes y de buen aspecto… [Jaruzelski], el líder polaco, acudió a nosotros y dijo: "¿Entienden ustedes el alemán?" Dije yo: "Yo, un poco". "¿Oye usted?" Afirmé. Él dijo: "Éste es el fin". Y lo era: el régimen estaba condenado.

Gorbachov trató de advertir a los alemanes orientales de la necesidad de cambios profundos: "No puede uno retrasarse; de

otra manera será castigado por la vida". Pero según recordaba luego, "el camarada Erich Honecker evidentemente se consideraba a sí mismo el primero en el socialismo, si no es que en el mundo. Ya no captaba en realidad lo que estaba aconteciendo". Tratar de llegar a él era "como tirar chícharos contra una pared".[19]

Las protestas contra el gobierno llevaban semanas elevándose en Leipzig, y se reanudaron el 9 de octubre, al día siguiente de que Gorbachov regresó a Moscú. Partido el huésped soviético, la posibilidad de una solución estilo Deng Xiaoping seguía en pie: Honecker puede incluso haberla autorizado. Pero en este punto un actor inesperado, Kurt Masur, el respetadísimo director de la orquesta del Gewandhaus, intervino para negociar y concluir la confrontación, y las fuerzas de seguridad se retiraron. No hubo matanza como la de Tiananmen, pero eso significaba que no le quedaba autoridad a Honecker, quien se vio forzado a renunciar el 18 de octubre. Su sucesor, Egon Krenz, había asistido al cuadragésimo aniversario de la revolución de Mao en Beijing, algunas semanas antes, pero no creyó que disparar contra los manifestantes funcionara en Alemania oriental. No ocurriría, aseguró a Gorbachov el 1º de noviembre, incluso si el malestar se difundía a Berlín Oriental. Podía haber un intento "de cruzar el Muro", añadió Krenz, "pero tal suceso no era muy probable".[20]

Lo que Krenz no esperaba era que uno de sus propios subordinados, enredando una conferencia de prensa, quebrantaría el Muro. Después de regresar de Moscú, Krenz consultó a sus colegas y el 9 de noviembre decidieron tratar de aliviar la creciente tensión en Alemania oriental aflojando —no eliminando— los reglamentos que restringían el viaje al Occidente. El decreto, esbozado a toda prisa, fue transmitido a Günter Schabowski, un miembro del Politburó que había asistido a la junta pero estaba a punto de informar a la prensa. Schabowski le echó una ojeada,

también presurosa, y anunció entonces que los ciudadanos de la rda eran libres de salir "por cualquiera de los cruces fronterizos". Los reporteros sorprendidos preguntaron cuándo las nuevas reglas entraban en acción. Revolviendo sus papeles, Schabowski replicó: "Según mi información, inmediatamente". ¿Eran válidas las reglas para viajar a Berlín occidental? Schabowski frunció el ceño, alzó los hombros, revolvió algunos papeles más y replicó entonces: "Puede haber salida permanente por todos los cruces fronterizos desde la rda a Alemania occidental y Berlín occidental, respectivamente". La siguiente pregunta fue: "¿Qué pasará con el Muro de Berlín ahora?" Schabowski masculló una respuesta incoherente y concluyó la conferencia de prensa.[21]

En cuestión de minutos, corrió la voz de que el Muro estaba abierto. No lo estaba, pero empezaron a reunirse multitudes en los puntos de cruce y los guardias no tenían instrucciones. Krenz, detenido en una reunión del Comité Central, no tenía idea de lo que estaba pasando, y para cuando supo de la multitud de gente, era demasiado grande para controlarla. Al fin los guardias de la frontera en Bornholmer Strasse se encargaron de abrir las puertas, y los berlineses orientales fascinados se desbordaron hacia Berlín occidental. Pronto los alemanes de ambos lados estaban sentados, en pie, y hasta bailando en lo alto del Muro; muchos fueron por martillos y cinceles para empezar a derribarlo. Gorbachov, en Moscú, estuvo durmiendo mientras duró la cosa y se enteró de ella sólo a la mañana siguiente. Todo lo que pudo hacer fue comunicar a las autoridades alemanas orientales: "Tomaron ustedes la decisión apropiada".[22]

Rota la muralla, todo era posible. El 10 de noviembre, Todor Zhivkov, gobernante de Bulgaria desde 1954, anunció que descendía; pronto el Partido Comunista de Bulgaria estaba negociando con la oposición y prometiendo elecciones libres. El 17 de noviembre estallaron manifestaciones en Praga y rápidamente se extendieron por Checoslovaquia. En cuestión de semanas, un

gobierno de coalición había expulsado a los comunistas, y para fines del año Alexander Dub ˇcek, que había presidido la "primavera de Praga" de 1968, estaba instalado como presidente de la asamblea nacional, informando al nuevo presidente de Checoslovaquia, Václav Havel.

Y el 17 de diciembre el dictador rumano Nicolai Ceaus¸escu, desesperado por preservar su propio régimen, ordenó al ejército seguir el ejemplo chino y disparar contra los manifestantes en Timi ¸soara. Fueron muertos 97, pero eso sólo alimentó la inquietud, llevando a Ceau ¸sescu a pedir una concentración de masas de quienes creía que serían sinceros sustentadores en Bucarest el 21 de diciembre. Ellos decidieron no hacerlo, empezaron a abuchearlo, y, antes de que pudiera cortarse, la transmisión por la televisión oficial captó su pasmo de ciervo deslumbrado cuando no consiguió calmar a la multitud. Ceaus¸escu y su esposa, Elena, huyeron de la ciudad en helicóptero pero fueron rápidamente capturados, juzgados y ejecutados por un pelotón el día de Navidad.[23]

Veintiún días antes, Ceau ¸sescu se había visto con Gorbachov en el Kremlin. Los recientes acontecimientos en Europa oriental, advirtió, habían puesto "en grave peligro no sólo el socialismo en los respectivos países sino también la existencia misma de los partidos comunistas allí". "Parece usted preocupado por esto", respondió Gorbachov, con voz más de terapeuta que de jefe del Kremlin. "Dígame, ¿qué podemos hacer?" Ceau ¸sescu sugirió vagamente: "Podemos tener una reunión y discutir posibles soluciones". Esto no sería suficiente, replicó Gorbachov: era necesario el cambio; de otra manera uno acabaría teniendo que resolver los problemas "bajo botas en marcha". Sin embargo, los primeros ministros de Europa oriental se reunirían el 9 de enero. Y entonces Gorbachov imprudentemente aseguró a su alarmado huésped: "Estará usted vivo el 9 de enero".[24]

Había sido un buen año para los aniversarios, pero un año malo para las predicciones. A principios de 1989, la esfera de influencia soviética en Europa oriental parecía tan sólida como en las últimas cuatro décadas y media. Pero en mayo el ayudante de Gorbachov, Chernyaev, anotaba sombríamente en su diario: "El socialismo en Europa oriental está desapareciendo […] Por doquier las cosas están resultando diferentes de lo que se había imaginado y propuesto". En octubre, Gennadi Gerasimov, el portavoz de la prensa del Ministerio del Exterior soviético, podía incluso bromear al respecto. "¿Conoce usted la canción de Frank Sinatra 'Mi camino'?", replicó cuando se le preguntó qué quedaba de la Doctrina Brézhnev. "Hungría y Polonia están procediendo a su manera. Ahora tenemos la doctrina Sinatra."[25] Al final del año, nada quedaba de lo que el Ejército Rojo había ganado en la segunda Guerra Mundial, que Stalin había consolidado, lo que Jruschov, Brézhnev, Andropov y hasta Chernenko habían tratado de preservar; todo estaba perdido. Gorbachov estaba decidido a sacar el mejor provecho de esto.

"De ningún modo debe considerarse nada de lo que ha ocurrido bajo una luz negativa", le dijo a Bush en su primera reunión en la cumbre, en Malta, en diciembre de 1989:

> Hemos logrado evitar una guerra en gran escala durante 45 años […] La confrontación derivada de convicciones ideológicas no se ha justificado tampoco […] La confianza en el intercambio desigual entre los países desarrollados y subdesarrollados ha sido también un fracaso […] Los métodos de la Guerra Fría […] han sufrido una derrota en términos estratégicos. Lo hemos reconocido. Y la gente ordinaria posiblemente haya entendido esto aún mejor.

La dirigencia soviética, informó el guía soviético al presidente norteamericano, "ha reflexionado acerca de esto desde hace mucho y ha llegado a la conclusión de que los eua y la urss están simplemente 'condenados' al diálogo, la coordinación y la cooperación. No puede elegirse otra cosa".[26]

II

Bush admitió a Gorbachov en la cumbre de Malta que los Estados Unidos se habían "sacudido ante la rapidez de los cambios que acontecían" en Europa oriental. Había cambiado su propia posición "180 grados". Trataba de "no hacer nada que condujera a socavar la posición de usted". Tal vez recordando a Reagan, prometió que no "treparía el Muro de Berlín ni haría pronunciamientos pomposos". Pero Bush añadió: "Espero que comprenda usted que es imposible pedirnos que desaprobemos la reunificación alemana". Gorbachov respondió sólo señalando que "tanto la urss como los eua están integrados en los problemas europeos en grados diferentes. Entendemos la implicación de ustedes en Europa muy bien. Ver de otra manera el papel de los eua en el Viejo Mundo no es realista sino equivocado, y finalmente no constructivo".[27]

Estos diálogos querían decir mucho. Bush confirmaba que su administración había sido atrapada desguarecida —lo mismo que todos los demás— por lo que había ocurrido. Reconocía la importancia de Gorbachov en estos sucesos: los Estados Unidos no querían debilitarlo. Pero Bush también señalaba que los norteamericanos y alemanes occidentales aspiraban ahora a impulsar la reunificación alemana, cosa que habría parecido locamente impráctica pocas semanas antes. La respuesta de Gorbachov fue igualmente significativa, tanto por lo que dijo como por lo que no dijo. Saludó a los Estados Unidos como una potencia europea, cosa que ningún líder soviético había hecho explícitamente antes. Y su silencio acerca de Alemania sugería ambivalencia: eso también era una posición sin precedentes para un régimen que había buscado la reunificación después de la segunda Guerra Mundial sólo si toda Alemania pudiera ser marxista, y cuando esto resultó imposible se había entregado a mantener a Alemania

permanentemente dividida.

Hubo indicios de que Gorbachov podría modificar esta posición. Había dicho al presidente de Alemania Occidental, Richard von Weizsäcker, en 1987, que aunque los dos Estados alemanes eran una realidad por el momento, "dónde estarán de aquí a cien años, sólo la historia puede decidirlo". Se había sentido alabado, en un viaje a Bonn en junio de 1989, al ser saludado por multitudes que gritaban: "¡Gorbi!, haz el amor, no murallas".[28] Durante las celebraciones alemanas orientales en octubre, había resuelto recitar un poema en la tumba del "liberador" del Ejército Rojo, que su auditorio no había esperado escuchar:

> El oráculo de nuestros tiempos ha proclamado la unidad,
> que puede sólo forjarse con hierro y sangre,
> pero tratamos de forjarla con amor,
> entonces veremos qué es más duradero.[29]

Había tranquilizado a Krenz, precisamente antes de que cayera el Muro de Berlín, con que "nadie podía ignorar […] que múltiples contratos humanos existían entre los dos Estados alemanes". Y en la mañana que siguió a la noche en que fueron abiertas las puertas en Berlín, recuerda haberse preguntado: "¿cómo podía uno disparar a alemanes que atraviesan la frontera para encontrarse con otros alemanes en el otro lado? De modo que la política tenía que cambiar".[30]

Sin embargo, la reunificación alemana era, a pesar de todo, una perspectiva inquietante, no sólo para la Unión Soviética sino para todos los europeos que recordaban la historia del último Estado alemán unido. Esta angustia trascendió a las divisiones de la Guerra Fría: Gorbachov la compartía con Jaruzelski, el presidente francés François Mitterrand, e incluso Margaret Thatcher, quien advirtió a Bush que "si no tenemos cuidado, los alemanes conseguirán en paz lo que Hitler no pudo obtener en la guerra".[31] El único europeo prominente que estuvo en

desacuerdo fue el canciller alemán occidental Helmut Kohl, quien sorprendió a todos presentándose en pro de la reunificación pocos días antes de la cumbre de Malta. Bush pensó que lo había hecho porque "quería estar seguro de que Gorbachov y yo no llegaríamos a nuestro propio acuerdo acerca del porvenir de Alemania, como Stalin y Roosevelt en los últimos meses de la segunda Guerra Mundial".[32]

Kohl, entonces, guiaba, pero sólo apenas, porque los alemanes orientales mismos —habiendo irrumpido a través del Muro — volvieron claro en seguida que no aceptarían nada menor que la reunificación. Hans Modrow, que había remplazado a Krenz como primer ministro, informó a Gorbachov, al final de enero de 1990, que "la mayoría de la gente en la República Democrática Alemana no apoya ya la idea de dos Estados alemanes". El gobierno y el partido mismo, el jefe del KGB, Vladimir Kryuchkov, se estaban separando. Enfrentado a esta información, Gorbachov no vio otra cosa que elegir: "La reunificación de Alemania debe ser considerada inevitable".[33]

La cuestión crítica era en qué términos. Alemania Oriental era todavía un miembro del Pacto de Varsovia, y más de 300 000 soldados soviéticos estaban estacionados allí. Alemania Occidental era todavía parte de la OTAN, con unos 250 000 soldados norteamericanos en su territorio.[34] El gobierno soviético insistió en que no toleraría que una Alemania reunida siguiera en la alianza de la OTAN: proponía en cambio la neutralización. Los norteamericanos y alemanes occidentales insistían otro tanto en que la afiliación a la OTAN continuara. Asomaron toda clase de sugestiones para resolver esta disputa, incluso —brevemente— el pensamiento de que una Alemania unificada podría pertenecer por partida doble a la OTAN y al Pacto de Varsovia. Thatcher, no partidaria de la unificación, despachó sin embargo esto como "la idea más estúpida que he oído". "Éramos —recordaba tristemente Gorbachov— los partidarios úni-

cos de tal punto de vista."[35]

A fin de cuentas, Bush y Kohl convencieron a Gorbachov de que no podía hacer otra cosa que aceptar una Alemania reunificada dentro de la alianza de la OTAN. Difícilmente podría respetar la determinación de los alemanes orientales de desmantelar su propio Estado sin respetar también las demandas de los alemanes occidentales para mantenerse como parte de la OTAN. Ni podía negar que había menos que temer de una Alemania unificada vinculada a la OTAN que de una que operara por su cuenta. Los norteamericanos, finalmente, sólo hicieron una concesión a Gorbachov: prometieron, en palabras del secretario de Estado, James Baker, que "no habría ampliación de la jurisdicción de la OTAN, ni un milímetro hacia el oriente", un compromiso posteriormente repudiado por la administración de Bill Clinton, pero sólo después de que la Unión Soviética había dejado de existir.[36] Gorbachov, por su parte, creía que los Estados Unidos sostenían la pertenencia a la OTAN únicamente porque temían, si no, que una Alemania unificada pudiera tratar de expulsar a las tropas *norteamericanas*: "Hice varios intentos para convencer al presidente norteamericano de que 'una retirada norteamericana' de Europa no favorecía a la Unión Soviética".[37]

Lo que esto significaba era que los intereses soviéticos y norteamericanos convergían, apoyando un arreglo que, apenas meses antes, habría sido considerado impensable: que Alemania pudiera reunificarse, que permaneciera en la OTAN, y que las fuerzas soviéticas estacionadas en territorio alemán se retirarían mientras que las fuerzas norteamericanas estacionadas en territorio alemán permanecerían allí. El acuerdo crítico llegó en una reunión entre Gorbachov y Kohl en julio de 1990. "No podemos olvidar el pasado —le dijo el líder soviético a su correlato alemán—. Toda familia padeció en nuestro país durante aquellos años. Pero tenemos que mirar hacia Europa y emprender el camino de

la cooperación con la gran nación alemana. Ésta es nuestra contribución hacia el fortalecimiento de la estabilidad en Europa y el mundo."[38] Y así ocurrió que el 3 de octubre de 1990 —menos de un año después de que los guardias del punto de cruce en la Bornholmer Strasse decidieran, sin consultárselo a nadie, abrir las puertas— la división de Alemania que había empezado con su derrota en la segunda Guerra Mundial finalmente concluyó.

III

Gorbachov había sido para entonces aclamado en Berlín oriental, Bonn y Beijing, cosa que ningún ocupante anterior del Kremlin había logrado antes. Pero había también ganado una distinción nada favorable: el 1º de mayo de 1990 se convirtió en el primer líder soviético que fue abucheado y hasta objeto de risa, mientras pasaba revista al desfile anual del Primero de Mayo desde lo alto de la tumba de Lenin en la Plaza Roja. Las banderas decían: "¡Abajo Gorbachov! Abajo el socialismo y el Imperio Rojo fascista. Abajo con el partido de Lenin". Y todo ello se transmitió por la televisión nacional. Hubo "*hooligans* políticos", farfulló Gorbachov, ordenando una investigación. "¡Haber puesto tal país en movimiento!", se lamentó con sus auxiliares. "Y ahora ahí están gritando: '¡caos!' '¡Los anaqueles están vacíos!' '¡El Partido se deshace!' '¡No hay orden!' " Era "colosal" haber logrado todo lo que se había conseguido sin "gran derrame de sangre". Pero "juran por mí, me maldicen […] No me arrepiento. No tengo miedo. Y no me arrepentiré ni disculparé por nada".[39]

¿Era mejor para un príncipe ser amado o ser temido?, preguntó una vez Maquiavelo.[40] A diferencia de cualquiera de sus pre-

decesores, Gorbachov optó por el amor y lo alcanzó en gran medida, pero sólo afuera de su propio país. Dentro, no provocaba amor ni miedo sino desprecio. Había múltiples razones para esto: la libertad política empezaba a tener el aire de la anarquía política; la economía permanecía tan estancada como en tiempos de Brézhnev; la fuerza de la nación más allá de sus fronteras parecía haberse encogido al tamaño de un limpiapiés. Y ahora otra cuestión asomaba por el horizonte: ¿podría la propia Unión Soviética sobrevivir?

Lenin había organizado la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como una federación dentro de la cual la República rusa, extendiéndose desde el Golfo de Finlandia y el Mar Negro hasta el Océano Pacífico era, con mucho, la mayor. Las otras incluían Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, las repúblicas transcaucásicas de Azerbaiyán, Armenia y Georgia, así como las repúblicas centroasiáticas de Kazajstán, Uzbekistán, Turkmenistán, Kirguizia y Tayikistán. Después de su absorción en la Unión Soviética en 1940, los Estados bálticos de Estonia, Latvia y Lituania fueron añadidos a la lista. Para cuando Gorbachov asumió el poder, había aproximadamente tantos rusos como no rusos en la urss, y las repúblicas no rusas habían logrado considerable autonomía cultural y lingüística, y aun cierta capacidad de resistir el control político de Moscú.[41] Pese a todo, nadie, ruso o no, veía ninguna posibilidad seria de que el país se desintegrase.

Es difícil compartimentalizar la reforma, por cierto; Gorbachov podía difícilmente pedir *perestroika* y *glasnost* dentro de la Unión Soviética, o bien dejar que los europeos orientales y los alemanes lo hicieran "a su manera", sin fomentar nacionalidades no rusas que nunca habían sido plenamente aceptadas para incorporarse a la urss. Incluían principalmente las repúblicas bálticas y transcaucásicas, donde empezaron a establecerse presiones que pedían mayor autonomía, y hasta la independencia. Un profesor lituano planteó la lógica en una reunión con Gorba-

chov a principios de 1990:

> La reavivación nacional es engendrada por la perestroika. Ambas cosas están entrelazadas […] Después de que el Partido Comunista de la Unión Soviética decidió fundar nuestra vida política en la democracia, nosotros, en la República, lo hemos considerado ante todo y sobre todo como una proclamación del derecho a la autodeterminación […] Estamos convencidos de que son ustedes sinceros al desear el bien del pueblo y comprender que ustedes no pueden hacer feliz a un pueblo contra su voluntad.

Gorbachov encontró esto "una argumentación indiscutible". Pero "aunque admitiendo la posibilidad de secesión en principio, yo había esperado que el desarrollo de la reforma económica y política se adelantaría al proceso de secesión".[42] Aquello fue otra predicción errada.

Pues mientras la política se abría en tanto que la prosperidad quedaba atrás, era duro ver qué beneficios obtenía un estado como Lituania siendo parte de la Unión Soviética. Los lituanos resentían cómo les había ido; Hitler y Stalin habían dispuesto su anexión en el pacto nazi-soviético de 1939. Seguían de cerca lo que ahora estaba ocurriendo en Alemania y Europa oriental. Los rastros de duda que había desaparecieron en enero de 1991, cuando las tropas soviéticas dispararon en Vilnius contra una multitud de manifestantes, y el 19 de febrero los lituanos votaron decisivamente por la independencia. Algo muy parecido fueron los acontecimientos en Latvia y Estonia. Gorbachov, esperando todavía el amor, no se inclinaba a resistir.[43]

No obstante, si se separaban los bálticos, ¿por qué las repúblicas transcaucásicas no harían lo mismo? ¿O los moldavos? ¿O inclusive los ucranianos? Éstas eran las cuestiones a las que se enfrentaba Gorbachov en la primavera de 1991, y no tenía respuesta. "Aunque estábamos matando el monstruo totalitario —recordaba Chernyaev—, no aparecía ningún consenso acerca de lo que lo sustituiría; por tanto, conforme la perestroika perdía su

orientación, las fuerzas que había desencadenado escapaban al control."[44] En junio, la mayor república de todas, la rusa, eligió a su propio presidente. Era Boris Yeltsin, un jefe del partido de Moscú y ahora principal rival de Gorbachov. El contraste era inconfundible, pues con todo lo que había dicho acerca de la democracia, Gorbachov nunca se había sometido a una elección popular. Otro contraste, menos evidente por el momento, pronto quedaría en claro: Yeltsin, a diferencia de Gorbachov, tenía un gran objetivo estratégico. Era abolir el Partido Comunista, desmantelando la Unión Soviética y haciendo de Rusia un Estado capitalista democrático independiente.

Yeltsin no era una figura popular en Washington. Tenía fama de beber mucho, buscar la publicidad y atacar gratuitamente a Gorbachov en una época en que Bush trataba de apoyarlo. Hasta había armado una vez una pelea acerca de la entrada de coches a la Casa Blanca con Condoleezza Rice, la joven pero formidable consejera del presidente sobre los soviéticos, y Yeltsin perdió.[45] En 1991, a pesar de todo, no podía negarse la importancia de Yeltsin: "Reafirmando el control ruso, político y económico sobre los asuntos de la república —recordaba Scowcroft—, atacaba la base misma del Estado soviético". Una cosa era para la administración Bush vigilar la influencia soviética en Europa oriental que se desintegraba, y entonces impulsar la reunificación alemana. Otra cosa muy distinta era contemplar el desmoronamiento completo de la urss. "A mi modo de ver, baila usted con quien está bailando —anotó Bush en su diario —. Especialmente no […] fomenta la desestabilización […] Me pregunto ¿a dónde vamos y cómo llegaremos?"[46]

Bush llegó a Moscú el 30 de julio para firmar el tratado de control de armamentos START I, ahora casi completamente a la sombra del camino que tomaban los acontecimientos. Él y Gorbachov pasaron un día tranquilo en la dacha del dirigente soviético. "Tuve la impresión —recordaba Chernyaev— de que

estaba yo presente en la culminación de un gran esfuerzo que había sido realizado siguiendo las líneas del nuevo modo de pensar […] No recordaba nada a la 'competencia por la guerra' de otros tiempos." Bush compartió esta sensación, pero a la mitad de la reunión cumbre había notado que "el ánimo bullicioso" de Gorbachov había desaparecido.[47] Camino a la patria, el presidente se detuvo en Kiev para hablar ante el Parlamento ucraniano. Trató de ayudar a Gorbachov elogiándolo y luego recordando a su auditorio:

> La libertad no es lo mismo que la independencia. Los norteamericanos no apoyarán a aquellos que buscan la independencia a fin de sustituir una tiranía de largo alcance por un despotismo local. No ayudarán a aquellos que promueven un nacionalismo suicida basado en el odio étnico.

Con eso, perdió sin embargo su auditorio. "Bush vino como mensajero de Gorbachov —refunfuñó un ucraniano—. Sonaba menos radical que nuestros propios políticos comunistas. Después de todo, tienen que competir por un puesto aquí… y él no lo hace." El golpe máximo llegó cuando el columnista William Safire, del *New York Times*, denunció el discurso de "pollo de Kiev" de Bush. Podía sostenerse también que era un golpe bajo, pero que capturó la ambivalencia de la administración mientras consideraba la posibilidad de vivir sin la urss.[48]

"Oh, Tolya, todo se ha tornado tan menudo, vulgar y provinciano", suspiró Gorbachov a Chernyaev el 4 de agosto, inmediatamente antes de partir a sus vacaciones de verano en Crimea. "Mira uno y piensa ¡al diablo con todo! Pero ¿a quién dejar? Estoy tan cansado."[49] Era, por una vez, una observación previsora, pues el 18 de agosto se rompieron todos los contactos de comunicación para Gorbachov y una delegación de pretendidos sucesores llegó a decirle que estaba bajo arresto domiciliario. Sus propios colegas, convencidos de que sus políticas sólo podían llevar a la desintegración de la Unión Soviética, habían decidido

remplazarlo.

Tres días caóticos siguieron, al término de los cuales tres cosas habían quedado en claro: primero, que los Estados Unidos y la mayoría del resto del mundo consideraban el golpe como ilegítimo y se negaban a tratar con los conspiradores que lo habían dado; segundo, que los conspiradores mismos habían descuidado ganarse el apoyo de los militares y de la policía, y finalmente que Boris Yeltsin, subido en un tanque frente al edificio del Parlamento ruso y anunciando que el golpe fracasaría, había asegurado la caída de éste. Gorbachov podía consolarse bien poco por esto, sin embargo, porque Yeltsin lo había sustituido ahora como guía dominante en Moscú.[50]

Yeltsin rápidamente abolió el Partido Comunista de la Unión Soviética y confiscó todas sus propiedades. También disolvió a los diputados del Congreso del Pueblo, el cuerpo legislativo que había creado Gorbachov, e instaló en su lugar un concilio compuesto de representantes de las repúblicas que le quedaban a la urss. Éste a su vez reconoció la independencia de los Estados bálticos, que condujo a Ucrania, Armenia y Kazajstán a proclamar la suya. La autoridad de Gorbachov se evaporó a medida que Yeltsin lo humillaba repetidamente en la televisión nacional. Y el 8 de diciembre Yeltsin firmó un convenio con los dirigentes de Ucrania y Bielorrusia para formar una Comunidad de Estados Independientes. Inmediatamente llamó a Bush: "Hoy ocurrió un acontecimiento muy importante en nuestro país […] Gorbachov no sabe estos resultados". El presidente vio inmediatamente la significación: "Yeltsin acaba de informarme que él […] había decidido disolver la Unión Soviética".[51]

"¡Lo que ha hecho usted a mis espaldas… es… muy desafortunado!", protestó Gorbachov, pero nada podía hacer: carecía de país. Y así el 25 de diciembre de 1991 —dos años, día por día, después de la ejecución de Ceau ¸sescu, 12 años desde el día de

la invasión de Afganistán, y poco más de 74 años después de la Revolución bolchevique— el último dirigente de la Unión Soviética llamó al presidente de los Estados Unidos para desearle feliz Navidad, transfirió a Yeltsin las claves requeridas para lanzar un ataque nuclear, y tomó la pluma con la cual firmaría el decreto que concluía oficialmente la existencia de la urss. No tenía tinta, de modo que tuvo que pedirla a los empleados de la Red de Noticias por Cable de la televisión, que cubrían el acontecimiento.[52] Decidido, a pesar de todo, a ofrecer el mejor rostro posible en cuanto a lo que había acontecido, anunció entonces, cansado, en su discurso de despedida: "Se ha acabado la 'Guerra Fría', la carrera armamentista y la militarización loca de nuestro país, que trababa nuestra economía, deformaba nuestro pensamiento y minaba nuestra moral. La amenaza de una guerra mundial no existe ya".[53]

Gorbachov nunca fue un líder a la manera de Václav Havel, Juan Pablo II, Deng Xiaoping, Margaret Thatcher, Ronald Reagan, Lech Walesa, inclusive Boris Yeltsin. Todos tenían *destinos* en mente y mapas para alcanzarlos. Gorbachov vacilaba entre contradicciones sin resolverlas. La mayor era ésta: quería salvar el socialismo, pero no aplicaría la fuerza. Su desdicha particular era que estas metas eran incompatibles, no podía alcanzar una sin abandonar la otra. Y así, a fin de cuentas, abandonó una ideología, un imperio, y su propio país, de preferencia a usar la fuerza. Eligió el amor y no el miedo, violando el consejo de Maquiavelo a los príncipes y asegurando con ello que dejaba de ser uno de ellos. Poco sentido tenía en términos geopolíticos tradicionales. Pero lo hizo el más merecedor que jamás recibiera el Premio Nobel de la Paz.

[Notas]

---

[1] Margaret Thatcher, *The Downing Street Years* (Nueva York: HarperCollins, 1993), p. 753.

[2] Timothy Garton Ash, The Magic Lantern: The Revolution of '89 Witnessed in Warsaw, Budapest, Berlin, and Prague (Nueva York: Random House, 1990), pp. 141-142.

[3] Puede verse una analogía científica en Per Bak, *How Nature Works: The Science of Self-Organized Criticality* (Nueva York: Oxford University Press, 1997).

[4] George Bush y Brent Scowcroft, *A World Transformed* (Nueva York: Knopf, 1998), p. XIII.

[5] *Ibid.*, pp. 13-14.

[6] Minutas, junta del Politburó, 27-28 de diciembre de 1988, cwihp *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), pp. 25-26.

[7] Bak, *How Nature Works*, especialmente pp. 1-3. Véase también, para analogías históricas, John Lewis Gaddis, *The Landscape of History: How Historians Map the Past* (Nueva York: Oxford University Press, 2002), pp. 79-81 y 84-87.

[8] Memorándum, conversación de Gorbachov con Egon Krenz, 1º de noviembre de 1989, cwihp *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), pp. 140-141.

[9] Memorándum, conversación Gorbachov-Németh, 3 de marzo de 1989, *ibid.*, p. 77. Acerca de desenvolvimientos posteriores a 1956 en Hungría, véase Gale Stokes, *The Walls Came Tumbling Down: The Collapse of Communism in Eastern Europe* (Nueva York: Oxford University Press, 1993), pp. 78-101.

[10] *Ibid.*, 99-101 y 131; también entrevistas con Németh, Imre Pozsgay y Günter Schabowski, cnn *Cold War*, Episodio 23, "The Wall Comes Down, 1989".

[11] Stokes, *The Walls Came Tumbling Down*, pp. 102-130; Bernard Gwertzman y Michael T. Kaufman, eds., *The Collapse of Communism* (Nueva York: Random House, 1990), p. 132. Véase también Garton Ash, *The Magic Lantern*, pp. 25-46.

[12] Transcripción polaca, reunión Gorbachov-Jaruzelski, Moscú, 9 de mayo de 1989, CWIHP *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), p. 113.

[13] Mijaíl Gorbachov, *Memoirs* (Nueva York: Doubleday, 1995), pp. 287, 290 y 292.

[14] *Ibid.*, pp. 488-492; Gwertzman y Kaufman, eds., *The Collapse of Communism*, p. 52. Véase también Richard Baum, *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping* (Princeton: Princeton University Press, 1994), pp. 242-274.

[15] *Ibid.*, pp. 275-310.

[16] Mielke a Heads of Service Units, 10 de junio de 1989, CWIHP *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), p. 209.

[17] Charles S. Maier, *Dissolution: The Crisis of Communism and the End of East Germany* (Princeton: Princeton University Press, 1997), pp. 125-127.

[18] Entrevista con Birgit Spannaus, CNN *Cold War*, Episodio 23, "The Wall Comes Down, 1989". Véase también Maier, *Dissolution*, pp. 127-131, y Stokes, *The Walls Came Tumbling Down*, pp. 136-138.

[19] Entrevista con Gorbachov, CNN *Cold War*, Episodio 23, "The Wall Comes Down, 1989"; memorándum, conversación Gorbachov-Krenz, 1º de noviembre de 1989, CWIHP *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), pp. 141-143 y

151. Véase también Gorbachov, *Memoirs*, pp. 523-525.

[20] Conversación Gorbachov-Krenz, 1º de noviembre de 1989, pp. 147-148. Véase también Stokes, *The Walls Came Tumbling Down*, pp. 139-140.

[21] Transcripción, conferencia de prensa de Schabowski, 9 de noviembre de 1989, CWIHP *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), pp. 157-158. Véase también Hans-Hermann Hertle, "The Fall of the Wall: The Unintended Self-Dissolution of East Germany's Ruling Regime", *ibid*., pp. 131-140, y Philip Zelikow y Condoleezza Rice, *Germany Unified and Europe Transformed: A Study in Statecraft* (Cambridge: Massachusetts: Harvard University Press, 1995), pp. 98-101.

[22] Entrevista con Gorbachov, CNN *Cold War*, Episodio 23, "The Wall Comes Down, 1989".

[23] Stokes, *The Walls Came Tumbling Down*, pp. 141-167, proporciona un relato breve de estos acontecimientos.

[24] Minutas, encuentro Gorbachov-Ceaus¸escu, 4 de diciembre de 1989, CWIHP *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), pp. 220-222.

[25] Diario de Chernyaev, mayo de 1989, en Anatoly S. Chernyaev, *My Six Years with Gorbachov*, traducido y editado por Robert D. English y Elizabeth Tucker (University Park, Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2000), p. 226; Don Oberdorfer, *From the Cold War to a New Era: The United States and the Soviet Union, 1983-1991*, edición actualizada (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1998), p. 355.

[26] Notas de Chernyaev sobre el encuentro Bush-Gorbachov, Malta, 2 de diciembre de 1989, cwihp *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno, 2001), pp. 232-233. Véase también Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, p. 164.

[27] Notas de Chernyaev, encuentros Bush-Gorbachov, 2 de diciembre de 1989, pp. 229 y 233, y 3 de diciembre de 1989, cwihp *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), pp. 237-238.

[28] Chernyaev, *My Six Years with Gorbachov*, pp. 114-115; Gorbachov, *Memoirs*, pp. 517-518 y 520.

[29] Zelikow y Rice, *Germany Unified and Europe Transformed*, p. 83. El poema, escrito en tiempos de los esfuerzos de Bismarck para unificar Alemania, era del poeta ruso Fedor Tyutchev.

[30] Memorándum, conversación Gorbachov-Krenz, 1º de noviembre de 1989, CWIHP *Bulletin*, núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), pp. 144-145; entrevista con Gorbachov, CNN *Cold War*, Episodio 23, "The Wall Comes Down, 1989".

[31] Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, p. 249.

[32] *Ibid*., p. 194. Véase también Zelikow y Rice, *Germany Unified and Europe Transformed*, pp. 118-125.

[33] Gorbachov, *Memoirs*, p. 528; también Zelikow y Rice, *Germany Unified and Europe Transformed*, pp. 160-163.

[34] Las cifras vienen de Chernyaev, *My Six Years with Gorbachov*, p. 272, y Zeli-

kow y Rice, *Germany Unified and Europe Transformed*, p. 169.

[35] Gorbachov, *Memoirs*, p. 532. Una fuente de esta idea fue John Lewis Gaddis, "One Germany—in Both Alliances", *New York Times*, 21 de marzo de 1990. La reacción de Thatcher me la confirmaron por separado Gordon Craig y Timothy Garton Ash, que la presenciaron en persona.

[36] Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, p. 239. Véase también James M. Goldgeier, *Not Whether But When: The U. S. Decision to Enlarge NATO* (Washington: Brookings Institution, 1999).

[37] Gorbachov, *Memoirs*, pp. 532-533.

[38] *Ibid*., p. 534.

[39] Chernyaev, *My Years with Gorbachov*, pp. 269-270.

[40] Nicolás Maquiavelo, *The Prince*, traducido por Harvey C. Mansfield, 2a. ed. (Chicago: University of Chicago Press, 1998), p. 66.

[41] Ronald Grigor Suny, *The Soviet Experiment: Russia, the USSR, and the Successor States* (Nueva York: Oxford University Press, 1998), pp. 462-463.

[42] Gorbachov, *Memoirs*, pp. 572-573.

[43] Suny, *The Soviet Experiment*, pp. 478-479.

[44] Chernyaev, *My Six Years with Gorbachov*, p. 201.

[45] Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, pp. 141-143. Véase también Michael R. Beschloss y Strobe Talbott, *At the Highest Levels: The Inside Story of the End of the Cold War* (Boston: Little, Brown, 1993), pp. 103-104.

[46] Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, pp. 498 y 500.

[47] Chernyaev, *My Six Years with Gorbachov*, pp. 360-363; Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, pp. 513-514.

[48] Beschloss y Talbott, *At the Highest Levels*, pp. 417-418.

[49] Chernyaev, *My Six Years with Gorbachov*, p. 369.

[50] Suny, *The Soviet Experiment*, pp. 480-482. El relato de Gorbachov está en sus *Memoirs*, pp. 626-645.

[51] Suny, *The Soviet Experiment*, pp. 483-484; Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, pp. 554-555.

[52] Oberdorfer, *From the Cold War to a New Era*, pp. 471-472.

[53] Gorbachov, *Memoirs*, p. XXXVIII.

Epílogo
MIRANDO ATRÁS

Y así la Guerra Fría concluyó, mucho más repentinamente que comenzó. Como Gorbachov le había dicho a Bush en Malta, era "gente ordinaria" la que hizo que esto ocurriera: los húngaros que declararon anticuada su alambrada de púas y después se apiñaron en el funeral de un hombre que había muerto 31 años antes; los polacos que sorprendieron a Solidaridad dispersándola en los cargos; los alemanes orientales de vacaciones en Hungría, trepando las vallas de la embajada en Praga, humillando a Honecker en su propio desfile, persuadiendo a la policía de que no disparara en Leipzig, y abriendo a fin de cuentas una puerta que derribó una muralla y reunificó un país. Los dirigentes —pasmados, horrorizados, emocionados, envalentonados, desconcertados, sin ninguna clave— lucharon por recuperar la iniciativa, pero encontraron que sólo podían hacerlo reconociendo que lo que hubiera parecido otrora increíble era ahora inevitable. Aquellos que no entraban, eran depuestos, como Honecker, o censurados como Deng, o muertos como los Ceau ¸sescu. Gorbachov, repudiado en su país pero reverenciado afuera, se consoló fundando una grey de gente pensante.[1]

Una de las cuestiones con las que bregaba la Fundación Gorbachov, pero que nunca resolvió, era el significado de todo esto. La imposibilidad de encontrar respuesta no era en verdad sorprendente, porque las personas que viven grandes acontecimien-

tos rara vez son los mejores jueces acerca de su significación perdurable. Considérese a Cristóbal Colón, quien bien pudo haber previsto en algún momento de su vida el aniversario 500 de sus grandes viajes, considerándolo una celebración de sí mismo, sus hombres y los barcos que tripulaban, así como de los monarcas que los enviaron. Colón difícilmente habría previsto que los historiadores optaron por recordar, cuando por fin llegó el aniversario en 1992, el gran genocidio que había puesto en movimiento desencadenando las fuerzas del imperialismo, el capitalismo, la tecnología, la religión y, especialmente, la enfermedad al llegar a civilizaciones que tenían pocas defensas en contra de ello.

La reputación de Colón, a su vez, de fijo no habría sido lo que fue, a no ser por la decisión del emperador Hongxi, en 1424, de suspender el programa chino, mucho más costoso y ambicioso, de exploración marítima, dejando los grandes descubrimientos a los europeos.[2] Una rara decisión, podría uno pensar, hasta recordar el costoso y ambicioso esfuerzo norteamericano para superar a la Unión Soviética llevando un hombre a la luna, consumado triunfalmente el 20 de julio de 1969. Fue, según presumió el presidente Nixon de manera extravagante, "la máxima semana de la historia del mundo desde la Creación".[3] Pero entonces, después de cinco alunizajes más en los tres años y medio siguientes, Nixon suspendió la exploración tripulada del espacio, por completo, posponiendo indefinidamente los descubrimientos futuros. ¿Qué conducta imperial parecerá más extraña dentro de 500 años? Es difícil decirlo.

La humildad es conveniente, por lo tanto, cuando se trata de valorar la significación de la Guerra Fría: el pasado reciente bien puede asumir un aspecto distinto viéndolo por los gemelos de un futuro distante. Lo que parecía a los contemporáneos ser cuestiones palpitantes puede acabar pareciendo tan trivial —y tan incomprensible— como turistas antárticos podrían considerar las trifulcas entre pingüinos indistinguibles sobre témpanos

flotantes. Pero las corrientes que causan el desplazamiento histórico portarán cierto significado, ya que conformarán en parte lo que está por venir. Así quienes despliegan velas, dan la vuelta a timones y así inventan los modos de trasladarse desde donde están hasta donde esperan ir.

Karl Marx sabía poco acerca de pingüinos, pero reconoció, en la terminología sexista de 1852, que "los hombres hacen su propia historia". Determinista siempre, matizó apresuradamente tal pretensión añadiendo que "no lo hacen precisamente como gustan, no lo hacen bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente encontradas, dadas y transmitidas desde el pasado".[4] Hasta aquí el máximo teórico de la inevitabilidad estaba dispuesto a tolerar desviaciones: nunca pudo decirse de Marx que dejó la espontaneidad. Su argumentación sugiere un método, sin embargo, para distinguir lo que seguramente será recordado acerca de la Guerra Fría de lo que generaciones futuras desdeñarán como riñas incomprensibles de Estados, ideologías e individuos indistinguibles, pues los acontecimientos que implican escapar del determinismo —el alzar velas, el dar vuelta a los timones y el seguir cursos nunca antes establecidos— se apartan de lo "normal" de maneras como el futuro no olvidará, incluso dentro de cinco siglos.

La desviación más importante con respecto al determinismo durante la Guerra Fría tenía que ver, evidentemente, con las guerras calientes. Antes de 1945, las grandes potencias se enfrentaban en grandes guerras tan frecuentemente que parecían ser rasgos permanentes del paisaje internacional. Lenin incluso contaba con ellas para proporcionar el mecanismo mediante el cual el capitalismo se destruiría a sí mismo. Después de 1945, sin embargo, las guerras se limitaban a ser entre superpotencias y potencias menores, como en Corea, Vietnam y Afganistán, o a ser guerras entre potencias menores, como las cuatro que hubo entre Israel y sus vecinos árabes entre 1948 y 1973, o las tres

guerras entre India y Pakistán en 1947-1948, 1965 y 1971, o la lucha larga, sangrienta e indecisa que consumió a Irán e Irak durante los años ochenta. Lo que nunca ocurrió, a pesar de los miedos universales de que pudiera pasar, fue una guerra en gran escala que implicara a los Estados Unidos, la Unión Soviética y sus respectivos aliados. Los líderes de estos países probablemente no eran menos beligerantes que aquellos que habían recurrido a la guerra en el pasado, pero su belicosidad carecía de optimismo: por primera vez en la historia *nadie* podía estar seguro de ganar o inclusive sobrevivir en una gran guerra. Igual que la alambrada de púas siguiendo la frontera húngara, *la guerra misma —y por lo menos las guerras importantes combatidas entre Estados importantes— se habían vuelto un riesgo a la salud y por lo tanto un anacronismo.*[5]

Las corrientes históricas que produjeron este resultado no son difíciles de descubrir. Incluían recuerdos de bajas y de costos en la segunda Guerra Mundial, pero esto nada más no habría suprimido guerras venideras: recuerdos comparables de la primera Guerra Mundial no lo lograron. J. Robert Oppenheimer señaló una explicación mejor cuando predijo en 1946 que "si hay otra gran guerra, se usarán armas atómicas".[6] El hombre que llevó adelante el programa de construcción de la bomba tenía una lógica atinada, pero la Guerra Fría la invirtió: lo que ocurrió en cambio fue que, en vista de que las armas nucleares *podían* ser usadas en cualquier guerra entre grandes potencias, tal guerra no se dio.[7] A mediados de los años cincuenta, estos dispositivos mortíferos, junto con los medios de lanzarlos casi instantáneamente a cualquier sitio, habían puesto en riesgo a todos los Estados. En consecuencia, una de las principales razones para emprender la guerra en otros tiempos —la protección del propio territorio— carecía ya de sentido. A la vez, la competencia territorial, otra causa tradicional de guerra, estaba volviéndose menos provechosa que en otro tiempo. ¿Qué beneficio acarrea-

ba, en una era de vulnerabilidad total, adquirir esferas de influencia, líneas de defensa fortificadas y puntos estratégicos de estrangulamiento? Dice mucho acerca del valor disminuido de tales posesiones que la Unión Soviética, antes de deshacerse, abandonara pacíficamente tantas de ellas.

El reconocimiento con satélites y otras novedades en la inteligencia también contribuyeron a que las guerras grandes quedaran anticuadas, al disminuir la posibilidad de la sorpresa y al eliminar las oportunidades de ocultación al emprenderlas. Todavía podía haber sorpresas, como la invasión de Kuwait por Irak en agosto de 1990, pero sólo porque falló la *interpretación* de la inteligencia, no lo que había reunido. Una vez que la liberación de aquel país comenzó a principios de 1991, Saddam Hussein encontró que sus despliegues militares eran muy visibles y, por lo tanto, exponían a un ataque, así que no le quedó otro remedio que retirarse. La transparencia —un subproducto de la carrera armamentista de la Guerra Fría— creó un medio enteramente nuevo que premió a aquellos que trataban de evitar las guerras y desanimó a quienes trataban de iniciarlas.

La Guerra Fría bien puede ser recordada, de este modo, como el punto en el cual la fuerza militar, una característica definitoria del "poder" mismo en los cinco siglos últimos, dejó de serlo.[8] La Unión Soviética se vino abajo, después de todo, con sus fuerzas militares, incluso sus recursos nucleares, realmente intactos. El avance de la tecnología, junto con una cultura de la precaución que trascendía la ideología, hizo que la propia naturaleza del poder se desplazara entre 1945 y 1991: para cuando la Guerra Fría terminó, la capacidad de combatir en guerras no garantizaba ya la influencia de los Estados o incluso su existencia continuada, dentro del sistema internacional.

Otra escapatoria del determinismo implicaba *el descrédito de las dictaduras*. Los tiranos habían andado sueltos miles de años,

pero el gran temor de George Orwell, al escribir *1984* en su isla solitaria en 1948, era que el esfuerzo de tenerlos en jaque realizado en los siglos XVIII y XIX se había invertido. A pesar de las derrotas de la Alemania nazi y del Japón imperial, habría sido difícil explicar la primera mitad del siglo XX sin concluir que la historia contemporánea había pasado a favorecer la política autoritaria y la economía colectivista. Al igual que los monjes irlandeses, en el filo de su mundo medieval, Orwell en el filo del suyo trataba de conservar lo poco que quedaba de civilización mostrando lo que la victoria de los bárbaros significaría.[9] Controlaban Hermanos Grandes a la Unión Soviética, China y la mitad de Europa en los tiempos en que apareció *1984*. Habría sido utópico esperar que no pasaran de ahí.

No obstante lo hicieron: las corrientes históricas durante la segunda mitad del siglo XX se volvieron decisivamente hacia el comunismo. Orwell en persona tenía algo que ver con esto: sus escritos angustiados, junto con los posteriores y cada vez más confiados en sí mismos de Solzhenitsyn, Sajarov, Havel y el futuro papa Karol Wojtyła, adelantaron una crítica avanzada, moral y espiritual del marxismo-leninismo, para la cual no tenía respuesta. Hizo falta tiempo para que estas velas tomaran el viento y estos timones tomaran su rumbo, pero a fines de los años setenta habían empezado a hacerlo. Juan Pablo II y los otros guías-actores de los años ochenta ajustaron el rumbo. Las posibilidades más inspiradoras que la Unión Soviética podía mostrar eran Leonid Brezhnev, Yuri Andropov y Konstantin Chernenko, clara señal de que las dictaduras no eran lo que una vez fueron.

Mientras tanto, el comunismo había prometido una vida mejor pero fracasó. Marx insistía en que las mudanzas en los medios de producción aumentarían la desigualdad, provocarían ira y con ello alimentarían la conciencia revolucionaria en la "clase trabajadora". No consiguió prever, sin embargo, las *clases*

de mudanzas que se darían, pues conforme las economías post-industriales evolucionaban, comenzaron a premiar las formas laterales y no jerárquicas de la organización. La complejidad tornó la planeación *menos* factible bajo las etapas previas, más sencillas, de la industrialización: sólo mercados descentralizados, en gran medida espontáneos, podían tomar los millones de decisiones requeridas cada día en una economía moderna, si es que las demandas habían de abastecer el suministro de bienes y servicios. En consecuencia, el disgusto con el capitalismo nunca alcanzaba el punto en el cual "los proletarios de todos los países" sintieran la necesidad de unirse para arrancar sus "cadenas".

Esto llegó a ser claro durante la Guerra Fría, y fue en gran medida porque los líderes occidentales desaprobaron el enjuiciamiento por Marx del capitalismo por elevar la codicia encima de todo. Cuando se confrontaban las perversiones del marxismo infligidas por Lenin y Stalin sobre la Unión Soviética y por Mao en China —poner un partido gobernante y un Estado autoritario en el control de lo que se suponía haber sido un proceso automático de la evolución histórica— el efecto fue desacreditar el comunismo, no sólo sobre fundamentos económicos sino también por su fracaso en traer la justicia política y social. Lo mismo que no llegó una nueva guerra mundial, así la revolución mundial prevista tampoco llegó. La Guerra Fría había producido un anacronismo histórico más.

Siguió la tercera innovación: *la globalización de la democratización*. Según un cálculo, el número de democracias se *quintuplicó* durante la última mitad del siglo XX, cosa que no se habría esperado al concluir la primera mitad.[10] Las circunstancias que hicieron de la Guerra Fría una época democrática siguen siendo difíciles de separar, aun ahora. La ausencia de grandes depresiones y grandes guerras tenía algo que ver con ello: los años treinta y el principio de los cuarenta mostraron cuán frágiles podían ser las democracias cuando estaban presentes. Las elecciones políti-

cas ayudaron también: promover la democracia se tornó la manera más visible como los norteamericanos y sus aliados europeos occidentales podían diferenciarse de sus rivales marxista-leninistas. La educación desempeñó asimismo un papel: los niveles de alfabetización y los años pasados en la escuela aumentaron casi por doquier durante la Guerra Fría, y aunque las sociedades instruidas no son siempre sociedades democráticas —la Alemania de Hitler lo reveló— no parece que conforme el pueblo se vuelve más conocedor acerca de sí mismo y del mundo circundante, desee menos tener a otros que le digan cómo vivir sus vidas.

La revolución de la información reforzó la difusión de la democracia porque permitía a la gente informarse y reaccionar a aquello de lo que se enteraban, más rápidamente que en el pasado. Se volvió más difícil durante la Guerra Fría ocultar las noticias acerca de lo que ocurría en el resto del mundo, así como disimular lo que estaba sucediendo en el país propio. Esta clase de "transparencia" proporcionó nuevos tipos de oposición contra los regímenes autoritarios, según el proceso de Helsinki ilustró teatralmente. También acarreó la seguridad de que no volverían, donde habían sido derribadas dictaduras.

Sin embargo, las democracias también echaron raíces porque generalmente rebasaban las autocracias en la elevación de los niveles de vida. Los mercados no siempre requieren democracia a fin de funcionar: Corea del Sur, Taiwán, Singapur y China desarrollaron todas economías de éxito bajo condiciones menos que democráticas. La experiencia de la Guerra Fría mostró, no obstante, que no es fácil mantener abiertos los mercados y las ideas constreñidas al mismo tiempo. Y como los mercados resultaron más eficientes que las economías de mando en la asignación de recursos y aumento de la productividad, el mejoramiento resultante en la vida de la gente vigorizó, a su vez, las democracias.

Por todas estas razones, pues, el mundo se acercó más que nunca a alcanzar un consenso, durante la Guerra Fría, de que sólo la democracia confiere legitimidad. Esto también significa apartarse de los determinismos de los imperios, las ideologías impuestas y el uso arbitrario de la fuerza para sostener el gobierno autoritario.

Claro está que había mucho que lamentar a propósito de la Guerra Fría: correr riesgos con el futuro de cada uno; los recursos gastados en armamentos inútiles; las consecuencias ambientales y sanitarias de los complejos militar-industriales enormes; la represión que estragó las vidas de generaciones enteras; la pérdida de vidas que con demasiada frecuencia la acompañaron. Ningún tirano en ningún lugar había nunca ejecutado a un *quinto* de su propio pueblo, y sin embargo Pol Pot, dirigente del Khmer Rouge, hizo precisamente esto, a la zaga de la Guerra de Vietnam. El porvenir recordará de fijo tal atrocidad cuando haya olvidado mucho acerca de la Guerra Fría, y sin embargo casi nadie fuera de Camboya se dio cuenta en su momento. No hubo juicio por crímenes contra la humanidad. Pol Pot murió en una sencilla cabaña junto a la frontera tailandesa en 1998, y fue cremado sin ceremonias sobre un montón de basura y llantas viejas.[11] Por lo menos no hubo mausoleo.

Con todo, pese a esto y a mucho más, la Guerra Fría pudo haber sido peor, mucho peor. Comenzó con un regreso del miedo y terminó en un triunfo de la esperanza, desacostumbrada trayectoria en las grandes perturbaciones históricas. Fácilmente pudo ser de otra manera: el mundo gastó la última mitad del siglo XX con sus peores angustias no confirmadas. Los gemelos de un futuro distante confirmarán esto, pues si la Guerra Fría hubiera seguido un curso diferente, pudiera no haber quedado nadie para mirar atrás a través de ellos. Eso es algo. Por hacer eco al abate Sieyès cuando le preguntaron qué hizo durante la Revolución francesa, la mayoría de nosotros sobrevivió.

[1] Mijaíl Gorbachov, *Memoirs* (Nueva York: Doubleday, 1995), pp. 692-693; también Mijaíl Gorbachov y Zdenˇek Mlyná ˇr, *Conversations with Gorbachov on Perestroika, The Prague Spring, and the Crossroads of Socialism*, traducido por George Schriver (Nueva York: Columbia University Press, 2002), pp. 172-174.

[2] Véase Louise Levanthes, *When China Ruled the Seas: The Treasure Fleet of the Dragon Throne, 1405-1433* (Nueva York: Simon and Schuster, 1994).

[3] *Public Papers of the Presidents of the United States: Richard Nixon, 1969* (Washington: Government Printing Office, 1971), p. 542.

[4] "The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte", en Robert C. Tucker, ed., *The Marx-Engels Reader*, 2a. ed. (Nueva York: Norton, 1978), p. 595.

[5] John Mueller, *Retreat from Doomsday: The Obsolescence of Major War* (Nueva York: Basic Books, 1989), plantea la argumentación del modo más convincente.

[6] Kai Bird y Martin J. Sherwin, *American Prometheus: The Triumph and Tragedy of J. Robert Oppenheimer* (Nueva York: Knopf, 2005), p. 348.

[7] Véase, sobre este punto, los ensayos en John Lewis Gaddis, Philip H. Gordon, Ernest R. May y Jonathan Rosenberg, eds., *Cold War Statesmen Confront the Bomb: Nuclear Diplomacy since 1945* (Nueva York: Oxford University Press, 1999).

[8] Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000* (Nueva York: Random House, 1987).

[9] Véase Thomas Cahill, *How the Irish Saved Civilization* (Nueva York: Anchor, 1996).

[10] *Democracy's Century: A Survey of Global Political Change in the 20th Century* (Nueva York: Freedom House, 1999), disponible en http://www.freedomhouse.org/reports/century.html.

[11] Seth Mydans, "At Cremation of Pol Pot, No Tears Shed", *New York Times*, 19 de abril de 1998. Véase también Jean-Louis Margolin, "Cambodia: The Country of Disconcerting Crimes", en Stéphane Courtois *et al., The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression*, traducido por Jonathan Murphy y Mark Kramer (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1999), pp. 577-635, y Samantha Power, *"A Problem from Hell": America in the Age of Genocide* (Nueva York: Basic Books, 2002), pp. 87-154.

BIBLIOGRAFÍA

Documentos

Beschloss, Michael R., ed., *Reaching for Glory: Lyndon Johnson's Secret White House Tapes, 1964-1965,* Nueva York: Simon and Schuster, 2001.

——, ed., *Taking Charge: The Johnson White House Tapes, 1963-1964,* Nueva York: Simon and Schuster, 1997.

Burr, William, ed., *The Kissinger Transcripts: The Top Secret Talks with Beijing and Moscow,* Nueva York: New Press, 1998.

Cold War International History Project, *Bulletin,* Washington: Woodrow Wilson International Center for Scholars, 1992.

Daniels, Robert V., ed., *A Documentary History of Communism,* edición revisada, Hanover, New Hampshire: University Press of New England, 1984.

Etzold, Thomas H., y John Lewis Gaddis, eds., *Containment: Documents on American Policy and Strategy, 1945-1950,* Nueva York: Columbia University Press, 1978.

Ferrell, Robert H., ed., *Off the Record: The Private Papers of Harry S. Truman,* Nueva York: Harper & Row, 1980.

Hanhimäki, Jussi M., y Odd Arne Westad, eds., *The Cold War: A History in Documents and Eyewitness Accounts,* Nueva York: Oxford University Press, 2003.

Jensen, Kenneth M., ed., *Origins of the Cold War: The Novikov, Kennan, and Roberts "Long Telegrams" of 1946,* edición revisada, Washington: United States Institute of Peace, 1993.

Kornbluh, Peter, ed., *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability,* Nueva York: New Press, 2004.

Kutler, Stanley I., ed., *Abuse of Power: The New Nixon Tapes,* Nueva York: Free Press, 1997.

May, Ernest R., y Philip D. Zelikow, eds., *The Kennedy Tapes: Inside the White House During the Cuban Missile Crisis,* Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1997.

Millis, Walter, ed., *The Forrestal Diaries,* Nueva York: Viking, 1951.

Ostermann, Christian, ed., *Uprising in East Germany, 1953,* Budapest: Central European University Press, 2001.

Pipes, Richard, ed., *The Unknown Lenin: From the Secret Archive,* New Haven: Yale University Press, 1996.

Public Papers of the Presidents of the United States: Dwight D. Eisenhower, 1953-1961, Washington: Government Printing Office, 1960-1961.

——, *Harry S. Truman, 1945-1953,* Washington: Government Printing Office, 1961-1966.

——, *Jimmy Carter, 1977-1981,* Washington: Government Printing Office, 1978-1981.

——, *John F. Kennedy, 1961-1963,* Washington: Government Printing Office, 1962-1964.

——, *Lyndon B. Johnson, 1963-1969,* Washington: Government Printing Office, 1965-1969.

——, *Richard M. Nixon, 1969-1974,* Washington: Go-

vernment Printing Office, 1970-1975.

——, *Ronald Reagan, 1981-1989,* Washington: Government Printing Office, 1982-1990.

Reiss, Hans, ed., *Kant: Political Writings,* traducido por H. B. Nisbet, 2a. ed., Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

Rosenman, Samuel I., ed., *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt,* Nueva York: Random House, 1941-1950.

Scammell, Michael, ed., *The Solzhenitsyn Files,* traducido bajo la supervisión de Catherine A. Fitzpatrick, Chicago: Edition Q, 1995.

Skinner, Kiron K., Annelise Anderson y Martin Anderson, eds., *Reagan In His Own Hand,* Nueva York: Free Press, 2001.

Tucker, Robert C., ed., *The Marx-Engels Reader,* 2a. ed., Nueva York: Norton, 1978.

U. S. Department of State, *Foreign Relations of the United States: 1946-1964/1968,* Washington: Government Printing Office, 1970-2003.

Entrevistas

CNN, *Cold War,* documental de televisión, 1998.

PBS/BBC, *Messengers from Moscow,* documental de televisión, 1995.

Libros

Ambrose, Stephen, *Nixon, The Triumph of a Politician, 1962-1972,* Nueva York: Simon and Schuster, 1989.

Andrew, Christopher, y Oleg Gordievski, *KGB: The Inside Story of Its Foreign Operations from Lenin to Gorbachov,* Nueva York: HarperCollins, 1990.

Applebaum, Anne, *Gulag: A History,* Nueva York: Doubleday, 2003.

Arbatov, Georgi, *The System: An Insider's Life in Soviet Politics,* Nueva York: Random House, 1992.

Bak, Per, *How Nature Works: The Science of Self-Organized Criticality,* Nueva York: Oxford University Press, 1997.

Baum, Richard, *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping,* Princeton: Princeton University Press, 1994.

Becker, Jasper, *Hungry Ghosts: Mao's Secret Famine,* Nueva York: Free Press, 1996.

Berman, Larry, *Planning a Tragedy: The Americanization of the War in Vietnam,* Nueva York: Norton, 1982.

Beschloss, Michael R., *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev, 1960-1963,* Nueva York: HarperCollins, 1991.

——, *Mayday: Eisenhower, Khrushchev and the U-2 Affair,* Nueva York: Harper & Row, 1986.

——, y Strobe Talbott, *At the Highest Levels: The Inside Story of the End of the Cold War,* Boston: Little, Brown, 1993.

Bill, James A., *The Eagle and the Lion: The Tragedy of American-Iranian Relations,* New Haven: Yale University Press, 1988.

Bird, Kai, y Martin J. Sherwin, *American Prometheus: The Triumph and Tragedy of J. Robert Oppenheimer,* Nueva York: Knopf, 2005.

Blight, James G., Bruce J. Allyn, y David A. Welch, *Cuba*

on the Brink: Castro, the Missile Crisis, and the Soviet Collapse, Nueva York: Pantheon, 1993.

Blight, James, y David A. Welch, *On the Brink: Americans and Soviets Reexamine the Cuban Missile Crisis,* Nueva York: Hill and Wang, 1989.

Bohlen, Charles E., *Witness to History: 1929-1969,* Nueva York: Norton, 1973.

Brent, Jonathan, y Vladimir P. Naumov, *Stalin's Last Crime: The Plot against the Jewish Doctors, 1948-1953,* Nueva York: HarperCollins, 2003.

Brezhnev, Leonid, *On the Policy of the Soviet Union and the International Situation,* Garden City, Nueva York: Doubleday, 1973.

Brodie, Bernard, ed., *The Absolute Weapon: Atomic Power and World Order,* Nueva York: Harcourt, 1946.

Brzezinski, Zbigniew, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Adviser, 1977-1981,* Nueva York: Farrar, Straus, Giroux, 1983.

Bullock, Alan, *Hitler and Stalin: Parallel Lives,* Nueva York: Knopf, 1992.

Bundy, McGeorge, *Danger and Survival: Choices About the Bomb in the First Fifty Years,* Nueva York: Random House, 1988.

Bush, George, y Brent Scowcroft, *A World Transformed,* Nueva York: Knopf, 1998.

Cahill, Thomas, *How the Irish Saved Civilization,* Nueva York: Anchor, 1996.

Carr, Edward Hallett, *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939: An Introduction to the Study of International Relations,* Londres: Macmillan, 1940.

Carter, Jimmy, *Keeping Faith: Memoirs of a President,*

Nueva York: Bantam, 1982.

Chace, James, *Acheson: The Secretary of State Who Created the Modern World,* Nueva York: Simon and Schuster, 1998.

Chen Jian, *China's Road to the Korean War: The Making of the Sino-American Confrontation,* Nueva York: Columbia University Press, 1994.

——, *Mao's China and the Cold War,* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001.

Chernyaev, Anatoly S., *My Six Years with Gorbachov,* traducido y editado por Robert D. English y Elizabeth Tucker, University Park, Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2000.

Christensen, Thomas J., *Useful Adversaries: Grand Strategy, Domestic Mobilization, and Sino-American Conflict, 1947-1958,* Princeton: Princeton University Press, 1996.

Churchill, Winston S., *The Second World War: The Gathering Storm,* Nueva York: Bantam, 1961.

Clausewitz, Carl von, *On War,* editado y traducido por Michael Howard y Peter Paret, Princeton: Princeton University Press, 1976.

Connelly, Matthew, *A Diplomatic Revolution: Algeria's Fight for Independence and the Origins of the Post-Cold War Era,* Nueva York: Oxford University Press, 2002.

Courtois, Stéphane, *et al., The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression,* traducido por Jonathan Murphy y Mark Kramer, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1999.

Craig, Campbell, *Destroying the Village: Eisenhower and Thermonuclear War,* Nueva York: Columbia University Press, 1999.

Craig, Gordon A., y Francis L. Loewenheim, eds., *The Di-*

plomats: 1939-1979, Princeton: Princeton University Press, 1994.

Cullather, Nicholas, *Operation PB Success: The United States and Guatemala, 1952-1954,* Washington: Central Intelligence Agency, 1994.

Dallek, Robert, *Flawed Giant: Lyndon Johnson and His Times, 1961-1973,* Nueva York: Oxford University Press, 1998.

——, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945,* Nueva York: Oxford University Press, 1979.

Diamond, Jared, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies,* Nueva York: Norton, 1997.

Disraeli, Benjamin, *Sybil; or, The Two Nations,* Nueva York: Oxford University Press, 1991; primera publicación en 1845.

Djilas, Milovan, *Conversations with Stalin,* traducido por Michael B. Petrovich, Nueva York: Harcourt; Brace & World, 1962.

Dobrynin, Anatoly, *In Confidence: Moscow's Ambassador to America's Six Cold War Presidents (1962-1986),* Nueva York: Random House, 1995.

English, Robert D., *Russia and the Idea of the West: Gorbachov, Intellectuals, and the End of the Cold War,* Nueva York: Columbia University Press, 2000.

Evans, Richard, *Deng Xiaoping and the Making of Modern China,* Nueva York: Penguin, 1997.

Foot, Rosemary, John Lewis Gaddis, y Andrew Hurrell, eds., *Order and Justice in International Relations,* Nueva York: Oxford University Press, 2003.

Ford, Gerald R., *A Time to Heal: The Autobiography of Gerald R. Ford,* Nueva York: Harper & Row, 1979.

Fox, Richard Wightman, *Reinbold Niebuhr: A Biography,* Nueva York: Pantheon, 1985.

Freedman, Lawrence, *The Evolution of Nuclear Strategy,* Nueva York: St. Martin's Press, 1983.

——, *Kennedy's Wars: Berlin, Cuba, Laos, and Vietnam,* Nueva York: Oxford University Press, 2000.

Freedom House, *Democracy's Century: A Survey of Global Political Change in the 20th Century,* Nueva York: Freedom House, 1999.

Friedberg, Aaron L., *In the Shadow of the Garrison State: America's Anti-Statism and Its Cold War Grand Strategy,* Princeton: Princeton University Press, 2000.

Fursenko, Aleksandr, y Timothy Naftali, *"One Hell of a Gamble": Khrushchev, Castro, and Kennedy, 1958-1964,* Nueva York: Norton, 1997.

Gaddis, John Lewis, *The Landscape of History: How Historians Map the Past,* Nueva York: Oxford University Press, 2002.

——, *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War,* Nueva York: Oxford University Press, 1987.

——, *Russia, the Soviet Union, and the United States: An Interpretive History,* 2a. ed., Nueva York: McGraw-Hill, 1990.

——, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of American National Security Policy During the Cold War,* edición revisada y actualizada, Nueva York: Oxford University Press, 2005.

——, *The United States and the End of the Cold War: Implications, Reconsiderations, Provocations,* Nueva York: Oxford University Press, 1992.

Gaddis, John Lewis, *The United States and the Origins of*

the Cold War, 1941-1947, Nueva York: Columbia University Press, 1972.

——, *We Now Know: Rethinking Cold War History*, Nueva York: Oxford University Press, 1997.

——, Philip H. Gordon, Ernest R. May, y Jonathan Rosenberg, eds., *Cold War Statesmen Confront the Bomb: Nuclear Diplomacy since 1945*, Nueva York: Oxford University Press, 1999.

Gaiduk, Ilya V., *The Soviet Union and the Vietnam War,* Chicago: Ivan R. Dee, 1996.

Garthoff, Raymond, *Détente and Confrontation: American-Soviet Relations fron Nixon to Reagan,* edición revisada, Washington: Brookings Institution, 1994.

——, *The Great Transition: American-Soviet Relations and the End of the Cold War,* Washington: Brookings Institution, 1994.

Garton Ash, Timothy, *In Europe's Name: Germany and the Divided Continent,* Nueva York: Random House, 1991.

——, *The Magic Lantern: The Revolution of '89 Witnessed in Warsaw, Budapest, Berlin, and Prague,* Nueva York: Random House, 1990.

——, *The Polish Revolution: Solidarity,* Londres: Granta, 1991.

——, *The Uses of Adversity: Essays on the Fate of Central Europe,* Nueva York: Random House, 1989.

Gilbert, Martin, *"Never Despair": Winston S. Churchill, 1945-1965,* Londres: Heineman, 1988.

Gleijeses, Piero, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976,* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002.

Goldgeier, James M., *Not Whether But When: The U. S.*

Decision to Enlarge NATO, Washington: Brookings Institution, 1999.

Goncharov, Sergei N., John W. Lewis, y Xue Litai, *Uncertain Partners: Stalin, Mao, and the Korean War,* Stanford: Stanford University Press, 1993.

Gorbachov, Mijaíl, *Memoirs,* Nueva York: Doubleday, 1995.

——, *Perestroika: New Thinking for Our Country and the World,* Nueva York: Harper & Row, 1987.

Gorbachov, Mijaíl, y Zdenˇek Mlyná ˇr, *Conversations with Gorbachov: On Perestroika, The Prague Spring, and the Crossroads of Socialism,* traducido por George Schriver, Nueva York: Columbia University Press, 2002.

Gordon, Philip H., *A Certain Idea of France: French Security Policy and the Gaullist Legacy,* Princeton: Princeton University Press, 1993.

Gorlizki, Yoram, y Oleg Khlevniuk, *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945-1953,* Nueva York: Oxford University Press, 2004.

Gwertzman, Bernard, y Michael T. Kaufman, eds., *The Collapse of Communism*, Nueva York: Random House, 1990.

Hall, R. Cargill, y Clayton D. Laurie, eds., *Early Cold War Overflights,* dos volúmenes, Washington: National Reconnaissance Office, 2003.

Hamby, Alonzo L., *Man of the People: A Life of Harry S. Truman,* Nueva York: Oxford University Press, 1995.

Hammond, Thomas T., ed., *Witnesses to the Origins of the Cold War*, Seattle: University of Washington Press, 1982.

Harriman, W. Averell, y Elie Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946,* Nueva York: Random House, 1975.

Harrison, Hope M., *Driving the Soviets Up the Wall: Soviet-East German Relations, 1953-1961,* Princeton: Princeton University Press, 2003.

Hasegawa, Tsuyoshi, *Racing the Enemy: Stalin, Truman, and the Surrender of Japan*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2005.

Haslam, Jonathan, *No Virtue Like Necessity: Realist Thought in International Relations since Machiavelli,* New Haven: Yale University Press, 2002.

Havel, Václav, *Living in Truth,* editado por Jan Vladislav, Londres: Faber and Faber, 1989.

Heikal, Mohamed, *The Sphinx and the Commissar: The Rise and Fall of Soviet Influence in the Middle East*, Nueva York: Harper & Row, 1978.

Hitchcock, William I., *The Struggle for Europe: The Turbulent History of a Divided Continent 1945-2002,* Nueva York: Doubleday, 2002.

Hitchens, Christopher, *The Trial of Henry Kissinger,* Nueva York: Verso, 2001.

Hobsbawm, Eric, *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991,* Nueva York: Pantheon Books, 1994.

Holloway, David, *The Soviet Union and the Arms Race,* New Haven: Yale University Press, 1983.

——, *Stalin and the Bomb: The Soviet Union and Atomic Energy, 1939-1956,* New Haven: Yale University Press, 1994.

Hull, Cordell, *The Memoirs of Cordell Hull,* Nueva York: Macmillan, 1948.

Hyland, William G., *Mortal Rivals: Understanding the Hidden Pattern of Soviet-American Relations,* Nueva York: Simon and Schuster, 1987.

James, D. Clayton, *The Years of MacArthur: Triumph and Disaster, 1945-1964,* Boston: Houghton Mifflin, 1985.

Jenkins, Roy, *Churchill: A Biography,* Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2001.

Jervis, Robert, *Perception and Misperception in International Politics,* Princeton: Princeton University Press, 1976.

Johnson, Loch K., *America's Secret Power: The CIA in a Democratic Society,* Nueva York: Oxford University Press, 1989.

Jruschov, Nikita S., *Khrushchev Remembers*, traducido y editado por Strobe Talbott, Nueva York: Bantam, 1971.

——, *Khrushchev Remembers: The Last Testament,* traducido y editado por Strobe Talbott, Boston: Little, Brown, 1974.

Jruschov, Sergei, *Khrushchev and Khrushchev: An Inside Account of the Man and His Era,* editado y traducido por William Taubman, Boston: Little, Brown, 1990.

Karnow, Stanley, *Vietnam: A History,* Nueva York: Viking, 1983.

Keegan, John, *The Face of Battle: A Study of Agincourt, Waterloo, and the Somme,* Nueva York: Viking, 1976.

Kennan, George F., *Memoirs: 1925-1950,* Boston: Atlantic-Little, Brown, 1967.

——, *Memoirs: 1950-1963,* Boston: Little, Brown, 1972.

Kennedy, Paul, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000,* Nueva York: Random House, 1987.

Kersten, Krystyna, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948,* traducido por John Micgiel y Michael H. Barnhart, Berkeley: University of California Press, 1991.

Kimball, Warren F., *The Juggler: Franklin Roosevelt as Wartime Statesman,* Princeton: Princeton University Press, 1991.

Kissinger, Henry A., *American Foreign Policy,* 3a. ed., Nueva York: Norton, 1977.

——, *Diplomacy,* Nueva York: Simon and Schuster, 1994.

——, *White House Years,* Boston: Little, Brown, 1979.

——, *A World Restored,* Nueva York: Houghton Mifflin, 1957.

——, *Years of Renewal,* Nueva York: Simon and Schuster, 1999.

——, *Years of Upheaval,* Boston: Little, Brown, 1982.

Knight, Amy, *Beria: Stalin's First Lieutenant,* Princeton: Princeton University Press, 1993.

Kunz, Diane B., *The Economic Diplomacy of the Suez Crisis,* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1991.

Kyle, Keith, *Suez,* Nueva York: St. Martin's, 1991.

Leffler, Melvyn P., y David S. Painter, eds., *Origins of the Cold War: An International History,* 2a. ed., Nueva York: Routledge, 2005.

Lettow, Paul, *Ronald Reagan and His Quest to Abolish Nuclear Weapons,* Nueva York: Random House, 2005.

Levanthes, Louise, *When China Ruled the Seas: The Treasure Fleet of the Dragon Throne, 1405-1433,* Nueva York: Simon and Schuster, 1994.

Levering, Ralph B., Vladimir O. Pechatnov, Verena Botzenhart-Viehe, y C. Earl Edmondson, *Debating of the Origins of the Cold War: American and Russian Perspectives,* Nueva York: Rowman & Littlefield, 2002.

Lewis, John Wilson, y Xue Litai, *China Builds the Bomb,*

Stanford: Stanford University Press, 1988.

Li Zhisui, *The Private Life of Chairman Mao: The Memoirs of Mao's Personal Physician,* traducido por Tai Hung-chao, Nueva York: Random House, 1994.

Lilienthal, David E., *The Journals of David E. Lilienthal: The Atomic Energy Years, 1945-1950,* Nueva York: Harper & Row, 1964.

Little, Douglas, *American Orientalism: The United States in the Middle East since 1945,* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002.

Logevall, Fredrik, *Choosing War: The Lost Chance for Peace and the Escalation of the War in Vietnam,* Berkeley: University of California Press, 1999.

Macmillan, Margaret, *Paris 1919: Six Months That Changed the World,* Nueva York: Random House, 2001.

Maier, Charles S., *Dissolution: The Crisis of Communism and the End of East Germany,* Princeton: Princeton University Press, 1997.

Maquiavelo, Nicolás, *The Prince*, traducido por Harvey C. Mansfield, 2a. ed., Chicago: University of Chicago Press, 1998.

Martel, Yann, *Life of Pi,* Nueva York: Harcourt, 2002.

Mastny, Vojtech, *The Cold War and Soviet Insecurity: The Stalin Years,* Nueva York: Oxford University Press, 1996.

——, *Russia's Road to the Cold War: Diplomacy, Warfare, and the Politics of Communism, 1941-1945,* Nueva York: Columbia University Press, 1979.

Matusow, Allen J., *The Unraveling of America: A History of Liberalism in the 1960s,* Nueva York: Harper & Row, 1984.

Mayer, Arno J., *Wilson vs. Lenin: Political Origins of the New Diplomacy, 1917-1918,* New Haven: Yale University

Press, 1959.

McMahon, Robert J., *The Cold War on the Periphery: The United States, India, and Pakistan,* Nueva York: Columbia University Press, 1994.

McNeill, J. R., y William H. McNeill, *The Human Web: A Bird's-Eye View of World History,* Nueva York: Norton, 2003.

Merridale, Catherine, *Night of Stone: Death and Memory in Russia,* Londres: Granta, 2000.

Merrill, Dennis, y Thomas G. Paterson, eds., *Major Problems in American Foreign Policy,* 6a. ed., Nueva York: Houghton Mifflin, 2005.

Miller, James Edward, *The United States and Italy, 1940-1950: The Politics and Diplomacy of Stabilization,* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1986.

Miscamble, Wilson D., C. S. C., *George F. Kennan and the Making of American Foreign Policy, 1947-1950,* Princeton: Princeton University Press, 1992.

Montefiore, Simon Sebag, *Stalin: The Court of the Red Tsar,* Nueva York: Knopf, 2004.

Mueller, John, *Retreat from Doomsday: The Obsolescence of Major War,* Nueva York: Basic Books, 1989.

Murphy, David E., Sergei A. Kondrashev y George Bailey, *Battleground Berlin: CIA vs KGB in the Cold War,* New Haven: Yale University Press, 1997.

Naimark, Norman M., *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949,* Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1995.

Nixon, Richard M., *RN: The Memoirs of Richard Nixon,* Nueva York: Grosset and Dunlap, 1978.

Oberdorfer, Don, *From the Cold War to a New Era: The*

United States and the Soviet Union, 1983-1991, edición actualizada, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1998.

Olson, Keith W., *Watergate: The Presidential Scandal that Shook America,* Lawrence: University Press of Kansas, 2003.

Orwell, George, *1984,* Nueva York: Harcourt Brace, 1949.

Oshinsky, David M., *A Conspiracy So Immense: The World of Joe McCarthy,* Nueva York: Free Press, 1983.

Ouimet, Matthew J., *The Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine in Soviet Foreign Policy,* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003.

Overy, Richard, *Why the Allies Won,* Nueva York: Norton, 1996.

Pipes, Richard, *Vixi: Memoirs of a Non-Belonger,* New Haven: Yale University Press, 2003.

Pisani, Sallie, *The CIA and the Marshall Plan,* Lawrence: University Press of Kansas, 1991.

Power, Samantha, *"A Problem from Hell": America in the Age of Genocide,* Nueva York: Basic Books, 2002.

Quandt, William B., *Camp David: Peacemaking and Politics,* Washington: Brookings Institution, 1986.

Quirk, Robert E., *Fidel Castro,* Nueva York: Norton, 1993.

Ranelagh, John, *The Agency: The Rise and Decline of the CIA,* Nueva York: Simon and Schuster, 1986.

Reagan, Ronald, *An American Life,* Nueva York: Simon and Schuster, 1990.

Resis, Albert, ed., *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics: Conversations with Felix Chuev,* Chicago: Ivan R. Dee, 1993.

Reynolds, David, *One World Divisible: A Global History*

since 1945, Nueva York: Norton, 2000.

Rhodes, Richard, *Dark Sun: The Making of the Hydrogen Bomb,* Nueva York: Simon and Schuster, 1995.

Rotter, Andrew J., *Comrades at Odds: The United States and India, 1947-1964,* Ithaca: Cornell University Press, 2000.

Rusk, Dean, narrado a Richard Rusk, *As I Saw It,* Nueva York: Norton, 1990.

Sadat, Anwar el-, *In Search of Identity: An Autobiography,* Nueva York: Harper & Row, 1977.

Sajarov, Andrei, *Memoirs,* traducido por Richard Lourie, Nueva York: Knopf, 1990.

Sarotte, M. E., *Dealing with the Devil: East Germany, Détente, and Ostpolitik, 1969-1073,* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001.

Schell, Jonathan, *The Unconquerable World: Power, Nonviolence, and the Will of the People,* Nueva York: Metropolitan Books, 2003.

Shelden, Michael, *Orwell: The Authorized Biography,* Nueva York: HarperCollins, 1991.

Shultz, George P., *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State,* Nueva York: Scribner's, 1993.

Smith, Gaddis, *Morality, Reason, and Power: American Diplomacy in the Carter Years,* Nueva York: Hill and Wang, 1986.

Smith, Tony, *America's Mission: The United States and the Worldwide Struggle for Democracy in the Twentieth Century,* Princeton: Princeton University Press, 1994.

——, *Thinking Like a Communist: State and Legitimacy in the Soviet Union, China, and Cuba,* Nueva York: Norton, 1987.

Stokes, Gale, *The Walls Came Tumbling Down: The Collapse of Communism in Eastern Europe,* Nueva York: Oxford University Press, 1993.

Stueck, William, *The Korean War: An International History,* Princeton: Princeton University Press, 1995.

——, *Rethinking the Korean War: A New Diplomatic and Military History,* Princeton: Princeton University Press, 2002.

Suny, Ronald Grigor, *The Soviet Experiment: Russia, the USSR, and the Successor States,* Nueva York: Oxford University Press, 1998.

Suri, Jeremi, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente,* Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2003.

Taubman, William, *Khrushchev: The Man and His Era,* Nueva York: Norton, 2003.

Thatcher, Margaret, *The Downing Street Years,* Nueva York: HarperCollins, 1993.

Thomas, Daniel C., *The Helsinki Effect: International Norms, Human Rights, and the Demise of Communism*, Princeton: Princeton University Press, 2001.

Trachtenberg, Marc, *A Constructed Peace: The Making of a European Settlement, 1945-1963,* Princeton: Princeton University Press, 1999.

Tucídides, *History of the Peloponnesian War,* traducido por Rex Warner, Nueva York: Penguin, 1972.

Vonnegut, Kurt, *Slaughterhouse-Five*, Nueva York: Delacorte Press, 1969.

Waltz, Kenneth N., *Theory of International Politics,* Nueva York: Random House, 1979.

Weigel, George, *Witness to Hope: The Biography of Pope*

John Paul II, 1920-2005, Nueva York: Harper, 2005.

Werth, Alexander, *Russia at War: 1941-1945,* Nueva York: E. P. Dutton, 1964.

Westad, Odd Arne, ed., *The Fall of Détente: Soviet-American Relations During the Carter Years,* Oslo: Scandinavian University Press, 1997.

Yaqub, Salim, *Containing Arab Nationalism: The Eisenhower Doctrine and the Middle East,* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.

Zaloga, Stephen J., *The Kremlin's Nuclear Sword: The Rise and Fall of Russia's Strategic Nuclear Forces, 1945-2000,* Washington: Smithsonian Institution, 2002.

Zelikov, Philip, y Condoleezza Rice, *Germany Unified and Europe Transformed: A Study in Statecraft,* Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1995.

Zhai, Qiang, *China and the Vietnam Wars, 1950-1975,* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000.

Zhang, Shu Guang, *Mao's Military Romanticism: China and the Korean War, 1950-1953,* Lawrence: University Press of Kansas, 1995.

Artículos

Armitage, John A., "The View from Czechoslovakia", en Thomas T. Hammond, ed., *Witnesses to the Origins of the Cold War,* Seattle: University of Washington Press, 1982, pp. 210-230.

Brodie, Bernard, "War in the Atomic Age", en Bernard Brodie, ed., *The Absolute Weapon: Atomic Power and World Order,* Nueva York: Harcourt, 1946, pp. 21-69.

Broscious, S. David, "Longing for International Control, Banking on American Superiority: Harry S. Truman's Approach to Nuclear Weapons", en John Lewis Gaddis, Philip H. Gordon, Ernest R. May y Jonathan Rosenberg, eds., *Cold War Statesmen Confront the Bomb: Nuclear Diplomacy since 1945,* Nueva York: Oxford University Press, 1999, páginas 15-38.

Courtois, Stéphane, "Introduction: The Crimes of Communism", en Stéphane Courtois *et al., The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression,* traducido por Jonathan Murphy y Mark Kramer, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1999, pp. 1-31.

Dingman, Roger, "Atomic Diplomacy During the Korean War", *International Security,* 13 (invierno de 1988/1989), 50-91.

Erdmann, Andrew P. N., " ' War No Longer Has Any Logic Whatever': Dwight D. Eisenhower and the Thermonuclear Revolution", en John Lewis Gaddis, Philip H. Gordon, Ernest R. May y Jonathan Rosenberg, eds., *Cold War Statesmen Confront the Bomb: Nuclear Diplomacy since 1945,* Nueva York: Oxford University Press, 1999, pp. 87-119.

Gaddis, John Lewis, "One Germany—in Both Alliances", *New York Times,* 21 de marzo de 1990.

——, "Rescuing Choice from Circumstance: The Statecraft of Henry Kissinger", en Gordon A. Craig y Francis L. Loewenheim, eds., *The Diplomats: 1939-1979,* Princeton: Princeton University Press, 1994, pp. 564-592.

Glenn, David, " 'Foreign Affairs' Loses a Longtime Editor and His Replacement in Row Over Editorial Independence", *Chronicle of Higher Education,* 25 de junio de 2004, p. A25.

Hertle, Hans-Hermann, "The Fall of the Wall: The Unintended Self-Dissolution of East Germany's Ruling Regime",

Cold War International History Project *Bulletin,* núm. 12/13 (otoño/invierno de 2001), 131-140.

James, Harold, y Marzenna James, "The Origins of the Cold War: Some New Documents", *Historical Journal,* 37 (septiembre de 1994), 615-622.

Karalekas, Anne, "History of the Central Intelligence Agency", en U. S. Congress, Senate, Select Committee to Study Government Operations with Respect to Intelligence Activities, *Final Report: Supplementary Detailed Staff Reports on Foreign and Military Intelligence: Book IV,* Washington: Government Printing Office, 1976.

(Kennan, George F.) "X", "The Sources of Soviet Conduct", *Foreign Affairs,* 25 (julio de 1947), 566-582.

Kramer, Mark, "Jaruzelski, the Soviet Union, and the Imposition of Martial Law in Poland", Cold War International History Project *Bulletin,* núm. 11 (invierno de 1998), 5-14.

——, "Poland, 1980-81, Soviet Policy During the Polish Crisis", Cold War International History Project *Bulletin,* núm. 5 (primavera de 1995), 1, 116-123.

Mal'kov, Viktor L., "Commentary", en Kenneth M. Jensen, ed., *Origins of the Cold War: The Novikov, Kennan, and Roberts "Long Telegrams" of 1946,* edición revisada, Washington: United States Institute of Peace, 1993, pp. 73-79.

Margolin, Jean-Louis, "Cambodia: The Country of Disconcerting Crimes", en Stéphane Courtois *et al., The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression,* traducido por Jonathan Murphy y Mark Kramer, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1999, pp. 577-635.

——, "China: A Long March into Night", en Stéphane Courtois *et al., The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression,* traducido por Jonathan Murphy y Mark Kramer, Cambridge, Massachusetts: Harvard University

Press, 1999, pp. 463-546.

Mark, Eduard, "The Turkish War Scare of 1946", en Melvyn P. Leffler y David S., Painter, eds., *Origins of the Cold War: An International History,* 2a. ed., Nueva York: Routledge, 2005, pp. 112-133.

Mydans, Seth, "At Cremation of Pol Pot, No Tears Shed", *New York Times,* 19 de abril de 1998.

Niebuhr, Reinhold, "Russia and the West", *The Nation,* 156 (16 de enero de 1943), 83.

"NRDC Nuclear Notebook: Global Nuclear Stockpiles", *Bulletin of the Atomic Scientists,* 58 (noviembre/diciembre de 2002), 102-103.

Pechatnov, Vladimir O., y C., Earl Edmondson, "The Russian Perspective", en Ralph B. Levering, Vladimir O. Pechatnov, Verena Botzenhart-Viehe, y C. Earl Edmondson, *Debating the Origins of the Cold War: American and Russian Perspectives,* Nueva York: Rowman & Littlefield, 2002, pp. 85-151.

Raine, Femande Scheid, "The Iranian Crisis of 1946 and the Origins of the Cold War", en Melvyn P. Leffler y David S. Painter, eds., *Origins of the Cold War: An International History,* 2a. ed., Nueva York: Routledge, 2005, pp. 93-111.

Roberts, Adam, "Order/Justice Issues at the United Nations", en Rosemary Foot, John Lewis Gaddis, y Andrew Hurrell, eds., *Order and Justice in International Relations,* Nueva York: Oxford University Press, 2003, pp. 49-79.

Roberts, Geoffrey, "Stalin and Soviet Foreign Policy", en Melvyn P. Leffler y David S. Painter, eds., *Origins of the Cold War: An International History,* 2a. ed., Nueva York: Routledge, 2005, pp. 42-57.

Rogers, William D., y Kenneth Maxwell, "Fleeing the

Chilean Coup", *Foreign Affairs,* 83 (enero/febrero de 2004), 160-165.

Rosenberg, Jonathan, "Before the Bomb and After: Winston Churchill and the Use of Force", en John Lewis Gaddis, Philip H. Gordon, Ernest R. May, y Jonathan Rosenberg, reds., *Cold War Statesmen Confront the Bomb: Nuclear Diplomacy since 1945,* Nueva York: Oxford University Press, 1999, pp. 171-193.

Schäfer, Bernd, "Weathering the Sino-Soviet Conflict: The GDR and North Korea, 1949-1989", Cold War International History Project *Bulletin*, núm. 14/15 (invierno de 2003-primavera de 2004), 25-38.

Szalontai, Balázs, " 'You Have No Political Line of Your Own': Kim II Sung and the Soviets, 1953-1964", Cold War International History Project *Bulletin,* núm. 14/15 (invierno de 2003-primavera de 2004), 87-103.

Thomas, Daniel C., "Human Rights Ideas, the Demise of Communism, and the End of the Cold War", *Journal of Cold War Studies,* 7 (primavera de 2005), 110-141.

Vargas Llosa, Álvaro, "The Killing Machine: Che Guevara, From Communist Firebrand to Capitalist Brand", *The New Republic,* 233 (11 y 18 de julio de 2005), 25-30.

Weathersby, Kathryn, "New Evidence on North Korea: Introduction", Cold War International History Project *Bulletin,* núm. 14/15 (invierno de 2003-primavera de 2004), 5-7.

——, "Stalin and the Korean War", en Melvyn P. Leffler y David S. Painter, eds., *Origins of the Cold War: An International History,* 2a. ed., Nueva York: Routledge, 2005, pp. 265-281.

Westad, Odd Arne, "The Fall of Détente and the Turning Tides of History", en Odd Arne Westad, ed., *The Fall of Dé-*

tente: Soviet-American Relations during the Carter Years, Oslo: Scandinavian University Press, 1997, pp. 3-33.

——, "The Road to Kabul: Soviet Policy on Afghanistan, 1978-1979", en Odd Arne Westad, ed., *The Fall of Détente: Soviet-American Relations during the Carter Years,* Oslo: Scandinavian University Press, 1997, pp. 118-148.

Zubok, Vladislav M., "Stalin and the Nuclear Age", en John Lewis Gaddis, Philip H. Gordon, Ernest R. May y Jonathan Rosenberg, eds., *Cold War Statesmen Confront the Bomb: Nuclear Diplomacy since 1945,* Nueva York: Oxford University Press, 1999, pp. 39-61.

Material inédito

Greenberg, Harold M., "The Doolittle Report: Covert Action and Congressional Oversight of the Central Intelligence Agency in the mid-1950s", ensayo *senior*, Yale University History Department, 2005.

Kennedy, Paul, *The Parliament of Man: The Past, Present, and Future of the United Nations,* esbozo de manuscrito.

Lüthi, Lorenz, "The Sino-Soviet Split, 1956-1966", disertación doctoral, Yale University History Department, 2003.

Manela, Erez, "The Wilsonian Moment: Self Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism, 1917-1920", disertación doctoral, Yale University History Department, 2003.

Michel, Chris, "Bridges Built and Broken Down: How Lyndon Johnson Lost His Gamble on the Fate of the Prague Spring", ensayo *senior*, Yale University History Department, 2003.

Morgan, Michael D. J., "North America, Atlanticism, and the Helsinki Process", esbozo de manuscrito.

Rosenzweig, Anne Lesley, "Sadat's Strategic Decision Making: Lessons of Egyptian Foreign Policy, 1970-1981", ensayo *senior*, Yale University History Department, 2005.

Selverstone, Marc, " 'All Roads Lead to Moscow': The United States, Great Britain, and the Communism Monolith", disertación doctoral, Ohio University History Department, 2000.

Wells, Christopher W., "Kissinger and Sadat: Improbable Partners for Peace", ensayo *senior*, Yale University History Department, 2004.

Wong, Bryan, "The Grand Strategy of Deng Xiaoping", ensayo *senior*, Yale University International Studies Program, 2005.

CONTENIDO

- Portada
- Preliminares

- Prefacio
- Prólogo: mirando adelante

I. El regreso del miedo
II. Botes salvavidas y salvamuertes
III. Mando contra espontaneidad
IV. El surgimiento de la autonomía
V. La recuperación de la equidad
VI. Actores
VII. El triunfo de la esperanza

- Epílogo: mirando atrás
- Bibliografía

- Contraportada

ÍNDICE

Portada	2
Preliminares	3
Prefacio	6
Prólogo: mirando adelante	11
I. El regreso del miedo	14
II. Botes salvavidas y salvamuertes	65
III. Mando contra espontaneidad	111
IV. El surgimiento de la autonomía	153
V. La recuperación de la equidad	201
VI. Actores	252
VII. El triunfo de la esperanza	304
Epílogo: mirando atrás	331
Bibliografía	341
Contenido	366
Contraportada	367

Muchos son quienes recuerdan lo que es vivir bajo la sombra de la Guerra Fría. La ansiedad ante la posibilidad de una confrontación nuclear desapareció tras la desintegración del bloque soviético; sin embargo, aún hoy existen preguntas y dudas que deben ser aclaradas para llenar los vacíos dejados por ese periodo histórico.

Sólo ahora, a casi dos décadas de haber concluido el conflicto, es posible comenzar a vislumbrar una perspectiva convincente al respecto. Gracias al análisis de la información obtenida de archivos de la URSS recientemente desclasificados, Gaddis ofrece al lector una nueva exposición de la gran confrontación que marcó nuestra existencia y amenazó con acabarla; muestra las dinámicas subyacentes al conflicto; analiza cómo la política y la ideología interactuaban para generar cambios sociales, y plantea escenarios hipotéticos que, de haberse presentado, habrían significado una amenaza para la humanidad. El autor muestra cómo los creadores de política en lo más alto, y la gente ordinaria también, lograron invertir el curso de la historia.

"Éste es un camino no convencional, emprendido por Gaddis, para resaltar un punto importante: la Guerra Fría es históricamente significativa tanto por lo que pasó como por lo que no pasó. El autor presenta terribles posibilidades acerca de la gran sombra global que provocaron los Estados Unidos y la Unión Soviética, una sombra que nunca se transformó en una guerra de gran escala." *The Washington Post.*

www.fondodeculturaeconomica.com